



**Facultad de Psicología -- Secretaría Estudios de Posgrado**

---

**Doctorado en Psicología**

Cat. B CONEAU Res N° 1038/14

-Plan de Estudios 2012-



**École doctorale ED 450 de recherche en psychopathologie et psychanalyse  
Laboratoire : CRPMS**

**TESIS**

**Título**

**El problema del fantasma en transferencia en algunas teorizaciones psicoanalíticas y su distinción clínica del *acting out***

**Autor: Ps. BRUNO CARIGNANO**

**Directora: Dra. Sara Vassallo - por Argentina / Convenio Cotutela de Tesis**

**Director: Pr. Paul-Laurent Assoun - por Francia / Convenio Cotutela de Tesis.**

**THÈSE**

**Titre**

**Le problème du fantôme dans le transfert à partir de certaines théorisations psychanalytiques et sa différence clinique par rapport à l'*acting out***

**Auteur: Ps. BRUNO CARIGNANO**

**Directeur : Pr. Paul-Laurent Assoun (pour la partie française /  
Convention de cotutelle de thèse)**

**Directrice : Dra. Sara Vassallo (pour la partie argentine /  
Convention de cotutelle de thèse)**

**Rosario: Julio de 2022**

# ÍNDICE

RESUMEN	5
INTRODUCCIÓN	6

## CAPÍTULO 1

### Enlaces entre fantasma y *acting out* en transferencia

---

• El <i>fantasma</i> : delimitación clínica a partir de la enunciación en transferencia	10
• Problemática central e interrogantes derivados	14
• Fundamentación teórica del concepto de <i>fantasma</i>	15
• Vicisitudes del <i>acting out</i> entre estructura y clínica	18
• <i>Fantasma</i> y <i>acting out</i> : nosografía y transformaciones clínicas	20
• Categorías centrales entre transferencia, interpretación y causalidad	22
• Abordaje propuesto y otras producciones teóricas actuales sobre <i>fantasma</i>	26
• Alternativa metodológica	33

## CAPÍTULO 2

### El *fantasma* en transferencia y la estructura del deseo

---

<b>El hombre de los lobos: la causa en transferencia y el abordaje del fantasma</b>	38
• Construcción del caso y problemática diagnóstica	38
• Causa, transferencia y deseo de saber	39
• Bordes sugestivos de la transferencia	41
• La alienación del sujeto y la causa psicoanalítica	43
• Interpretación y <i>acting out</i> : más allá de la personalización analítica	44
• El trabajo sobre los residuos transferenciales	47
• El <i>acting out</i> como escenificación de la causa y mostración del deseo	50
• Intersecciones del deseo con la demanda	51
<b>Fantasma y vicisitudes del acto en el hombre de las ratas</b>	52
• Manifestaciones de la transferencia entre las notas diarias y el historial clínico	53
• Transferencia y resistencia: personificación o descentramiento	54
• Declinación de la fantasía como formación del inconsciente en transferencia	56
• El convencimiento y la transferencia obsesiva	59
• La realización fantasmática del deseo en el obsesivo	60
• Reducción del deseo a la demanda en la absorción fantasmática	60
• Tratamiento extraanalítico del fantasma obsesivo	61
• Acción obsesiva y <i>acting out</i> : la máscara del síntoma preanalítico	63
<b>Tratamientos del fantasma y del <i>acting out</i> en Dora y la joven homosexual</b>	65
• El <i>acting out</i> y los escollos en la posición transferencial del padre	67
• La demanda del Otro y lo inanalizable del deseo en ausencia de conflicto	68
• La llamada no invocante del <i>acting out</i> y la presencia transferencial del Otro	69
• El sujeto de la enunciación y el mensaje paradójico del sueño	71
• El sueño: formación del inconsciente en transferencia y <i>acting out</i>	72
• El <i>fantasma</i> y lo fragmentario: más allá de la causa biográfica	74
• Transferencia y <i>fantasma</i> en la demanda de análisis	75

## CAPÍTULO 3

### *Fantasma* y *acting out* en el abordaje ético de la causa

---

<b>Causalidad y trauma desde una perspectiva ética</b>	78
• El trauma, de la realidad al <i>fantasma</i>	79

• El excedente discursivo del trauma: más allá del modelo realista del peligro	81
• Objeciones a la clínica de acontecimientos traumáticos	82
<b>La fantasía forzada y la técnica activa: posiciones ante la causa</b>	84
• Tramitación ética de la causa entre finalidad y contingencia	85
• Tratamientos sustancialistas de la causa	86
• La causa en el realismo agujereado de Ferenczi	89
• El analista y la disolución de su consistencia personalista	92
• Corrosión de la autoridad del analista	93
• Trabajo con la causa a partir del registro finalista del saber	93
• Las fantasías forzadas como productos transferenciales	95
• Provocación transferencial de agresividad y erotismo	98
• La transferencia en su dimensión obscena	100
• La fantasía forzada: entre el realismo del trauma y el amor del analista	100
<b>La comunicabilidad del deseo y sus límites</b>	101
La telepatía y las formaciones del inconsciente	102
El <i>acting out</i> en el caso de Kris: el valor correctivo de la mostración del deseo	104
Lo Real del ocultismo como límite ético: finalismo y contingencia	106
Enlaces entre telepatía y <i>acting out</i>	107
<b>La posición del analista ante el abordaje de la causa y el fin de análisis</b>	110
El límite infranqueable del análisis en su relación con la transferencia	111
El lazo transferencial Freud-Ferenczi: el finalismo en la contingencia del deseo	113
Trauma, <i>fantasma</i> y lugar del analista	115
Fantasía de segundo nacimiento y <i>acting out</i> : positividad de la causa traumática	117

#### CAPÍTULO 4

##### Articulaciones estructurales y clínicas entre *fantasma* y *acting out*

---

<b>El <i>acting out</i>, lo estructural y lo clínico</b>	121
• Incidencias del acto en la pregunta nosográfica por la estructura	121
• La degradación empírica del <i>acting out</i> y la respuesta técnico-nosográfica	123
• La positivización del caso como anulación del límite ético	124
• <i>Acting out</i> y acto analítico en el abordaje de la causa	124
• El corte del fantasma y la continuidad del <i>acting out</i>	127
• Estatuto de la inserción del fantasma en análisis	129
• La resistencia del deseo a la demanda del Otro: sugestión y transferencia	130
• El <i>agieren</i> , entre el <i>acting out</i> y el acto analítico	131
• De la sugestión a la hipnosis: articulación de la demanda con la causa de deseo	131
• El <i>acting out</i> y la temporalidad de la mostración ambigua de la causa	132
<b>Articulaciones entre fantasma y <i>acting out</i> en el caso de Ruth Lebovici</b>	134
• El diagnóstico, de lo psicopatológico a lo clínico	134
• La analista como madre fálica: entre <i>fantasma</i> y llamado	135
• Aproximaciones clínicas entre fantasía y <i>acting out</i>	138
• Ética del <i>acting out</i> y la salvaguarda del deseo: escenificación de la hiancia abolida	140
• La mala fe estructural del <i>acting out</i> y su parodia ética del deseo	141
• Empobrecimiento de la articulación entre <i>fantasma</i> y <i>acto</i> a partir de la distancia	143

#### CAPÍTULO 5:

##### *Fantasma* y *acting out* ante la disparidad ética de la transferencia

---

<b>Transferencia y deseo del analista</b>	145
• Impurezas teóricas de la contratransferencia y el más allá del <i>savoir-faire</i> técnico	145
• Erotología y contratransferencia	146
• Dimensión representativa del analista	147

• Poder y deseo del analista	148
• La sublimación del analista y la falsa terceridad de la teoría	149
• La disparidad ante el Eros de la pseudosituación	152
• Degradaciones del <i>fantasma</i> en el plano de la demanda	154
• La interpretación prematura como comprensión de la demanda	154
• La personalización de la transferencia, disolución de la disparidad	156
• Intersubjetividad y disparidad ante el Eros	157
• La contratransferencia y sus límites	159
• Don Juan y lo femenino en la transferencia	160
<b>Enunciación de la falta y posición del analista: Lucia Tower</b>	162
• El <i>acting out</i> de la analista como interrupción de la contratransferencia	162
• La interrupción del <i>acting out</i> de la queja	165
• Modificaciones en el punto de mira del <i>fantasma</i>	167
• Exterioridad a la transferencia y despliegue del <i>fantasma</i> sádico	169
<b>CONCLUSIONES</b>	171
<b>REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS</b>	179

## RESUMEN

---

El abordaje emprendido analiza minuciosamente ciertas coordenadas que delimitan el estatuto del *fantasma en transferencia* desde el punto de vista de la ética del acto analítico. Para ello, se examinan sus articulaciones con diversas manifestaciones clínicas vinculadas al *acting out*. La relación del sujeto con el Otro de la transferencia, resulta determinante para enmarcar la problematización de ciertos efectos clínicos de *acting out* en la intersección entre la etiología freudiana de la neurosis y la causa lacaniana de deseo.

La *alternativa metodológica* adoptada se propone localizar esbozos de teorizaciones cuya problematización permita interrogar diversas modalidades de tratamiento del *fantasma* en la transferencia. Los *objetivos* planteados circunscriben el abordaje desde el estatuto de la causalidad, de la temporalidad y de la enunciación inconsciente, y destacan la importancia de diversas incidencias clínicas asociadas a las operatorias de la transferencia y de la interpretación.

El estatuto clínico del *acting out* conduce a localizar singulares formaciones transferenciales asociadas a ciertas positivizaciones del registro del fantasma. Esta cuestión abre el acceso al análisis teórico de una zona clínica que expone ciertos puntos límites en el discurso analizante desde ciertas paradojas éticas.

*In Memoriam*  
Para Alberto, mi querido padre,  
por todo lo transmitido,  
por lo que murió y por lo que perdura.  
07-09-1954 / 02-11-2020

## INTRODUCCIÓN

---

El propósito fundamental es emprender un análisis minucioso de las coordenadas clínicas que permiten dar cuenta del *estatuto clínico del fantasma*, en relación con distintos abordajes efectuados en la transferencia analítica. Estos se circunscriben a partir de distintos operadores que resultan decisivos para dar cuenta de las características de la práctica analítica en su dimensión ética: la escisión entre demanda y deseo, el abordaje de la causa de deseo, el Otro transferencial y la interpretación. La finalidad es problematizar, a partir de este marco, diferentes articulaciones clínicas entre *fantasma* y *acting out* en la transferencia.

Cabe señalar que no se trata de llevar a cabo una especie de relevo descriptivo con pretensiones historicistas ni de agrupar determinados problemas en generalidades de escuelas o de corrientes, sino de la *problematización* de sus manifestaciones puntuales, enfocando diversas modalidades de abordaje del *fantasma* para interrogar sus producciones específicas. Eso no impide que el trayecto conlleve ciertos efectos de generalización, determinadas filiaciones según las formas de tratar el *fantasma en la transferencia*. Se puede mencionar aquí la importancia que adquieren ciertas coordenadas generales en concepciones clínicas referidas a las relaciones de objeto y a la distancia, así como en supuestos que conciben el saber teórico como dimensión de una terceridad en la clínica. Es posible agregar el recurso desmedido a la contratransferencia en su faz personalista.

Un aspecto central de la **alternativa metodológica** apunta a restituir el estatuto problemático a ciertas teorizaciones incipientes. Se trabaja así en la intersección de la práctica con algunas respuestas teóricas ensayadas que permiten captar distintos modos de abordaje del *fantasma en la transferencia*. Resulta fundamental ubicar las coordenadas que permiten dar cuenta de su estatuto como algo escurridizo e inasible en tanto tal. El *acting out* se vislumbra inicialmente, vinculado con esta cuestión, como una forma de tramitación transferencial que implicaría una deriva clínica donde la negatividad del *fantasma en la transferencia* resulta positivizada de diversas maneras.

La *alternativa metodológica* otorga un lugar crucial a ciertos registros escritos que dan cuenta de los efectos que tiene la posición del analista en transferencia sobre *fantasma* y *acting out*. Caracterizados como esbozos teórico conceptuales, se constituyen en puntos de partida que abren nuevas aristas en la dilucidación de la problemática central. Los escritos en que se revelan formas de posicionamiento del analista en transferencia son fundamentales para acentuar tanto las encrucijadas intrínsecas al lugar del analista, legibles desde la perspectiva del tratamiento del fantasma -cuestión complejizada, en ciertas ocasiones, por la influencia de ciertos prejuicios teóricos- como sus tentativas de sortearlas.

En el **CAPÍTULO 1** se presentan las categorías centrales y se fundamentan las articulaciones en que se insertan, basamento que resulta determinante para los desarrollos siguientes. Se comienza por esbozar la problemática nuclear y se muestra su expansión hacia una serie de interrogantes derivados, recuperados en el planteo de los *objetivos específicos*. La justificación del abordaje se detiene en acentuar su pertinencia e inscripción puntual en el campo de investigaciones psicoanalíticas relacionadas con problemáticas clínicas. Esto se realza a partir del contraste subsiguiente con producciones actuales sobre la temática y se precisa puntualmente el modo de inserción de los desarrollos planteados en este campo.

Este capítulo se aboca esencialmente a la fundamentación en que se sostiene la articulación propuesta entre *fantasma* y *acting out* en el marco de la transferencia analítica. Se comienza por destacar la iluminación suplementaria que cada una de estas nociones adquiere desde la perspectiva propuesta. La articulación del sentido más estructural del *acting out* con la tramitación clínica que conlleva muestra que, lejos de conducir a una escisión entre ambos aspectos, debería más bien promover una problematización peculiar de lo estructural a partir lo clínico. La perspectiva emprendida enfoca los problemas relativos a la estructura

del sujeto desde el acto que instituye a la transferencia psicoanalítica como tal; allí se insertan los desarrollos posteriores abocados a dar cuenta el estatuto ético del *acting out*, en relación con el fantasma, el síntoma y el acto analítico.

Desde estas consideraciones se introduce la polémica, con ciertas perspectivas que conciben a lo nosográfico aislándolo de la transferencia. En contra de la psicopatologización del acto -conectada con el planteo de otra vertiente en la clínica que se jugaría por fuera del ámbito de la representación-, se acentúa desde el *acting out* una posibilidad distinta de abordar las consideraciones diagnósticas. En la medida en que el *acting out* permite resaltar el problema de la estructura del sujeto como algo inacabado, no terminado de efectuar, se hace posible indagar una dimensión del deseo en el límite de la ética, supeditada al acto de la transferencia. Esto implica una deriva muy distinta a las positivizaciones del caso clínico que psicopatologizan el actuar, extirpándolo del acto que funda a la clínica analítica como tal.

En el **CAPÍTULO 2** se avanza, desde diferentes ángulos, en el esclarecimiento de la articulación del *acting out* con el deseo, con lo cual se propone abordar distintas incidencias clínicas del *fantasma* desde la intersección entre estructura y clínica. Se analizan algunos de los historiales freudianos extremadamente fructíferos, que permiten captar diversas capas que atraviesan la constitución de la problemática del *fantasma en transferencia*.

El primero es el caso del *hombre de los lobos*, crucial para dar cuenta de una forma de inserción del fantasma a fin de problematizar los modos en que el analista queda posicionado frente al tratamiento de la causa de la neurosis. A partir de ese peculiar contexto transferencial, se comienza por dilucidar la aparición rudimentaria de una cuestión esencial para los desarrollos posteriores: cómo el *acting out* puede emerger como una formación que implica, por manifestar una escenificación de la causa relacionada con una mostración del deseo, una inclinación del fantasma en el sentido de un llamado al Otro. El contrapunto entre las distantes posiciones que asumen los sucesivos analistas de este paciente -Freud y Ruth Mack Brunswick- es decisivo para abordar, en diversas configuraciones transferenciales, las articulaciones entre *fantasma y acting out*. Se ponen en juego singulares modalidades de empalme entre el registro narcisista del sujeto y el Otro, que permiten captar las distancias entre la retención que hace nacer el deseo y la demanda del Otro. Eso resulta decisivo para dar cuenta de la forma en que la dimensión ética de la causa de deseo, en su abordaje por el Otro de la transferencia, puede llevar a tocar ciertos puntos límites de la práctica.

El caso del *hombre de las ratas*, abordado a partir del contraste entre el historial clínico y las notas diarias del caso, permite dar cuenta de dos cuestiones estrechamente conectadas con los objetivos planteados. Por un lado, es una apoyatura decisiva para mostrar la forma en que el tratamiento de las fantasías en transferencia puede disolver ciertos escollos resistenciales de la cura. Por otro, sirve como basamento para la indagación de algunos aspectos más generales de la estructuración del deseo obsesivo, tal como se formula dentro y fuera de la transferencia analítica. En conexión con eso se examinan los modos de vinculación del sujeto con el Otro, en el espectro abierto entre algunos actos sintomáticos de la neurosis obsesiva y otras configuraciones clínicas relacionadas con el *acting out*.

Los casos de *Dora* y de la joven homosexual son abordados en un contrapunto que se propone acentuar distintas variantes en la constitución de la transferencia en torno de la demanda del padre. Se trabajan como dos formas opuestas de configuración del deseo histórico y se examina el estatuto transferencial del sueño en cada caso: desde la enunciación inconsciente que abre el acceso al sujeto del fantasma hasta una modalidad de *acting out* que tramita, de un modo peculiar, la demanda del padre operando como Otro en la transferencia. Esta comparación permite ahondar en diversas relaciones del fantasma con el *acting out*, para lo cual el eje decisivo es el trabajo que se torna posible con la causalidad en la transferencia.

En el **CAPÍTULO 3** se enfocan los vínculos del fantasma con la causalidad del sujeto, y se busca acentuar las implicancias de un abordaje ético a partir de la confrontación con ciertas concepciones positivas y realistas del trauma. Más allá de eso, se avanza sobre la indagación de la posición clínica de Ferenczi. Si ella muestra una gran riqueza, es porque presenta todas las paradojas de la prácticas, cuestión decisiva para avanzar en la dilucidación del estatuto de la causa en un horizonte ético. Los posicionamientos de Ferenczi no dejan de inscribir un agujero en ese realismo del trauma reivindicado en la dimensión superficial y

explícita de sus enunciados. Se examina cómo, a pesar de sus convicciones teóricas, sus desarrollos instituyen, en ocasiones, la posibilidad de una supeditación del trauma al Otro histórico del analizante (ese del cual depende la constitución del fantasma), por la vía de una desestabilización de la consistencia personalista del analista.

La categoría ferenciana de fantasía forzada se convierte en una pieza clave para dar cuenta de determinada posición del analista, con efectos puntuales sobre el tratamiento del fantasma en transferencia. Esta cuestión es indagada a partir de los efectos de la demanda en las relaciones del analizante con el Otro. Frente a la inquietante fugacidad del fantasma en la transferencia -potenciada en algunos casos clínicos en particular- el analista puede operar, en relación con el Otro, como determinante para el forjamiento de fenómenos que cobran un tinte experimental, fronterizos de la formación clínica del *acting out*.

A continuación, se analizan las relaciones del *acting out* con otras derivas que implican una puesta en juego del deseo como asunto de una comunicación al Otro en transferencia, tal como es el caso del fenómeno telepático. El caso de Helene Deutsch permite examinar, desde el parentesco terminológico de la *Gedankenübertragung* con la *Übertragung*, las relaciones de la transferencia telepática con manifestaciones clínicas vinculadas al *acting out*. En ese contexto se abordan los vínculos del ocultismo con la práctica analítica: la relación telepática se presenta como un límite en el genuino lazo transferencial entre el sujeto y el Otro que permitiría un trabajo con el saber del inconsciente.

Por otra parte, el seguimiento de las discusiones que mantienen Freud y Ferenczi con respecto a la terminación de los análisis permite introducir una cuestión: el lazo transferencial se degrada en un sentido finalista donde prevalece, ante todo, el mensaje para el Otro de la transferencia, lo que implica abolir la contingencia del deseo. Se puede ver cómo se alza aquí la bandera ética del *acting out* como una proclama dirigida al Otro transferencial. En el capítulo siguiente se retoma esta cuestión para mostrar cómo la declinación finalista del deseo que esta formación produce puede constituir, más allá de ciertos efectos puntuales y accidentales, la matriz misma de la estructura del lazo transferencial, sostenida durante largo tiempo.

El referido Capítulo finaliza con una vuelta sobre la problemática bosquejada al comienzo: la positividad de la causa traumática en sus efectos clínicos. Se trabaja con una versión especial de lo clínico que muestra cómo se juega el tratamiento positivo de la causa. Se trata de la concepción de tratamiento expuesta por Otto Rank apoyándose en la noción de fantasía de segundo nacimiento. Ésta se analiza como una forma de hacer surgir al trauma actualizado en la escena analítica. Emerge allí una teoría del fin del análisis que pone en juego a la causa como un operador concreto que le permitiría al sujeto saldar, a partir de su relación con el analista, el efecto traumático de su separación de la madre en el nacimiento. La escenificación de esa fantasía posee los destellos de un *agieren* montado en la transferencia, donde la causa interviene como un *acting out* dirigido al analista.

El **CAPÍTULO 4** profundiza la relación entre *fantasma* y *acting out* tomando como referencia fundamental la problemática del deseo del analista. Para precisar cómo se concibe esta noción, se trabajan distintos modos de implicación del analista en la experiencia erótica del análisis. Una serie de cuestiones resultan cruciales para avanzar en el abordaje propuesto: las articulaciones entre sugestión e hipnosis en sus relaciones con la transferencia; el contraste entre poder y deseo del analista; el suplemento intersubjetivo de la relación de objeto para examinar la no reciprocidad del lazo transferencial; la contratransferencia problematizada a partir de sus límites; las articulaciones del deseo con la demanda; la comprensión y la interpretación como distintas posiciones del Otro en transferencia; el analista basculando entre el objeto parcial y su posible caída. Consideraciones que desembocan en la caracterización del deseo del analista como registro fundamental de una práctica cuya ética se reconduce a la problemática de la disparidad subjetiva. Esto resulta determinante para dar cuenta del abordaje del fantasma en su negatividad.

También se profundiza con mayor despliegue algo ya abordado desde el inicio: la necesaria ubicación del *acting out* entre lo estructural y lo clínico, en pos de esclarecer la relevancia del abordaje del fantasma en transferencia. El examen del estatuto del discurso inconsciente en un análisis constituye el marco fundamental que permite situar al *agieren* freudiano a partir de la escisión entre *acting out* y acto analítico, en contra de la idea de una



acción concebida en términos empíricos y conectada con abordajes psicopatologizantes. Este enfoque del *agieren* da un acceso inédito a la estructura del deseo en transferencia en sus articulaciones con el fantasma y en relación con los modos de presencia del Otro.

El caso de Ruth Lebovici, junto a las capas de lecturas que se le adhieren -de Jacques Lacan y de Gerard Bonnet, entre otras- resulta paradigmático. Permite exponer de modo muy claro una matriz básica en la estructura de la transferencia, crucial para problematizar las articulaciones clínicas entre *fantasma* y *acting out*. Las escenificaciones del paciente tornan aquí bien palpable la degradación del fantasma por la vía de un llamado al Otro transferencial, pendiente que lo aproxima a fenómenos clínicos de *acting out*. Más allá de las distinciones entre interior y exterior del consultorio analítico, entre las esferas representacional y motora del aparato psíquico, el abordaje efectuado permite mostrar cómo el *acting out* revela un modo peculiar de estructuración del deseo, relacionado con la tramitación del discurso inconsciente en un análisis. Eso lleva a precisar más claramente el estatuto del *acting out* como una paradoja ética: pese a producir un rebajamiento del deseo, su finalidad es resguardarlo en un escenario transferencial que se esfuerza por comprimirlo. El precio que para ello debe pagar el *acting out* es declinar en un sentido finalista la contingencia estructural del deseo.

El **CAPÍTULO 5** se enfoca en la problemática de la disparidad ética de la transferencia para analizar sus efectos sobre *fantasma* y *acting out* y sus posibles articulaciones. El abordaje de lo femenino en la transferencia conduce a examinar la afección erótica del analista a partir de la radical alteridad del Otro. Eso contribuye a precisar con mayor claridad la operatoria del deseo del analista para dar cuenta, desde otro ángulo, de la inserción clínica del fantasma en sus relaciones con el *acting out*. Al plantearse la función del pliegue de alteridad que transforma la inserción erótica del analista, se muestra el trabajo discursivo a partir del fantasma que se torna posible. Aún en el caso en que el *acting out* aparece del lado del analista, como en la situación examinada de Lucia Tower, se vislumbra en última instancia una respuesta al llamado ético del deseo del analizante.

Este último capítulo finaliza con un examen de la mancomunidad de estructura entre el *acting out* y la queja. Eso permite esclarecer aún con mayor precisión el estatuto del *acting out* en relación con el Otro de la transferencia: en ambos casos se da lugar a una obturación de la pregunta estructural por la causa del deseo, esa pregunta que se tramita neuróticamente en las relaciones del sujeto con el campo del Otro. En contraposición a esta dimensión constitutiva del inconsciente, estas formaciones clínicas tienden a obturar la raíz estructural del deseo en su tensión con el deseo del Otro, promoviendo su eclipse por la vía de una demanda unidireccional al Otro que no termina de producir ecos en plano del sujeto.

## CAPÍTULO 1

### Enlaces entre fantasma y *acting out* en transferencia

---

El enfoque teórico se encuadra dentro del dominio del psicoanálisis y consiste en una dilucidación crítica de un corpus documental que recoge la producción teórico-clínica de diversos autores, en lo relativo al lugar del fantasma en transferencia en su distinción clínica del *acting out*.

Desde distintas vertientes de inspiración teórica lacaniana, el *fantasma* ha sido concebido desde su incidencia clínica. Sin embargo, se parte de considerar que resta mucho por avanzar, ya que no se encuentran numerosas producciones que hayan abordado el tema con esta especificidad y pese a que algunas se aproximan, divergen de este abordaje por diversas razones.

#### El fantasma: delimitación clínica a partir de la enunciación en transferencia

En primer lugar, se toma en cuenta la constatación de que existe una *dimensión transferencial esencial para definir al concepto de fantasma en su valor clínico*. Dicha dimensión está ligada a su temporalidad y al problema de la enunciación, por ello la dilucidación de su importancia clínica debe ir más allá del análisis de su modo de estructuración como enunciado gramatical, aunque esto no puede ser dejado de lado. En el espectro de problemas abiertos por la cuestión del acto analítico, es preciso interrogar el concepto desde esa perspectiva para distinguirlo del *acting out*.

Se trata de poner a prueba la afirmación de Lacan según la cual el *fantasma* se sustrae a la interpretación. Si lo interpretado en un análisis es el discurso inconsciente y el fantasma se presenta como un cuerpo extraño al mismo (Lacan, 1966-67, p.513) (Lacan, 1966-67, p.554), ¿qué ocurre en los casos en que pareciera procederse en la práctica a un trabajo interpretativo de eso que pareciera ser la textualidad de los fantasmas? ¿Sería teóricamente justo afirmar que se interpretan verdaderamente los *fantasmas*, o habría que considerar un trabajo analítico que degrada su abordaje, es decir, que opera en un plano en que no hay lugar para la negatividad que les es fundamental? Aquello que en análisis se presenta, en ocasiones, con determinado revestimiento fantasmático, podría no necesariamente referirse al *fantasma*, sino más bien a una vicisitud clínica próxima del *acting out*.

El apoyo en esa problemática permite examinar si existen distintos modos de manifestación del *fantasma* en la clínica, los que podrían estar ligados a determinadas posiciones del analista en transferencia. El abordaje de esta cuestión se profundiza desde la perspectiva de los posibles tratamientos divergentes de la causa en un análisis, y apunta al establecimiento de distinciones más firmes respecto del estatuto clínico del fantasma y de las manifestaciones de *acting out*. Los modos de operar con los conceptos de interpretación y transferencia serán los que permitirán precisar con más rigor las diferencias que de eso resultan.

Con la noción de transferencia se escribe el punto de interrogación fundamental que intenta delimitar desde qué perspectiva específica se aborda la razón del *fantasma* en un análisis. Al respecto, se toma como punto de partida la consideración de que la pregunta por el modo de inserción del *fantasma* en la clínica psicoanalítica no puede desgajarse de “la *presencia* transferencial del Otro” (Ritvo, 2011, p.15). Dicha presencia circunscribe el valor transferencial de esa noción, determinado por la posición del interlocutor, lo cual otorga al *fantasma* un carácter de vértigo, propio de la manera en que se entrama con la función de la palabra en un análisis.

La dimensión gramatical, forma específica de estructuración de un enunciado, no podría en modo alguno agotar el alcance psicoanalítico del concepto de *fantasma*. Esto requiere tomar como elemento crucial, la cuestión de su temporalidad virtual cuando se lo considera en su articulación con el síntoma. En ese sentido, la concepción de que el análisis transcurre por la abertura del ser que se instaura “entre la virtualidad del fantasma y la actualidad quebrada del síntoma” (Ritvo, 2011, p.16) adquiere una importancia especial para los fundamentos teóricos.

Para enmarcar la cuestión de *la fantasía en transferencia* y su relación con el discurso inconsciente desde un punto de vista freudiano, es preciso tener en cuenta ante todo la dificultad de poner en práctica la regla analítica de la asociación libre en los casos de neurosis obsesivas, por la defensa contra la "injerencia de fantasías inconscientes" (Freud, [1926], 1986, p.116). Su irrupción en transferencia es además expuesta por Freud a raíz de la consideración de la fantasía que se expresa con titubeos en el enunciado *pegan a un niño* (*ein Kind wird geschlagen*, que habría que traducir por *un niño es azotado*, para conservar la estructura gramatical en voz pasiva que posee en alemán, cuestión que no tiene un peso menor para la caracterización de esta fantasía). En el artículo que lleva este título, se enfatiza cómo, en los tratamientos de neurosis obsesiva o histeria, la confesión de la fantasía sobreviene movilizandando culpa y vergüenza (Freud, [1927], 1986, p.177); a excepción de la segunda fase de esta fantasía, que es preciso que sea reconstruida por el analista, debido a que permanece radicalmente inconsciente (p.187).

En el discurrir de dicho capítulo, se irá precisando el *estatuto mismo de la fantasía es el de un desgarro*, modo de manifestación específico de la negatividad en el discurso inconsciente. Al respecto, es orientadora la metáfora freudiana que ubica a la fantasía como *como una cicatriz del Edipo*. A partir del enunciado fantasmático *Un niño es azotado*, Freud sostiene que "las fantasías de paliza y otras fijaciones perversas análogas sólo serían unos precipitados del complejo de Edipo, por así decir las cicatrices que el proceso deja tras su expiración" ([1927], 1986, p.190).

¿Qué valor puede otorgarse a la metáfora de la cicatriz? Si se piensa cuál es el lugar que una cicatriz tiene en el tejido de la piel, puede calificarse como una excrecencia, algo que interrumpe de cierta manera la continuidad del tejido. Esa analogía sería válida para concebir con mayor especificidad el estatuto de estas fantasías en el psiquismo neurótico, precisado por Freud de la manera siguiente: "permanecen apartadas las más de las veces del restante contenido de la neurosis y no ocupan un sitio legítimo dentro de su ensambladura" (Freud, [1927], 1986, p.181). Por un lado, en el registro de la tramitación edípica, la cicatriz indicaría entonces aquello que no puede ser dejado de lado en el entendimiento de esa fantasía. Permite además, por otro lado, pensar el valor de un sedimento que se caracteriza por estar separado del restante material psíquico. Inscribe algo, pero en otro dominio que no coincide ni se agota con las inscripciones en el aparato de las huellas mnémicas (*Erinnerungsspuren*) y los representantes de la representación (*Vorstellungsrepräsentanz*).

¿Cuál es entonces, ese lugar que las fantasías ocupan respecto del restante contenido psíquico? La cicatriz cifra algo que desde el punto de vista de lo imaginario no se corresponde con el narcisismo especular, y tampoco podría asimilarse desde el plano de lo simbólico, con el orden del significante. *Es algo heterogéneo tanto al registro del imaginario especular como al de la palabra hablada*. La función de la letra como rasgo permite surcar mejor el camino para pensar su modo de inscripción simbólico, aunque todos los problemas que involucran al *fantasma* no se despejan exclusivamente con ello.

En *Fantasía: metapsicología y clínica*, Edgardo Haimovich se detiene en el estatuto de la fantasía en el psiquismo, acentuando su modalidad de inscripción. Entre otros desarrollos de interés, lo hace considerando la paradoja del segundo tiempo de la fantasía *pegan a un niño*, al que caracteriza como "huella borrada de un 'acontecimiento no acaecido'", olvido radical de lo que no puede ser olvidado pues nunca fue recordado (Haimovich y Kreszes, 2011, p.46). Como la fantasía suele ser asociada con la construcción como una operatoria que en análisis difiere de la interpretación, cabe destacar el estatuto otorgado por este autor a la construcción, en contra de la positividad que supondría llenar una laguna en la memoria, ella supone -por el contrario- *sostener el agujero en el lugar del recuerdo* (Haimovich, 1987, p.105). En un libro que incluye un artículo dedicado al *fantasma*, Moustapha Safouan coloca de modo oportuno el énfasis en la manera en que esta noción, al reemplazar en la teoría freudiana al acontecimiento traumático, ocupa el lugar de núcleo patógeno (1974, p.141).

Al comienzo de su análisis del fantasma *pegan a un niño* en el seminario *La relación de objeto*, Lacan hace notar, con firme apoyatura en las constataciones de Freud, la dificultad de los pacientes para hablar de sus fantasmas, destacando sus imprecisiones al respecto una vez que consiguen hacerlo: "Cuando el sujeto declara poner en juego en el tratamiento qué

es el fantasma, se expresa de una forma notable por su imprecisión". En función de eso no deja de apuntar lo insatisfactorio de la respuesta, que deja al paciente sin poder decir mucho más para caracterizar al fantasma, con una aversión que provoca un sentimiento de vergüenza (Lacan, [1956-57a], 1994, p.114).

Tales consideraciones conducen de forma casi directa al planteo posterior de *La ética del psicoanálisis*, donde se afirma que los fantasmas *no soportan en cierto grado la revelación a la palabra* (Lacan, [1959-60], 1986, p.97). Afirmación que permite resaltar de forma clara una manera de posicionar al *fantasma* y exige mayor profundidad. El fantasma no puede ser actualizado, revelado en un enunciado, y por ello, guarda una importante relación con el problema de la enunciación en análisis.

En su cuarto seminario Lacan prosigue con una formulación que compete destacar especialmente. Ella culmina por sellar la *disyunción entre lo hablado* (función de la palabra) y *el uso fantasmático de las imágenes*. Esta distinción muestra cómo se va segregando, en sus teorizaciones, el espacio de otra cosa, de un imaginario que desborda el narcisismo pero que no por ello se subordina enteramente al modo de funcionamiento propio de la cadena significante. Mientras que las prácticas más o menos asociadas a estos fantasmas, no acarrear para los sujetos ninguna carga de culpabilidad, por el contrario, cuando se trata de formular estos fantasmas, no solamente se presentan a menudo grandes dificultades, sino que también provoca una gran aversión, repugnancia, culpabilidad:

*La distancia entre el uso fantasmático o imaginario de estas imágenes y su formulación hablada*, es precisamente de tal naturaleza como para hacernos ya parar la oreja. Este comportamiento del sujeto es *una señal que ya marca un límite -no es del mismo orden jugar con el fantasma mentalmente que hablar de él* (Lacan, [1956-57a], 1994, p.114-15, traducción y destacado propios).

Con apoyatura en estas consideraciones puede pesquisar, de qué modo el orden del fantasma se inscribe en la conformación de un objeto sintomático, como distinto e irreductible al mismo. Al agujerear el objeto imaginario, la mancha (Haimovich y Kreszes, 2011, p.53) orienta sobre el estatuto de lo no representativo en la representación en la compleja relación síntoma-fantasma. El desfase entre el objeto sintomático (por ejemplo, el representante caballo en el caso Hans) y un imaginario vinculado con el fantasma se expresa a partir de una mancha negra, "elemento borroso, de desenfoque (*flou*)" (Lacan, [1956-57a], 1994, p.244). La angustia no se tramita enteramente como miedo en el objeto imaginario de la fobia, algo de ella subsiste ligado a la mancha negra, a lo insondable en la representación.

Si se toma en cuenta la distinción establecida por Lyotard, que define a la figuratividad como "una propiedad relativa a la relación del objeto plástico con aquello que *representa*" (2014, p.292), puede decirse que *la mancha es del orden de lo figural, pero no de lo figurativo*, puesto que en esa noción subsiste cierto rastro de lo representable que hace identificable un referente supuesto. Lyotard opone al espacio textual "en que se inscribe el significativo gráfico", el espacio de figura, para el que propone *figural* en lugar de *figurativo*, ya que "lo figurativo es sólo un caso particular de lo figural" (2014, p.291).

La noción de *punctum* expuesta por Roland Barthes en *La cámara lúcida* debe ser rescatada. De acuerdo con las consideraciones de Haimovich, es válida para delimitar con mayor precisión qué debe entenderse por mancha: una señal de lo invisible en la imagen, eso que perturba su unidad y hiere la mirada del sujeto (Haimovich y Kreszes, 2011, p.49). El carácter fundamental de esa noción se acentúa más aún a la hora de problematizar cuál es el lugar del trauma desde la óptica del fantasma, algo que le es inherente e insuprimible, pero localizable en su estructura. El *punctum* puede así caracterizarse como lo traumático en el fantasma (Ritvo, 2011, p.15).

La noción de borradura, al poner en juego la articulación entre imagen, letra y objeto, es un operador fundamental para pensar ese estado de escritura (su modo de inscripción en lo psíquico), que permite circunscribir el fantasma: "La imagen que, al borrarse, se vuelve letra que a su turno delimita el objeto" (Ritvo, 2011, p.13). Para especificar qué supone la borradura desde el punto de vista del fantasma es necesario conectarla con la problemática de la

mancha, que, al dar cuenta del modo paradójico de registro de la enunciación en las imágenes psíquicas, permite atender desde una perspectiva novedosa a la complejidad del imaginario fantasmático.

Tomar en cuenta esa cuestión como fundamental supone localizar al fantasma desde un punto de vista diferente al que lo ubica como un texto manifiesto sobre el cual se operaría en análisis: versión que puede encontrarse esbozada en la teoría kleiniana, entre otras, por hallarse hincada en una versión de la fantasía como corolario mental de los instintos (Klein, 1997, p.58). Al respecto Jorge Palant acentúa certeramente el carácter casi figurable que adquieren pulsión y objeto en la fantasía inconsciente tal como es concebida por el kleinismo, cuestión resumida con la afirmación de que “el inconsciente kleiniano está estructurado como una fantasía” (1986, p.57). Este autor aborda la pregunta por cómo la concepción de objeto incide en la dirección de una cura analítica, para lo cual se detiene en la posición de Winnicott, a raíz de su invención del *objeto transicional*, respecto de la teoría y la práctica kleiniana. La concepción del objeto en el pasaje de una clínica a otra supone muchos movimientos e importantes consecuencias: especial relevancia posee el desarrollo que muestra cómo el objeto winnicottiano impone y funda una clínica distinta de la kleiniana por permitir situar al analista en una posición de desconocimiento (Palant, 1986, p.59). El contraste que sitúa el autor entre el silencio que ello abre en la interpretación omnipresente del kleinismo, permite pensar lugares diferentes para el analista respecto de la castración del Otro, uno de los focos problemáticos aquí esbozados.

En desarrollos de *La lógica del fantasma*, Lacan precisa el lugar del axioma como “única función posible que puede darse al rol del fantasma en la economía neurótica” (Lacan, 1966-67, p.554), cuestión que se entrama con una definición del *fantasma como muleta, cuerpo extraño que se resiste a la reducción al discurso inconsciente*. De acuerdo a eso, puede ser ubicado como aquello que permanece ajeno y sustraído a la interpretación analítica, sin ocupar ningún lugar en ella.

La concepción del *fantasma* como extraño al discurso inconsciente no es algo que irrumpa en Lacan en el seminario *La lógica del fantasma* con la noción de axioma. Se la encuentra ya claramente expresada, en otros términos, en los desarrollos tempranos de *El deseo y su interpretación*. Allí el estatuto del fantasma es acentuado en los términos de una *función de corte en el discurso inconsciente*, caracterizado como “una de las formas más eminentes de la función de la *Verwerfung*” (Lacan, 1958-59, p.766); punto en que se encuentra, además, la inflexión que supone una extensión de la operatoria psíquica de este mecanismo, por rebasar ya el campo específico de la psicosis al que había sido inicialmente asociado. El lugar del *sujeto en el fantasma* es calificado como *verworfen* por estar identificado al corte (p.772); formulación en la cual puede verse cómo se recuperan, en otro plano, los desarrollos anteriores que circunscribían al fantasma como algo no asumido por el sujeto (Lacan, [1956-57a], 1994).

Con respecto a interpretar la formulación del fantasma como axioma, es de especial importancia considerar la lectura de Carlos Kuri, quien lo asocia a un *estado de letra* que orienta sobre la *inserción clínica del concepto*: “el nombre de axioma parece querer sellar este desgarró, este 'aparte' del significante que sería el fantasma”. Eso estaría indicando un determinado *estatuto del fantasma en la práctica*, pues remitiría a ese desgarró en el discurso, a un elemento de escritura, nombrado como axioma, que “no es significante pero que tiene relación con él” (Kuri, 2010, p.18). Y a su vez, permite enfocar de otra manera la distinción clínica síntoma-fantasma, ya no tanto como dos dimensiones diferentes por las que transitaría la práctica analítica, tal como se plantea en ocasiones, sino como aproximaciones divergentes, de articulación problemática en una misma práctica, de distinta índole y alcance, delimitadas en función de cierta especificidad de los conceptos.

La lectura de *pegan a un niño* que Lacan emprende en el seminario *La relación de objeto*, permite destacar cómo la desubjetivación segrega algo de otro orden, irreductible a la cadena significante que la represión articula. El tiempo terminal del fantasma, el expresado literalmente con la formulación *pegan a un niño (on bat un enfant)*, muestra que *la estructuración misma del fantasma supone la desubjetivación*; eso significa que el sujeto no aparece en tanto tal en el fantasma. Lacan sella el desgarró mostrando cómo el fantasma se

constituye como algo "excluido, que no está presente en la neurosis" pero que no deja de manifestarse menos en "sus síntomas constitutivos". La significación de la relación intersubjetiva, propia del funcionamiento de la cadena significante, está perdida en el nivel del fantasma, pues sólo restan los "significantes en estado puro [...] vaciados de su sujeto". Ese "residuo enteramente desubjetivado", expresado también bajo "la forma de un puro signo" pues Lacan oscila entre caracterizarlo como significante puro y signo puro, no deja de ser enigmático ya que "mantiene toda su carga", pero de una manera "no revelada, no constituida, no asumida por el sujeto" ([1956-57a], 1994, pp.118-119).

La *desubjetivación* como característica del fantasma registra las implicancias estructurales de ese otro orden irreductible tanto a la intersubjetividad de la cadena significante como al yo-sujeto geométrico del narcisismo especular. Para pensar su dimensión de existencia psíquica es fundamental su estatuto de *no asumido*, rasgo típico que permite pensar la implicancia clínica de este concepto. El carácter de *no asumido* no le corresponde como algo que ocurre de hecho; se trata, por el contrario, de un modo intrínseco a la estructuración del fantasma.

Para enfatizar esta dimensión estructural de *lo no asumido*, es oportuno -aunque opere en otro registro- evocar el modo temporal constitutivo del inconsciente, el de *lo no realizado* (Lacan, [1964], 1973) que en *Los cuatro conceptos...* apunta a cernir su estatuto ético y no ontológico. Pueden ser pensados como dos modos o estatutos diferentes respecto de la enunciación: el inconsciente supone lo no realizado, mientras que el fantasma se presenta como no asumido. Será de relevancia situar cuáles son las consecuencias clínicas que se pueden extraer del estatuto del *fantasma* como no asumido, así como indagar de qué manera se entrama la no asunción del *fantasma* con la enunciación de un inconsciente no realizado.

### **Problemática central e interrogantes derivados**

La problemática central está ligada al supuesto de que la posición transferencial respecto del *fantasma* en un análisis, mantiene una estrecha relación con posibles efectos clínicos de *acting out*. Esto se vincula con el hecho de que una versión positivizada del *fantasma* implica determinada declinación impuesta a la transferencia, ligada a la no operatoria, en cierto registro, de la tachadura del Otro. Esta cuestión debería asociarse, a su vez, a la posición del analista y al tratamiento de la castración en el plano imaginario. La versión positiva del *fantasma* podría caracterizarse como una deriva fetichista, por la forma en que funciona el desconocimiento de la causa, aproximándose con aquello conceptualizado por Lacan como *acting out* en su vertiente clínica.

Acorde al abordaje metodológico, la *problemática central* puede enunciarse mediante las siguientes preguntas:

- ¿Qué relaciones guardan algunos modos de tratamiento del *fantasma* vislumbrados en diversas teorizaciones psicoanalíticas con posibles efectos clínicos de *acting out*?
- ¿Puede la concepción de *fantasma en transferencia* determinar, respecto del tratamiento de la causalidad, derivas diferentes en una cura psicoanalítica?
- ¿Cómo se articula con la distinción, de relevancia clínica, entre síntoma y *acting out*?

A estos interrogantes medulares se asocian otros que contribuyen a especificar desde qué perspectiva serán recorridos.

- ¿En qué medida pueden los diferentes modos de tratamiento del *fantasma en transferencia* determinar diversas derivas en la práctica psicoanalítica?
- ¿Cuál es el estatuto clínico de la noción de *fantasma* para poder precisar el lugar de la causa en la conducción de una cura psicoanalítica respecto de las manifestaciones clínicas de *acting out*?
- ¿Cómo incide la posición del analista respecto del problema del *fantasma* en cuanto a la operatoria discursiva de la tachadura del Otro?
- ¿Es posible que las intervenciones de un analista condicionen determinados efectos sobre los modos clínicos de tramitación del fantasma?

- ¿Pueden ciertas derivas del análisis centradas en el eje del analista como personaje real del encuadre, producir un repliegue del discurso sobre un *fantasma* degradado a funcionar como el texto manifiesto de un enunciado cristalizado?
- ¿En qué medida ello podría obstaculizar el trabajo inconsciente de la castración en el discurso, suplantándola por una respuesta a la castración en el plano imaginario, e induciendo, por ende, reacciones por la vía del *acting out*?
- ¿Cómo diferenciar clínicamente *acting out* y *fantasma*, más allá de sus semejanzas en cuanto a sus modos gramaticales de enunciarse, teniendo en cuenta la temporalidad y la enunciación inconsciente?

Para distinguir con precisión el modo de tratamiento del *fantasma* por la vía del *acting out* es preciso tener en cuenta, por un lado, su distinción respecto del síntoma, y en función de eso, su modo especial de vincularse con la interpretación. Por ello, la pregunta por cómo se sitúan *fantasma*, síntoma y *acting out*, en referencia a la operatoria de la interpretación y transferencia, permitirá avanzar en la dilucidación de la problemática central.

De todo esto, se desprende una pregunta accesoria a la que se busca otorgar un lugar especial: ¿cuál es la importancia del *acting out* para el discernimiento de una nosografía psicoanalítica que tenga por eje la transferencia y el acto?

El **objetivo** fundamental es contrastar, en función de su diferencia clínica con el *acting out*, diferentes usos y esbozos teórico-conceptuales que permitan cernir la problemática del fantasma en transferencia, interrogando la clínica psicoanalítica desde diversas perspectivas y líneas teóricas. El fin es poder indagar los fundamentos que permiten circunscribir al fantasma como una noción de relevancia clínica en psicoanálisis, según la óptica de la transferencia. De esto se desprenden otros dos **objetivos** subsidiarios. Por un lado, uno que apunta a la dilucidación de las consecuencias clínicas de la articulación entre fantasma y *acting out*, tomando en cuenta la problemática de la causalidad, cuestión que acarrea la examinación de la temporalidad y la enunciación inconsciente. Eso implica indicar los fundamentos teóricos de las similitudes y diferencias entre *fantasma* y *acting out*, sin dejar de lado el punto de vista estructural, aunque haciendo especialmente foco en lo referido a sus modos de tramitación clínica. Por otro lado, el objetivo restante se propone situar los diferentes modos de incidencia en la clínica de interpretación y transferencia, en función de dar cuenta de los singulares modos de operar analíticamente con el *fantasma*, el síntoma y el *acting out*.

La importancia de los lineamientos propuestos se justifica, ante todo, por el hecho de que aún resta mucho por avanzar desde la perspectiva de la que aquí se parte, aunque el *fantasma* haya sido concebido en su incidencia clínica desde diversas aproximaciones, inclusive por algunas inspiradas en la teoría lacaniana. La examinación de las producciones académicas más recientes sobre esta temática permite afirmar que no hay gran cantidad de teorizaciones sistematizadas que aborden el tema con la especificidad del presente enfoque.

## Fundamentación teórica del concepto de fantasma

La elección del término *fantasma*, en lugar del más clásico *fantasía*, se justifica por diversas razones. *Phantasie* es el vocablo alemán freudiano que la consagrada traducción francesa ha vertido tradicionalmente como *fantasme*, aunque Lacan recurra al término *fantaisie* en ocasiones. Tradicionalmente, ambas palabras francesas se traducirían al castellano por *fantasía*. Se desprende que, aunque el concepto de referencia adoptado sea el de *fantasma*, podrá en ocasiones encontrarse un uso alternado con la noción de fantasía, especialmente cuando se trate de la remisión a autores más alejados de la enseñanza de Lacan. La adopción del término *fantasma* se justifica ante todo por la impronta conceptual de este autor en la perspectiva teórica.

En castellano, la palabra más usual para traducir *Phantasie* ha sido generalmente *fantasía*. Sin embargo, a partir de traducciones psicoanalíticas del francés aparece un nuevo término, el de *fantasma*, instalado en Argentina especialmente en el ámbito teórico vinculado a Lacan. Posiblemente se haya debido a un afán por dejar distinguido lo novedoso de sus teorizaciones respecto de aquello que desde otras vertientes del psicoanálisis se difundía bajo

la noción de *fantasía*; por ejemplo, la *phantasy* -o *fantasy*- de los kleinianos, traducciones inglesas para *Phantasie*.

De todas maneras, debe tenerse en cuenta que, al margen de esta tendencia, también en ocasiones se encuentra el uso castellano de la palabra *fantasma* en la traducción de otros autores alejados del lacanismo, con la salvedad de algunos casos eventuales, el uso imperante que resalta puede observarse, por ejemplo, a partir del término escogido por el traductor del famoso *Diccionario de Psicoanálisis* de Jean Laplanche y Jean-Bertrand Pontalis, que adopta *fantasía* para el francés *fantasme* (1996, p.138).

Si se considera la distinción terminológica y conceptual entre fantasía y fantasma de acuerdo a algunos de sus usos en diversas lenguas, se destaca la diferencia semántica que Laplanche y Pontalis esbozan entre la palabra alemana *Phantasie* y la francesa *fantasme*: el vocablo alemán *Phantasie* remitiría al "mundo imaginario, sus contenidos, la actividad creadora que los anima (*das Phantasieren*)", mientras que el término francés *fantasme* no se corresponde con el término alemán por ser menor su extensión. Así es que *Phantasie* "designa una determinada formación imaginaria y no el mundo de las fantasías, la actividad imaginativa en general" (Laplanche y Pontalis, 1996, pp.138-139).

Es necesario destacar la vinculación establecida por Ritvo entre ambos términos. Al remontarse a su origen latino, *phantasia* y *phantasma* refieren a lo mismo, pero con acento diferente: "el primero designa la facultad de representación y el segundo su producto, la representación". Según el autor -en el pensamiento de Occidente- *phantasia* designa la dimensión creada por la mezcla de sensibilidad y entendimiento, acorde a un vocabulario habitual de la tradición. Se aproxima de aquello que en terminología psicoanalítica se circunscribe a partir de la distinción entre *imaginario* y *simbólico* (Ritvo, 2011, p.11).

En la búsqueda de establecer una distinción conceptual a partir de esta diferencia, Kreszes reserva la noción de *fantasías* para nominar las llamadas *fantasías primarias u originarias*, y al término *fantasma* lo vincula con un fenómeno secundario, que implicaría una respuesta del sujeto al Otro (Haimovich y Kreszes, 2011). Frente a esta diferenciación, Ritvo niega oportunamente para la fantasía tanto la dimensión de la pregunta como la de la respuesta, suplantándolas por la "pasividad originaria" (2011, p.12) enlazada con la noción filosófica de facticidad.

La precisión de la noción de *fantasma* exige, en primer lugar, una remisión al concepto freudiano de *Phantasie* (fantasía), pues allí encuentra sus fundamentos. Tempranamente la fantasía fue definida por Freud como una reunión de fragmentos de la escena vista con la escena oída ([1897a], 1986, p.293), y caracterizada como un "edificio protector" ([1897b], 1986, p.288). En el artículo *El poeta y los sueños diurnos*, Freud ilustra la economía de reserva del proceso del fantasear, estableciendo una analogía con el valor de los parques naturales en una nación cuya riqueza se basa en explotaciones forestales (Freud, [1908a], 1997, p.1343). El fantasear que nace en los niños apuntalándose en objetos reales a partir del juego, termina por independizarse de ellos en el adulto (Freud, [1911], 1986, p.227). La complejidad de la relación entre fantasía y síntoma se expresa en el hecho de que un síntoma no pueda ser exclusivamente referido a una única fantasía inconsciente, pues corresponde a varias de ellas (Freud, [1908a], 1997, p.1343).

En relación con el valor narcisista de las fantasías, el yo que fantasea es homologado al héroe de determinado tipo de novelas, al que nada puede pasarle: "en este signo de invulnerabilidad se nos revela sin esfuerzo su majestad el yo, el héroe de todos los ensueños y de todas las novelas" (Freud, [1908a], 1997, p.1346). Esto tiene una particular importancia puesto que permite pensar un modo de presencia del yo diferente al de los sueños nocturnos, que en tanto suponen algo de un orden totalmente distinto de la presencia positiva del yo narcisista, sirven de modelo para pensar el lugar del sujeto como mancha en el fantasma.

El *mundo de la fantasía* funciona como una especie de reserva que se mantiene apartada de las necesidades de la vida: "si bien no es inaccesible para el yo, sólo mantiene una dependencia laxa respecto de él" (Freud, [1924], 1984, p.197). Esta relación con el yo que Freud esboza debe ser pensada más allá de lo representado por esta instancia en su valor imaginario, para posicionar el problema desde el punto de vista discursivo. Esto



implicaría recuperar la pregunta por la relación de la fantasía con el yo por el impacto que produce en el sujeto del inconsciente.

En el discurrir de la obra de Freud se encuentra la ubicación, que se va acentuando cada vez más, de aquello que podría caracterizarse, desde una perspectiva lacaniana, como la estructura del fantasma, de firme apoyo en formulaciones gramaticales; como la que se encuentra en el artículo *Pegan a un niño* (Freud, [1927], 1986). Este enunciado permite interrogar el lugar del sujeto en el fantasma a partir de lo planteado por Lacan como desubjetivación fantasmática en *La relación de objeto*. La desubjetivación supone la segregación de algo que es de otro orden, irreductible a la cadena significativa que la represión articula, permitiendo instaurar el estatuto del fantasma como no asumido.

En otro de los artículos dedicado al tema, Freud otorga a las fantasías de las psiconeurosis un lugar equivalente al que poseen los delirios en los paranoicos y las *mises en scène* (puestas en escena) de los perversos (Freud, [1908b], 1997, p.1349). Puede verse allí plasmado un primer bosquejo de la disyunción entre fantasma y *acting out*, que repercute sobre algunos lineamientos aquí esbozados. De todos modos, se opta por destacar esto sólo a la manera de una aproximación provisoria, pues la mencionada disyunción no debe ser asociada a una divergencia del tipo representación-acción, que una lectura apresurada de la *puesta en escena* esbozada por Freud podría establecer. Esa divergencia es de tinte empirista, y como tal, ajena al horizonte de abordaje de la problemática planteada. El *acting out* puede ser inicialmente situado, de modo aproximativo, como otro modo de articulación del fantasma que no coincide con el sintomático. En lo sucesivo se busca precisar la distinción entre *acting out* y síntoma en sus articulaciones con el *fantasma* en el horizonte del acto analítico; eso implica ir más allá de las versiones que han interpretado de manera sesgada la oposición freudiana entre el nivel representacional y la puesta en escena, al reducir esta última a una acción empirista, efectuada en un plano exclusivamente motor.

Los cimientos de la noción de *fantasma* empiezan a ser esbozados por Lacan desde el seminario *Las formaciones del inconsciente* donde es delimitada como "un imaginario tomado en cierta función significativa" ([1957-58] 1998, p.410), a partir de la dimensión de guión o historia que le es esencial: escenificación en que el sujeto mismo se pone en juego. Esta idea de un imaginario tomado por la función significativa sugiere, ante todo, una alteración del imaginario especular para dar lugar a otra modalidad de imaginario, que será soporte del fantasma. El hecho de tratarse de cierta función significativa específicamente, y no de la función significativa a secas, indica -por otro parte- un modo distinto de trabajo del registro simbólico en la función del fantasma, cuestión que conduce al forjamiento de otras categorías que exceden a la del significante.

Sobre el final de *Las formaciones del inconsciente*, se encuentra una de las primeras lecturas propuestas por Lacan de aquello que luego es llamado fórmula del fantasma ( $\$ \hat{a}$ ), muy discrepante de los planteos posteriores porque el *a* presente en la fórmula no equivale a aquello que sólo posteriormente se concebirá como objeto *a*. La clave está dada allí por el lugar discursivo que ocupa un otro imaginario, vaciado de su consistencia de objeto libidinal. Es por eso que, en contra de los planteos formalistas, nunca debe olvidarse que la lectura de ese *algoritmo* está siempre sujeta a los equívocos de la lectura, tal como explícitamente se planteará en "Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano", al enunciarse que está hecho para soportar múltiples lecturas (Lacan, [1960], 1971, p.177).

Los abordajes del seminario *El deseo y su interpretación* tienen una especial importancia porque permiten localizar al *fantasma* como una suerte de sostén imaginario de un sujeto sin recursos ante el trauma del deseo del Otro (Lacan, 1958-59, p.26). La génesis del fantasma expuesta en ese seminario está delimitada por la colisión entre el sujeto, en cierto momento de su constitución vinculado a la experiencia traumática del desamparo respecto del gran Otro, y el soporte de su yo especular, que le sirve de anclaje.

Los desarrollos de ese seminario son cruciales porque permiten situar la experiencia traumática de lleno en el plano simbólico, es decir, desde el punto de vista de la constitución del sujeto en el campo del Otro, y no en una supuesta relación de desamparo del individuo respecto de su realidad, como se hace desde supuestos teóricos cuestionables. Las teorizaciones psicoanalíticas que confunden al yo con el "el sujeto desamparado en su

relación con la realidad" (Lacan, [1964], 1973, p.160) conducen a disolver la especificidad psicoanalítica del trauma, con lo cual ve degradado también el estatuto fantasma. La existencia de esa forma realista de trauma no debe ser evidentemente negada, sino sólo circunscrita a los bordes del psicoanálisis. Por otra parte, si no se tiene en cuenta el desdoblamiento entre realidad y real (Vassallo, 2009) y se limita el fantasma a su función de soporte de la realidad, puede perderse de vista el problema fundamental de lo real traumático que atraviesa a la noción de fantasma.

En el discurrir de los primeros años de la enseñanza de Lacan, en la intersección de lo imaginario con lo simbólico, se va produciendo el forjamiento de nuevas categorías conceptuales, donde el acento recae en alguno de ambos planos. 1) En cuanto al punto de apoyatura en lo imaginario, se va forjando un incipiente *imaginario fantasmático*, anclado en las transformaciones que la función de la palabra ejerce sobre el dominio del narcisismo especular. 2) En el plano simbólico, aparecen diversas nociones -signo, insignia del Otro, la expresión freudiana *ein einziger Zug*, el concepto de *rasgo unario*- que transcriben una alteración en el orden significante, fundamental para interrogar al fantasma en la coyuntura entre letra e imagen.

Situar al *fantasma* entre letra e imagen permite dar otro alcance a la afirmación inicial de *Las formaciones del inconsciente*, de cierta imprecisión general, que lo definía como un imaginario sometido a la función significante ([1957-58], 1998, p.410). La noción de axioma expuesta en *La lógica del fantasma* (Lacan, 1966-67, p.554) supone otra forma de dar cuenta la inscripción psíquica que el fantasma constituye y las consecuencias que esto tiene en la práctica analítica. Desde esta perspectiva, el estatuto del fantasma no puede ser aislado del problema del acto analítico.

### **Vicisitudes del *acting out* entre estructura y clínica**

Con respecto a las relaciones entre *fantasma* y *acting out*, debe destacarse cómo tempranamente Lacan esbozaba ya en su enseñanza las similitudes entre ambos. Lo hacía sosteniendo la existencia de una cuasi equivalencia entre estas nociones, al afirmar que la estructura del *acting out* se parece mucho a la de un guión y que, en cierta manera, pertenece al mismo nivel que el fantasma. Ya precisado que el sentido del *acting out* reside en designar un tipo de acto que "sobreviene en el curso de una tentativa de solución del problema de la demanda y del deseo" (Lacan, [1957-58], 1998, pp.420-421) insinúa la hendidura para la pregunta sobre cómo podría resolverse eso en la transferencia analítica, independientemente del problema estructural que conlleva, y eso permitiría establecer también una vinculación con el estatuto del fantasma en la clínica.

Otros desarrollos del mismo seminario *Las formaciones del inconsciente*, indican que transferencia y sugestión no son más que dos posiciones diferentes que adopta el analista respecto de la demanda (Lacan, [1957-58], 1998). Si la sugestión puede desencadenar un *acting out*, los puntos en que un analista opera más sugestiva que transferencialmente podrían estar vinculados con su relación a la tachadura del Otro, evocada por su posición ante la demanda. Será de relevancia ubicar en lo sucesivo qué alcance tiene la noción de sugestión en relación con el *acting out* en su distinción del fantasma.

Desarrollos posteriores de Lacan, impulsados en el seminario *La angustia*, permiten avanzar en la interrogación de estas cuestiones. Al preguntarse cómo se interviene ante un *acting out*, propone allí, a propósito de la lectura de una intervención analítica de Margaret Little, la importancia de que se ponga en juego la falta del analista (Lacan, [1962-63a], 2004). No interesa rescatar esto como mero detalle o consejo técnico, sino como motor para impulsar la pregunta de la relación del *acting out* con la completud o falta que el analista vehiculiza respecto del lugar del gran Otro. En cuanto al discernimiento de tales interrogaciones, se destaca la de Noemí Nucenovich al afirmar que "el *acting out* se produce cuando el Otro se presenta como consistente y no como vehículo de la castración" (2011, p.152).

En desarrollos del año 1963, el *acting out* es definido por Lacan como una "transferencia salvaje" y contrapuesto al síntoma como un goce que se basta a sí mismo, en cuya naturaleza no está el ser interpretado, y prescinde de la transferencia para cobrar relieve.

“El *acting out* llama a la interpretación” pero plantea la cuestión de saber si es posible en ese terreno (Lacan, [1962-63a], 2004, pp.147-148). El *acting out* pone en juego un deseo cuya esencia es mostrarse como otro. Así puede precisarse la ambigüedad del *acting out*: “es visible al máximo, y es por eso mismo que en cierto registro es invisible, mostrando su causa. Lo esencial de lo que es mostrado, es ese resto, su caída, lo que cae en el asunto” (Lacan, 1962-63b, p.195).

A partir de aquí puede caracterizarse una *paradoja clínica del acting out*: orientar la pregunta por la causa en el mismo movimiento en que la clausura. Estos abordajes dejan vislumbrar una cuestión de relevancia para los desarrollos subsiguientes: la vinculación del *acting out* con la causa del deseo. El *acting out* supone un tratamiento específico del objeto causa que lo distingue de aquel que podría ubicarse, en el grafo del deseo, en el eje deseo-fantasma. En el artículo *El objeto fetiche en el campo escópico* Jorge Jinkis ha mostrado la distinción de estructura entre fantasma y *acting out*, situando el enlace de la mostración del *acting* con la temporalidad lógica de la mirada, asociada a la constitución del objeto fetiche. Dos estructuras de desconocimiento radicalmente distintas estarían en juego: si “el fantasma circunscribe un objeto por la función misma que define a lo imaginario como *sostén del deseo*, en el *acting* el objeto designado siempre es otro, pero localizado en el lugar preciso de *causa del deseo*”. Esa designación “hacia atrás” (Jinkis, 1985, p.34) es aquella por la cual el *acting out* se ofrece como un cuadro en que da a ver algo.

El *acting out* puede eclipsar por su propia estructura la diferencia entre interpretación y transferencia. “El *acting* pone la transferencia en el banquillo y permite a Lacan construir la noción de deseo del analista” (Glasman, 1987, p.19). Como contrapunto a lo que ocurre con el *acting out*, es preciso oponer el examen de cómo opera, respecto del síntoma, la noción de causa. Se trata de especificar el vacío circunscripto para que se produzca ese “efecto no efectuado” del deseo (Lacan, [1962-63a], 2004, p.329). Implica para el fantasma otro lugar respecto del deseo, que contrasta con la versión rebajada de éste que el *acting out* propicia.

¿Cuáles son entonces las posibilidades de respuesta en análisis por la vía del *acting out* en los casos en que la posición del analista en la transferencia opera produciendo la obturación de la hiancia entre causa y efecto? Se conjetura que un factor asociado a ello podría ser el de trabajar la castración del discurso inconsciente en un plano imaginario, cuestión que implicaría una modificación del lugar del fantasma en la clínica. Un tratamiento en lo imaginario puede asociarse con una concepción positiva del fantasma, texto explícito con el que se operaría, tal como parecía funcionar en la clínica kleiniana, cuya interrogación se torna necesaria. Ese tratamiento pareciera antagónico al que ubica al fantasma en su carácter de cuerpo extraño, sin ningún rol en la interpretación (Lacan, 1966-67). En los abordajes en que se rastrea un trabajo analítico sobre un fantasma positivizado y cristalizado ¿puede, entonces, legítimamente sostenerse un trabajo en el terreno del fantasma -según la concepción de Lacan ya referida-, o habría de suponer deslizamientos en el plano del acto analítico que implican derivas hacia formaciones como el *acting out*?

Para dar cuenta de la delimitación estructural del *acting out* respecto del pasaje al acto, es importante remitir a la lectura efectuada por Sara Glasman, situada en el movimiento de doble rizo que constituye “la estructura topológica del acto”. El pasaje al acto equivaldría a la exclusión del sujeto, mientras que el *acting out* se ligaría al llamado al Otro. De lo planteado por la autora se destaca la idea de que en el *acting out* el sujeto “ofrece su propia castración antes que reconocer la del Otro, en una mostración que, en el mismo momento que afirma el deseo como puede”, permite instalar un falso ser en el fantasma (Glasman, 1987, p.23). Aquí se procurará avanzar con la pregunta por la relación entre lo estructural del *acting out* y la modalidad clínica que puede cobrar en un análisis.

Si se sostiene -siguiendo a Glasman- que la alienación y castración, operadores estructurales que permiten posicionar al *acting out* en el problema del acto, no son independientes de la transferencia en su definición, la dimensión clínica del *acting out* no podría distinguirse de la estructural sólo por agregar la dimensión de la transferencia, como si ella fuera exclusiva de la situación analítica. Lo determinante no es la transferencia en sí misma sino la especificidad por la cual la transferencia se constituye en un sentido analítico. Esto no puede abordarse sin considerar la posición del analista respecto de esa transferencia,

cuestión estrechamente articulada a la puesta en juego de la castración del Otro, que el *acting out* rechaza por estructura. En el caso freudiano conocido como el de la *joven homosexual*, Glasman muestra cómo el *acting out* que se le atribuye indica que la castración retorna siempre, y que su insistencia en análisis "menos histéricos, más centrados en la problemática de la relación del sujeto con el objeto, plantea nuevas definiciones para el campo de la transferencia [...] *la transferencia espontánea refuerza las represiones al mismo tiempo que implica el retorno de la castración*" (1987, p.24).

Algunas de las consideraciones de Ritvo respecto del *acting out* guardan un interés especial por las precisiones efectuadas. Para delimitar su lugar en el cuadro propuesto por Lacan en el seminario *La angustia*, este autor lo define como un afecto (Ritvo, 2014, p.112) y lo articula con el síntoma y la interpretación rescatando la categoría de impedimento. Al respecto, especifica que el impedimento se vuelve *acting out* cuando el síntoma no se interpreta (p.136-137). A su vez, destaca el carácter de llamado mudo que posee el *acting out*, acentuando su particularidad ostensiva, que "muestra lo que debe ser descifrado" y que por tanto no está dicho. Apunta, además, en relación con la posición del analista, que un *acting out* se produce cuando éste se ha deslizado "al lugar del maestro" (p.161).

### **Fantasma y el *acting out*: nosografía y transformaciones clínicas**

La distinción establecida por Jacques-Alain Miller (1984) entre dos dimensiones clínicas, las del síntoma y el fantasma, es una de las perspectivas que ha prevalecido en el ámbito teórico lacaniano. Este modo de abordaje, que considera al campo de la experiencia analítica como no unificado, no es ajeno a otra concepción generalizada de la práctica analítica que distingue un modo diverso de clínica en que el objeto cobraría un lugar preeminente. Modalidad que se distingue de la práctica psicoanalítica clásica, donde la interpretación es noción rectora y el significante oficia de concepto subsidiario. La otra vertiente de la clínica supone, en cambio, no desatender eso que Héctor Yankelevich denominó "la parte objeto de la estructura" (2004, p.8). Se encuentra enraizada en el trabajo al que convocan determinado tipo de pacientes para los cuales el modelo clásico no funcionaría en su entereza.

Se destaca, en proximidad de este supuesto, la concepción de una clínica de los fracasos del fantasma tal como ha sido teorizada por Silvia Amigo (1999). Esta autora busca, sosteniendo la importancia de una clínica de los bordes, posicionarse de otra manera respecto de aquello que el psicoanálisis anglosajón concibió como nosografía *borderline*, un mero híbrido entre las estructuras clínicas que llevaba a borrar las diferencias tajantes que existen entre ellas (Amigo, 1999, p.251). Entre las diversas características que distinguen a estos pacientes, la autora resalta la circulación "por el mundo en los diversos escenarios del *acting out*". Para estos casos de *acting* continuo no podría tratarse de eventualidades asociadas al manejo clínico, esto es, de respuestas vinculadas con las fallas en la escucha del analista. La autora, remitiéndose a planteos de Victor Iunger, señala que en estos pacientes la transferencia no logra instalarse, no por el lugar del analista, sino por una posición del sujeto respecto del "Otro de la historia" (p.253).

Amigo considera que el dispositivo clásico ideado para las neurosis de transferencia no funciona con estos pacientes, que el analista se ve llevado a recurrir a "alguna maniobra específica" y en definitiva, a "cambiar el dispositivo", de modo similar a cómo debe hacerlo en la práctica con niños y adolescentes, que están aún realizando diversas escrituras de la estructura (1999, p.253-255). Y para que se pueda hablar de neurosis debe cumplirse "la cláusula de constitución del fantasma" (Amigo, 1999, p.263), mientras que en los casos bordes el fantasma se encuentra estancado en un tiempo en que poseía un objeto narcisista (p.268). Eso se debe a la ausencia de inscripción de  $-\phi$  en la imagen del espejo; en otros términos, al hecho de que lo imaginario "no termina de recibir los efectos normativizantes de la castración", cuestión que determina el "fracaso del fantasma" (p.269). El trabajo analítico con este tipo de pacientes consistiría en producir por medio de la transferencia el "ahuecamiento de  $-\phi$ " (p.273), propiciando la constitución del fantasma.

Las escenas de *acting out* que se suceden en algunos pacientes son leídas por Amigo como modos en que el sujeto busca constituir aquello que no se ha constituido, tratando de que el Otro se ponga en posición "de terminar la operación que no ha sido terminada, dado que la escena del *acting out* intenta señalar en la escena, sobre lo real, el objeto que no termina de inscribirse en su fantasma" (1999, p.279). En este planteo podría ser objetable el supuesto que parece quedar como residuo de las articulaciones referidas; es decir, la idea de que la estructura implicaría en psicoanálisis algo definitivamente constituido, y que podría, por ende, ser independizada de la temporalidad del acto. Aquello para lo cual la autora reserva el lugar de una excepción, tal vez debería ser visto como el modo de funcionamiento de lo estructural en psicoanálisis. ¿Puede decirse, a justo título, que el objeto del fantasma termina en las neurosis de inscribirse definitivamente? ¿No se borraría con esto la dimensión real del objeto que le es constitutiva? De acuerdo con eso, lo no constituido de la estructura no podría quedar confinado al caso de esta cuarta estructura, hipótesis con la que la autora ciñe una "estructura en estado de *inconstitución parcial*" (Amigo, 1999, p.270, *destacado en el original*).

Las implicancias que podría tener en la dirección de la cura el privilegio otorgado al *fantasma* en detrimento del síntoma en algunas concepciones actuales (Ritvo, 2014, p.17), permiten leer desde otro horizonte problemático las proposiciones de Amigo (1999) que buscan una alternativa a la clínica clásica de las neurosis. Es por eso que aquí se adscribe al planteo que sostiene que el *fantasma* nunca podría reemplazar al síntoma en la clínica, puesto que no hay estructura que se sostenga sin síntoma; es el acontecimiento sintomático el que "estructura a la estructura" (Ritvo, 2014, p.23).

En una obra consagrada a una problematización histórica de las teorizaciones sobre la transferencia en psicoanálisis, Safouan hace una lectura de este concepto en Freud y en algunos autores posfreudianos que promovieron el par transferencia-contratransferencia. Con miras a precisar los avances que Lacan produce con la noción de deseo del analista, Safouan arriba a la idea de que "no hay teoría posible de la transferencia sin una teoría del objeto del fantasma" (1988, p.133). El autor muestra como la concepción de la transferencia que se desprende del intercambio entre Freud y Breuer respecto de la implicación de este último en la transferencia y los síntomas de su paciente Anna O., es decir, la de una supuesta no implicación, es la que "ha prevalecido en la mayor parte de los medios psicoanalíticos", que tiene por efecto excluir al deseo del analista de su praxis. Esta presuposición aparece históricamente reforzada con otro supuesto, el de que el deseo inconsciente involucra al analista sólo a título de objeto libidinal (Safouan, 1988, p.7).

El fracaso o la degradación psicológica al que han conducido ciertas perspectivas teóricas de algunos analistas puede remitirse a la ingenuidad acrítica de eso que suele presentarse con la fuerza apodíctica de una falsa evidencia: "que el psicoanálisis es una experiencia que engloba a *dos personas*" (Safouan, 1988, p.9-10). Safouan se preocupa por mostrar cómo la contratransferencia no es un concepto propicio para responder a la pregunta de la diferencia entre un psicoanálisis y una sugestión, como lo muestran los atolladeros teóricos de analistas que se atuvieron a esta noción; y apunta, además, que es a la no distinción de dos modos diferentes de cadena signifiante que Lacan atribuye "la falsa consistencia de la noción de contratransferencia" (p.148).

A propósito de eso, es oportuno poner de relieve otros desarrollos teóricos -desde perspectivas muy distantes- que han buscado modos de concebir una clínica psicoanalítica diferente, abocada al tratamiento de determinado tipo de pacientes, considerados *borderlines* según la terminología anglosajona clásica y que han sido calificados de diversas maneras por autores de distintas corrientes teóricas. Desde una perspectiva general y somera, convergen al referirse a estructuras o cuadros que no encajarían en las clásicas *neurosis*, sin que sean por ello casos de psicosis o perversión.

Según André Green, en el trabajo con los casos límites ha irrumpido el problema del encuadre (1990, p.39), por lo que es "la teoría de la técnica" la que debe propiciar nuevas vías para abandonar la interpretación, sustituyéndola por el discernimiento de las actitudes contratransferenciales. Por su parte, Jacques André sostiene que "la literatura *borderline* multiplica los ejemplos de funcionamiento psíquico que, por tomar prestado más al modelo del acto que al de la representación, se burlan de la regla fundamental" (1999, p.11). El

encuadre, concebido como metáfora del yo, "es atacado en sus límites", cuestión que lleva a promover una "alteración psicoterapéutica del psicoanálisis" para el abordaje de este tipo de pacientes (André, 1999, p.8-9). Según Jean-Luc Donnet, se trata de pacientes en quienes la "neurosis de transferencia se organiza mal" (1999, p.148). Estos desarrollos conducen a un *aplastamiento del acting out en un modelo genérico de acto asimilado a una descarga motriz*: "Algo es evacuado en el soma o por el acto" (Green, 1999, p.41).

Un modo de abordaje de la problemática -de especial relevancia para los objetivos y sustentos teóricos- es el efectuado por Lacan, al contraponer a la vocación taxonómica de la categoría de *neurotics characters* (caracteres neuróticos) acuñada por Franz Alexander y retomada por Margaret Little, la objeción de que en dichos casos bastaría con referirse a pacientes en quienes prevalece el *acting out* (Lacan, [1962-63a], 2004, p.168). En *La respuesta total del analista a las necesidades de su paciente*, Little (1957) articula el problema de una nueva técnica con una idea de innovación nosográfica que exigiría modificaciones técnicas. Según la autora, Safouan se ha ocupado de mostrar cómo sus opiniones han contribuido a falsear "la nosografía analítica" produciendo "entidades mórbidas ficticias" por no haber localizado el lugar justo desde el cual el analista responde a la transferencia del paciente (1988, p.121).

### **Categorías centrales entre transferencia, interpretación y causalidad**

Aunque Juan David Nasio se haya formulado una pregunta troncal sobre *¿cómo se presenta concretamente un fantasma en la clínica?* (2005, p.33), las respuestas sucesivas que va situando resultan alejadas de la problemática y objetivos aquí propuestos. No obstante, resultan instructivas para acentuar -por contraste- un abordaje muy distante.

Ante todo, Nasio parte de una definición cuestionable al plantear al *fantasma* como la expresión clínica del objeto *a*, siendo que el fantasma no podría ser expresión de nada puesto que, por definición, no se capta nunca positivamente en términos clínicos. El problema es, situar cuál es su estatuto en la práctica en relación con la enunciación inconsciente. La concesión que Nasio realiza diciendo que a un fantasma en tanto inconsciente hay que reconstruirlo porque nunca se descubre su forma acabada (2005, p.34-35), parece quedar capturada en un razonamiento de tinte empirista, que empobrece su abordaje al reducirlo a una mera presencia; cuestión precisa en sus consideraciones subsiguientes.

El punto más cuestionable de su teorización puede encontrarse en la idea de que la transferencia sería una de las tantas producciones del fantasma (Nasio, 2005, p.35), explicitado por el autor al indicar que la dinámica de la transferencia no es otra que la del fantasma (p.41), cuestión que implica degradar el estatuto clínico de ambas nociones. El punto en que se anuda el rebajamiento de estos conceptos puede vérselo más claramente en el lugar otorgado a la realidad en análisis. Al ser un modo de construcción de una nueva realidad psíquica, el análisis es caracterizado como "un fragmento de vida nueva compuesto de múltiples fragmentos de la historia de la vida del paciente, reproducidos en el aquí y en el ahora de una sesión bajo la forma de fantasmas", idea que está más próxima de la doctrina kleiniana que del abordaje lacaniano del fantasma. En eso se apoya Nasio para esbozar su concepción de los fantasmas como reproducciones en acto. Al afirmar que la realidad en que los fantasmas se reproducen no es otra que la de la transferencia (2005, p.74), deja expuesta la pobreza de su articulación. Este abordaje conduce a ubicar al fantasma como parte de las producciones psíquicas -junto al sueño y a la alucinación- a las que llamó "formaciones del objeto *a*" (p.46).

Con respecto al tratamiento teórico del *acting out* y su relación con el fantasma se destaca lo abordado por Guy Le Gaufey en un artículo titulado "L'acting-out: la perte et le manque". Según este autor, la posibilidad de una eventual interpretación del *acting out* estaría dada por la particularidad de que *no supone significantes*. Esta aparente contradicción de una interpretación sin significantes se explicita más claramente en sus consideraciones siguientes: el *acting out* involucra *significantes*, pero "sin la sombra de un sujeto" que pueda allí ser supuesto. Además, este autor precisa que, por ser el *acting out* ininterpretable en eso que muestra, cualquier interpretación que apuntara "al sentido de lo que es mostrado" funcionaría

sólo como un pleonasma; sin embargo, eso no impide que en eso que designa "el *acting out* deje "la puerta entreabierta a la interpretación" (1976).

Le Gaufey especifica también que en la medida que el *acting out* que sobreviene en la cura está dirigido al sujeto supuesto saber, *acting out* y transferencia son homólogos. A esto puede oponerse el planteo de Ritvo, más cercano a los supuestos teóricos aquí planteados. Por el contrario, Ritvo sostiene que "la transferencia sin análisis es el *acting out* y el *acting out* sin análisis es la transferencia" (Ritvo, 2014, p.197), separando así claramente el *acting out* de la transferencia analítica. También es válida, pero limitada, la interrogación que Michael Gauguin efectúa al respecto, inquiriendo si sería legítimo postular una relación de equivalencia entre transferencia y *acting out*, o si habría que suponer en este último una ruptura con ella (1987, p.111).

Las consideraciones de Ritvo también contribuyen a precisar la relación del *acting out* con la interpretación desde otra perspectiva, distinta a la de Le Gaufey. Ritvo sostiene que "el *acting out* llama al corte" y, por lo tanto, en cualquier contexto que rebese el exclusivamente analítico, un acto de corte es una interpretación. A diferencia del *acting out*, el síntoma llama a la demanda del Otro, pero no a la interpretación (Ritvo, 2014, p.198), por lo que su inserción clínica se justifica como una "resistencia a la interpretación" (p.201).

De acuerdo con Le Gaufey, cuando el sujeto supuesto saber se eclipsa en la cura, el *acting out* expone la dimensión de pérdida que habitualmente enmascara con la figura de la falta. Apoyándose en el caso freudiano de la *joven homosexual* el autor puntúa una articulación entre fantasma y *acting out*, indicando que el forzamiento de lo real impide el despliegue del primero, lo cual da lugar al impasse que el segundo representa (1976, p.13).

En la búsqueda de precisar aun más las condiciones de formación del *acting out*, Le Gaufey señala que es una respuesta a la introducción de un *a* en la escena que generaría angustia; es decir que ante la inminencia de una castración simbólica el sujeto sacaría a relucir una castración imaginaria. Eso le permite afirmar que, en lo concerniente a sus modos de producción, la angustia se diferencia del *acting out*. Aunque pueda existir un punto de contaminación del *acting out* por la angustia, subsiste un residuo de *inquietante extrañeza* por no haber estado el sujeto allí en lo que hizo: reconocer esta ausencia puede tener efectos de angustia (Le Gaufey, 1976, p.12). "Si el sujeto no tiene la disposición de su fantasma para regular su distancia respecto del objeto *a*, la manifestación de este último en lo real lo precipita en el *acting out*", con lo cual este último aparece como un procesamiento que supone una "reacción (*riposte*) en acto a la inminencia de *a*" (p.9).

En el *acting out* la significación no se cierra. Dicho de otro modo, el qué de lo mostrado no queda precisado. Por eso es que Le Gaufey inscribe al *acting out* en la fecha que retorna de *A* a *s(A)* en la parte inferior del grafo del deseo -expuesto por Lacan en "Subversión del sujeto...". En la parte superior, de lo ubica en el *Che vuoi?*, que va de la pulsión al significante del Otro tachado, sin que llegue a alcanzar la fórmula del fantasma. Estos desarrollos presentan la ventaja de hacer palpable aquello que estaría eliminado del Otro en el *acting out*. Si en el plano imaginario el *acting out* muestra qué le falta a la imagen (el  $-\phi$ ), en el simbólico "marca el tiempo de eliminación del Otro como tesoro de los significantes", tornando presente al Otro real como *das Ding*. En otros términos, el *acting out* vendría a designar al objeto *a* en los límites de la simbolización con que el sujeto se enfrenta (Le Gaufey, 1976).

El problema de la causa en análisis puede ser enfocado tomando en cuenta algunos análisis que Ritvo efectúa sobre el seminario *La angustia* de Lacan. La caracterización del deseo, en tanto efecto ligado a una causa cuya "necesidad de subsistencia" reside en ser "algo esencialmente no efectuado" (Lacan, 1962-63b, p.549), supone según este autor, un deseo que es efecto, pero que no posee causa eficiente; es decir, un deseo que, en tanto efecto, pasa "a la posición de causa [...] en relación al fantasma" (2014, p.172). La inhibición y la angustia serían los dos puntos extremos a partir de los cuales se puede localizar la causa (Ritvo, 2014, p.203). Entre estos extremos se ubica el síntoma, evocando la causa en el lugar en que puede surgir la transferencia. La condición para que surja la transferencia sería que se produzca un "descubrimiento de la disyunción entre el síntoma y la causa" (p.206). Estos desarrollos presentan la ventaja de abrir el espectro de problemas que involucran las

vicisitudes de la causa en la práctica, cuestión que permite indagar el estatuto que allí cobra el *acting out* en relación con el fantasma y el síntoma.

Desde otro punto de vista, Nasio se refiere al problema de la causa en relación con el fantasma, aunque de una manera escueta y somera, con una aseveración que no compartimos ya que se aparta de las concepciones teóricas de partida: "El objeto a es la causa motriz del fantasma y el significante [...] la causa eficiente" (2005, p.43). Assoun ha encarado brevemente el problema de la causa, estableciendo una distinción que no deja de tener su interés entre fantasma y fetiche: mientras que este último se sostiene de la materialización del objeto causa, el primero "se mantiene por su ausencia" (2010, p.91).

En lo referido a la inserción específica del fantasma en la transferencia es importante tener en cuenta la formulación de Safouan: "el discurso constituido de las asociaciones libres" progresa "hacia la revelación del fantasma" (1988, p.133). Acorde a lineamientos expuestos por Lacan en *Variantes de la cura tipo*, este autor se dedica a delimitar los carriles por los que debería moverse la interpretación, indicando que aquella que atañe al saber del analista actuaría como una sugestión ajena al criterio de verdad (p.150). Dado que no han precisado la pregunta que estructura al neurótico en relación con el Otro *¿Che vuoi? ¿Qué quieres que sea?*, algunos analistas no han elaborado una "teoría satisfactoria del fantasma" (p.172).

En relación con el estatuto de lo interpretable en la transferencia, cabe poner de relieve lo argumentado por Bach y Laplumé, quienes apuntan a rescatar, desde un ángulo novedoso, la distinción entre *repetición* y *transferencia* con la que tanto ha insistido Lacan frente al eclipse entre ambas en desarrollos de analistas posfreudianos. Los autores diferencian el estatuto de lo traducible en la transferencia, asociado a lo interpretable, del de lo invocado, al "abrigo de la transferencia" (Basch y Laplumé, 1991) que posee el estatuto de un eso no transferible que queda fuera de su economía. Esta conceptualización presenta la ventaja de delinear un camino para tornar pensable la cuestión fundamental en los desarrollos subsiguientes: el estatuto del fantasma en la transferencia analítica.

Con respecto al problema de la vinculación de la transferencia con la interpretación se destaca también el abordaje de Assoun, ya que la sitúa como punto de detención del acto interpretativo, calificándola de "operador de desgramaticalización" (2008a: p.126). Esta categoría podría presentar un interés especial para interrogar el lugar de la interpretación y la transferencia frente a la estructura gramatical del fantasma. Independientemente, el autor no desbroza en esa obra una de las vías privilegiadas por las que aquí se intenta avanzar, que refiere a la posible relación de la transferencia con cierta especificidad de la posición del analista. El planteo de Luis Gusmán, que se apoya en el mismo caso de supervisión epistolar de Freud al que se refiere Assoun, deja -en cambio- vislumbrar una determinada posición transferencial del analista operando como obstáculo a la declinación del síntoma, posición que se refleja en la manera en que la analista -Lou Andreas Salomé- habla de un caso. La intervención de Freud no apuntaría a otra cosa que a "hacer declinar la frase" (Gusmán, 1991, p.31), procurando "despojar al objeto de la consistencia con que la descripción de su interlocutora lo impregna" (p.33).

En relación con la articulación entre *fantasma* y *síntoma*, se destaca el abordaje que Assoun realiza específicamente con la particularidad del síntoma fóbico, al apuntar que alguien se vuelve fóbico al aproximarse peligrosamente "de una satisfacción fantasmática" en que está comprometida propiamente su organización como fantasma (2010, p.71). En el caso Hans, propone una disyunción entre el objeto fóbico y el fantasmático (p.72) y se refiere, a su vez, a la puesta en acto del fantasma, considerándola demostrada en primer lugar por el masoquismo (p.74).

Según Alberto Marchili, en un análisis se trata de operar con el nudo del síntoma "para desenredar la estrategia del fantasma". Por esta vía, el autor muestra el lazo indisoluble entre fantasma y síntoma, preguntándose si interpretar el síntoma no supondría de por sí la construcción del fantasma inconsciente (Marchili, 1985a, p.81). Una interesante indicación, aunque totalmente marginal, se encuentra en otro libro de Assoun. Con respecto al lugar del fantasma en transferencia y de la relación con el *acting out*, sostiene que "el momento del acto es aquél (*sic*) en que el fantasma 'implosiona' -aunque el sujeto tenga entonces la impresión de que se realiza-". Sitúa allí la aparición del fantasma como un operador de la



transferencia (Assoun, 2008a, p.91) e indica, en la fenomenología del estado transferencial, la emergencia del fantasma como aquello contra lo cual se tropieza (p.46).

En la obra referida, Assoun también da otras indicaciones de relevancia respecto del modo de acceso al fantasma en la práctica analítica, de lo cual se puede destacar su idea respecto de la confesión fantasmática válida: "aquella que es arrancada (*extorqué*) por la presión sintomática", puesto que el acceso al fantasma lo da el síntoma (2010, p.25-26). En cuanto a la posibilidad de su interpretación, sostiene que el fantasma revela "su núcleo de sentido al final del trabajo de descomposición, de *Zerlegung*" (p.41). Además, señala que el fantasma sostiene un "punto de resistencia", por mantenerse en el lugar de la no realización" (p.27) y caracteriza al pasaje al acto como un punto de satisfacción que "podría señalar el fracaso de la operación fantasmática", cuyo cometido sería el de mantener la represión (Assoun, 2010, p.83). Un planteo similar se encuentra en Guy Le Gaufey, pero enfocado en el *acting out*, es decir, sostenido en la idea de que es al *acting out* que conduce un fracaso del fantasma (1976).

En una singular lectura del historial del *Hombre de los lobos*, Haimovich hace notar cómo en el recorrido teórico de Freud signado por la disputa con Jung, se trataría de "devolver a la fantasía su carácter de eficaz"; cuestión que producirá, entre otras consecuencias, la revelación del trauma en su naturaleza fantasmática. Enfatiza que el lugar del trauma como nódulo patógeno, heterogéneo a las representaciones, será ocupado, entre otros conceptos, por el de fantasía (Haimovich, 1987 pp.101-103). Por su parte, Ritvo especifica el estatuto de lo fantasmático a partir de lo no constituido "que liga la marca significativa a un objeto informe" (2014, p.65).

Posee un interés especial otra lectura centrada en las intervenciones de Freud en el caso del *hombre de los lobos* por permitir situar el lugar que el analista puede ocupar en la transferencia: según Kreszes, el "breve episodio psicótico" (1987, p.109) del paciente con posterioridad al análisis con Freud puede ser asociado a restos de la transferencia no liquidados. En ese sentido, el autor vincula la evacuación de las asociaciones que produce Freud con sus intervenciones (la fijación de un plazo para el tratamiento y la promesa al paciente del restablecimiento de su actividad intestinal) con la evacuación de las heces a que el paciente era sometido al efectuársele enemas. Freud, "ubicado transferencialmente en el lugar del padre", somete violentamente al paciente al goce anal (Kreszes, 1987, p.111).

El autor se pregunta si esos nuevos síntomas intestinales, sobrevenidos luego de terminado el análisis, no serían un llamado que resulta de la posición transferencial en que Freud queda colocado. Aquí se podría ubicar la pregunta por la dimensión de *acting out* de dicho síntoma. Esta inferencia está apuntalada en la lectura de las intervenciones de Freud en su carácter de Otro consistente, que pone en juego un saber no barrado; desde esta perspectiva se sostiene que la anticipación del fin del tratamiento habría imposibilitado la liquidación de la transferencia (Kreszes, 1987, p.112). Estas consideraciones son válidas para problematizar los modos *activos* de intervenir sobre el fantasma por parte de Sándor Ferenczi, que pueden recogerse con el esbozo conceptual "fantasías forzadas" (2001).

El abordaje del *fantasma* en análisis desde el punto de vista lacaniano de l'*École de la Cause Freudienne*, permite destacar dos artículos publicados en dos números distintos de la revista *Ornicar*, cuyas autoras son Marie-Laure Susini y Laurence Bataille. A partir del análisis de una psicosis, Susini presenta la construcción del siguiente fantasma: "Yo soy la prótesis del Otro" (1985, p.126). De este despliegue en análisis, la autora concluye que un trabajo centrado en la función paterna conduce "en el proceso (*procès*) de la transferencia, a la reconstrucción del fantasma al cual el analista presta, no la permanencia de un medio circundante, sino su presencia. La articulación del fantasma deja al analista la carga (*charge*) del objeto *a*". Esta "carga (*fardeau*)" hace comprensible -según la autora- el deslizamiento de algunos analistas hacia un "imaginario maternal y reparador" (Susini, 1985, p.127).

El artículo de Bataille, titulado *Emma ou la fonction d'un fantasme*, ha sido muy bien caracterizado por Jinkis como uno de aquellos casos en que la palabra del analizante queda capturada en el entendimiento supuesto del analista (Jinkis, 1993, p.75-76). Cuestión que permite vislumbrar una doble degradación: de la teoría en tanto explicativa de la práctica, e, inversamente, de la práctica como ilustrativa de la teoría. El estatuto del fantasma en la clínica

no parece tener demasiada relevancia puesto que aparece capturado en esa degradación. Esta clausura del entendimiento parece verse sellada en la pregunta que se hace Bataille: ¿el fantasma de su paciente podría tener "función de interpretación?" (1993, p.25). Puede leerse además una caracterización descriptivamente pobre del fantasma cuando la autora desliza los siguientes interrogantes: "¿no es lo que permite al paciente nombrar su deseo? ¿O al menos de nombrar el objeto? ¿No es eso lo que ese fantasma permite a Emma?" (Bataille, 1993, p.26).

### **Abordaje propuesto y otras producciones teóricas actuales sobre el fantasma**

La propuesta es investigar la particularidad de la inserción del fantasma en la transferencia analítica desde una perspectiva novedosa, en la búsqueda de precisar sus distinciones respecto del fenómeno clínico del *acting out*. Un recorrido por diversas producciones teóricas que, según los enfoques, se alejan y se aproximan en mayor medida de este abordaje, ubica el horizonte problemático.

En la Tesis de *Doctorado en Psicología*, autoría de la Ps. Susana Splendiani (2012), se encuentra una exposición del fantasma que indaga de modo minucioso los distintos estatutos de la *Phantasie* (fantasía) en la obra freudiana. La autora enuncia la hipótesis, apoyada en el *retorno a Freud* de Lacan, de que el *fantasme* (fantasma) lacaniano debe ser construido en la obra freudiana. Sin proponerlo como teóricamente sistematizado, muestra cómo se lo vislumbra en los huecos e intersticios de los textos. Se efectúa también un recorrido detallado que indaga el valor doctrinal presente en las elecciones de los términos *fantasía* y *fantasma* para exponer, en la coyuntura institucional del psicoanálisis argentino, el impacto teórico que -en el plano internacional- produce Lacan apelando al término francés *fantasme*; para lo cual se acentúa que la cuestión no puede reducirse a un mero asunto de traducción. De la referida Tesis cabe destacar el apartado dedicado a problematizar la relación entre transferencia y fantasma, donde se plantean modos de articulación entre estas nociones en algunos historiales freudianos, relacionados en parte -aunque desde un enfoque diferente- a los desarrollos que constan en el Capítulo 2.

En *Leçons psychanalytiques sur le fantasme*, Paul-Laurent Assoun busca precisar el estatuto teórico del *fantasme* remitiéndolo a la *Phantasie* freudiana. Ubica el lugar psíquico de la *Phantasie* respecto de la realidad, demarcándola tanto de la *Realität*, lo cual la coloca como un "adentro psíquico"; como de la *Wirklichkeit*, cuestión que determina que se oponga como algo ficcional a aquello que efectivamente existe (Assoun, 2010, p.7). Este autor circunscribe al dispositivo fantasmático como una especie de montaje compuesto por un texto y un cuerpo, y acentúa "una sincronía física entre el *sujeto* del fantasma y el *yo* [*moi*] de la realidad". Con miras a circunscribir el problemático estatuto psíquico de este concepto, propone el sintagma oximorónico de "lugar atópico" (2010, p.9-10). Esta precisión presenta un interés especial para el abordaje aquí propuesto: por medio de este oximorón se despeja la dificultad en localizar psíquicamente al fantasma, una de las vías que permite dar cuenta de la negatividad que fundamenta a la noción. Cuestión que aquí será abordada en su articulación con la causa de una enunciación inconsciente, donde el deseo se sostiene en un horizonte de irrealización (diferente de la versión positivizada que se promueve desde el *acting out*).

Merecen destacarse también las caracterizaciones de Assoun sobre el fantasma como un "teatro del deseo en *trompe l'œil*" (2010, p.14), así como la articulación que propone entre trauma y fantasma, cuando lo caracteriza como filtro o *étouffoir* del primero. En el tercer capítulo se aborda la relación entre trauma y fantasma, aunque desde un enfoque diferente al de Assoun: se busca acentuar especialmente los puntos de articulación entre las diversas acepciones del trauma con miras a despejar el anudamiento en el plano de la estructura con la noción de fantasma. De lo abordado por Assoun es de relevancia destacar también el punto de vista tópico que adopta, que le permite detenerse en el carácter mestizo (*Misschlingen*) del fantasma e indicar "su aptitud para jugar en las fronteras" (Assoun, 2010, p.51), lo cual tiene por fin precisar aquello que Freud caracterizaba como reino intermedio (*Zwischenreich*). A raíz de eso, es puesta de relieve su conexión con el concepto de transferencia: *Zwischenreich* es

el mismo término al que recurría Freud para dar cuenta de ella en su carácter intermedio entre enfermedad y vida.

La fenomenología que se desprende de los historiales freudianos es ocasión para que este mismo autor examine el tipo de moneda que constituye el fantasma en el país de la neurosis. Al respecto, apunta que en los historiales más importantes "el bautismo clínico" de los pacientes está dado por los fantasmas fundamentales, por ejemplo, aquellos asociados a los lobos y las ratas en los casos en cuestión. Se buscará prolongar esta pregunta, pero abordada específicamente desde el punto de vista de las particularidades que adquieren esos fantasmas en el trabajo en transferencia. Algo de esto se deja vislumbrar en los desarrollos de este autor cuando, a propósito del relato del suplicio chino sobre las ratas, señala que, al relatarlo a su analista, el paciente "signa su captura angustiada y gozante en el escenario fantasmático" (Assoun, 2010, pp.68-69).

En la Tesis de Maestría de Celeste García (2017), titulada *La construcción de la fantasía en la experiencia psicoanalítica*, se encuentra un tratamiento de los modos de construcción en análisis a partir de la importancia otorgada a lo ficcional. García también se detiene a analizar el lugar polémico que ocupan las nociones de fantasía y fantasma en psicoanálisis. Por las características de su planteo metodológico y del horizonte problemático, dicha Tesis se diferencia del abordaje aquí propuesto. Ante todo, cabe destacar que no se considera específicamente el estatuto del fantasma en función de sus modos de articulación clínica con el *acting out*. La importancia que García otorga a lo ficcional para situar la construcción de la fantasía, "ante la imposibilidad del encuentro con una respuesta", se remite al imposible hallazgo de un "objeto idéntico y adecuado". Los desarrollos efectuados otorgan un lugar fundamental a la ética aporética que sustenta a la práctica analítica.

En *Escribir el masoquismo* Sara Vassallo aborda "la verdad de estructura" que se puede alcanzar a través del masoquismo primordial a través de la "posición del objeto-resto" y de "la lógica del plus de gozar". Al recuperar la idea de un masoquismo primordial, la autora muestra la "convergencia significativa entre la génesis del sujeto como resto del Otro" y "el fantasma masoquista propiamente dicho" (Vassallo, 2008, p.14). Uno de sus propósitos es dar cuenta de esa lógica que funciona en el inconsciente de todo sujeto, independientemente de cuáles sean sus síntomas (p.18). Especial importancia tienen sus desarrollos sobre cómo se pone en juego "la exclusión *representada* en el fantasma" a partir de lo planteado por Lacan en su sexto seminario -desde la perspectiva masoquista- como un modo de nombrar o representar el no ser.

Remitiéndose a lo apuntado por Lacan a propósito del caso Hans- la importancia que tiene el hecho que pueda imaginarse como una nada-, Vassallo muestra cómo ese contexto que excede el masoquismo permite dar cuenta de que "esa nada que debe ser *algo* toca la necesidad de *todo* sujeto de interponer una máscara para protegerse de lo real". (Vassallo, 2008, pp.26-27, *destacado en el original*). Esta máscara resulta fundamental para entender una de las funciones del fantasma en la estructura, más allá del caso específico del masoquismo. Los abordajes de la autora sobre los procedimientos narrativos de Dostoievski presentan un interés especial porque permiten dar cuenta de cómo, en algunos casos, la exclusión del narrador puede ser tramitada como una puesta en escena similar a la que produce el *acting out*, cuestión que es despejada especialmente a partir del deseo de muerte del sujeto en *El hombre del subsuelo*: "¿ese deseo de muerte, no se pone en escena (en el sentido de que el *acting out* pone en escena un real) por medio de la exclusión del narrador, 'anonadado' por los discursos que despliega a través de los personajes [...]?" (p.154). Más allá de este ejemplo puntual, apoyándose en diversos textos de Dostoievski la autora expone cómo "el 'no soy' en el fantasma" (que excluye al sujeto de la escena que contempla) tiene un valor estructural para todo sujeto (p.177).

Es preciso mencionar la exploración que esta misma autora efectúa de los fantasmas en la obra literaria de Jean-Paul Sartre a partir de las dos dimensiones del verbo ser que se presentan en la reflexión psicoanalítica (Vassallo, 2006, p.7). Allí emprende un abordaje de diversos textos de este filósofo, en la coyuntura problemática entre el ser y la existencia, abordaje que confluye con teorizaciones lacanianas sobre el acto, el fantasma y la ética. Se destaca especialmente en este libro la examinación aguda de los textos biográficos de Sartre,

sobre los cuales la autora despliega la pregunta de si no están estructurados "en torno a unos pocos fantasmas fundamentales" (p.132). Vassallo muestra que las articulaciones de Sartre sobre el proyecto de ser constituyen una "pseudo-teoría" que se elabora en "el plano del fantasma" (p.149).

Por otra parte, en un libro que excede ampliamente el campo de una teorización específica sobre el *fantasma*, presenta un singular interés la forma en que Ritvo se ha ocupado marginalmente de situar el problema del fantasma en la clínica. El autor coloca el acento en el "fantasma del completamiento del Otro" como un medio por el cual el paciente podría prestarse a una satisfacción del analista (Ritvo, 2014, p.266). A su vez, sugiere que, en las teorizaciones lacanianas, el eje transferencial transformado a partir de la problematización de la presencia del analista es lo que tiende a la "reelaboración del cierre a nivel de fantasma". Sin entrar en detalles que esclarezcan esta cuestión, el autor se detiene sólo en proponer que eso permite articular al fantasma con la lógica (p.270). Esta indicación no explorada presenta un singular interés para lo que aquí se busca desarrollar. Muestra que en sí mismo el fantasma no puede ser planteado como algo que se abriría al trabajo analítico, propiciando en tanto tal una posibilidad para la interpretación. Esto permite matizar otra expresión del mismo autor más arriba expuesta, la cual circunscribe al fantasma en la clínica en función de "la presencia transferencial del Otro" (2011, p.15). Como afirmación debe ser matizada a partir de algo en el Otro que funciona como sustracción en la transferencia es algo que será abordado en el tercer apartado del segundo capítulo, cuestión que permite exponer otras consideraciones fundamentales.

La importancia de la fantasía para la constitución de la realidad ha sido también abordada por Marchili, quien acentúa el papel que ella desempeña en la elaboración de la pulsión, de tal modo que pueda ser ligado lo compulsivo del proceso primario (1985b, p.22). Por su parte, al referirse también a esta cuestión, aunque desde un enfoque ligeramente diferente, Haimovich pone de relieve un vínculo de anverso-reverso entre fantasía y realidad, al que califica de estructura moebiana (Haimovich y Kreszes, 2011). En consonancia con este planteo, Assoun acentúa que, si el fantasma sostiene la realidad para el sujeto, lo hace a través de la función del objeto *a* que opera como un afuera del mundo que asegura el mantenimiento del "suelo de la realidad" (2010, p.92). En relación con eso, Haimovich introduce otras cuestiones derivadas al ocuparse también del lugar del fantasma tomando en cuenta la problemática de la constitución de la escena (Haimovich y Kreszes, 2011). Todos estos desarrollos sobre la relación entre la fantasía y la realidad son ajenos a los núcleos problemáticos aquí planteados; sólo esta última cuestión referida a la escena tiene relevancia para el abordaje a efectuar. Dicha noción permite interrogar al fantasma desde un ángulo específico para establecer distinciones clínicas fecundas respecto del *acting out*.

Desde otra perspectiva, también conducente a rescatar la importancia de la escena para situar el *fantasma*, es preciso destacar el modo de tratamiento de la novela familiar del neurótico efectuado por Juan Molina. El autor define al Edipo como aquello que hace posible la presentación de la fantasía sin formar parte de ella (2004). Por su parte, Luciano Lutereau se ha ocupado de dar cuenta del *acting out* como escena, busca poner de relieve las diferentes definiciones y funciones que este concepto tiene en la enseñanza de Lacan (2013). Estos desarrollos tienen un valor especial porque contribuyen a esclarecer cómo se pueden articular los conceptos de *fantasma* y *acting out* con la problemática de la escena. Sin embargo, en ninguno de los casos se problematiza una posible articulación entre fantasma y *acting out*. En un artículo de la Revista *Investigaciones en psicología*, Lucas Boxaca y Lutereau circunscriben la particularidad de la interpretación en psicoanálisis refiriéndola a la alteración del goce fantasmático; e indican, además, una posible articulación clínica entre interpretación y *acting out* (2012a). Del abordaje efectuado sobresale esta última indicación por la relación que mantiene con la problemática esbozada.

Por otra parte, en su obra *Actualidad del trauma*, Germán García establece algunas precisiones de interés respecto de la noción de trauma en relación con la causa, asunto que cobra particular relevancia. Pero sus desarrollos van en una dirección diferente puesto que no emprende una articulación con la problemática del fantasma. Pese a esto, puede destacarse de dicho abordaje el cuestionamiento del "abuso metalingüístico" que se encuentra en ciertas

corrientes anglosajonas de psicoanálisis, categoría que conlleva un interés especial porque permite pensar un modo que cobra la interpretación para algunos autores. Este abuso ha llevado a un "retorno masivo del concepto de trauma", cuestión que guarda una especial importancia por llevar a postular una falsa oposición entre la fantasía y el trauma (García, 2005, pp.6-7), de por sí cuestionable porque sería imposible pensar un "fantasma sin trauma, sin acontecimiento que lo despierte" (p.33). El *fantasma* en su estatuto traumático debe oponerse a la generalización del trauma que supone al individuo como correlato (p.59). De acuerdo con Ritvo, la noción de trauma debe ser precisada a partir de su doble cara, la del exceso y del defecto (2014, p.34); el lugar del trauma es el de la no significación (p.66). En lo concerniente a la relación entre fantasía de seducción y trauma, sostiene que deben mantenerse como dos nociones diferentes, que no se recubren la una a la otra, aunque "la fantasía de seducción envuelve al trauma" (p.38). La importancia de la articulación entre trauma y fantasma se aborda desde una perspectiva diferente en Capítulo 2, que acentuará la consideración ética del problema de la causa.

La presente propuesta alude a investigar la particularidad de la inserción del fantasma en la transferencia analítica desde una perspectiva novedosa que permita dar cuenta de su distinción del fenómeno clínico del *acting out*. Del artículo de Miguel Gutiérrez-Peláez (2013), publicado en la Revista *Desde el Jardín de Freud*, sólo se retiene, por su interés para la problemática esbozada, la articulación entre trauma y fantasías primordiales. En ese artículo se analiza "la vigencia de la concepción psicoanalítica del trauma" a partir de la indagación de los primeros bosquejos freudianos en relación con las fantasías primordiales. Su autor resalta el valor del trauma en relación con las neurosis de guerra e introduce, apoyándose en desarrollos de Eric Laurent, la idea de "psicoanalista trauma". En un artículo de la *Revista Universitaria de Psicoanálisis* -enmarcado en un proyecto de investigación UBACyT (2014-2017)-, Luis C. Sanfelippo (2013) establece un contrapunto entre las versiones de trauma presentes en la obra freudiana, pero sin considerar las vinculaciones que la noción tiene con el fantasma y con la problemática de la causalidad.

Con respecto a los diversos modos sucesivos de tratamiento del fantasma en la teoría lacaniana, Ritvo puntúa tres momentos fundamentales:

- 1) el fantasma como "equivalente a la producción narcisista", donde no puede ubicarse una distancia entre la noción de fantasma y la de imagen;
- 2) el fantasma como "montaje del objeto parcial" tal como aparece formulado en el Seminario *La angustia*, donde la analidad aparece como régimen fundamental (el sujeto se entrega al Otro como objeto, ofrecimiento no exento de la mala fe neurótica);
- 3) El fantasma en tanto escritura, lo cual también incluye a los abordajes topológicos que permiten circunscribirlo (2014, p.244-245).

Cabe agregar otra precisión de interés de este autor cuando enuncia que el concepto extenso del síntoma teorizado en el seminario el *El sinthome*, "no se opone al concepto de fantasía o de fantasma" (Ritvo, 2014, p.180).

Sobre la cuestión general del tratamiento del fantasma en Lacan se destacan también los planteos que -apoyándose en este último momento señalado por Ritvo- conciben al concepto como un axioma. En el libro *Sujeto y fantasma* Graciela Kait (2006, p.137) homologa el lugar del fantasma en la estructura de la neurosis al del axioma en un sistema deductivo lógico. Acorde a Jacques-Alain Miller, la autora enfatiza que el axioma fantasmático debe concebirse como una creación significativa pura, que officiaría de resumen de toda la producción inconsciente (Kait, 2006, p.137). Por su parte, Ritvo propone que la expresión *lógica del fantasma* sea leída como "escritura del fantasma" (2014, p.258). La relación del fantasma con la lógica es ajena a la problemática aquí planteada, sólo interesa recuperar su relación con la escritura en la medida en que permita dar cuenta del estatuto de la inscripción psíquica que supone y la articulación resultante con otros conceptos. Se destaca especialmente en este punto su vinculación con la problemática de la enunciación inconsciente.

En un artículo titulado *Del fantasma de la lógica... a la lógica del fantasma*, Arturo de la Pava Ossa (2016) sostiene un planteo totalmente distante que además resulta teóricamente objetable. Sostiene que Lacan se habría visto *obligado* a organizar su discurso con

elementos de la lógica proposicional moderna para construir un saber que tenga estatuto de verdad lógica. Opone la lógica del inconsciente -descubierta por Freud- con un supuesto *compromiso ético* de Lacan por *formalizar la lógica del fantasma*.

Existe cierta concepción de la clínica que ubica la construcción y el recorrido del fantasma como eje de la cura analítica (Yankelevich, 1999: 11). Desde distintas corrientes de orientación teórica lacaniana, el *fantasma* ha sido teorizado a partir de su valor clínico. Sin embargo, en algunas ocasiones, los planteos se alejan de la perspectiva de la que aquí se parte. Por ejemplo, algunos desarrollos se centran exageradamente en la concepción clínica del fantasma en función del fin de análisis, donde se amplifica desmedidamente un enunciado circunstancial de Lacan que localiza en el atravesamiento del fantasma la condición de dicho fin. Como referencia fundamental puede tomarse lo desarrollado por Erik Porge, quien pone de relieve que ello implicaría la asimilación de los *partenaires* de la situación analítica a cada uno de los dos términos de la fórmula del fantasma ( $\$ \diamond a$ ): el sujeto tachado quedaría del lado del paciente, mientras que el objeto *a* del lado del analista (2001: 277).

En correlación con tales desarrollos, también Kait expone el estatuto del fantasma para el fin de análisis: transformar "la relación del sujeto con esa significación axiomática absoluta" (2006: 134). Cabe destacar la lectura que Germán García (2005: 93) propone de la fórmula *atravesar el fantasma*, a la que considera "una operación indirecta del análisis", que no puede tener por tanto un lugar temático en el mismo, y que estaría ligada a una simple pérdida de interés (2005: 93). El atravesamiento del fantasma, una de las formas preeminentes de concebir el estatuto del fantasma en la clínica desde diversas perspectivas inspiradas en la enseñanza de Lacan, no es una categoría a la que se otorgue importancia a los desarrollos efectuados.

Aunque sin remitirse explícitamente a dicha categoría, David Kreszes aborda desde otra perspectiva la orientación ética de un análisis tomando como apoyo la noción de fantasma. Según el autor, el análisis produciría la transformación de las miserias fantasmáticas para dar lugar al infortunio de las profantasías, a las que les otorga el estatuto de "núcleo real" del fantasma fundamental (Haimovich y Kreszes, 2011: 136). En relación con las fantasías originarias, se destaca también el planteo de Assoun, ya que considera que las *Urphantasien* son "el punto de capitonado" de la doctrina freudiana de la fantasía (2010, p.90). Por su parte, García reserva un lugar aparte para las fantasías originarias homologándolas a los *a priori* kantianos (2005, p.19).

En relación con el *acting out*, es de fundamental interés su doble dimensión puesta de relieve por Sara Vassallo, en su libro *Sartre / Lacan*, al recapitular diversos momentos en que Lacan se refiere a la cuestión: la autora expone como puede ser pensado tanto dentro como fuera de la transferencia analítica (2006, p.259). Esa distinción interesa especialmente a los fines de los desarrollos a efectuar y cabe destacar que se vincula con la diferencia acentuada por Ritvo entre un tipo estructural de *acting out* y otro clínico. De acuerdo con esa lectura, el desplazamiento del *acting out* de lo clínico a su fundamento estructural recién se produce, entonces, a partir de *Lógica del fantasma* (Ritvo, 2005). Aquí se difiere en este punto puesto que se considera que ya en las formulaciones de los seminarios anteriores recientemente mencionados, aunque haya una prevalencia de la cuestión clínica, no dejan de estar menos presentes los fundamentos estructurales que le subyacen.

Vassallo enfatiza, además, que puede leerse el fenómeno del *acting out* como "prolongación de la sublimación" y destaca cómo se trata en él, de hacer pasar el semblante al escenario, mostrándose a la altura de la escena y poniéndose de ejemplo. La autora enfoca una distancia de relevancia, la que existe entre *acting out*, interpretación y pasaje al acto (Vassallo, 2006, p. 259).

Con respecto al discernimiento de la posición del analista respecto de la castración del Otro, es de destacarse lo especificado por Nora Nucenovich al situar al *acting out* como lo producido en respuesta a un Otro consistente que no vehiculiza la castración (2011). La autora, relejendo el análisis de Lacan del célebre caso de Kris sobre los sesos frescos, pone de relieve que, por interrumpir el circuito fantasmático, la interpretación del analista produce como efecto desarraigar al paciente del linaje, dejando al síntoma sin analizar y desencadenando un *acting out* (Nucenovich, 2011, p.153). Sobre la lectura de otro caso de

*acting out* desencadenado por intervención del analista -el de Ruth Lebovici comentado por Lacan en *El deseo y su interpretación*- debe considerarse un aspecto importante que Nucenovich apunta: determinada intervención sobre la "pasividad transferencial del paciente" pudo producir, por una parte, una inversión del fantasma de la voz activa a la pasiva y, por otra, el ingreso cristalizado del fantasma a la transferencia (2011, p.159). Los desarrollos de esta autora están muy ligados a los fundamentos teóricos en que se sustenta la problemática aquí planteada y son retomados en capítulo 4, al abordar en detalle el caso de Ruth Lebovici.

También Gauguin se detuvo en el análisis del *acting out*, tomando como referencia el cuadro expuesto por Lacan en el mismo seminario, a lo cual agrega una lectura entrecruzada con el cuadro de la *Lógica del fantasma*. En su interpretación el autor destaca que "la operación de la verdad desemboca en el *acting out*" (Gauguin, 1987, p.121) y acentúa que el *acting out*, al igual que el *fantasma*, podría ubicarse del lado de la denegación o del desmentido. También efectúa una llamativa repartición en que ubica al pasaje al acto junto a lo trágico, al acto del lado del humor, culminando por aproximar el *acting out* a lo cómico (p.124). En un artículo titulado "Pasaje al acto y verdad" Pablo Muñoz (2016) analiza "la génesis, delimitación y transformaciones del concepto de pasaje al acto" a partir los seminarios *La lógica del fantasma* y *El acto psicoanalítico* de Lacan.

En *Revista Universitaria de Psicoanálisis* Marta Gerez Ambertín (2000) propone un eje problemático apartado de los aquí propuestos, puesto que no resulta de la articulación entre fantasma y transferencia. Su artículo se aboca especialmente a interrogar los avatares de una cura psicoanalítica cuando ella se encuentra asediada por derivas de pasaje al acto y *acting-out*. En un número posterior de la misma Revista, Marisa Moretto (2004) consagra un trabajo a la construcción de la articulación entre transferencia e interpretación en la clínica psicoanalítica apoyándose en los conceptos de "rectificación subjetiva", sujeto supuesto saber y represión primordial, abordaje enmarcado en una perspectiva teórica muy distante.

Comparar las lecturas efectuadas por Jinkis y Colette Soler del célebre artículo técnico de Freud *Repetir, recordar, reelaborar*, ambas ubicadas en ámbitos psicoanalíticos atravesados por la enseñanza de Lacan -aunque de índole muy dispar-, puede resultar instructivo para desentrañar otro modo de pensar la articulación entre la práctica y lo nosográfico, que aquí sirve, además, como bosquejo inicial para indicar que la perspectiva del acto no debe quedar ahogada en la supuesta descarga motriz de pacientes *borderline* o límites. La importancia que tiene el *acting out* para abordar cuestiones clínicas de modo que no ahogue las problemáticas en respuestas nosográficas y que abra a otras consideraciones en el horizonte ético del acto, se ha de desplegar en capítulos posteriores.

Mientras que Jinkis pone de relieve cómo se han encontrado en dicho texto las excusas para "la reacción negativa terapéutica", es decir, para innovaciones técnicas que suponen cubrir el hiato de la resistencia (1993), Soler se apoya en dicho artículo para exponer su concepción del *acting out* como un fenómeno no externo al ámbito del análisis, que se sitúa como por "fuera de la esfera de lo que se dice" (1988, p.94). Con este planteo se deja traslucir una asimilación objetable del *acting out* a la versión más conductual y motriz del *agieren* freudiano.

Hay aspectos interesantes a destacar en los desarrollos de ambos autores. En Jinkis es notable el cuestionamiento a una concepción del *acting out* como un derivado directo de una lectura resistencial psicoterapéutica del referido artículo de Freud. Ha sido efectuada por parte de psicoanalistas ajenos a la influencia teórica de Lacan, cuyos desarrollos se aproximan, no obstante, a algunos de los supuestos de Soler. Jinkis señala que es en dicho artículo que se han inclinado algunos teóricos para introducir un modo del *acting out* inmerso en la "indistinción entre el *acting* y el acto, y el consecuente deslizamiento psicopatológico (*acting*, actuación, psicópata)" (1993, p.87).

Por su parte, Soler sitúa algunos elementos de interés para pensar al *acting out*, sin embargo, no se la sigue aquí en varios de los aspectos que expone. De una lectura cuestionable de la afirmación lacaniana de que "la transferencia es la puesta en acto de la realidad del inconsciente" (Lacan, [1964], 1973), la autora llega a una dicotomía esquemática e infructuosa: "rememoración y *acting out* están, al menos en parte, del mismo lado, el del inconsciente. Lo que está claramente del lado de la transferencia -puesta en acto- no es el

*acting out*, es el pasaje al acto, porque se opone al trabajo del significante" (Soler, 1988, p.96-97). La autora ubica la distinción entre síntoma y *acting out* en la presencia o ausencia de una queja del sujeto. El estatuto de la queja en la clínica se aborda en el capítulo dos, y en el capítulo cuatro específicamente en su relación con el *acting out*. Soler fundamenta su caracterización del *acting out* en su impersonalidad y agrega además que, mientras que el síntoma representa al sujeto, el *acting out* no lo hace puesto que no tiene estatuto de metáfora (pp.98-99).

Esta misma autora establece, a su vez, una distinción donde prevale la psicopatología en detrimento de la clínica, efectuando una correspondencia, por un lado, entre histeria y *acting out* y, por otro, entre neurosis obsesiva y la coyuntura entre inhibición y pasaje al acto (Soler, 1988, p.100). En cuanto al estatuto de la interpretación, Soler apunta que, aunque ella sea posible respecto del *acting out*, el problema está en que "no es admisible para el sujeto". Eso no le impide considerar que el analista debe responder de alguna manera al *acting out* e intentar detenerlo, puesto que el paciente se ha corrido de su posición de analizante (p.99). Por último, se destaca la apreciación de la autora sobre eso que puede ser caracterizado como *acting out* del analista: el desconocimiento del acto analítico (p.97).

Sara Glasman también elabora algunas apreciaciones de interés a raíz de ese artículo freudiano de 1914: *Repetir, recordar, reelaborar*. Su mérito es el entrecruzamiento con los problemas expuestos en el historial del *hombre de los lobos*, escrito casi contemporáneo, del que la autora destaca el hecho de que Freud coloque "en el lugar de la causa la escena primitiva al modo del análisis de las histéricas para proponer su derivación mediante el recuerdo"; mientras que la línea propuesta en el texto de 1914 supone vaciar "primero el lugar de la causa para situar luego solamente la operación de la verdad" (Glasman, 2006, p.66). Glasman pesquisa cómo, al retomar la cuestión del acto desde la *Wiederholen*, Freud podrá concebir un modo de la acción humana que destituye las limitaciones del aparato psíquico encerrado entre dos polos (p.59).

En un artículo publicado en la *Revista Investigaciones en Psicología*, David Warjach (2010) se ocupa de situar los aportes efectuados por Winnicott en la teoría a partir de las nociones de transferencia (en continuidad con Freud y Klein) y contratransferencia desde una perspectiva muy alejada de los núcleos problemáticos planteados. David Laznik ha analizado, desde otro punto de vista, cómo se complejiza "el estatuto de la transferencia" a partir de la importancia progresiva que va cobrando el concepto de pulsión en la obra de Freud, especialmente a partir del papel que toma lo no ligado en la transferencia en "Más allá del principio del placer" (2003). Su abordaje de la transferencia no guarda relación con la perspectiva aquí adoptada.

En la misma Revista, Lutereau (2014) publica posteriormente un artículo consagrado a dilucidar la posición del analista ante la angustia, del que interesa retener especialmente el tercero de los aspectos allí examinados, aquel vinculado con la manera en que el analista "responde a la angustia a partir de su destitución subjetiva y en tanto semblante de objeto causa del deseo". Sus sugerencias sobre el lugar del analista tienen una importancia clínica considerable, aunque las implicancias de la posición del analista son abordadas desde una perspectiva diferente, centrada especialmente en la configuración transferencial que imponen ciertos tratamientos del fantasma y sus relaciones con tramitaciones clínicas por la vía del *acting out*.

La Revista colombiana *Desde el Jardín de Freud* reúne en sucesivos números, diversos artículos que circundan el área temática delimitada. En *Agieren*, Pura Cancina (2010) indaga, desde ciertas formulaciones de Freud, las equivalencias entre el actuar y el fenómeno clínico del *acting out*. Se indaga el impacto sobre la conceptualización, el manejo de la transferencia y el "tratamiento del *acting out*", pero sin examinar las relaciones con el fantasma en transferencia.

Patricia León-López (2009) cuestiona "la oposición radical entre inhibición y acto". desde la temporalidad y expone los vínculos de la inhibición con el acto. El paso al acto y el *acting out* son planteados como franqueamientos forzados del deseo que pierden la conexión con el sujeto. En el mismo número de la Revista, Gérard Pommier (2009) expone el "fantasma de devenir psicoanalista", mostrando que el fantasma opera como una pantalla de la Cosa



freudiana, y Daniel Zimmerman (2009) establece, en otro artículo, las coordenadas del paso al acto desde la novela *Billy Budd* de Melville.

Otro número de la Revista *Desde el Jardín de Freud*, dedicado al síntoma, publica una serie de artículos más cercanos a la problemática planteada. Sin embargo, las focalizaciones puntuales en el síntoma relegan a un plano secundario las articulaciones aquí esbozadas. Sidi Askofaré (2012) define la experiencia psicoanalítica como una clínica del síntoma y se detiene en el lugar primordial que posee al comienzo y al fin de un análisis. Pura Cancina (2012) indaga, a partir de un caso de melancolía no psicótica, la producción de un "agujereamiento de lo imaginario"; se centra en el neologismo lacaniano 'troumatisme', que la conduce a ubicar al traumatismo del agujero como constitutivo del síntoma.

Desde otra perspectiva, Lutereau y Boxaca (2012b) analizan las transformaciones del síntoma en la cura psicoanalítica. Exponen sus diversos usos desde las siguientes variables: "las intervenciones del analista", asociadas a la modificación "del estatuto del padecimiento"; y "las elecciones del ser hablante", conectadas con las variaciones de la posición subjetiva en relación con el síntoma en el tratamiento.

Un artículo de Gerez Ambertín (2012) en esta misma Revista recorre la duplicidad del estatuto del síntoma en psicoanálisis. Se apoya en la obra freudiana y en la enseñanza de Lacan para destacar la dualidad del síntoma, y opone de un modo tajante el estatuto de una formación o "envoltura formal" al de una satisfacción pulsional o goce. Se acentúa que la duplicidad del síntoma permitiría tomar ciertos recaudos en la dirección de la cura. Esta disyunción de la práctica en función de diversas modalidades de síntoma puede ser contrapuesta a un abordaje del síntoma en transferencia enfocado, en cambio, a partir de la tensión clínica entre fantasma y *acting out*.

En un número posterior de la Revista, Kelly Dávila Córdoba (2016) se detiene en el papel que ocupa el síntoma en las discusiones actuales, en relación con ciertas "posiciones subjetivas contemporáneas". La autora circunscribe al síntoma en relación con la verdad, precisando su implicación en los lazos sociales. En cuanto al papel del síntoma en la práctica analítica, se destaca una orientación guiada "por la recuperación de goce inherente al síntoma". El abordaje de Dávila Córdoba toma una dirección lejana de los supuestos teóricos que aquí orientan la problemática y su abordaje.

El recorrido de diversas producciones permite esbozar las siguientes apreciaciones:

- En primer lugar, se destacan abordajes apoyados en supuestos teóricos distantes.
- En otros casos, se vislumbra un tratamiento conceptual más cercano al presente enfoque. Se encuentran algunas sugerencias de interés para ser tenidas en cuenta, retomadas y profundizadas. En otros casos, ocupan un lugar marginal en los artículos o investigaciones relevadas.
- Otras producciones permiten acentuar un abordaje más distante desde el punto de vista conceptual, aunque las formas de afrontar la articulación entre lo teórico y lo clínico se conectan más estrechamente.
- Por último, cabría destacar tratamientos de cuestiones conceptuales que poseen una alta relevancia teórica para los desarrollos posteriores, aunque en algunos casos aparezcan planteados por fuera de estas articulaciones.

## **Alternativa metodológica**

Una característica fundamental de la alternativa metodológica es problematizar el estatuto del fantasma dentro de las encrucijadas conceptuales que lo ubican como una noción indispensable para la clínica psicoanalítica. La necesidad teórica y clínica de su operatoria se justifica desde una vía que busca distinguirse al de ciertas versiones expandidas actualmente, que abordan al *fantasma* de un modo abstracto y con pretensiones formalistas.

Se parte de la consideración de uno de los aspectos críticos más relevantes en la enseñanza de Lacan: el modo en que problemáticamente ha leído e interrogado posicionamientos clínicos en teorizaciones de otros analistas. Esto cobra un interés especial para su recuperación como lineamiento metodológico. Rescatar este aspecto de lectura crítica, se asocia a la posibilidad de retomar, desde la alteridad que impone a los conceptos

la pregunta clínica, las teorizaciones incipientes de analistas pertenecientes a diversas corrientes teóricas.

Desde el punto de vista metodológico, resulta fundamental el análisis de esbozos de teorizaciones que se proponen dar cuenta de ciertos efectos de la práctica analítica, a los fines de constituirlos en interlocutores para entablar un debate teórico. En principio, cabe destacar que estas consideraciones exigen rechazar una concepción de la teoría que, al proponerse revestida de un semblante de consistencia y cobijarse en su propia perpetuación autoabastecida y autoreferencial, le quita a los descubrimientos del psicoanálisis la potencia argumental que resulta de su tensión con lo clínico. La bella metáfora freudiana de los seres unicelulares que mueren a causa de los productos catabólicos que ellos mismos segregan, oficia de clara ilustración de una teoría clausurada sobre sí misma.

Muchos desarrollos innovadores de Lacan, en el cuestionamiento de los fundamentos de la clínica instaurada por Freud, corren el riesgo de empobrecerse si no son confrontados con teorizaciones de psicoanalistas de otras líneas teóricas. Los entrecruzamientos pueden resultar extremadamente fecundos para el desarrollo de aspectos teóricos de total relevancia para la clínica psicoanalítica.

El abordaje propuesto es de tipo teórico y su producción se enmarca dentro del género ensayístico. Se analiza un corpus documental confeccionado en función de ciertos *esbozos teórico-conceptuales* seleccionados, pertenecientes a autores de diversas tendencias teóricas del psicoanálisis, algunos clásicos y otros más contemporáneos. La estrategia metodológica no supone partir de unos referentes teóricos inmóviles e inquebrantables, sino que conlleva la necesidad de interrogarlos y problematizarlos en función de los resultados y avances efectuados.

Los *esbozos teóricos-conceptuales* son teorizaciones incipientes, ni formalizadas ni instituidas como teorías consolidadas por los autores de los textos con que se confecciona el corpus documental. Se trata de diversos modos de registro de preguntas y efectos clínicos. Su pertinencia para el tratamiento de la temática está referida a la apertura de nuevas derivas e interrogantes en torno a la problemática planteada. Los *esbozos teórico-conceptuales* hacen posible, en sus conexiones con las categorías centrales, la problematización de diversos posicionamientos clínicos que impactan sobre el abordaje del fantasma en transferencia. El contraste de estos esbozos, en función del análisis crítico del corpus documental, permite abrir nuevos horizontes para el tratamiento de la problemática.

La posición metodológica adoptada no se propone un abordaje exhaustivo de casos específicos de otros autores que pretenden abarcarlos en su completud. En contra de una focalización exclusiva sobre determinados casos -con excepción del caso paradigmático de Ruth Lebovici, que presenta particularidades sobresalientes en los modos de exponer las articulaciones entre *acting out* y fantasma en transferencia-, el abordaje se detiene en ciertos detalles de diversos casos, captados en teorizaciones incipientes. Un centramiento exclusivo y exhaustivo sobre determinados casos, iría en desmedro de la problemática planteada y excedería el marco delimitado por los objetivos.

Como ejemplo de *esbozo teórico conceptual* al que se le otorgará estatuto de categoría fundamental, puede mencionarse la noción de "fantasía forzada" (Ferenczi, 2001, p.55). Este sintagma resulta de los planteos de una necesaria actividad del analista que fuerza la producción de fantasías cuando ellas son escasas en ciertos pacientes. Al respecto, se observa cómo una cuestión de especial relevancia, en las coyunturas expuestas por Ferenczi, el ingreso del analista como personaje de las fantasías. La examinación de las coordenadas clínicas que sustentan la introducción de esa categoría, en relación con otras teorizaciones del corpus documental, permite avanzar en la dilucidación de la dimensión de lo forzado en la transferencia como algo que también está en juego en otros singulares modos de conducción de la cura, independientemente de la apelación explícita a una noción o categoría similar. Eso permite abrir el espectro de indagación de la problemática desde otros interrogantes que posibilitan mayor profundidad en el abordaje propuesto.

¿Cuál es el parentesco de la fantasía forzada con el *acting out*?

¿Qué implicancias tiene para la clínica el hecho de que el analista ingrese como personaje de la fantasmática del paciente?

¿En qué medida esto se relaciona con el lugar que el analista puede ocupar respecto del gran Otro?

¿Y en qué medida permite enfocar la posición del analista en la función de objeto libidinal coagulado que impediría una apertura a la dimensión del Otro y a la tramitación simbólica de la castración?

Este ejemplo sirve aquí para mostrar cuál es la pertinencia metodológica de ciertas categorías construidas a partir del análisis del corpus documental. En tanto herramientas problemáticas permitirán el contraste y la confrontación con los supuestos que sostienen otras categorías de otras fuentes del corpus y permiten ampliar los horizontes de análisis.

El aislamiento de algunos *esbozos teórico-conceptuales* que posean estatuto de categorías de análisis ha de proseguir con la examinación y análisis del restante material del corpus documental. Para su abordaje teórico, el corpus se divide y clasifica de acuerdo a diversos criterios: a) según las distintas corrientes que puedan ser agrupadas por proximidades teóricas y clínicas. b) Según los contrastes establecidos en el espectro de indagación de la problemática, delimitado por la posición del analista en transferencia, por el modo de tratamiento del fantasma y por posibles efectos clínicos de *acting out*.

El *corpus documental* a analizar puede ser delimitado. En primer lugar, se interrogan los modos freudianos del *fantasma en transferencia* tomándose como eje algunos fragmentos de tres historiales clásicos de Freud: a) *el hombre de las ratas* (Freud, [1909], 1986), por poner de manifiesto una transferencia neuróticamente declinada e introducir un tratamiento muy singular del fantasma en transferencia; b) *el hombre de los lobos* (Freud, [1918], 1986), porque permite la apertura de interrogantes en relación con lo nosográfico y el trabajo sobre cierto registro narcisista estrechamente relacionado con la posición del analista, y fundamentalmente por la introducción de la construcción del fantasma desde la problemática de la función de la causa; c) *la joven homosexual* (Freud, [1920], 1984), caso “menos histérico” (Glasman, 1987, p.19), ejemplar para situar la pregunta por la relación del sujeto con el objeto, haciendo posible enfocar desde un ángulo peculiar el fantasma en transferencia en sus relaciones con el *acting out*; d) el *caso Dora* ([1905], 1978) para problematizar las especificidades de un modo histérico de transferencia, relacionado con la inauguración del método propiamente psicoanalítico, en función del estatuto del *agieren* en sus vínculos con el Otro transferencial.

En segundo lugar, se recorre el corpus documental relacionado con autores clásicos del psicoanálisis, en función de ampliar el abordaje de la problemática central con apertura de nuevos horizontes conectados con ciertas vicisitudes históricas del movimiento psicoanalítico. Se analizan algunos textos de Sándor Ferenczi, especialmente su *Diario Clínico* y sus escritos reunidos en el volumen *Teoría y técnica del psicoanálisis*, además de algunos bosquejos teóricos más tardíos, de fines de los años veinte y principio de los treinta. También se abordan las postulaciones de Otto Rank en *El trauma de nacimiento* con el fin de indagar las relaciones del trauma con el fantasma desde una perspectiva ética. En ese sentido se analizan, además, los supuestos que subyacen en el planteo de Sylvie Le Poulichet de una clínica de los acontecimientos traumáticos.

En tercer lugar, se analizan detalles de algunos de los casos examinados por Lacan fundamentales para la formulación de la problemática medular y de la hipótesis planteada. El objetivo de este recorrido es afianzar una rigurosidad conceptual en el tratamiento de ciertas categorías que permitan problematizar otro material del corpus documental. Cabría mencionar especialmente: a) el caso de Ruth Lebovici, comentado por Lacan en varias oportunidades ([1956-57a], 1994) ([1957-58a], 1998); b) el caso de *los sesos frescos* de Ernest Kris ([1951], 1988), analizado también en múltiples ocasiones; c) dos casos de Lucia Tower que conducen a vislumbrar ciertos efectos contratransferenciales en relación con la problemática de lo femenino en la transferencia ([1962-63a], 2004). Se incluyen nuevos detalles de casos y teorizaciones incipientes de otros autores -clásicos y contemporáneos- puestos en serie con los mencionados.

A todo el material detallado debe agregarse la importancia de la literatura crítica que trata diversos temas relacionados con los textos problematizados. La literatura crítica que comenta y discute -desde ciertas posiciones teóricas y clínicas a problematizar- hasta diversos aspectos teóricos, poseen una especial relevancia para entablar debates teóricos y avanzar

otorgando mayor rigurosidad. Aunque la referencia clínica pueda parecer aquí de segunda mano, este material es tan válido como los restantes para propiciar esbozos teórico-conceptuales para problematizar la posición clínica del analista ante el tratamiento del fantasma.

Tanto para la bibliografía como para los textos que conforman el *corpus documental* se adopta el siguiente criterio: los textos escritos originariamente en la lengua francesa, inglesa o castellana, se trabajan preferentemente en el idioma de origen, siempre y cuando se consiga obtener el acceso a la misma. Se considera siempre preferible trabajar con las traducciones propias, tomando por apoyatura las versiones originales de los textos. En caso de falta de acceso a la bibliografía en sus idiomas originales, y de existir diversas traducciones, se toma como material la que se considere de mejor calidad, indicándose las diferencias sólo cuando sean de relevancia, especialmente en el caso de la bibliografía que ocupa un lugar fundamental en el armazón teórico.

Varios de los Seminarios de Lacan, presentan muchas disparidades entre diversas versiones y traducciones. Independientemente de la preferencia personal por alguna de ellas, el contraste y manejo crítico de diferentes versiones, especialmente en francés, pero también en castellano, permite adoptar aquella que se considere mejor ajustada a la transmisión. También se han de explicitar las discrepancias sólo en la medida en que sean de relevancia para el tema tratado.

## CAPÍTULO 2

### El fantasma en transferencia y la estructura del deseo

---

Se parte de algunos historiales freudianos para problematizar la posición del analista en transferencia desde la perspectiva de la causalidad, y dar cuenta del abordaje de la causa en el proceso de la cura. Eso exige una exploración de la tensión entre ética y metapsicología en el horizonte del tratamiento transferencial del fantasma en análisis y sus posibles destinos.

Los destinos del *fantasma en transferencia* no son unívocos ni uniformes. Los diferentes historiales freudianos son un claro testimonio de ello, por lo que se presentaban como un terreno fecundo para analizar las diversas formas de tramitación de la relación entre transferencia y fantasma. Los historiales que se examinan permiten indagar distintos aspectos singulares. El contraste entre ellos ilumina diferentes problemáticas de relevancia que pasarían desapercibidas si se los analizara aisladamente: 1) la productividad analítica del *fantasma* desde la neurosis de transferencia; 2) las limitaciones para el trabajo con el *fantasma* en la coyuntura entre manifestaciones transferenciales y vicisitudes del acto; 3) las distintas relaciones entre transferencia y formaciones del inconsciente en el abordaje de la causa de las neurosis; 4) las distintas articulaciones posibles entre deseo, deseo del Otro, demanda al Otro y demanda del Otro; 5) las formas en que se entran los objetos voz y mirada en las operatorias de la interpretación y la transferencia.

Se parte del análisis del *hombre de los lobos* para dar cuenta de un modo ejemplar de incidencia de la posición del analista en el trabajo sobre el fantasma. Con el recurso de una incipiente técnica activa se hace posible el acceso al fantasma, que al comienzo se rehusaba. Como se verá, importa menos la técnica en sí que la posición transferencial del analista. El deseo de saber que opera en el analista impone un modo particular de tratamiento de la causa que la coloca en manos del Otro, instaurando la singular ficción de un acceso directo (estructuralmente imposible) a la captación del *fantasma* en el presente del análisis.

En segundo lugar, se aborda el caso del *hombre de los ratas*. A partir de un contraste con el caso precedente, se observa aquí cómo el trabajo con la causa resulta eficaz pese a la falta de un acceso directo al *fantasma*. Aquí, el *fantasma* se sirve de la transferencia diluyéndose en ella, y es en este punto que puede tramitarse analíticamente. El lazo transferencial se entrama con un singular trabajo inconsciente del deseo. Por esta razón, el análisis de este caso permite acceder de modo esclarecedor al trabajo con la causa inconsciente en el fantasma a partir de las formaciones de las neurosis de transferencia.

Las diferentes formas larvadas de acto que prevalecen en el obsesivo permiten interrogar los modos en que el *fantasma* se entrama con el Otro en la transferencia analítica. La faz resistencial de la transferencia es manifiesta en las notas originales que Freud redacta diariamente sobre el caso, donde se vislumbra la imposibilidad de registro en la escritura del estatuto del fantasma en la cura. Por el contrario, la escritura del historial clínico permite establecer, retrospectivamente, la eficacia del acto en dicho análisis en relación con el trabajo del fantasma en la transferencia, con la consiguiente escritura posible de los efectos de la transferencia analítica sobre el fantasma.

Por último, el análisis del tercer apartado se enfoca en el contraste entre el caso *Dora* y el de la *joven homosexual*. Eso permite dar cuenta de los escollos de la posición transferencial del padre para que el análisis transcurra en un ámbito psíquico relacionado con un conflicto inconsciente. Además, hace posible captar un modo específico de transferencia en la histeria (por la especial prevalencia del *agieren*), que conlleva un posible deslizamiento del fantasma hacia un *acting out* que interrumpe el lazo con el Otro transferencial.

El contraste tiene la ventaja de iluminar de modo más claro dos especies de extremos de la histeria: aquel para el cual está el modelo ejemplar de *Dora*, en que el tratamiento del *fantasma* es solidario la emergencia del sujeto de la enunciación, aunque su constitución parezca confinar siempre con la posibilidad de un *agieren* relacionado con la interrupción del lazo transferencial, y aquel representado por el célebre caso de la *joven homosexual*. Este segundo extremo se caracteriza por conducir el discurso histérico a su límite interno, donde prevalece el *acting out* como modo de tratamiento del *fantasma* que rechaza el encuentro con

el Otro a partir de la castración. La positivización del objeto en el plano de la causa está asociada a una superposición entre los objetos voz y mirada.

### **El hombre de los lobos: la causa en transferencia y el abordaje del fantasma**

El caso publicado con el título *De la historia de una neurosis infantil*, reconocido como el *hombre de los lobos*, especie de bautismo clínico, presenta interés un teórico particular por diversas cuestiones. Aquí se rescatan puntualmente dos: el complejo discernimiento de la cuestión diagnóstica, que bordea toda la problemática de la insondable causa de la neurosis. y el tratamiento que lo imposible de la causa recibe en análisis a partir de la posición transferencial del analista. Al paciente Freud lo atiende en su edad adulta; sin embargo, el foco del interés teórico freudiano está colocado en la neurosis infantil que el análisis permite *construir*, como lo manifiesta el título con que se publica el historial.

### **Construcción del caso y problemática diagnóstica**

La prevalencia de la técnica de la construcción en este tratamiento debe ser articulada con un aspecto que impacta en la escritura de esta *Krankengeschichte*: el historial está *construido en desenfoque* respecto de los trayectos que toma la neurosis en su actualidad, es decir, en la contemporaneidad del tratamiento. Como si aquí, más que en ningún otro caso, la *Krankengeschichte* fuera literalmente eso que la descomposición del vocablo alemán expresa: una historia del enfermo y no un historial clínico, como se traduce habitualmente. No se acentúan aquí el tratamiento y la deriva de lo sintomático en el análisis, como ocurre con los historiales del *hombre de los ratas* y de Dora. El término *Krankengeschichte* con que se agrupan los diversos historiales freudianos, no bastaría por para instituir una continuidad sin fisuras, justificada en el lugar protagónico del enfermo en el drama relatado. -Paul-Laurent Assoun acentúa esto para distinguir la posición del enfermo en los historiales de aquella que ocupaba en los *Estudios sobre la histeria* (1994, p.312).

El caso de la *joven homosexual*, que se examinará luego, se ubica en una especie de extremo opuesto al del *hombre de los lobos*. No hay en él elementos suficientes para constituir un historial clínico, el conflicto psíquico del trabajo sobre el síntoma queda en segundo plano y cede su lugar al *acting out* como modo de configuración transferencial (el discurso del sujeto se eclipsa en la relación con el Otro). No se constituye propiamente ni una historia del síntoma en tratamiento ni del enfermo.

Para dar cuenta de la escritura del historial del *hombre de los lobos*, es preciso hacer notar los planteos de Masotta sobre la estrecha ligazón entre el "*concepto de la exposición*" del caso y la técnica de la construcción preconizada. Eso permite fundamentar lo profundamente antiempírico de este historial, aspecto por el cual se contrapone especialmente al caso Dora. En el *hombre de los lobos*, "el presente -dice Masotta- está en *off* con respecto al texto. El texto, que tampoco está en pasado, es una reconstrucción de sus referentes" (1976a, p.130).

Previamente al encuentro con Freud, el paciente había consultado con diversos psiquiatras, entre ellos Emile Kraepelin. Se le había otorgado un diagnóstico -con el que Freud disiente- de una insania maníaco-depresiva. Para éste, se trata sólo de la secuela de "una neurosis obsesiva que se extinguió de manera espontánea pero sanó deficientemente". Antes de cumplir cuatro años, el paciente padece una histeria de angustia, la fobia a los lobos, que se muda más adelante en una neurosis obsesiva con tonalidad religiosa y cuyas ramificaciones llegan hasta sus diez años de edad (Freud, [1918], 1986, pp.9-10). La primera manifestación de la enfermedad no se limita a la fobia, también tiene aspectos de una histeria de conversión (p.103).

En el temprano seminario en que Lacan aborda el caso se plantea el diagnóstico como una *superposición* entre un pequeño núcleo histérico, una formación infantil de neurosis obsesiva y una estructura paranoica de la personalidad (Lacan, 1952, p.4). Llamativamente Lacan deja de lado la fobia, una de las cuestiones más sobresalientes de la historia infantil, para su caracterización diagnóstica.

La caracterización del caso como una estructura paranoica de la personalidad, más allá la importancia que adquiere en el contexto puntual de teorización de Lacan, en que se destaca el lazo estrecho entre paranoia y estructura narcisista del yo, implica algo fundamental que permitirá dilucidar el entramado de esta neurosis en análisis.

Cuando empezó el análisis, el paciente era totalmente dependiente e "incapaz de sobrellevar la existencia" (Lacan, 1952, p.9). Este rasgo, sumado a la paranoia que se desencadena luego de la finalización del análisis con Freud, determina que el caso haya sido caracterizado, a partir de diversos sectores del movimiento psicoanalítico posfreudiano, como *borderline*.

En contra de eso, con la acentuación de las dificultades planteadas por el caso al discernimiento diagnóstico, se propondrá otra vía para pensar sus particularidades en relación con la causa de la neurosis, más allá de la etiqueta de *borderline*, que suele clausurar la pregunta por los destinos transferenciales de la causa de la neurosis. En ese historial se dejan algunas cuestiones abiertas y respuestas tentativas al problema de la causa de la neurosis. Ávido de saber sobre la causa infantil, Freud se inclina por momentos hacia posiciones transferenciales que tocan el límite de lo analítico.

### **Causa, transferencia y deseo de saber**

La excepcionalidad de este caso, que pareciera confinado a los bordes de las psiconeurosis habituales, está presente en el abordaje freudiano. Esto se destaca si se tiene en cuenta el discernimiento sobre las cuatro causas de contracción de una neurosis bosquejadas en "Sobre los tipos de contracción de neurosis". Salta a la vista en ese esquema hasta qué punto no hay lugar para este caso en las series propuestas, laguna en los tipos habituales de contracción de neurosis: 1) frustración (*Versagung*) por la pérdida de un objeto real del mundo exterior; 2) búsqueda de adaptación a una exigencia de la realidad; 3) inhibición del desarrollo vinculada a la fijación de posiciones libidinales antiguas, 4) estasis libidinal producida por un acrecentamiento de la libido (Freud, [1912b], 1986, p.239-243).

Freud muestra allí que estas cuatro posibilidades introducen diferentes aspectos que convergen en un núcleo fundamental: la exigencia de una satisfacción libidinal que se encuentra una falta en el plano del objeto. Ahora bien, en el *hombre de los lobos*, se trata de algo muy diferente que escapa a la serie prevista. Novedosamente, la problemática se desplaza al plano del yo, cuestión que exigirá establecer otro factor provocador de una enfermedad: la frustración narcisista (Freud, [1918], 1986). Ahora bien, el narcisismo puesto en el lugar de la causa del enfermar se relaciona con los efectos patógenos del análisis ligados a la posición transferencial de Freud. El lugar del narcisismo en la construcción del caso no es ajeno a los efectos patógenos de la transferencia forjada en el lazo con Freud.

Además de la importancia clave que adquiere la noción de construcción, se introduce en este tratamiento un rudimento de técnica activa. La primera ocasión de su emergencia ocurre cuando se fija un plazo para la finalización, que se proponía intervenir de modo directo sobre las resistencias que bloqueaban el avance de la cura. Esta detención no satisfacía, por la escasez del material aportado, el ferviente deseo de saber de Freud, punto decisivo en la configuración transferencial. La fijación de un plazo producirá hondos efectos en el paciente: una gran conmoción tiene lugar e instituye un análisis atípico por la supresión momentánea de la resistencia. Freud destaca una especial lucidez del paciente que aproxima del discernimiento hipnótico (Freud, [1918], 1986, p.12-13).

Ese caso paradigmático está marcado por esta licencia técnica de Freud, de profundos efectos en la relación transferencial. La fijación del plazo para la finalización del tratamiento inclina ocasionalmente el análisis en el sentido de la hipnosis, donde la inserción del analista en transferencia se asocia a la obturación del vacío causal. La causa indeterminada de la neurosis, que Freud insiste tantas veces en no obturar, se encuentra aquí reabsorbida por su deseo de saber teórico. Eso no resulta ajeno a la elevación del análisis de este paciente a un caso paradigmático. Varios bosquejos teóricos del historial permiten pensar cómo la posición transferencial del analista se relaciona con la obturación de la causa. Por ejemplo, al enunciar que el paciente aceptó su convencimiento sobre la "causación de la neurosis infantil" (Freud,

[1918], 1986, p.32), Freud deja entrever muy claramente cual es la singular posición de saber desde la cual se opera en análisis para la construcción del caso: un deseo de saber enfocado específicamente sobre la neurosis infantil que lleva a que el discurrir de esa cura se produzca como en el desfase entre el relato del historial y las vicisitudes del tratamiento. El efecto fundamental de eso es la elevación de la construcción al lugar de una categoría central.

El valor preponderante que adquiere aquí es el síntoma de que la enfermedad actual del paciente es relegada y segregada en la transferencia en pos de los intereses teóricos que guían la escritura del historial. El movimiento fundamental del análisis está ligado al deseo de saber de Freud, que introduce un desvío en el tratamiento donde la neurosis infantil se aloja como causa positivizada.

Para evitar confusiones, es importante hacer la salvedad de que eso no implica que la construcción teórica que se transmite en la escritura del historial se mantenga al margen de la corrosión que quita a la causa un fundamento determinista. Tal como se muestra en el capítulo 3, la importancia que cobra la escena primordial no implica un trauma que agote la causación en términos deterministas, sino que muestra el empalme de la causa con el registro de lo real. Al respecto, cabe señalar cómo Lacan se apoya en la ambigüedad de la apelación freudiana a la realidad para mostrar que lo escondido detrás del fantasma no remite a una supuesta objetividad, sino a lo traumático en su estatuto real (Lacan, [1964], 1973).

"Mi descripción tratará entonces de una neurosis infantil" (Freud, [1918], 1986, p.10). Esta sentencia registra el desvío por la neurosis infantil en el empalme entre la causa de la neurosis y el tratamiento transferencial producido en análisis. Existe una congruencia entre la posición de saber con que se construye el caso paradigmático de neurosis infantil y la posición desde la cual se opera transferencialmente. Ese querer saber sobre la neurosis infantil parece haber relegado, en el tratamiento transferencial efectuado, el malestar actual del paciente que deja registrado la escritura del historial.

Nuestro trabajo terapéutico se aplicó a una posterior neurosis reciente y las noticias sobre aquellos problemas más tempranos sólo pudieron obtenerse cuando la trayectoria del análisis nos alejó por un tiempo del presente, constriñéndonos a transitar por el desvío de esa época primordial infantil (Freud, [1918], 1986, p.18).

Cabe preguntarse si la neurosis infantil fue solamente un desvío eventual o si se trató, por el contrario, del movimiento fundamental del análisis, conducido por un deseo de saber que traslada la causa de la neurosis en la infancia. Esa vía progresiente de la causación queda privilegiada también por la coyuntura que implica la discusión teórica con Jung, que Freud cuestiona por limitarse sólo a la perspectiva regrediente, colocando todo el peso causal en el accidente ocasionador en dimensión actual (Freud, [1918], 1986, p.18).

Uno de los motivos que sustenta la idea de que el saber teórico sobre el caso interfiere en el tratamiento de la causa efectuado, es que la disyunción entre trabajo terapéutico e investigación sobre el caso -principio que Freud promueve para la teorización- no fue respetada como tal en la construcción de ese historial. Esta regla que instituye a metapsicología freudiana en su afectación por la clínica se relaciona con la ausencia de transmisión en presente y de modo presencial. En ese punto el *hombre de los lobos* funciona como caso ejemplar, donde la construcción interviene como respuesta que pone en suspenso esa falta de referente empírico que instituye como tal a la práctica analítica. La construcción del caso en el plano expositivo es un modo de réplica de esa la construcción que opera como herramienta en el tratamiento, es una suerte de repetición a destiempo en el plano de la escritura, de la construcción utilizada como argucia técnica ante lo escurridizo del abordaje transferencial del *fantasma* en la práctica. Como si -en definitiva- se buscara reconstruir un referente inexistente.

A contrapelo de la regla que promueve la escisión entre tratamiento e investigación, la construcción del caso del *hombre de los lobos* está marcado por un deseo de saber que sostiene el análisis. La reabsorción del caso por el saber teórico sobre la neurosis infantil lo destinaría a ser un componente decisivo de esos *cinq psychanalyses* que reúne la clásica edición francesa. La espera para la publicación del historial (entre tres y cuatro años luego de



la finalización del primer análisis con Freud) pareciera testimoniar en favor de lo contrario, es decir, de un resguardo del saber respecto del curso del tratamiento, no termina por ello de constituir un motivo suficiente para atenuar la justificada sospecha de una vulneración de la regla *princeps* en favor del deseo de saber inmiscuido en el desarrollo del análisis.

En resumen, el lugar preponderante que tiene la construcción en el caso del *hombre de los lobos*, tanto en el plano de la técnica como en la escritura del historial, es la cara manifiesta de la relegación del malestar actual del paciente, apartado en favor de los intereses teóricos que guían la escritura del historial. Resulta llamativa la insistente disculpa de Freud hacia el lector -manifiesta en ciertos giros argumentales del historial- cuando se ocupa, por momentos, demasiado de las particularidades de la enfermedad actual, como si confesara que, a pesar de su interés teórico, el tratamiento analítico lo hubiera empujado a detenerse en un conflicto actual, aunque hubiera preferido abocarse exclusivamente a la construcción de la neurosis de infancia.

## **Bordes sugestivos de la transferencia**

La obsesión de Freud con el sustrato de realidad de la escena primitiva en sus efectos sobre la posición transferencial fue tempranamente localizada por Lacan: "su análisis fue influenciado por la búsqueda de Freud a propósito de la realidad o de la no realidad de las escenas primitivas y se ven, ahí también, las estrechas relaciones entre la transferencia y la contratransferencia" (Lacan, 1952, p.21).

Si se tienen en cuenta los desarrollos posteriores de Lacan, la atmósfera de fondo de esta transferencia puede cernirse en los términos de objeto *a* no del todo separado del ideal del yo, separación que circunscribe a la transferencia en su diferenciación del Otro hipnótico. La hipnosis se caracteriza por la presencia de un objeto como obturador del ideal, conduciendo a su eclipse y comprometiendo su función, como bien lo mostró Freud ([1921], 1986). Un tapón de cristal, o cualquier cosa puede desempeñar "la función de la mirada en la hipnosis" ([1964], 1973, p.303), lo importante es que el *a* quede como tal positivizado aboliendo el vacío de la causa. El objeto positivizado tapona el vacío en la mirada, sustracción necesaria para el sostenimiento del ideal del yo, fundamento de la tensión ética del deseo.

Lo planteado por Lacan permite profundizar precisar estructuralmente cómo en la hipnosis se confunde el "significante ideal" con el *a* ([1964], 1973, p.304). Esto implica que el objeto *a* deje de operar como vacío que sostiene al ideal como fundamento del deseo del sujeto tensado con el deseo del Otro. El efecto de esto es que el ideal pierda su anclaje estructural del lado del sujeto, asegurado desde el rasgo unario y quede en cambio comandado por la posición transferencial del Otro.

El resultado es la supeditación del sujeto al Otro en un lazo hipnótico. El rasgo, al inscribir la diferencia singular del sujeto en el campo del Otro, se ve afectado en su función. En consecuencia, el deseo pierde esa *Spaltung* desde la cual emerge como margen en la trama entre las demandas del sujeto y del Otro. El deseo, marca de esa resistencia del sujeto a hacer comunidad con el Otro, queda comprometido. En cierta medida, esto reinstala el apogeo de la demanda, al ponerse en juego una ambigüedad entre los lugares del sujeto con el Otro, bien explicitada por Lacan en su quinto seminario ([1957-58], 1998]), aunque específicamente desde el punto de vista de la estructuración del sujeto.

En este nivel de degradación hipnótica de la causa, queda comprometido el axioma lacaniano que plantea a la causa como estructuralmente perdida, cuestión que se registra como una cojera relativa al orden de la causa en la estructura ([1964a], 1973). Si la causa deja de cojear, se altera su estatuto inconsciente que la cifra como imposible. En consecuencia, la causa es desalojada del sujeto como un problema que le es propio y le concierne. Eso no implica dejar de lado la carga paradójica que afecta a la noción de responsabilidad, resultado de la atadura de la causa con el determinismo del Otro. Cuando la cojera se anula, la causa queda instalada en el campo del Otro, de tal modo que colapsa la diferencia entre causa y ley significante, como si ley significante y causa terminaran por confluir.

La operación analítica se puede plantear, en contraste con la hipnosis, porque mantiene la distancia entre el *a* y el ideal. En la última clase del seminario *Los cuatro conceptos...*, se afirma que lo característico del deseo del analista es reconducir la demanda a la pulsión, luego de que ella fuera apartada de esta última por la transferencia ([1964], 1973, p.304). Esta afirmación, un tanto oscura al principio, se aclara si se tienen en cuenta las consideraciones precedentes: si la transferencia tiene la aptitud de apartar la demanda de la pulsión es porque ella se instituye, en un primer movimiento, como transferencia salvaje. En dicho punto, la transferencia, enlazada a la demanda, viene a ubicar al objeto en su función causal del lado del Otro, separándolo así de la pulsión (que se define como un esfuerzo que parte del sujeto, sin que esto cifre el problema de su origen, en búsqueda de una respuesta en el Otro). En un movimiento contrapuesto, el deseo del analista, que constituye precisamente a la transferencia en su especificidad psicoanalítica, erradicando su carácter salvaje, se instaura con la operatoria negativa del objeto *a* (que contrasta con la positivización hipnótica).

Eso permite decir que el deseo del analista se constituya en la no respuesta a la demanda de saber, encarnada por excelencia en el hipnotizador como aquel que obtura las grietas del ideal del yo, configurando un Otro consistente al que nada le falta. El deseo del analista permite volver a colocar la demanda del lado del paciente, llevando a enlazar la causa con el deseo del sujeto a partir de la función del objeto caído. Eso implica aislar la función del objeto en los significantes de la demanda del sujeto o en otros términos, reconducir la demanda a su raíz pulsional, como lo precisa Lacan.

El abordaje de la hipnosis en el seminario *La angustia* tiene la ventaja de permitir captar los efectos en el campo imaginario de esa positivización del objeto como causante del fenómeno, lo que permite esclarecer los fundamentos del tratamiento del fantasma en la hipnosis: "El sujeto es capaz de leer en el espejo del Otro [...] todo lo que es especularizable" (Lacan, [1962-63], 2004, p.132). El apartamiento de la causa del lado del sujeto produce una alteración en el plano del fantasma que se convierte en algo positivo y especularizable, y queda como tal, alojado en el espejo del Otro, como si el fantasma terminara bruscamente por inscribirse en el espacio del imaginario especular. En la hipnosis se transgrede una imposibilidad estructural y se degrada el fantasma al plano narcisista.

La única cosa que no se ve en la hipnosis es justamente la tapa de la jarra misma o la mirada del hipnotizador, a saber, la causa de la hipnosis. La causa de la hipnosis no se entrega en la consecuencia de la hipnosis (Lacan, [1963], 2004, p.132).

Esa no visibilidad de la hipnosis de la función de la causa resulta clave para discernir cómo sirve a otros fines apartados de la causación del sujeto del inconsciente y permite entender que la dimensión postiza que adquiere la causa en tal caso, implica convocarla, pero a condición de obturarla. La condición de su eficacia de la hipnosis es precisamente el falseamiento de la causa. Freud lo entrevió muy bien en *Nota sobre el concepto de inconsciente en psicoanálisis*, cuando dilucidó las especificidades del inconsciente dinámico a partir de la artificialidad hipnótica: luego de la interrupción del estado hipnótico, todo accede a la conciencia, menos la orden del médico ([1912], 1986). Eso muestra los efectos dinámicos de ese cuerpo extraño causal introducido en el inconsciente por el hipnotizador. La orden del médico, entrometida como cuerpo extraño en el inconsciente, es la causa de la hipnosis, que permanece inconsciente y por eso mismo, eficaz.

Aquí puede la objetualización de la función de la voz en la palabra del hipnotizador, operar en su degradación como tapón de la mirada. La consecuencia es una superposición de los objetos mirada y voz, cuyas diferencias se borran. Si hay una eficacia de la hipnosis, es porque la voz se rebaja a ocupar el lugar de la mirada en su versión más elemental -menos pulsional- de ojo geometral del Otro. El ojo en cuestión mira al objeto narcisista que queda constituido como súbdito, a la vez que abre un espacio de proyección especular que introduce la asombrosa apariencia de que -con la causa colocada del lado del Otro- se puede acceder al fantasma en tanto tal, en su substancia, algo que el fantasma precisamente carece. La degradación del fantasma al plano narcisista puede implicar el establecimiento de un modo de relación con el Otro degradado en el sentido de la objetualización -donde el hipnotizado se

ha ubicado como un objeto comandado por la voluntad del Otro-. En resumen, ser objeto del Otro en el plano narcisista implica la no operatoria de la falta en ambos planos: el del sujeto y el del Otro.

Es posible afirmar que el ideal de saber, que implica buscar una causa realista detrás de la escena primitiva, funciona como un taponamiento del vacío causal al que la neurosis se anuda como respuesta. El impacto que eso tiene en la configuración de la transferencia es la constitución de un Otro transferencial que toma la figura de un saber consistente, no atravesado por la falta.

En el contexto de esa atmósfera, el análisis del *hombre de los lobos* conduce a rescatar algunos significantes que muestran una declinación sugestiva de la transferencia. Por un lado, se puede considerar la figura en cuya serie el mismo Freud considera ubicarse: el maestro alemán de la infancia del paciente que inaugura una serie que incluye al analista. Se encuentran allí dos términos que tocan un borde de la transferencia analítica, aplastándola en un sentido sugestivo: dependencia y maestro. Ese maestro, del que Freud se propone como representante, instauró una dependencia infantil que tuvo ciertos efectos, instaurando una transferencia beneficiosa para la cura: "La dependencia del maestro [...] significó también una importante ventaja para la transferencia en la cura" (Freud, [1918], 1986, p.65). Puede verse aquí en germen, en la pluma del propio autor, el núcleo del gran problema que constituyó para este paciente la transferencia al hombre Freud, ese padre consistente, demasiado real, que no dejó de enfermarlo aun mucho tiempo después de finalizado el análisis.

Cabe destacar dos verbos que muestran ese borde de la posición analítica que toca Freud en la transferencia: "Exhorté al paciente..." ([1918], 1986, p.13); "prometí al paciente el pleno restablecimiento de su actividad intestinal" (p.70). En relación con esta segunda cita es preciso señalar que no es para nada fortuito el vínculo con lo anal. El uso del verbo *exhortar* es significativo para dar cuenta de esa posición del analista, volcada del lado de una exigencia de saber; se instaura un vínculo donde el analista aparece ubicado como alguien que pide algo que se le debería dar. Es un claro modelo de la constitución de la dimensión de un *para Otro*, determinante en toda una serie de configuraciones clínicas (de las que el *acting out* aparece como uno de los puntos culminantes). Lo típico de dichas configuraciones es cierta aniquilación del sujeto y *su deseo* en una escena de mostración dedicada al Otro.

Por otra parte, el verbo *prometer* permite retomar los planteos de Lacan que puntúan su estatuto de vínculo simbólico por excelencia con el Otro a partir de la demanda. Cuando promete, el analista no sólo se instituye como un Otro que sabe, sino también como un Otro que tiene un saber para dar. Eso instaura cierta posición particular hacia aquel a quien está destinado dicho saber, donde se traspasan ciertos límites de la transferencia analítica.

Es notorio cómo Freud no desatiende el matiz sugestivo que pueden tomar algunas derivas del tratamiento. En la superficie manifiesta del texto se nota un cuidado especial para que el lector no se vea llevado a deducir que este accionar técnico implica un actuar sugestivo en la transferencia. De ese modo, llega a justificar el uso de las construcciones como legítimo e inofensivo, por fuera de supuestos efectos sugestivos ([1918], 1986, p.19). Cuando más adelante retorna la cuestión, invoca nuevamente el uso explícito del término *sugestión*, pero mostrándose menos taxativo en su denegación de los efectos sugestivos, aunque insista en no responsabilizar al analista "por los resultados del análisis" (p.82).

Tal vez sólo partes del análisis puedan caer bajo la rúbrica de la *sugestión*. Sin embargo, la relación transferencial de Freud con el *hombre de los lobos* pareciera haber tocado, en momentos claves para el derrotero del tratamiento, un borde no analítico. Esto no fue ajeno ni al discurrir posterior del paciente en su vida ni al tratamiento que luego efectuaría con Ruth Mack Brunswick.

## **La alienación del sujeto y la causa psicoanalítica**

En el *capítulo 3* se analiza cómo en nombre de la causa (*die Sache*) psicoanalítica se ha buscado oficialmente desde la *International Psychoanalytical Association (IPA)*, desterrar de la teoría analítica algunos problemas planteados por Otto Rank y Sandor Ferenczi. De diversos modos, ambos autores introdujeron una cuestión medular para el sostenimiento de

un psicoanálisis no alejado de sus fundamentos, que implican el estatuto real de la causa. El caso del *hombre de los lobos* también puede inscribirse en la serie de los casos relacionados con ciertos efectos antipsicoanalíticos resultantes de una paradójica búsqueda de promover institucionalmente la causa del psicoanálisis.

En relación con eso, Lacan ubicó de manera contundente los efectos que tuvo la alienación de la verdad singular del *hombre de los lobos* en nombre de la causa psicoanalítica, mostrando, a su vez, que la alienación no es ajena a su posterior destino paranoico. Para esto es preciso considerar que la paranoia se presenta como el grado cúlmine de consumación de la alienación de la verdad, "la alienación de la forma más categórica" ([1953], 1999, p.309).

El recurso técnico de fijar un término al análisis produjo el franqueamiento de un límite en la transferencia analítica, que no puede prever de antemano cuál será para el sujeto el tiempo de comprender. Dicha fijación funcionó como una "proyección espacializadora" que produjo un sujeto alienado de sí mismo. Delimitar el momento de finalización de la cura implica proceder como si la verdad estuviera ya allí, imponiendo la figura del analista como sancionador que, desde su autoridad, produce una suerte de espejismo original en el sujeto. Ello transforma al "análisis en una aberración que será imposible corregir"; y esto es así porque "la fijación anticipada de un término [...] dejará siempre al sujeto en la alienación de su verdad" (Laca, [1953], 1999, pp.308-309).

Pero a la fijación anticipada se suma otra cuestión de no menos importancia por su hondas consecuencias transferenciales: la colecta de dinero organizada anualmente: "admitir que un sujeto sea alimentado a expensas del Pritaneo del psicoanálisis [...] en carácter del servicio por él rendido a la ciencia en tanto caso es también instituirlo decisivamente en la alienación de su verdad" (Lacan, [1953], 1999, p.310).

Freud estaba evidentemente al tanto de los efectos transferenciales que puede producir un don de dinero al paciente, como lo muestra el planteo del ensayo contemporáneo a la publicación del historial: "Sobre la trasposición de las pulsiones...". Al dejar expuesta las decisivas conexiones entre regalo y dinero a partir del don anal, hace notar las tormentas de transferencia que podrían producirse si el analista le hace regalos al paciente ([1917b], 1986, p.121).

Uno de los escollos en la posición transferencial estuvo ligado a cómo Freud se implicó en demasía como deudor del paciente, tal vez por un simple reconocimiento desviado de los errores cometidos, o por los consejos inapropiados que lo llevaron a la ruina económica. Allí se inscribe la sospecha de Lacan cuando insinúa que el don de dinero habría operado como una suerte de *subjetivación no resuelta* en Freud, de los problemas que el caso le planteó, factor que pudo haber funcionado como "desencadenante de la psicosis" ([1953], 1999, p.309-310).

Antes de examinar otras cuestiones, se impone el interrogante de si lo objetado a Freud no debería, en cierta forma, ser reconducido contra el propio Lacan cuando se consideran los efectos de alienación de la verdad ligados a la instauración de las sesiones cortas desde los mismos argumentos que su escrito provee. Pese a eso, cabe acentuar que el valor que tuvo la sesión corta en el momento de su irrupción, fundado en una crítica aguda a la institucionalización de las sesiones standards de la *IPA*, no puede ser el mismo que el adquirido por esta práctica cuando termina por institucionalizarse, transformándose en regla.

### **Interpretación y *acting out*: más allá de la personalización analítica**

El caso expuesto para ejemplificar el uso de la sesión corta parece haber sido escogido sintomáticamente: se trata del paciente cuya sesión Lacan interrumpe cortando con sus elucubraciones sobre la técnica narrativa de Dostoyevski. A partir de las sesiones cortas expone cómo ha hecho "venir a la luz en tal sujeto masculino, fantasmas de embarazo anal con el sueño de resolución por cesárea", al interrumpir bruscamente sus especulaciones (Lacan, [1953], 1999, p.313). ¿Este episodio permite dar cuenta del retorno de una especie de actividad analítica, aquello precisamente objetado en la práctica de Freud a raíz de la fijación del término anticipado de la cura en el caso que se examinó?

Si la respuesta es afirmativa, el propio Lacan expone un ejemplo que podría volvérselo en contra, pues su comentario se ubicaría en la misma rúbrica de la objeción dirigida poco antes a Freud. Esta vía deja servida la lectura crítica efectuada por Jacques André. El interés de su planteo reside en la posibilidad de captar, aunque sólo de un modo superficial, el parentesco entre la interrupción de la sesión corta y la actividad técnica objetada a Freud. (Un detalle llamativo, que pareciera justificar el valor sintomático de este ejemplo que Lacan es la conexión subliminal por él mismo establecida entre las dos formas de técnica, la suya y la de Freud: ambas son relacionadas con el momento lógico de concluir. Pero a pesar de esta conexión, Lacan busca *salvar* su técnica, distinguiéndola de la freudiana al resguardarse en la distinción entre un mal y un buen uso de dicho momento.

El párrafo de André expone su argumentación permite despejar con mayor detalle la concepción que subyace a su lectura, cuyos fundamentos se cuestionarán más adelante:

Las identidades respectivas del analizante y el analista se confunden (*se brouillent*). El 'analista' por su pasaje al acto, pisotea las fronteras de un dispositivo por él mismo concebido. El 'analizante' por su fantasma, *interpreta* el golpe que ha recibido. A fin de cuentas, es este último el que restablece el circuito del análisis haciendo transferencia de la irrupción contratransferencial de su analista (André, 2011, pp.178-179).

En primer lugar, hablar de identidades respectivas del analizante y del analista supone desconocer el estatuto de la práctica como discurso y acto. La asimetría analítica nunca se podría dirimir en esos términos. Eso condujo a Lacan a ubicar en el *libro 8 del Seminario* una disparidad subjetiva que resulta fundamental para abordar la transferencia. Si se plantea al análisis en términos de una *two bodies' psychology*, la asimetría se degrada e impera, en cambio, un fuerte centramiento en el encuadre y en sus actores como polos de una relación objetal concebida en términos realistas. En el *libro 1 del Seminario* Lacan había mostrado que la *two bodies' psychology* -introducida por Michael Balint- buscaba de modo defectuoso destronar la idea de *one body psychology*, intentando alcanzar la dimensión intersubjetiva, aunque sin lograr trasponer los límites de la objetalización de la relación analítica. Al respecto, afirmaba que "es evidente que la *two bodies' psychology* es todavía una relación de objeto a objeto" (Lacan, [1953-54], 1975, p.229).

La lectura del caso de Lacan que André emprende es un claro ejemplo de los errores a los que conduce una interpretación de las relaciones entre analista y analizante en términos de una *two bodies' psychology*. Algo similar ocurre cuando se piensa la relación analítica desde una lectura muy literal del planteo freudiano de *dos inconscientes que se encuentran*.

Esa forma de pensar el lazo analítico tuvo la ventaja de correr el centro de la relación como un vínculo entre dos yoes. Sin embargo, no deja de producir, en ocasiones (como en caso de André), una positivización de los términos que produce la indeseable consecuencia de contrarrestar los efectos enunciativos del discurso inconsciente. El problema del acto analítico como decisivo para dar cuenta de la práctica en su estatuto discursivo, exige ir más allá de la idea de dos inconscientes individualizados. Eso permitirá ubicar las relaciones entre interpretación y *acting out* desde una perspectiva muy distinta a la de André.

Este autor comienza por ubicar cómo la institucionalización de la escansión en los lacanianos contemporáneos se juega en una doble vertiente: "la sanción o la recompensa", ya sea que se produzca por aburrimiento o porque surgió en el paciente un *bon mot*, es decir, un dicho ingenioso, ocurrente. Según André, la institucionalización de este acto se ubica en un punto en que el actuar contratransferencial se transforma en "saber técnico". En la primera de las dos vertientes situadas se inscribiría la intervención en el caso comentado por Lacan: escansión suspensiva, pasible de ser leída como la "cara contratransferencial del acto" que introduce una "*mise à la porte*" (André, 2011, p.180). Apoyándose en la interpretación efectuada por Lacan en su *libro 11 del Seminario* -referida a la incidencia del deseo de Breuer en el embarazo histérico de Anna O. (Lacan, [1964], 1973)-, André lee el caso presentado por Lacan en los términos de un "embarazo anal del hombre *foutu* a la puerta". Para eso, enfatiza que en la transferencia se introduce un "deseo de sodomizar-embarazar-destripar a su

paciente". La violencia ejercida tendría un efecto de retorno en el paciente: "a la patada en el culo de la escansión responde el fantasma del embarazo anal" (André, 2011, p.178).

Las objeciones deben dirigirse a la manera en que André fundamenta su concepción, más que a la idea que expresa. Plantear la interpretación del analizante por la vía del fantasma como algo derivado de la confusión de roles en el análisis, no es más que el resultado de concebir la práctica como una relación entre dos inconscientes individualizados y positivizados. En contra de ese razonamiento, la interpretación posible en el análisis, no deriva de la acción del analista como agente y *causa sui* en su interpretación (como se lo sugiere implícitamente cuando plantea que al analista le correspondería interpretar y al paciente proveer el material que se someta a la interpretación).

Por el contrario, si hay interpretación posible *del lado del* analista, es porque la interpretación no es creada por el analista. Ella está condicionada por el deseo mismo que es interpretación, como bien lo muestra Lacan en su sexto Seminario (1959-60); el deseo del analizante se estructura de tal forma que procede ya por interpretación. El curso más habitual del análisis constituye una vía que posibilita tramitar la interpretación que viene con la estructura del deseo articulada al campo del Otro, en cuya función el analista desempeña un lugar clave que nada tiene que ver con un accionar técnico del analista, como si éste fuera *alguien* encargado de crear y forjar interpretaciones.

Cuando la persona del analista queda confundida con el Otro de la estructura, se puede avizorar el límite ético que impone el *acting out* cuando demanda una interpretación (donde esta deja de ser consubstancial a la estructura del deseo). El *acting out* tuerce, torsiona al deseo, transformando la interpretación que es constitutiva de este último en pedido de interpretación; anula con una resolución paradójica la tensión dialéctica en el campo del Otro, propia de la negatividad intrínseca al deseo. En otros términos, degrada la interpretación del deseo en demanda de interpretación al Otro.

La vía que toca el límite de lo analizable no es ofrecer interpretaciones al analista, en lo cual André cree ver una respuesta descaminada del paciente a Lacan, porque esto es justamente lo que ocurre habitualmente en el tránsito de la búsqueda neurótica por el sentido, en los carriles del deseo que moviliza el trabajo analítico. Por el contrario, el análisis podría ser desviado de su cometido analítico cuando se produce una degradación del discurso del sujeto en favor de la demanda de interpretaciones. Allí se puede ubicar una forma posible de plantear la estructura del *acting out* como aproximación descarriada al deseo. En la demanda de algo que el Otro me podría dar, o en la regulación que ejerce la demanda de un Otro positivizado en relación con aquello que podría dársele, se pueden ver dos vertientes en que los participantes de la relación analítica quedan personalizados por la omnipresencia de la demanda, donde se teje un modo predominantemente dual de relaciones entre el sujeto y el Otro.

Estas consideraciones permiten afirmar que el embarazo anal del paciente de Lacan puede ser calificado como un *acting out* y no como una interpretación, según lo planteado por André. No se trata de una interpretación del desvío del analista al interrumpir la sesión; al contrario, convoca al analista al lugar de Otro amado del que se sustrajo por su intervención, pidiéndole que interprete.

El *acting out* se constituye como un no saber sobre la causa. Lejos de aparecer como un saber que daría cuenta del accionar del analista en su intervención, funciona como un recurso para responder a ésta haciendo emerger una verdad, aunque lo haga en un grado extremo de degradación simbólica. Se sirve de la intervención a guisa de pretexto para forjar el lugar del deseo a partir de una causa postiza (falseada por la posición del analista). El *acting out* no produce un saber relativo al deseo de ese Otro infiltrado por la posición desviada del analista (como pareciera suponer André) sino que encuentra allí el *motivo* para alojar lo que resta de *su verdad* desoída, la verdad del deseo (aunque amarrada a la demanda del analista, de allí lo postizo de su causa). El *acting out* resulta de la captación de que algo opera de manera descarriada en la transferencia, pero no conduce desde allí a la producción de un saber, como si forjara una interpretación apoyada en una especie de metalenguaje donde se mostraría al analista quien está en posición de interpretar y quien no -como supone André cuando habla de la interpretación inconsciente del paciente-. El basamento de este idea es la

concepción de la práctica como la relación entre dos individuos que se disputan el saber de la interpretación en un espacio real. El *acting out* encuentra, en cambio, en ese lugar descarriado del analista un hueco para alojar una demanda y hacer escucha otra verdad.

## El trabajo sobre los residuos transferenciales

Sergei Pankejeff, el *hombre de los lobos*, vuelve a emprender un segundo análisis con Freud en el año 1919, cuando retorna a Viena luego de la guerra. Lo hace con la solicitud de "liberarse de la influencia del médico", lo cual lleva a que el análisis sea enfocado sobre "un fragmento de la transferencia" (Freud, [1918], 1986, p.110). No es irrelevante contrastar lo planteado por Freud y lo informado por el propio Sergei a Muriel Gardiner en 1970: este nuevo análisis no surgió de una demanda suya, "sino por deseo del propio profesor Freud", quien accede a su vez a atenderlo de forma gratuita cuando él le explica que "no podría pagarle por ese tratamiento" (Gardiner, 1983, p.163).

Más allá de cuál sea la verdad última de estos planteos, lo importante es poder extraer una especie de verdad discursiva a partir del contraste. El entrecruzamiento entre lo dicho por Freud y lo planteado por el paciente introduce la sospecha de que ese fragmento de la transferencia que se buscó eliminar en el segundo tramo del análisis no fue independiente de las implicancias del deseo del propio Freud por el caso.

Esta cuestión queda, en cierta medida, confirmada por la lectura retroactiva que puede efectuarse desde las vicisitudes del posterior análisis del *hombre de los lobos* con Brunswick. En él se puede ver cómo la búsqueda de trabajar con aquello no dominado de la transferencia fracasó; o, al menos, si tuvo efectos, ellos no subsistieron prolongadamente en el tiempo. Como se verá, varios elementos muestran que, por el lugar ocupado por Freud como analista, no existía mucho margen para el abordaje de ese fragmento no dominado de la transferencia (que motiva el comienzo del segundo análisis con Freud).

Uno de los grandes méritos del tratamiento con Brunswick fue mostrar la importancia del lugar desde el cual otro analista podía operar. Si esta analista estuvo situada en el justo lugar, no fue por una particularidad técnica, sino por la legalidad que le otorga su eficacia. Ella operó desde un lugar diferente que produjo un movimiento conducente a despejar los restos transferenciales patógenos con Freud, quien encarnaba al psicoanálisis en su totalidad, pues "para el paciente el análisis era Freud" (Brunswick, [1928], 1983).

El segundo tramo de análisis con Freud se extendió por tres meses, hasta febrero de 1920, cuando el paciente comenzó a sentirse normal (Freud, [1918], 1986, p.110). Esa normalidad no habría de durar mucho tiempo. A raíz de una nueva recaída en 1926, Freud recomienda al paciente emprender un análisis con Ruth Mack Brunswick, comenzado en octubre de 1926 y finalizado en febrero de 1927.

Los efectos patógenos de la transferencia con Freud pueden ser retroactivamente ubicados a partir de las vicisitudes del análisis con quien estuvo destinada a ocupar el lugar de una madre transferencial. A este respecto, Oscar Masotta desarrolla de modo exhaustivo una suposición sugerida por Lacan en "Función y campo del lenguaje y de la palabra...": Brunswick no se ubicó para nada mal "en su posición delicada respecto de (*à l'endroit de*) la transferencia" ([1953], 1999, p.310).

Esta expresión permite, además, resaltar algo clave respecto de las implicancias en la instauración de la transferencia y su operatoria en un análisis. No habría en este caso una nueva transferencia del paciente con Brunswick, hay una transferencia del paciente con Freud (o con el psicoanálisis encarnado por éste) y una puesta a punto de dicha transferencia con la nueva analista. Una transferencia y transcripciones sucesivas de la misma transferencia. Esto permite dar cuenta de cómo la transferencia no es un lazo que une a dos individuos, como lo quisiera el planteo de la *two bodies' psychology*.

La transferencia en su eficacia clínica es un acontecimiento de discurso, del cual la personalización funciona como un límite, un borde obscuro que no por ello deja de ser constitutivo del fenómeno. La transferencia adquiere un valor patógeno para este paciente por el acoplamiento totalizante en la persona de Freud. Si la inserción de Brunswick en la transferencia resulta eficaz en términos clínicos, es por singular modo de alojarse en una

transferencia ya instituida, atada a la figura de Freud. La posición de Brunswick consigue relanzar discursivamente la transferencia y la despoja de sus resabios personalistas. Su lugar está determinado por la legalidad que la asigna como continuadora de esa transferencia previa. Esto se sitúa más allá de los propósitos técnicos de la analista.

Según Brunswick, todo el material infantil que aparece se halla presente ya en el historial freudiano, nada nuevo habría de emerger. El tratamiento quedó enteramente enfocado en un "residuo no resuelto de su transferencia" (Brunswick, [1928], 1983, p.182) respecto de Freud. Como lo apunta Lacan en su temprano seminario consagrado al *hombre de los lobos*, durante "todo el período de cura con R. M. Brunswick no se trata ya del enfermo, no se habla más que de Freud [...] Lo que Freud ha sido para el paciente está pues todo el tiempo ahí en el primer plano"; y esto tiene que ver con que la transferencia ha sido la causa del "segundo empuje mórbido" (Lacan, 1952, p.15).

Además de lo irresuelto en relación con las vicisitudes transferenciales del primer análisis, donde, el deseo de saber obturó lo indeterminado de la causa en el plano de la transferencia y expropió la causa del sujeto transformándola en causa (*Sache*) del psicoanálisis, se suma otro factor que habrá de resultar decisivo para la posterior deriva del caso: "Freud inicia entonces una colecta de dinero para su ex paciente, que tanto había aportado a los fines teóricos del psicoanálisis", colecta que repite a lo largo seis años en las primaveras (Brunswick, [1928], 1983, p.182).

Freud mismo estaba advertido sobre las tormentas transferenciales que puede provocar un regalo del analista al paciente. En este caso, las particularidades son notables, especialmente por el papel que desempeñan los regalos en la historia infantil del paciente, donde es posible enlazar el deseo de regalos dobles con el deseo fallido de tener padres dobles (Masotta, 1979). Esto se enmarca en las fallidas intersecciones entre la analidad y la estructura de la castración, sello típico de las vicisitudes sintomáticas del caso. Al desanudamiento entre lo anal y lo genital Freud lo plantea como resultado de una desestimación (*Verwerfung*) de la castración ([1918], 1986, p.78).

A esto habría que agregar el lugar enfermizo de hijo narcisista predilecto en que lo coloca la colecta de dinero, retribución por lo aportado para el psicoanálisis en tanto caso, contribución clave para el desarrollo teórico del psicoanálisis. La colecta lo va a retribuir cuando las contingencias históricas lo vuelquen hacia la pobreza, desalojándolo de ese lugar de hijo rico y heredero, decisivo para la constitución de su padecimiento.

En el punto en que *el hombre de los lobos* se convierte en el hijo predilecto de Freud y del psicoanálisis, se suma *una nueva capa transferencial* que complica y dificulta aquella por la que había llegado a Freud y que estaba, por tanto, activamente operando en el momento del primer análisis, al que llega conducido desde su lugar de hijo rico.

Si un enfermo como este viene a encontrar a Freud, esto muestra que en su miseria, su abyección de rico, él quiere demandar algo. Él intenta establecer algo nuevo. Freud es un amo al cual demanda socorro. El resorte de la relación que intenta establecer es que ella es la vía por donde él quiere establecer una relación paternal. No llega a ello pues Freud era un poco por demás un amo. Su prestigio personal tendía a abolir entre él y el enfermo cierto tipo de transferencia: *Freud estuvo demasiado identificado a un padre demasiado supremo para poder ser eficaz. Eso deja al sujeto en su circuito infernal. Nunca ha tenido padre que simbolice y encarne el Padre [...]* Con Freud, nunca pudo asumir sus relaciones con él. Era "un padre demasiado fuerte" y Freud debió hacer operar el apremio temporal y "darle la palabra de su historia". Pero él, el enfermo, no la conquistó ni asumió. El sentido queda alineado del lado de Freud, quien continúa siendo su poseedor (Lacan, 1952, p.19, destacado propio).

La *psicología de rico* que resulta de su posición de hijo aristocrático -único heredero luego del suicidio de su hermana- empalma con el nuevo padre transferencial, y configura, en cierta manera, esa suerte de destino catastrófico para el sujeto. Este destino se constituye como efecto de la colecta de dinero, que lo convocará al lugar de hijo favorito del psicoanálisis, heredero privilegiado que posee un lugar especial en la obra de ese padre-Dios, formación patógena que sólo el análisis con Brunswick conseguirá extirpar.



Cuando el sujeto vuelve a ver a Freud por un síntoma histérico (constipación), Freud levanta este síntoma bastante fácilmente, pero sobre el otro plano ocurre una linda catástrofe: Freud se deja implicar en una suerte de culpabilidad a la inversa: le da una renta: *el sujeto ahora ha pasado al rango de momia psicoanalítica* mientras que ya no llegaba a la asunción de su persona. *El paranoico se cree el objeto del interés universal y el sujeto construye su delirio narcisista. La realización narcisista está ayudada y sostenida por la acción de Freud, quien ha invertido el don de dinero* (Lacan, 1952, p.20, destacado propio).

El "resorte de la transferencia no liquidado" (Lacan, 1952, p.15) está enraizado en el primer análisis, que queda sellado con el forzamiento por el cual el paciente es expropiado de su tiempo y de *su causa*.

Si bien Lacan apunta el correcto lugar que toma Brunswick en la transferencia, ello no le impide quitarle el rango de trabajo analítico al tratamiento que ella conduce: "lo que sucede entre ellos no es del mismo orden que lo que sucede en un análisis: es más una psicopedagogía, donde se discute de la realidad, que un análisis propiamente dicho" (Lacan, 1952, p.20). ¿Pero se puede medir un análisis por aquello de que se habla? ¿No habría que medirlo por su dimensión de acto en sus efectos?

Más allá de que algunas de las intervenciones de Brunswick tengan por apoyatura la realidad, habría que evaluar si se trata o no de un análisis por los efectos que produce en el plano del discurso. Aquí se revela fundamental el abordaje emprendido por Masotta (1976a, p.134), en cuyo ensayo se encuentran razones para ir más allá de lo expresado por Lacan y considerar el estatuto analítico del tratamiento efectuado con Brunswick.

¿Cómo no darle el estatuto de un análisis a un trabajo que interviene *desde la transferencia y sobre la transferencia*, consiguiendo conmovir la relación con un padre todo potente que obturaba el lugar de la causa, restituyendo al sujeto algo de *su verdad*, es decir, de la relación singular con la causa de su deseo que le había sido expropiada?

En febrero de 1924 cuando aparece el "síntoma principal" de su nueva enfermedad, un delirio paranoico de contenido hipocondríaco, momento en que el paciente "comenzó a tener extraños pensamientos sobre su nariz". Al impacto transferencial de la colecta, se suman dos situaciones fortuitas ocurridas en 1923, ligadas a la enfermedad de Freud, el padre transferencial: en abril el paciente lo ve a Freud luego de su primera intervención quirúrgica en la boca y en el otoño de ese año se entera de su nueva operación, anoticiándose de lo grave de su enfermedad (Brunswick, [1928], 1983, pp.183-184).

No era posible progresar en el tratamiento mientras siguiera -combinando sus dos técnicas de satisfacción: por un lado, culpando a Freud por la pérdida de su fortuna para poder aceptar de este modo su ayuda financiera, y por el otro manteniendo su posición de hijo-favorito. Esta pared impenetrable no permitía llegar a los síntomas principales de la enfermedad del paciente. *Mi técnica consistió en un intento concentrado por minar la idea que el paciente tenía de sí mismo como hijo favorito*, ya que obviamente esta idea lo protegía contra sentimientos de muy diferente naturaleza. *Le hice comprender cuál era su posición real con Freud*, la ausencia total (que conocía por boca del propio Freud) de todo tipo de relación social o personal entre ellos (Brunswick, [1928], 1983, p.199, destacado propio).

Me contestó que estaba seguro de que yo discutía todos los detalles de su caso con Freud, ¡para que me aconsejara! Le contesté que no era el caso en absoluto [...] ni yo había mencionado al paciente ni Freud me había preguntado por él. Esto le sorprendió y lo encolerizó. El paciente no podía creer que Freud pudiera mostrar tan poco interés en su (famoso) caso (Brunswick, [1928], 1983, p.200).

Pareciera incuestionable el carácter realista de estas intervenciones, puesto que se regulan en función de qué ocurrió efectivamente o no, como si hubiera un referente en la realidad que las avalara (se basan de hecho en la constatación de el paciente no quien era él creía ser para Freud). Aunque resulte decisivo para la la intervención el hecho de que Freud nunca le preguntara por él, ni que Brunswick le pidiera consejos al respecto, su importancia no se reduce a esta apoyatura realista. El efecto liberador reside en la desarticulación de la amalgama transferencial patógena, operatoria que muestra los efectos de una intervención

en el plano discursivo, que permite corroer ese vínculo con un padre-Dios no castrado, desde el cual el paciente se sostenía como hijo narcisista preferido. Los movimientos que la constituyen en un Otro de cierta eficacia más allá de Freud no son adscribibles ni a la analista en tanto persona ni a su técnica.

### **El *acting out* como escenificación de la causa y mostración del deseo**

Algo en la conducta del *hombre de los lobos* resultó llamativo e incomprensible para la analista y para el paciente mismo. En el comienzo de su artículo, Brunswick sostiene que le costaba reconocer sus deshonestidades, puesto que lo conocía bien por el historial freudiano: "El paciente no terminaba de comprender su propia conducta. El ocultamiento de las joyas, la casual aceptación de las dádivas anuales de dinero, las pequeñas deshonestidades: eran un misterio para él" ([1928], 1983, p.210).

Esta cuestión se esclarece si se la concibe en los términos de un *acting out* que tenía a Freud por destinatario último, cuya finalidad era mostrar, con la ambigüedad que lo caracteriza, la posición narcisista que sostenía al paciente en el lazo con su primer analista. Para despejar esto es preciso considerar la estructuración narcisista en que se constituye el retener, expuesta por Freud en un ensayo de publicación próxima al historial clínico ([1917b], 1986). Para enmarcar la oposición entre narcisismo y amor de objeto a partir de un objeto cesible con valor de intercambio, plantea:

En torno de la defecación se presenta para el niño una primera decisión entre la actitud narcisista y la del amor de objeto. O bien entrega obediente la caca, la «sacrifica» al amor, o la retiene para la satisfacción autoerótica o, más tarde, para afirmar su propia voluntad. Con esta última decisión queda constituido el desafío (terquedad) que nace, pues, de una porfía narcisista en el erotismo anal ([1917b], 1986, p.120).

La idea de la retención de un objeto como rechazo de un sacrificio hecho al objeto amado, permite pensar que esa actitud narcisista rebasa la institución de un yo propio en oposición al objeto amado; por consiguiente, se sitúa más allá del rasgo de carácter de la terquedad anal asociado al yo. La retención de un objeto desprendido del cuerpo inaugura el registro de lo propio, conectándose a la emergencia del deseo propio como tope a lo demandado por el Otro.

La función del narcisismo en la instauración de un deseo propio se esclarece si se toman en cuenta los desarrollos del seminario *La angustia* que ubican la constitución del deseo como resultado de la retención, tope a lo demandado por el Otro (Lacan, [1963], 2004). Si la demanda del Otro configura la estructura de la oblatividad anal, el deseo de retener irrumpe como su límite. En el deseo de retener se encuentra una de las raíces del deseo propio del sujeto en su distinción de la demanda y del deseo del Otro. Lacan muestra que la imposibilidad de actuar en conformidad con dicho deseo ocasiona el síntoma compulsivo de dar todo al Otro. La compulsividad que entrega el deseo al Otro toca un límite en la tramitación del deseo por la vía del síntoma, deseo reabsorbido por la demanda del Otro, cuya relación con el fantasma se ve alterada. En relación con este razonamiento se retomarán luego algunas articulaciones y distinciones entre síntoma y *acting out*.

El carácter peculiar y paradójico del ocultamiento de las joyas permite aproximar este comportamiento a un *acting out*. ¿A quién está dirigido dicho ocultamiento, al Otro encarnado en esa figura de padre-Dios o a quien terminará siendo eficaz como un Otro que lo hiende de alteridad, Otro metaforizado que producirá una salida favorable de la cura? Aunque Freud no sepa nada al respecto y sea Brunswick la destinataria puntual del mensaje en los encuentros analíticos, el meollo de la cuestión exige ubicar cómo la formación discursiva se constituye como un mensaje dirigido a aquel Otro en torno al cual se originó la trama transferencial patógena. Puesto que Brunswick no opera -como ningún analista- a título personal, para dilucidar este mensaje transferencial hay que ir más allá de la transferencia concebida como lazo afectuoso entre dos personas. Cabe tener en cuenta el cuestionamiento que Lacan efectúa de la transferencia como transmisión de emociones, a propósito del examen crítico de

los planteos de Michael Balint. En contraste con ello, los testimonios de su eficacia clínica permitieron poner de relieve el verdadero punto simbólico de la transferencia, un excedente clave en sus teorizaciones ([1953-54], 1975, pp.251-256).

¿Cuál sería, pues, el contenido de este paradójico mensaje? La retención de un objeto reclama algo en relación con el deseo, aunque a costa de rebajarlo. Se trataría de una mostración ligada a la necesidad de retener algo propio, al resguardo de la sumersión patologizante como hijo predilecto de Freud y del movimiento analítico en su conjunto. Como se mostró, hay suficientes argumentos para plantear que el efecto fundamental de esa colecta fue la sumersión del deseo del sujeto y su causa en la causa del psicoanálisis.

### **Intersecciones del deseo con la demanda**

Si el posterior análisis de el *hombre de los lobos* con Brunswick tuvo efectos, es por haber permitido liquidar ese residuo de lazo transferencial con Freud que continuaba enfermando al paciente. Un nuevo triángulo se forma entre el paciente, Brunswick y Freud, triángulo eficaz por la mediación que introduce. Masotta reconstruye la función analítica de la mediación, retomando la particularidad del rol del analista en el caso Juanito (1976a, p.134), donde el profesor Freud aparece sustituido por el padre del niño. A cargo de éste queda la conducción del análisis, y si resulta eficaz para la cura en su lugar de padre real es porque detrás está operando Freud, representante del padre simbólico (Lacan, [1956-57a], 1994). Masotta pesquisa cómo también en el tratamiento de Brunswick se pone en juego, en el despliegue de la transferencia, una legalidad edípica que remite a la figura infantil de un padre que el paciente repetía fallidamente porque no conseguía desdoblar.

Si el paciente -para quien "el análisis es Freud" (Brunswick, [1928], 1983)- puede emprender un nuevo tratamiento es por la ley del padre simbólico en que se avala la nueva analista, ley que no termina de instaurarse como tal en la estructuración del sujeto: "la transferencia del paciente sobre la analista tiene como fondo y como condición simultánea la transferencia (irresuelta, pero por lo mismo siempre susceptible de reactivación y 'viva') del paciente con Freud" (Masotta, 1976a, p. 135).

Brunswick es a su vez mediadora entre el *hombre de los lobos* y Freud, posición que el paciente puede aprovechar para sostenerse, identificándose especularmente con la analista, lugar en que queda narcisísticamente posicionado como mediador entre ella y Freud. Este punto de sostenimiento narcisista en la transferencia va a ser fundamental para la eficacia de las intervenciones, tendientes a liquidar los restos de esos lazos transferenciales patógenos.

El lugar de Freud puede precisarse desde una doble vertiente: 1) el *hombre Freud*, responsable en parte de los tropiezos en su abstinencia, pero a su vez ser corporal, hombre afectado por la contingencia de su enfermedad (que encarnará tan bien la figura del padre castrado, réplica del padre real infantil del paciente, incapaz para instaurar una castración normativa); 2) el *creador del psicoanálisis*, en nombre del cual el *hombre Freud* también tropieza en su posición de analista, acoplado a un deseo de saber de efectos perjudiciales por la confiscación de la causa del sujeto para fines de la causa del psicoanálisis.

La analista, delegada de Freud, se vale del recurso técnico de la interpretación por confrontación o mutativa, según las terminologías de Lagache o Strachey (Masotta, 1976a, p.137). Restituye de ese modo las funciones del sujeto cuestionando "la ubicación del paciente en el triángulo" edípico, y extirpando así "brutalmente esa formación, la mentira", ramificación de la megalomanía y del narcisismo. Esta "intervención 'en' la transferencia" (p.139) permite reestructurar la relación del paciente con el *hombre Freud*.

Desde entonces un cierto Freud comienza a desprenderse de la estructura enferma del paciente (el padre libidinal [...], el *padre real*, enfermo y por lo mismo castrado; el padre de las dádivas de dinero, que retiene al paciente en la ronda sin fin de las equivalencias simbólicas) (Masotta, 1976a, p.139).

La mediación transferencial que instala la ley del padre, al colocar a otra analista en su lugar, le dará los títulos para confrontar la posición narcisista del paciente que lo sostenía transferencialmente en el lazo enfermizo con Freud. El desdoblamiento fallido con que tropieza el paciente en su historia, entre el deseo de regalos dobles y la duplicación de la función del padre, terminará por producirse en análisis. La duplicación del padre de la metáfora paterna, hará posible liquidar los resabios transferenciales que mantenían atado a este paciente: hijo narcisista del psicoanálisis y de ese padre demasiado real. Masotta ubica con extremada precisión el movimiento en cuestión: "en la nueva estructura la madre transferencial reconstruía a Freud más allá de Freud, trocaba a Freud en su propia metáfora". Esto resultó posible porque Brunswick se inscribió simbólicamente como hija de Freud en su función de "verdadero Padre Simbólico". Así queda consumada la operatoria que el análisis permite: "la hija de un Padre Simbólico arranca a su hijo transferencial de la contemplación fascinada del padre real, a quien el paciente repite sin poder desdoblar" (Masotta, 1976a, pp.140-141).

El "deseo de desdoblamiento" de la analidad del regalo es una especie de intuición parcial de la función simbólica del padre que permitiría consumir un desdoblamiento efectivo. El deseo se desdobra siempre y cuando la economía del regalo lo inscriba como castración simbólica, justo allí donde se situaba la dificultad fundamental del caso. Por la desestimación de la castración, la intuición del desdoblamiento no terminaba de impactar en la estructura del deseo. Para que el "desdoblamiento entrevisto por el deseo infantil" llegue a ser isomórfico de lo entrevisto, es preciso que cese la disyunción entre analidad y castración, que la primera se inscriba en la segunda, de modo tal que el regalo sea arrancado "de la ronda de las equivalencias", movimiento que conducirá a ubicar "al padre más allá del padre" (Masotta, 1976a, p.141).

### ***Fantasma y vicisitudes del acto en el hombre de las ratas***

Este caso presenta un interés particular porque en la casi totalidad de sus páginas se van registrando cuestiones teóricas en su estado naciente. Como bien apunta Mannoni, la lectura de esta historial da la impresión de una frescura previa a la sistematización teórica (1969, p.134). Esto tiene la ventaja de permitir captar con mayor facilidad esbozos teórico-conceptuales, claves según los lineamientos metodológicos planteados.

Otra de las ventajas para la problematización de este caso es la situación excepcional de la subsistencia de las notas originales redactadas por Freud las noches posteriores a las sesiones, habitualmente destruidas en los otros casos. Las notas en cuestión se publicaron por primera vez en la edición de la *Standard Edition* efectuada por James Strachey, conocidas pues con su título inglés, *Original Records*.

La comparación entre el Historial y los *Original Records* avala la idea de una elaboración del primero bastante limitada en los desarrollos teóricos (Mannoni, 1969, p.132). Este rasgo lo hace sobresalir especialmente en la comparación con el caso ya examinado del *hombre de los lobos*. El foco en la neurosis infantil y en la construcción efectuada por Freud produce allí ese descentramiento tan particular respecto de las derivas del tratamiento. Además de aspectos ligados a los divergentes modos de escritura, se destaca esta discrepancia: lo formulado en un caso como pregunta aparece cifrado como respuesta en el otro, según apunta Mannoni (p.133). El contraste permite resaltar cómo en el historial del *hombre de los lobos* se consolida teóricamente aquello que en el ensayo sobre el *hombre de las ratas* asomaba sólo como pregunta e inquietud clínica, donde se destaca este modo de proceder: la interpelación de ciertas particularidades clínicas con el esbozo de algunas formulaciones teóricas tentativas.

El propósito es enfocar las particularidades que resultan del tratamiento del fantasma en este caso de neurosis obsesiva, en función del trabajo efectuado sobre la causa de la neurosis. En el *hombre de las ratas*, el conflicto está localizado en la neurosis adulta en relación con el ocasionamiento, lo cual implica un lugar para la causa de la neurosis muy diferente al del historial del *hombre de los lobos*. En el primero se observa la enfermedad adulta de neurosis obsesiva en una especie de continuidad con la neurosis infantil, mientras

que en el segundo la neurosis infantil curada espontáneamente, de forma inadecuada, da lugar a la constitución de una formación narcisista, en el margen de la neurosis y en ruptura respecto del padecimiento infantil. En el primer caso, se realiza un trabajo analítico con la causa de la neurosis en relación con la afección adulta; la posición del analista posibilita esa tramitación psíquica del discurso inconsciente. En el segundo, tal como ya se precisó, el paciente es despojado de su causa, alojada en las manos del Otro, el analista. Esta discrepancia tiene profundas consecuencias en los abordajes del fantasma en transferencia y, en consecuencia, en sus modos de tramitación clínica (sintomáticos y otros).

### **Manifestaciones de la transferencia entre las notas diarias y el historial clínico**

Es necesario comenzar con puntualizaciones sobre los modos de presentación de la transferencia en los *Original Records*. La transferencia sobresale allí por su omnipresencia, apareciendo con mayor frecuencia e insistencia que en el historial publicado. Más allá de esto, ¿es posible encontrar características cualitativas que definan los modos singulares de aparición de la transferencia en uno y otro escrito? ¿La diferencia de estructura entre ambos escritos podría explicar estas particularidades?

En principio, el contraste permite ubicar hasta qué punto la eficacia clínica de la transferencia resulta inasible en los *Original Records*, eficacia recuperable sólo a partir de la escritura del *Krankengeschichte*, del historial clínico. El género mismo del historial se condice con una inscripción singular del problema de la transferencia. Esto conduce a introducir la hipótesis de que la eficacia de la transferencia depende de un punto ciego para el analista, punto que sólo se termina de dilucidar retroactivamente con la lectura del historial, donde la transferencia queda escrita de un modo muy singular.

Se destaca la extrema importancia de la madre del paciente en los *Original Records*, especialmente en relación con la problemática transferencial, cuestión no retomada en la redacción definitiva del historial, como bien lo señala Masotta (Masotta, 1976b, p.120). ¿A qué se debe esta discrepancia tan notoria? Algo clave en el proceso analítico pudo haberse jugado por el lado de la transferencia materna, cuestión no del todo tramitada en la escritura del historial, y que permite pensar en una especie de resto real de la transferencia. A este respecto, se impone destacar que el lazo transferencial no se delimita en función de una puesta en serie del analista con el personaje de la madre. Al contrario, se vislumbra allí una sustracción de peso a la persona de Freud en la transferencia, descentrado respecto de las mujeres de la familia. Esta configuración de la transferencia adquiere un estatuto filogenético que lleva a interrogar la tramitación del vínculo del sujeto con el linaje materno, decisiva en la estructura de este obsesivo, en la medida en que es en relación con dicho linaje que puede verse comprometida la función del padre en la estructura.

En las notas diarias de las sesiones se encuentra el lugar de Freud en la transferencia descentrado por una referencia a las mujeres de su familia (su hija, su madre, su mujer, la Sra. Freud). Mayormente todas "las transferencias roñosas" implican una vinculación con las mujeres de Freud. Considérese el siguiente ejemplo paradigmático: a raíz del recuerdo del encuentro horroroso con la secreción genital de su madre en la infancia, el paciente esboza el siguiente enunciado transferencial: "todos los miembros femeninos de mi familia, apunta Freud, se ahogan en un mar de las más diversas y asquerosas secreciones" (Freud, [1909], 1986, p.231).

Las notas se limitan a hablar de esto de un modo genérico como "una transferencia" (Freud, [1909], 1986, p.231). Si esto hubiera sido retomado en el historial, cabría suponer su inclusión en la rúbrica específica de las fantasías transferenciales que luego se examinará. En otra de sus expresiones transferenciales (explícitamente relacionada con una fantasía), se enuncia que entre la esposa y la madre de Freud "hay estirado un arenque que del ano de una llega al de la otra, hasta que una niña lo corta en dos pedazos" (pp.240-41).

Esto hace necesario introducir la consideración de que el punto ciego en torno al cual opera la transferencia se inscribe en el historial como un resto a partir del fantasma. Gracias a la existencia de los *Original Records* es posible deducir que, en el historial, el fantasma funciona como el registro de la eficacia de la transferencia. El punto ciego de Freud en la

transferencia está ligado a algo que él no podría captar en presente desde su lugar de analista: el lugar que desempeña en esa transferencia como objeto. Sólo deja rastros de su posición en la escritura a destiempo, *après coup*, luego de finalizado el análisis. Precisamente en este punto la articulación de la transferencia con el fantasma se revela una pieza clave

En contraste con esto, es posible afirmar que si en los *Original Records* se habla tanto de la transferencia, ello se debe a los efectos embarazosos que produce en el analista esa posición de objeto. No obstante, el analista que retorna en el registro diario de su práctica no accede en su pensamiento a la raíz de su posición embarazosa en la transferencia (cabe destacar que en casos vinculados con tratamientos de histeria recurre a la figura de la sorpresa para dar cuenta de la captación del analista por la transferencia, produciendo con ese efecto retórico, tal como se lo abordará luego, una teorización incipiente sobre la incomodidad transferencial).

En el historial clínico quedan registrados los rastros mnémicos de lo reprimido en el texto que posibilitan que el lector restituya la verdad de un defecto intrínseco a la posición transferencial: el analista nunca podría cerrar sobre sí mismo un saber sobre su posición (la escritura de lo transferencial en el historial es el testimonio indirecto de esto). Esa imposibilidad de pensarse en la eficacia de su posición llevaba a Lacan a decir, en *El acto psicoanalítico* (1967-68), que la práctica del psicoanálisis no funda un ser para su practicante como es el caso para la mayoría de las prácticas humanas. Cuando afirma, además, que el analista está en la historia del paciente como Velázquez en *Las Meninas*, no hay que perder de vista lo siguiente: el analista funciona como una especie de punto de fuga que organiza el cuadro, como partícipe de ese cuadro que arma el paciente. Ello le impide justamente captarse como lo haría un sujeto de la representación consciente de sí, posicionado como amo de lo que ve. La posición del analista es solidaria pues de un desconocimiento constitutivo del lugar que ocupa en el cuadro transferencial (sólo pasible de ser reconstruido *a posteriori*, cuestión que permite dar cuenta de la distancia entre el género del historial y las notas diarias del caso).

El analista constituye, en este sentido, una mancha del cuadro escópico que arma el paciente, y no un ojo geométral (sujeto de la representación cartesiano) que podría arrogar para sí la posibilidad de captarse en su lugar. En otros términos, si el analista funciona como sostén de la transferencia es a partir de la mirada como objeto resto-causa, lejos de esa mirada que sostiene la especularidad narcisista desde el ojo geométral del Otro. Si el historial del *hombre de las ratas* mantiene un lugar especial entre los casos de Freud es, entre otras cuestiones, porque resulta ejemplar para captar al analista en su eficacia clínica como una mancha del cuadro fantasmático producto de la transferencia.

### **Transferencia y resistencia: personificación o descentramiento**

La examinación de los usos frecuentes de la noción de transferencia en los *Original Records* permite acentuar la contundencia del recurso al esclarecimiento transferencial como tentativa de levantar la resistencia. Esto es especialmente notorio en la entrada del 21 de noviembre, donde Freud apunta que "fracasan todos los esclarecimientos sobre transferencia" ([1909], 1986, p.220). ¿Cuál es el sentido de esta expresión? ¿Qué importancia tiene para la práctica analítica? Para abordar con mayor detenimiento esta cuestión, se indagará luego otra forma de aceptación de lo inconsciente que se vislumbra en la escritura del historial, lejos de todo esclarecimiento manifiesto sobre la artificialidad que sostiene la transferencia. Allí el convencimiento no es el resultado de un esclarecimiento que el paciente asumiría con plena consciencia, sino producto de cierta expresión transferencial, una especie de convicción *puesta en acto* por la constitución misma de la escena transferencial analítica, ajena a toda tematización teórica.

En determinado momento Freud afirma al paciente que él no es cruel como el capitán checo y que, por tanto, no debe ser tratado como tal: "Le aseguro que yo mismo no tengo inclinación alguna por la crueldad, por cierto no me gusta martirizarlo" ([1909], (1986) p.133). La idea que subyace aquí es la de una transferencia errónea, que habría que desmontar, donde el paciente toma a Freud por el capitán. Pero este esclarecimiento no basta para que

el paciente lo siga tomando por alguien cruel y martirizador como el capitán: "me dio repetidas veces el trato de 'señor capitán', probablemente porque al comienzo de la sesión le había señalado que yo no era cruel como el capitán N., ni que tenía el propósito de martirizarlo innecesariamente" ([1909], 1986. p.135). Lo propio de la técnica analítica es que tales esclarecimientos sobre la transferencia no producen, como sí ocurría en la sugestión hipnótica, un convencimiento en el paciente.

Este contrapunto que resulta entre el esclarecimiento de Freud y la reacción efectiva del paciente, no tomar nota de la corrección, ha llevado a Guy Le Gaufey a acentuar unilateralmente un aspecto de la transferencia que deja lado cuestiones más fundamentales. Le Gaufey plantea que el "posicionamiento de una transferencia" está dado por aquello que introduce la réplica del *hombre de las ratas*, amalgamando al capitán checo con Freud en el forjamiento de la figura del *Capitán Freud*: "ese ser mitad pescado y mitad carne: mitad capitán y mitad Freud". Esta conjunción es utilizada para mostrar el contrapunto entre los planteos sobre la transferencia en Maurice Bouvet y Lacan. Mientras que el primero quisiera a toda costa trabajar disociando ese ser mixto que el paciente construye, separando las dos partes para desmezclar el pasado del presente -transformar el esclarecimiento de Freud en bandera técnica-, la posición de Lacan implica otro punto de partida: no es posible producir una escisión que zanje entre la repetición de un pasado y "la pura actualidad de un presente objetivo y racional" (Le Gaufey, 2000, pp.47-49). Las consecuencias que se pueden extraer de la discrepancia entre Bouvet y Lacan sobre las relaciones entre pasado y actualidad en la transferencia se retomarán en el capítulo siguiente para examinar las diferencias clínicas en el tratamiento del fantasma. Por ahora interesa sólo examinar el estatuto de esa figura bífida como sostén para pensar la eficacia clínica de la transferencia.

La bífidez postulada por Le Gaufey es insuficiente para dar cuenta de la puesta en juego de la transferencia, y de su eficacia clínica, a partir de este caso. Varios son los motivos que muestran la insuficiencia de esta concepción. En principio, habría que ubicar que la entidad mixta 'Capitán Freud' deja de lado otras posiciones transferenciales que pueden adjudicarse a Freud y que resultan claves para las derivas del tratamiento (como lo vinculado con la posición del amigo y lo relativo a la línea materna del paciente, que muestra al analista descentrado del foco de la transferencia, una simple excusa para que el sujeto tramite su relación con su Otro inconsciente). Pero cabe especialmente destacar que el reduccionismo de Le Gaufey deja lado toda una dimensión clave para dar cuenta de la articulación entre fantasma y transferencia: la *dimensión opaca del Otro transferencial*, que instituye la negatividad de la no respuesta en el plano del Otro: "es el horizonte de esta no respuesta del Otro que nosotros vemos dibujarse en el análisis [...] una oreja que escucha y no responde" (Lacan, [1960] (1971), p.477). La eficacia clínica de este modo de transferencia queda obliterado cuando se coloca todo el peso en torno al capitán Freud como centro, objeto mixto que aunaría el pasado y el presente transferencial. Con el objetivo de precisar mejor esta otra dimensión de la transferencia, habría que decir que su fundamental dimensión negativa implica que, en definitiva, en la transferencia el analista no ocupa el lugar de nadie: ni del capitán, ni de Freud, ni del capitán Freud.

En los *Original Records* se encuentra una mención de relieve sobre la transferencia, que muestra cómo esta última se puede poner al servicio del punto más álgido de la resistencia (no debe descuidarse que faltan tres años aún para la escritura de los ensayos de técnica analítica en que se formaliza teóricamente esta cuestión): "La sesión que sigue rebosa de la más espantosa transferencia" (Freud, [1909], (1986), p.222). Lo interesante en este caso es la clara exposición de una transferencia de tipo predominantemente personalista, manifiestándose como algo espantoso para el curso del tratamiento, al servicio de una forma de resistencia. La vertiente personalista de la transferencia no puede desligarse del modo de respuesta del analista, su implicación lo embaraza incluyéndolo a título personal.

La sorpresa en que se detiene Le Gaufey al comienzo de su libro *Anatomía de la tercera persona* apunta a mostrar algo llamativo en el gesto freudiano cada vez que se aboca a la problemática de la transferencia, especialmente cuando ésta se relaciona con la histeria. Este autor plantea que suele abordar la transferencia como si se tratara de una sorpresa aunque contradictoriamente la teoría hizo notoria ya su existencia; por ende, Le Gaufey se

detiene en que esta sorpresa no podría ser genuina: Freud no se sorprende realmente cada vez que se encuentra con el fenómeno.

Ahora bien, en contra de los supuestos de Le Gaufey, habría que decir que el procedimiento de la sorpresa freudiana no se limita a una argucia discursiva para introducir el tema con un aire novedoso, como si se tratara de un mero artilugio para embaucar a los lectores. Este proceder cobra el estatuto de una retórica del analista capturado en la transferencia; ante la implicación de su persona, el analista no puede dejar de reaccionar sino con sorpresa ante la transferencia de la que es objeto. Se trata de una de las formas originarias que transmite algo del aspecto real de la transferencia, una de las maneras de hablar del tope con el borde resistencial de la transferencia en lo que al analista concierne, de su molestia por tener que asumir una carga sobre su cuerpo para hacer posible el trabajo del análisis. En el capítulo cinco se verá cómo esto se articula con la problemática del embarazo del analista en la transferencia.

La sorpresa del analista delata la faz de resistencial de la transferencia, como si ésta estuviera atada al *agieren* típico ligado a su histerización. Ella se relaciona con la implicación del analista como un objeto sustituto, condición para hacer presente la actualización del pasado en la sesión. Es evidente que esta cara resistencial de la transferencia es un elemento constitutivo desde el momento de adopción de la técnica analítica propiamente dicha, fundada en el rechazo de acceder al inconsciente desde la artificialidad hipnótica.

Como contrapunto a esta faz resistencia cabe destacar que el fantasma interviene produciendo al analista como un desecho cuando la persona de Freud resulta superada por la transferencia en su dimensión discursiva. La eficacia del fantasma se define aquí en relación con el sostenimiento de asociaciones que otorgan un acceso al inconsciente, donde la transferencia produce la convicción de cierto contenido inconsciente buscado. El movimiento en cuestión es contrario a lo apuntado respecto del abordaje de las resistencias transferenciales en las notas originales del caso.

### **Declinación de la fantasía como formación del inconsciente en transferencia**

Ese historial es fundamental para captar esbozos teórico-conceptuales registrados en la escritura, cruciales para interrogar la posición del analista en transferencia en el abordaje del fantasma. En este punto, cabe destacar cómo el historial inscribe algo de la posición del analista como objeto-resto y causa de la transferencia, mientras que en los *Original Records* aparecía, en cambio, la acentuación de otro aspecto: la cara resistencial de la transferencia relacionada con la persona del analista.

En lo concerniente a la eficacia transferencial del objeto resto- causa en relación con la presencia cuasi inasible del fantasma, sobresalen en el historial dos expresiones íntimamente articuladas: "fantasía de transferencia" (*Übertragungphantasie*) y "transferencia fantaseada" (*phantasierten Übertragung*) (Freud, [1909], 1986, p.157). Estas expresiones, compuestas por los mismos términos producen, por el modo peculiar en que los articulan, un deslizamiento semántico de relevancia. ¿Qué importancia teórica cabría otorgar a dicha diferencia? ¿Cuál es la distinción a efectuar según se coloque el acento en la fantasía y sus modificaciones en la situación de transferencia (fantasía de transferencia), o en la transformación de la transferencia por las incidencias de la fantasía (transferencia fantaseada)?

Para comenzar, es necesario apuntar que se llega a estas expresiones a partir de la búsqueda de un material probatorio que justifique las ideas del odio inconsciente del paciente por su padre, en relación con el motivo disparador del ocasionamiento de la enfermedad adulta. Freud vislumbra rápidamente que estuvo ligado a un plan matrimonial. Si este se hubiera cumplido, el paciente habría repetido con exactitud la historia amorosa del padre. Este discernimiento le es comunicado al paciente, quien conscientemente insiste en rechazarlo. Para Freud se hará preciso, pues, encontrar en el análisis el material psíquico que permita corroborar la importancia que el plan tuvo en la eclosión de la enfermedad de neurosis obsesiva en el adulto.



La historia en cuestión es la siguiente: el padre, de origen humilde, había obtenido los beneficios de una ascensión social y económica por su matrimonio con la madre del paciente, criada en una rica familia. La elección de la madre del paciente implicó para el padre la resignación de su amor por una linda muchacha de origen modesto. Cuando la madre del paciente le comenta el proyecto que tenía en mente, el casamiento, a raíz de un ofrecimiento, con la hija de un primo de la familia materna de los Rubensky, se produce el estallido del conflicto: "si debía permanecer fiel a su amada pobre o seguir las huellas del padre" (Freud, [1909], 1986, p.156). La solución al conflicto entre su amor y la voluntad del padre sólo pudo efectuarse enfermando, o, como prefiere precisarlo Freud, el hecho de enfermar fue la manera de evitar resolverlo en la realidad objetiva.

La prueba de esta concepción reside en el hecho de que una pertinaz incapacidad para trabajar, que le hizo posponer varios años la terminación de sus estudios, fuera el principal *resultado* de la enfermedad. Ahora bien, aquello que es el resultado de una enfermedad está en el propósito de ella; la aparente *consecuencia* de la enfermedad es, en la realidad efectiva, la *causa*, el *motivo* de devenir enfermo (Freud, [1909], 1986, p.157, destacado propio).

El paciente rechaza el esclarecimiento de Freud sobre el plan matrimonial, pero termina posteriormente confesando su validez con una "fantasía de transferencia" (Freud, [1909], 1986, p.157). La transferencia funciona aquí como un espacio para la confesión desviada. Freud deja en claro que de nada serviría la búsqueda de convencimiento por vía de la interpretación, diferencia notable con el recurso a la sugestión de la técnica hipnótica:

Producir convencimiento nunca es el propósito de tales discusiones. Sólo están destinadas a introducir en la conciencia los complejos reprimidos, a avivar la lucha en torno de ellos sobre el terreno de la actividad anímica inconsciente y a facilitar la emergencia de material nuevo desde lo inconsciente. El convencimiento sólo sobreviene después que el enfermo ha reelaborado el material readquirido, y mientras sea oscilante corresponde considerar que el material no ha sido agotado (Freud, [1909], 1986, p.144).

Si en el historial *hombre de las ratas* el convencimiento resulta ineficaz, es porque se pone en juego un abordaje transferencial peculiar que permite que la fantasía adquiera el pleno estatuto de una formación del inconsciente de la neurosis de transferencia (a diferencia del caso del *hombre de los lobos*, donde la posición transferencial de Freud es muy distinta y permite dar cuenta de otra forma de incidencia sobre el fantasma).

En este caso, Freud ancla el convencimiento en dos cuestiones claves para el discurrir de la cura: la aceptación del plan matrimonial que tenía su madre y el odio por su padre. En lo relativo a la aquiescencia respecto del plan matrimonial, cabe destacar que fue precisamente por medio de una fantasía que se pudo vivenciar "como nuevo y presente lo que había olvidado del pasado". El suceso es el siguiente: el paciente toma por hija de Freud a una persona con quien se cruza en las escaleras, que lo lleva a forjar la siguiente idea: "imaginó que yo era tan amable con él y le tenía tan inaudita paciencia porque lo deseaba para yerno, a raíz de lo cual elevó la nobleza y riqueza de mi casa hasta el nivel que tenía por arquetipo" (Freud, [1909], 1986, p.157). Uno de sus sueños es extremadamente instructivo sobre el modo de trabajo del inconsciente en la transferencia:

*El ve ante sí a mi hija, pero tiene dos emplastos de excremento en lugar de los ojos. Para todo el que comprenda el lenguaje de los sueños, la traducción resultará fácil: Se casa con mi hija, no por sus lindos ojos, sino por su dinero* (Freud, [1909], 1986, p.157, destacado en el original).

A raíz de esto, Freud plantea que "no pudo sustraerse del efecto convincente que producía la plena analogía entre la transferencia fantaseada y la realidad objetiva de entonces" (Freud, [1909], 1986, p.157), es decir, entre el plan matrimonial de su madre con los Rubensky y el casamiento fantaseado con la hija del analista. Con la fantasía se confiesa en la transferencia que el plan matrimonial de que había sido objeto tuvo un efecto determinante en el ocasionamiento de su enfermedad.

El convencimiento llega por añadidura, esto es, a partir de una reelaboración inconsciente condicionada por la función que adquieren las fantasías. La transferencia se deja permeable por la fantasía para que esta constituye un síntoma apoyado en la relación transferencial con el analista. El resultado es transformar al síntoma en causa de trabajo para el análisis, cuestión que muestra la eficacia de la fantasía declinada como "fantasía de transferencia". Pero a su vez hay que destacar que si la transferencia es transferencia, y si se diferencia como tal de la operatoria de lo hipnótico-sugestivo antes examinada, es porque puede ser recuperada por el deseo del sujeto apuntalado en la fantasía. En otros términos, si la transferencia es transferencia es porque el deseo del paciente se sostiene en pie y resiste como tal al costado sugestivo de toda transferencia (aspecto que deja ver cómo la relación transferencial con Freud se transita en este caso por un carril muy distante al del caso del *hombre de los lobos*). Que la relación transferencial se transforme en materia prima para el forjamiento de una fantasía de deseo depende de una transferencia que resulta conquistada por el inconsciente del sujeto. El deseo, como punto de resistencia al lugar transferencial del Otro, muestra la eficacia analítica de la "transferencia fantaseada" (Freud, [1909], 1986, p.157).

¿Qué se juega, entonces, en el desplazamiento de la *fantasía de transferencia* a la *transferencia fantaseada*? Transferencia fantaseada es el nombre que sella una transferencia conquistada por el deseo, que resiste a consumirse en la destinación al Otro transferencial. En contraste con esto, un costado más pobre del fantasma para la salvaguarda del deseo propio se vislumbra cuando el fantasma se degrada en mensaje destinado al Otro (cuyo modelo es en muchos casos el *acting out*). Esta formación debe pagar el precio de amoldarse a las formas del Otro para hacer resistir al deseo, lleva ese *para Otro* en sí como un condicionamiento del rebajamiento del deseo. La transferencia fantaseada puede, en cambio, ser considerada como uno de los mayores grados de resistencia que impone el inconsciente del sujeto a asumir las formas del Otro.

Sería excesivo adjudicar la eficacia transferencial de Freud a una presencia que operaría más allá de la economía del resto diurno. Su valor en la transferencia es el de un mero pretexto para que el inconsciente forje una fantasía con la cual expresarse, el de un resto que no tiene ningún valor *per se*, y que está al servicio de posibilitar una conexión fortuita, aunque no por ello menos necesaria. Tal conexión no deja de ser contingente, a cargo de la elección del inconsciente en torno de ese objeto que constituye como causa de trabajo. Se trata de un falso enlace, en sintonía con la antigua noción de los *Estudios de la histeria*, indispensable para la constitución de la neurosis de transferencia.

A esta cuestión se refería Mannoni cuando planteó, a propósito de este historial, una homología de estructura entre el sueño y la transferencia: "el 'terreno de juego' de la transferencia y la escena del sueño son, en cierta manera, la imagen el uno del otro" (1969, p.159). El parentesco de estructura resulta sólo posible por la operación analítica, que instituye una transferencia fantaseada.

La transferencia se muestra eficaz en términos clínicos en su vertiente antipersonalista. El inconsciente de quien pasará a la historia analítica como *el hombre de las ratas*, axioma fantasmático que decanta del tratamiento, escogió a Freud por el saber que le adjudicó a sus agudos análisis de *Psicopatología de la vida cotidiana*, publicado poco tiempo antes del inicio del tratamiento, donde el futuro paciente encontró una articulación emparentada a sus propios modos obsesivos de pensamiento. Mas allá de los roles que pudiera eventualmente ocupar Freud en relación con los personajes históricos de la historia libidinal del paciente -el padre, las figuras de la línea materna que lo relacionaban con las mujeres de su familia, el amigo (Lacan, [1952], 2007, p.31), el capitán checo, o aún el capitán Freud (Le Gaufey, 2000)-, lo fundamental de la eficacia transferencial está comandada por eso que en el analista excede el valor representativo asociado a objetos libidinales históricos. Lo decisivo no son los aspectos representativos del analista que lo ubican como sustituto en una serie, sino los puntos que muestran su disolución en tanto objeto, desecho que responde a la lógica psíquica del resto diurno (pretexto que causa el deseo). Su eficacia clínica estuvo ante todo dada por el lugar que ocupó como un objeto desecho, instalando la condición para el trabajo con la causa inconsciente.

Se vislumbran algunos puntos extremos de ese borramiento de la persona del analista en las operatorias transferenciales que trabajan desfigurando el nombre de Freud. En el análisis, con un golpe fuerte de ironía, el nombre de Freud se convierte en un significante con que el inconsciente juega y trabaja. En el curso de la sesión del 22 de noviembre, se introduce esta formación: "*Freudenhause-Mädchen*" {'hija de la casa de Freud' = de la casa de jolgorio"} (Freud, [1909], 1986, p.222). El analista, reducido a su nombre, es transformado por el discurso analizante en significante apto para el trabajo inconsciente.

A raíz de esto, cabría destacar que el convencimiento es el producto de la misma apertura de una transferencia que se transita por diversos carriles abiertos entre lo literal y el significante. Esto muestra que la transferencia queda despojada del anclaje en objetos libidinales solidificados, volviéndose apta para subsumir a la persona del analista en la economía de una transformación fantasmática. Esta modalidad de lo transferencial es eficaz en términos clínicos porque instala, desde las fantasías de transferencia, un trabajo analítico con el deseo inconsciente.

### **El convencimiento y la transferencia obsesiva**

La operatoria de la transferencia en el *hombre de las ratas* desplaza el convencimiento hacia otro registro:

Entonces, sólo por el doloroso camino de la transferencia pudo adquirir el convencimiento de que su relación con el padre exigía real y efectivamente aquel complemento inconsciente. Pronto le sucedió, en sus sueños, fantasías diurnas y ocurrencias, insultarme a mí y a los míos de la manera más grosera y cochina, no obstante que en su conducta deliberada me testimoniaba siempre el mayor respeto (Freud, [1909], 1986, p.164).

El convencimiento no es la captación consciente de un sujeto acoplado unitariamente a su decir, no es el reconocimiento de una implicación en el propio enunciado. Por la vía de la transferencia el convencimiento se presenta como una consecuencia indisociable de la división del sujeto, expresada en la formación de una fantasía. Aunque esto constituya un punto inherente a todo análisis, permite destacar un costado de la transferencia propio del estilo obsesivo que mantiene una conexión de relevancia con la ubicación de la *Verneinung* como modo de relación con el fantasma en las neurosis obsesivas (Lacan, 1960-61).

Más allá de las implicancias de una técnica depurada de resabios sugestivos, en este historial se pone en juego un modo inédito de transferencia, propio del trabajo analítico con el dialecto obsesivo. Aunque la presencia de la persona de Freud sea un escollo permanente que las resistencias deben sortear (los insultos que el paciente le dirige, las caminatas en el consultorio por miedo a Freud ante el despliegue de su agresividad), se termina encontrando una tramitación discursiva para las resistencias transferenciales. Esto tiene una estrecha relación con la idea de que "Freud trata toda la neurosis del *hombre de las ratas* a la manera de un gran sueño", que le permite a Mannoni situar que "el 'terreno de juego' de la transferencia y la escena del sueño son, en cierta manera, la imagen el uno del otro" (1969, p.158-9). El sueño, lejos de reducirse a ciertos contenidos puntuales retomados en el trabajo transferencial, constituye la forma misma de este tipo de transferencia.

Como apunta Mannoni, las acciones o gestos del paciente no salen del marco del análisis. Pero no habría que entender la falta de desborde sólo en un limitado sentido espacial: es la transferencia misma la que funciona de manera cohesionada. Esto permite ubicar diferencias con el caso Dora respecto de los límites de la transferencia, puesto que aquí es más fácil mantener las acciones dentro de "los límites del análisis". Pese a que la motricidad no esté en absoluto bloqueada, la posible producción de *acting out* no es de temer: "todos los gestos a los cuales puede librarse, a diferencia de las decisiones de Dora, conservan una suerte de carácter reversible, o ineficaz, que los torna indicados precisamente para 'el terreno de juego' en que se despliegan (Mannoni, 1969, p.158-59). Los gestos, actos o hazañas del *hombre de las ratas* giran dentro de la transferencia, sin llevarla a una posible ruptura precipitada. Más allá de un exclusivo asunto de técnica, esto atañe a la distinción entre una

modalidad obsesiva de transferencia y una histérica. La declinación histérica de transferencia pareciera más proclive a encontrar un punto de fuga que sustraiga al sujeto de la escena transferencial, mientras que la transferencia obsesiva configura un modo singular de relación con el Otro donde el margen para ese escape se estrecha más. En otros términos, la transferencia histérica está más emparentada con un *acting out* que la sustraiga de la escena que la transferencia-sueño cercana a las neurosis obsesivas.

### **La realización fantasmática del deseo en el obsesivo**

Los planteos de Lacan en los *libros 5 y 6 del Seminario* llevan a deducir que cada estructura neurótica acentúa un aspecto particular en su relación con el fantasma. Lo peculiar de la neurosis obsesiva es la manifestación ejemplar del carácter irrealizable del deseo en el eje fantasma-acto. Todo fantasma puede ser caracterizado de modo genérico como un montaje que sostiene al deseo en su estatuto de irrealizable. Ahora bien, el tratamiento obsesivo del fantasma ilumina este aspecto de un modo singular por la relación que establece entre deseo y objeto. En el obsesivo los fantasmas permanecen en su carácter de tales: "no son realizados más que de manera totalmente excepcional, y estas realizaciones son, por otra parte, siempre decepcionantes para el sujeto". Si en todo fantasma la relación con el objeto es problemática porque el mismo nunca se adecúa enteramente al deseo, en el caso del obsesivo lo es de una manera especial. En la mecánica de la relación con su deseo, éste se amortigua (*s'amortit*), pudiendo llegar eventualmente a su extinción o desaparición (Lacan, [1957-58a], 1998, p.412).

¿Qué implicaría esta realización del fantasma de que habla Lacan? ¿Es el deseo realizable de hecho en el plano del fantasma o requiere para ello el pasaje a otro registro? En este último caso, ¿en qué plano se producen las realizaciones del fantasma?, ¿qué implica el calificativo de decepcionantes cuando ellas se producen? Para abordar estos interrogantes será preciso introducir el problema del acto en el obsesivo en sus diversas vertientes: el acto sintomático (la acción obsesiva-compulsiva), la hazaña y el *acting out*.

### **Reducción del deseo a la demanda en la absorción fantasmática**

Estas vertientes del acto tienen una cabal importancia para la clínica psicoanalítica. La particular relación del obsesivo con el fantasma condujo a algunos analistas a intentar establecer en la práctica un nuevo modo de equilibrio. Esta práctica de la "absorción fantasmática" se inscribe en el plano de la demanda y se propone que el obsesivo encuentre los medios para satisfacer su deseo (Lacan, [1957-58a], 1998, p.415). La oblatividad que el analista instala con su respuesta reafirma lo ya planteado desde el propio fantasma obsesivo: camuflar el deseo, buscando que "el Otro sea consentidor (*consentant*)" al mismo (Lacan, [1957-58a], 1998, p.416).

Que el Otro consienta al deseo implica reducir este último al plano de la demanda, reconduciéndolo a la ambigüedad y reciprocidad propias de sus configuraciones primitivas en los planos oral y anal -cuestión asociada a la dificultad de establecer originariamente una distinción entre el sujeto y el Otro en esos niveles (Lacan, [1957-58a], 1998, pp.357-58)-. La demanda se plantea de modo dual, el deseo se absorbe en ella con la disolución de la *Spaltung* que escinde ambos términos (deseo y demanda).

¿Qué lleva, en el plano de la técnica analítica, a la disolución de esta *Spaltung*? Principalmente, el hecho de reivindicar la relación con el otro como un eje para la conducción del análisis: "la noción de relación al otro es siempre solicitada por un deslizamiento que tiende a reducir el deseo a la demanda". La idea de oblatividad, postulada teóricamente como el resultado que tendería a una madurez genital en las relaciones del sujeto con el otro, llevando al "reconocimiento del deseo del otro como tal", devela una degradación en la concepción del deseo, puesto que éste no podría ser compatible con una satisfacción que se demanda (Lacan, [1957-58a], 1998, p.416).

Es preciso considerar también a la oblatividad como un fenómeno que permite captar con mayor claridad el recurso del sujeto neurótico a la demanda para defenderse de su

fantasma. El fantasma obsesivo, que prefigura este peculiar modo de respuesta del analista, opera como una defensa contra el fantasma. A esto subyace una práctica que responde a la escapada del deseo del fantasma obsesivo con una réplica que termina por acentuarla más aún. Ella se inscribe, entonces, al igual que este fantasma, en el registro de la demanda, acarreado una degradación del deseo, aplastado por la satisfacción esperada por el Otro:

Ratificar (*entériner*) al nivel del significado del Otro s(A) esta producción fantasmática del sujeto es reducir la complejidad de las formaciones en el sujeto, quien es deseo, a la demanda, en tanto articulada en la relación directa del sujeto con el analista (Lacan, [1957-58a], 1998, p.446).

En la sesión titulada *El obsesivo y su deseo*, Lacan concluye acentuando que un análisis constituido en el plano de la oblatividad, al erigirse en una "sumisión a las demandas del Otro", no hace más que "sustituir un síntoma por otro" (Lacan, [1957-58a], 1998, p.417). Es necesario colocar el acento en este modo de tratamiento del fantasma en análisis desde la problemática de las realizaciones decepcionantes que el obsesivo efectúa con su fantasma. El objetivo es problematizar la noción de fantasma en relación con un espectro de cuestiones, analíticas y extraanalíticas, ligadas a las vicisitudes del acto.

### **Tratamiento extraanalítico del fantasma obsesivo**

La preeminencia del lugar otorgado a la demanda en la práctica implica un modo de tratamiento en que las reducciones de los síntomas se regulan por un proceso regresivo, en un sentido fundamentalmente tópico que pone en juego una degradación del deseo al plano de la demanda. Las diversas etapas del tratamiento se ven "escandidas por bruscas explosiones que toman diversas formas", dentro de las cuales está el *acting out* (Lacan, [1957-58a], 1998, p.447).

Ahora bien, existen también otras salidas para el *impasse* del fantasma que son extraanalíticas y que el neurótico obsesivo encuentra por sí mismo. Las denominadas hazañas (*exploits*), resultan de un entrecruce entre fantasma y acto que implica "una relación efectiva con el otro" (Lacan, [1957-58a], 1998, p.417). Aunque se trate de un fenómeno exterior al análisis, configura también una forma particular de lazo con el Otro que permite avanzar en una serie de cuestiones fundamentales.

La hazaña presenta un valor especial puesto que permite interrogar, en el espacio abierto entre lo preanalítico y el análisis, el estatuto del Otro en el eje fantasma-acto. Para dilucidar esto con mayor profundidad, es preciso recorrer, por la forma naciente en que están dispuestos los términos, el abordaje efectuado en el seminario anterior, *La relación de objeto*, cuando despeja al obsesivo en su rol de actor que desempeña cierto papel.

La caracterización del obsesivo es la de un "actor que desempeña (*joue*) su papel y asegura cierto número de actos como si estuviera muerto". Además de los términos *ego*, *alter ego* y Otro (asistente al espectáculo), aparece otro elemento fundamental, no del todo precisado: el objeto (Lacan [1956-57a], 1994, p.27). El estatuto del objeto no se limita al registro dual imaginario y exige introducir el problema de la formulación del deseo en el obsesivo. El abordaje de la problemática del objeto anticipa aquello que el quinto seminario precisará respecto del fantasma en el obsesivo.

Para vislumbrar la plena dimensión del objeto, es preciso retomar también lo introducido anteriormente en *El mito individual del neurótico* sobre la función del desdoblamiento y de la muerte en el obsesivo. En relación con esto, se delimita una función crucial del fantasma: el estallido de la unicidad en la dualidad imaginaria y especular-objeto. El desdoblamiento al que están sometidos estos términos depende de la muerte, eso que excede a cada término en su unicidad, cuarto elemento que permite dar cuenta del Edipo a partir de una estructura cuatripartita, más allá del triángulo clásico. La función de la muerte se precisa como de un "tercero esencial del progreso por el cual el hombre se humaniza en la relación con su semejante" (Lacan, [1951], 2007, p.48).

La diplopía del yo y del objeto, permite explicar por qué el sujeto obsesivo es por esencia alguien que "se siente excluido, por fuera de su propia vivencia (*vécu*)" ([1951], 2007, p.34). Así se anticipa la dimensión del actor bosquejada en el *libro 4 del Seminario*, fundamental para abordar el estatuto de la hazaña en el seminario posterior. La hazaña se distingue de la acción sintomática del obsesivo. Si la teatralización histérica es un elemento constitutivo de la transferencia analítica, que permite aislar la eficacia clínica del *agieren*, tal como propone Assoun (1994, p.293), la dramatización obsesiva es ajena a la situación del análisis y, como se verá luego con mayor precisión, su introducción implica una histerización en el plano del discurso.

La caracterización del obsesivo como actor prosigue con la puntuación de que se trataría de ubicar eso que "el sujeto ha articulado para este Otro espectador que él es sin saberlo y en lugar del cual nos pone a medida que avanza la transferencia" ([1956-57a], 1994, p.28). El actor obsesivo está desdoblado entre él y su *alter ego*, pero el Otro que es el espectador carece inicialmente de alteridad, se confunde con él mismo, asistente de lo actuado por la vía de su *alter ego*.

Esto es de suma importancia porque permite precisar por qué el Otro de la hazaña obsesiva debe caracterizarse como un Otro que no depende del acto analítico (un Otro que carece paradójicamente de alteridad). En contraste con esto, hay que resalta el modelo opuesto de Otro al cual se dirige el *acting out*: el Otro analítico por definición, aunque en el punto de mayor resistencia para el sostenimiento de la formulación del deseo. La histerización del discurso con la que procede el análisis implicaría otorgar una alteridad a ese Otro de la hazaña, Otro que en la realización extraanalítica del fantasma aparece amalgamado al sujeto. Aunque para la constitución de la hazaña la presencia del Otro resulte fundamental (Lacan, [1957-58a], 1998, pp.420-21), es necesario dar cuenta de las particularidades de ese Otro que carece de dimensión transferencial.

Para distinguir al *acting out* del síntoma es necesario comenzar por ubicar que no puede ser superpuesto con las manifestaciones de la compulsión de repetición. El *acting out* se sitúa en otro eje que el síntoma, al producirse, "de manera electiva en el curso del análisis", aparece como una "tentativa de solución del problema de la relación del deseo y de la demanda". Aunque aparezca en el horizonte "de la realización analítica del deseo inconsciente", la cuestión no se resuelve de modo diferente al del síntoma, acto fallido-logrado, "que deja claramente aparecer una tendencia". El *acting out*, "comporta siempre un elemento altamente significativo", pero que permanece enigmático. Su carácter inmotivado (*immotivé*), no lo desliga del problema de la causa aunque sea "inmotivable (*immotivable*) psicológicamente" (Lacan, [1957-58a], 1998, p.420-21).

Aunque el *acting out* podría dar la impresión de ser una hazaña, se distingue de ella porque supone otras coordenadas en la relación con el Otro:

Una cosa lo distingue [al *acting out*] del fantasma y también de la hazaña. Si la hazaña es un ejercicio, una proeza (*tour de force*), un juego de manos (*tour de passe-passe*) destinado a dar placer al Otro que, como se los dije, le importa un comino. El *acting out* es otra cosa. Es siempre un mensaje, y es en esto que nos interesa cuando se produce en un análisis. Siempre está dirigido al analista, en tanto que éste no está, en suma, demasiado mal ubicado, pero que no está, tampoco, totalmente en su lugar. Es en general un *hint* que nos hace el sujeto (Lacan, [1957-58a], 1998, p.421).

El *acting out* permite clarificar "las relaciones del sujeto con la demanda", al mostrar que "toda relación a esta demanda es fundamentalmente inadecuada para permitir al sujeto acceder a la realidad efectiva del efecto significativo sobre él, es decir, de ponerse al nivel del efecto del complejo de castración". Además, es posible ubicar un espacio intermediario en que se producen toda una serie de "ejercicios nebulosos (*troubles*)" en el arco de la hazaña al fantasma, donde se inscriben también el "amor apasionado y parcial" y "la transferencia homosexual en la neurosis obsesiva" (Lacan, [1957-58a], 1998, p.421).

## **Acción obsesiva y *acting out*: la máscara del síntoma preanalítico**

¿Qué permite distinguir entonces a la acción obsesiva de la hazaña y del *acting out*? Para comenzar, hay que precisar el estatuto de la acción obsesiva ubicándola como *sin causa, sin fin y sin Otro*, puntos íntimamente interconectados.

Freud circunscribe al ceremonial neurótico a partir de "pequeñas acciones (*Verrichtungen*), acciones complementarias (*Zutaten*), acciones trabadas, colocaciones en orden" (Freud, citado en Assoun, 1994, p.283). Paul-Laurent Assoun esbozó de modo preciso las relaciones entre la acción obsesiva, el objeto y la finalidad:

Su fin no está en su objeto, como el acto banal de la vida cotidiana, sino que parece tenerlo en ella misma. Actuar se convierte en un fin en sí: precisamente su autosuficiencia confiere a la acción-compulsión su apariencia absurda (Assoun, 1994, p.283).

El relieve de lo planteado por Assoun se precisa si se piensa en el estatuto inconsciente de la acción, más allá de su delimitación inicial por la vía de un objeto concreto de la realidad. Si en el plano del inconsciente, la acción se presenta como no teniendo fin es justamente porque no está asociada a una finalidad externa a sí misma; en otros términos, no se plantea como un llamado orientado hacia algún Otro. La acción obsesiva se basta sin el Otro, cuestión que permite precisar la relación que mantiene con la causa de deseo: la acción obsesiva se constituye como si tuviera su causa dentro de sí (y, en este punto, viene a cuestionar la alteridad fundante del psiquismo, de modo similar al registro económico de satisfacción de la pulsión autoerótica). El hecho de que sea *sin causa* no significa que no tenga una causa que se enraíce en el inconsciente; implica más bien que su trabajo con la causa no abre al despliegue de la dimensión del inconsciente como discurso del Otro.

Más allá de su materialización como un actuar concreto sobre la realidad, la acción obsesiva debe ser concebida psíquicamente como algo fundamentalmente autoreferencial, cerrado a toda relación dialéctica con el Otro. Estas acciones, aunque impacten en términos motrices en el mundo circundante e implique la tramitación de una satisfacción fantasmática inconsciente, poniendo en juego un lazo libidinal de objeto, se inscriben sin embargo en el registro de lo autoerótico (la trama de su constitución exige una vuelta al autoerotismo pulsional como un rodeo secundario respecto de la satisfacción fantasmática de origen).

Esto resulta decisivo para dilucidar el estatuto refractario a la interpretación de ciertos síntomas. Aún en el caso de un neurótico obsesivo en análisis, cierta dimensión de las acciones obsesivas aparece como irreductible al trabajo analítico. Su acceso al registro de la palabra, está interceptado; aún cuando sea posible hablar de ellas, no dejan, en el plano de la estructura, de sustraerse a la comunicación dirigida al Otro. En otros términos, el aislamiento se mantiene eficaz como operación inhibitoria. Aunque la palabra pueda fenoménicamente tocar a la acción obsesiva, el vínculo discursivo entre el sujeto y el Otro se mantiene interrumpido en ese plano.

Se hace necesario encarar ahora más detenidamente el abordaje del síntoma-acción en su carácter preanalítico. Ese rodeo que lo lleva a prescindir del Otro se conecta íntimamente con ese goce podrido con que Lacan se refiere al síntoma ([1962-63a], 2004). La idea de un goce estancado permite precisar mejor esta caracterización. Esta adjetivación resulta más clara para dar cuenta de las implicancias psíquicas en la acción obsesiva. Aunque la acción produzca un desplazamiento motriz, eso no se produce ninguna consecuencia que abra al trabajo del discurso inconsciente. La acción efectivamente realizada en lo motriz está infestada por una función inhibitoria que indica el límite de una acción que, en definitiva, no actúa en el plano del Otro. En este sentido, nada está más alejado del acto analítico que la acción obsesiva, que lleva en su estructuración el germen de la imposibilidad del acto.

Para esclarecer más aún esta cuestión, es preciso considerar que toda acción obsesiva lleva en sí el aura de esa "magia negativa" que Freud circunscribe tan bien a propósito de la técnica que consiste en "anular lo acontecido" (*Ungeschehenmachen*) ([1926], 1986, p.114). Ella se presenta como una "técnica motriz de la defensa" (p.115). El deseo rechazado, a raíz del conflicto psíquico que ha puesto en marcha la defensa, se encuentra en

este punto en un estado de parálisis, de inhibición, que la acción motriz no hace más que reforzar. El desplazamiento motor no es solidario de un desplazamiento psíquico. Esto exige rechazar toda tentativa de concebir el funcionamiento del aparato psíquico freudiano en un sentido finalista. La noción de descarga, aunque impregnada de una semántica finalista, es sumamente instructiva en su complejidad para dar cuenta de los límites del finalísimo en el construcción freudiana del aparato psíquico (Carignano, 2011).

Las dos técnicas del obsesivo planteadas por Freud en "Inhibición, síntoma y angustia" están indisolublemente ligadas. A la técnica de "anular lo acontecido" se suma la del aislamiento (*Isolieren*), que se caracteriza por la interpolación de una pausa en el actuar motriz "en la que no está permitido que acontezca nada, no se hace ninguna percepción ni se ejecuta ninguna acción" (Freud, [1926], 1986, pp.114-117). La acción obsesiva está supeditada a la operatoria del aislamiento motriz, que muestra los límites de su accionar.

Resulta de extremo interés ubicar aquí cómo toda acción obsesiva lleva como germen al aislamiento, que impide el contacto asociativo (o discursivo). Esto muestra una especie de raíz inhibitoria en el corazón del síntoma de la acción obsesiva y permite esclarecer su función en la estructura psíquica. Opera buscando un aislamiento pero el resultado es su propio aislamiento, como si en esa búsqueda terminara por aislarse a sí misma, separándose de la causa inconsciente que la originó.

Esto no implica afirmar que la acción obsesiva sea ajena a la causa inconsciente. Por el contrario, todos los descubrimientos del psicoanálisis permiten mostrar su motivación como efecto de una causalidad inconsciente que remite a una satisfacción sexual. Si hay acción obsesiva, es precisamente porque se consigue vulnerar la defensa ejercida contra las tendencias inconscientes en el mismo ámbito en que la defensa opera. Pese a esta conexión originaria con la causa inconsciente, la acción obsesiva resulta exitosa en mantenerla inhibida, dejando en suspenso sus efectos, como si consiguiera hacer callar al inconsciente que ha previamente hablado a través de ella. De allí su estatuto paradójico: depende de un movimiento inconsciente pero consigue interrumpirlo. La acción obsesiva pareciera estar enroscada sobre sí misma, como si en última instancia el inconsciente mismo apareciera enroscado sobre sí cuando la acción obsesiva conquista la causa para su dominio. El efecto particular que produce (gracias a la cooperación entre lo representacional y el plano motor) es suturar el agujero de la causa que moviliza el trabajo del inconsciente desde los movimientos asociativos. La dialéctica del deseo es lo que en última instancia se encuentra estancado en la acción obsesiva.

Esto conduce a considerar la acción obsesiva desde una perspectiva ética: si está destinada a mantener clausurado el agujero de la causa que la produce es porque se trata de una vicisitud de la acción que impide que un trabajo del inconsciente se tramite por la vía del acto analítico. Si el acto analítico es constitutivo del síntoma en su dimensión analítica, la acción obsesiva resulta un modelo ejemplar para dar cuenta de la estructura del síntoma que precede al acto analítico. La acción obsesiva es, por antonomasia, el modelo de síntoma que rechaza el estatuto transferencial del Otro.

La acción obsesiva expone un carácter constitutivo de todo síntoma elevándolo a su máxima expresión. Cuando Lacan ubica en su quinto seminario la "máscara del síntoma" a los fines de acentuar su cara oculta al Otro, se está refiriendo a este aspecto del síntoma. El síntoma se instituye a partir de una paradoja que implica "un reconocimiento de deseo" hecho por nadie (Lacan, [1957-58a], 1998, p.326). Esta definición resulta clave para dar cuenta del estatuto preanalítico del síntoma. Antes de ser puesto en causa en la transferencia, el síntoma implica un reconocimiento del deseo, pero que se presenta como si estuviera cerrado al otro (p.327), clausurado al reconocimiento del Otro.

La relación entre síntoma y deseo reprimido permite establecer una distinción de relevancia respecto del *acting out*. El deseo reprimido en que se fundamenta el síntoma es un "deseo que el sujeto excluye en la medida en que quiere hacer reconocerlo. Como deseo de reconocimiento es tal vez un deseo, pero, al fin de cuentas, es un deseo de nada" (Lacan, [1957-58a], 1998, p.327). El *acting out*, por el contrario, acentúa la cara opuesta, precisamente aquella que aparece clausurada en el síntoma preanalítico, esa que implica la búsqueda de reconocimiento de un Otro.



Para delimitar la cuestión con mayor precisión habría que acentuar que el *acting out*, en lugar de inscribirse como un mero deseo de reconocimiento, produce una degradación suplementaria del deseo: no lo rechaza como hace el síntoma, sino que lo excluye como una causa que le concierne al sujeto en la tensión con el Otro transferencial. Lo dedica al Otro, lo transforma, inyectándole la finalidad del *para Otro* que lleva a degradar el deseo en demanda. El *acting out* traduce el deseo de reconocimiento en demanda de reconocimiento. Expresa de este modo una forma de mala fe en la relación con la causa inconsciente, mientras que el síntoma expone una cara distinta de la mala fe, que el análisis desarticula con su puesta en causa transferencial (deseo de reconocimiento). En este punto, habría que establecer la siguiente distinción esquemática: el síntoma preanalítico implica un reconocimiento de deseo, cuya puesta en causa transferencial convierte en un deseo de reconocimiento; el *acting out* sobresale, en cambio, como una demanda de reconocimiento.

Lo abordado sobre la acción obsesiva permite volver sobre la hazaña para mostrar cómo diverge del síntoma por su búsqueda trunca de apertura dialéctica. Habría en la hazaña un movimiento hacia el Otro sin que a éste, por razones de estructura, nada le importe. La contradicción en que la hazaña se encuentra montada está ligada a que el Otro buscado, demasiado amalgamado al sujeto, no tiene en definitiva lugar de Otro. La hazaña, que expone la dimensión actoral del obsesivo, permite captar cómo el sujeto es al principio y sin saberlo el propio Otro como espectador. El discurrir del análisis tendería a colocar al analista en ese lugar, dándole al Otro, desde la transferencia, el relieve de alteridad del que carecía en el plano preanalítico.

La hazaña obsesiva se termina de esclarecer mejor desde el caso del *hombre de las ratas*. La escena del estudio nocturno donde se expresan dos caras del lazo ambivalente con el padre (obediencia y desafío), ¿tiene la dimensión de una hazaña? La escena pone en acto como un "loco accionar {*Treiben*; pulsionar}" (Freud, [1909], 1986, p.160) la fantasía en que se fundamenta: "su padre aún vive y puede retornar en cualquier momento". Se percibe aquí una orientación al Otro que haría inapropiado caracterizar estrictamente a esta escenificación como una acción sintomática, aunque Freud se refiera a ella también como a una "acción obsesiva no entendida" (p.161). El hecho de que está significación aparezca como sobrecargada de sentido, plena de un simbolismo que escapa a la autorreferencia de la acción sintomática, es otra de las razones que permite colocarla más cerca de la hazaña. Sobresale también el hecho de que lo motriz no se encuentre al servicio de un aislamiento que trataría de impedir el contacto asociativo.

Hazaña y *acting out* implican una dirección hacia el Otro, mientras que el lugar del Otro en la estructura del fantasma es distinto, pues no se constituye en ella como destinatario de un mensaje o de una proeza. Si este caso autoriza a hablar de una puesta en acto de la fantasía es ante todo por la escena montada para el Otro, más allá del despliegue motriz efectuado. En ese punto, se vislumbra una declinación del registro del fantasma, que sostiene al deseo al precio de su irrealización, al de la brusca realización.

### **Tratamientos del fantasma y del *acting out* en Dora y la joven homosexual**

Estos dos casos son publicados por Freud en momentos teóricos dispares y tienen muchos puntos en común e importantes divergencias. El caso Dora se publica cinco años después de haber sido redactado y constituye el primer historial clínico basado en el método psicoanalítico ([1905], 1978), donde adquieren especial importancia clínica los sueños, la sexualidad infantil, las fantasías y la transferencia.

El caso de la joven abordado en "Psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina" es (Freud, [1920], 1984) uno de los últimos escritos en que Freud se aboca al abordaje de un caso clínico puntual. Por razones de extensión y de estructura no llega a tener el estatuto de un historial clínico, característica que comparte exclusivamente con el caso expuesto en "Un caso de paranoia que contradice la teoría psicoanalítica". Su singular conformación permite distinguirlos de los *Krankengeschichte* (historiales de enfermo) y agruparlos en el género de la *nouvelle* (Assoun, 1994, pp.320-321), caracterizado por la

prevalencia de la vivencia (*Erlebnis*), en lugar de la historia de vida (*Lebensgeschichte*) propia de los historiales.

No es un dato menor sobre la posición de Freud al escribir el relato del caso la ausencia de registros textuales de los enunciados de la joven paciente. A este respecto, Jean Allouch hace notar que el célebre *niederkommen* pareciera ser la única palabra de la paciente cuya voz el texto guarda, prueba para este autor de cómo Freud coloca el acento sobre la transferencia imaginaria (2004, p.38). Esta notoria ausencia de su voz es remediada por la réplica con que aparece en el año 2000 la *verdadera historia* de Sidonie Csillag, basada en entrevistas a la ya anciana ex paciente de Freud.

Un aspecto fundamental a poner de relieve es que ambos casos, Dora y *joven homosexual* son de muchachas jóvenes que no llegan a consulta por voluntad propia sino movidas por sus padres. Otro rasgo importante en común es la interrupción anticipada de ambos tratamientos por un manejo inadecuado de la transferencia. En el seminario *La relación de objeto*, Lacan emprende un contrapunto entre las dos situaciones, guiado por la consideración de que Freud, en el manejo de la transferencia, comete el error inverso en los dos casos. Habría una relación de positivo a negativo entre uno y otro, planteada en estos términos: "la confusión de la posición simbólica con la imaginaria se produce en cada uno en un sentido opuesto" (Lacan, [1956-57], 1994, p.136).

A su vez, Lacan acentúa la prevalencia de la metonimia en la *joven homosexual*, contraponiéndola a la estructura metafórica de Dora ([1995], 1978, p.145). En este último caso, se encuentran acciones sintomáticas que se producen en el ensamble con el Otro transferencial, así como fenómenos de *acting out* tanto extraanalíticos (previos al comienzo del análisis) como desencadenados en la transferencia. Cierta vacilación fantasmática absorbida por la demanda desencadena la llegada de Dora a la consulta de Freud, no por su propia demanda sino llevada por el padre. El posicionamiento transferencial ante las derivas del fantasma resultará decisivo para la interrupción del tratamiento, donde se avizora el *acting out* como modo de tramitación del fantasma.

En el caso de la *joven homosexual*, Freud efectúa un discernimiento de "dos aspectos de la conducta de esta paciente", que en apariencia se oponen y cuyo anudamiento permite caracterizar la ambigüedad típica del *acting out*, término que escogerá Lacan en el *libro 4 del Seminario* para precisar las mostraciones de la conducta enamorada: "demasiada publicidad en un caso, y total disimulación en el otro" (Lacan, [1956-57], 1994, p.142). En este caso, el *acting out* interviene de un modo masivo, a tal punto que la configuración misma del análisis cobra el carácter de un *acting out*. El singular modo de tramitación de la castración en sus relaciones con el analista se conecta con el *acting out* como interpelación del deseo del analista. El lugar al que el analizante se dirige es problemático desde el inicio, pues el análisis aparece de entrada montado con la estructura de *acting out* y termina encaminándose a su interrupción. El *acting out* no resulta aquí de una eventualidad, es por el contrario algo intrínsecamente enraizado en la misma conformación transferencial de la escena analítica, en la relación entre el sujeto y el Otro.

Es tan importante en este caso como en el de Dora -que sirvió a Lacan para plantear a la contratransferencia como la suma de los prejuicios del analista (Lacan, [1951], 1999)-, ubicar la cuestión del orden contratransferencial. Esto resulta legible en la desilusión a la que Freud se anticipa y con la que busca protegerse de la intención que sospecha en la paciente, quien tendía a elevarlo "para hacerlo caer de lo alto [...] tanto más alto cuanto que él estaría más tomado en la situación" (Lacan, [1956-57], 1994, p.107).

Según Lacan, "su contratransferencia habría podido servirle a condición de que no fuera precisamente una contratransferencia, es decir, que él mismo no crea en ella, que él no esté allí". La condición para su utilidad es que le permita al analista interpelar su lugar en la transferencia; la noción de contratransferencia es válida a condición de que pueda cuestionarse su estatuto. Pero no fue ése el caso en esta situación, porque Freud se involucra interpretando demasiado precozmente, con lo cual "hace entrar en lo real el deseo de la joven", cuando no se trataba más que de un deseo y no "de una intención de engañarlo" ([1956-57], 1994, p.108).

## ***El acting out y los escollos en la posición transferencial del padre***

El caso de esta joven de dieciocho años ocupa un lugar especial entre los historiales de Freud por diversos motivos, especialmente porque aparece presentada como una paciente no neurótica (Freud, [1920], 1984, p.149), que no podía ser considerada una enferma, pues no manifestaba ningún conflicto a solucionar (p.144). La combinación de estas dos cuestiones hacen que el analista no esté ante la situación ideal que el análisis demanda para mostrarse eficaz, resumida por Freud en los siguientes términos: "alguien, en lo demás dueño de sí mismo, sufre de un conflicto interior al que por sí solo no puede poner fin; acude entonces al analista, le formula su queja y le solicita su auxilio" (p.143).

La situación es similar a la de Dora sólo en apariencia. En los dos casos, el punto de partida es la toma en consideración de la demanda de los padres de aceptar a sus respectivas hijas en análisis, aunque sin conceder conformidad a lo explícito de sus pedidos —en un caso, poner en camino a Dora para que no perturbe al padre en sus relaciones con el matrimonio de los K. (Freud, [1905], 1978); en el otro, modificar la orientación sexual de la hija para volverla a la normalidad—. En este último caso, Freud plantea claramente sus reservas y se abstiene de "pintarles a los padres la perspectiva de que su deseo se cumpliera" (Freud, [1920], 1984, pp.142-145). Pese a esto, no deja de tomar a la paciente en análisis, aunque no exista conflicto neurótico sobre el cual trabajar ni demanda explícita de su parte. Esto exige introducir la pregunta por las consecuencias transferenciales de haber aceptado trabajar con esta paciente.

En los casos de Dora y la *joven homosexual* los lugares específicos de los padres ante las respectivas posiciones fantasmáticas de sus hijas permiten ubicar diferentes posiciones transferenciales de Freud, aun cuando el punto de partida parezca ser en el mismo: el sostenimiento de la demanda del padre. En su lectura del caso de la *joven homosexual*, Jean Allouch señala de forma precisa en qué punto el problema de los escollos transferenciales en la posición de Freud están ligados a su ubicación en el lugar del padre. Para dar cuenta de ello resulta crucial despejar el estatuto de la paternidad para Freud y la relación que establece con ella. A este respecto, Allouch expone que "*el padre es aquel en quien la demanda vale como ley [...] La paternidad sería ese lugar único de anulación de la distancia, de la diferencia, del distanciamiento de la demanda y del deseo*" (2004, p.22, destacado en el original).

Aunque lo lógico hubiera sido cuestionar la demanda del padre de la *joven homosexual*, puesto que él solicita el tratamiento, Freud no lo hace. Como sugiere Allouch, la dificultad es el escollo de su propia concepción de la paternidad. Si demanda del padre es incuestionable es porque lo contrario implicaría destituir al padre en tanto padre: "al no cuestionar su demanda, imputaba de entrada a este padre su propia versión de la paternidad" (2004, p.23).

Al respecto, cabe señalar que la constitución de la transferencia en una vertiente paternalista se condice muy bien con el rechazo manifiesto de Freud a la transferencia materna, quien se muestra reticente a "maternalizar la transferencia" (Assoun, 1995, p.148). Paul-Laurent Assoun pesquise este rechazo tanto en la posición analítica ante Hilda Doolittle como en lo planteado a Georg Groddeck en un intercambio epistolar. Este último lo colocaba transferencialmente en un lugar que resulta rechazado en los siguientes términos: "con su inserción de mi persona en la serie materna -en la cual sin embargo no estoy manifiestamente en mi lugar- muestra claramente cómo usted quiere evitar la transferencia paterna" (Freud citado en Assoun, 1995, p.149). Como se verá en el tercer capítulo, los problemas que resultan de las relaciones transferenciales de Ferenczi y Rank con Freud también deben ser remitidas a la inmovible consistencia con que se coloca en el lugar de padre. El fragmento aludido de la correspondencia permite deducir que la transferencia paterna sobre su persona cobra para Freud el peso de una condición del análisis.

En lo concerniente al caso de la *joven homosexual*, un cuestionamiento de la demanda del padre podría haber permitido otra configuración transferencial para el análisis de la hija, si es que la desarticulación de la demanda del padre permitía seguir sosteniendo alguna demanda en otro plano. La posible conjetura de un análisis del padre, hubiera requerido una apertura que lo conmoviera precisamente de su lugar, puesto que un padre en tanto padre se

caracteriza por ser inanalizable, como bien lo ha mostrado Lacan en el *Seminario De un discurso que no sea semblante* (1970-71, p.246).

La intervención sobre la demanda del padre podría haber dejado un resto de demanda que motivara un inicio de tratamiento por otros carriles, lejanos de esa configuración al estilo *acting out* en que consistió el análisis con Freud. La condición para esto fue una tramitación transferencial dependiente de la figura de un Otro que operó como representante sin fisuras del padre. La primera demanda en nombre de una incuestionable paternidad instaló al Otro transferencial en relación con el sostenimiento de un *acting out*.

El padre potente de la *joven homosexual* -opuesto al padre impotente de Dora- aparece como un Otro al que nada le falta, cuya consistencia pareciera predestinarlo a la acogida de un mensaje ambiguo que se tramita como *acting out*. En contraste con eso, se verá luego la importancia que cobra en Dora, para la articulación de la escena fantasmática, la figura del padre impotente. El entramado identificatorio que la sostienen y las posiciones transferenciales de Freud son muy distintos.

En el tercer capítulo se avanza, desde la problemática del fin de análisis, sobre los efectos transferenciales de un padre consistente, cuestión solidaria del planteo del complejo de castración como límite infranqueable de un análisis. Por ahora, cabe apuntar sólo cómo esa idea se ancla en dos cuestiones profundamente articuladas y decisivas para el discurrir de dos casos en cuestión: el estatuto del objeto *a* en el sostenimiento de la transferencia en sus relaciones con el deseo del analista.

Precisamente a partir del caso de la *joven homosexual* Lacan expone en *La angustia*, los lineamientos de un nuevo modo de concebir la transferencia. En torno del objeto *a* se ubica la posibilidad de ir más allá del supuesto límite impuesto al análisis por el complejo de castración. La acertada lectura de Allouch apunta que esta nueva concepción de transferencia se basa en correr al analista del lugar de amo.

Las distintas versiones de la transcripción del seminario de Lacan dejan traslucir ideologías diferentes en torno a la posición del analista en transferencia. Existe una marcada discrepancia aún entre las diferentes escuelas analíticas de filiación lacaniana, ligada a la disyuntiva entre la sumisión del analista al objeto parcial o a su dominio por sobre el objeto. Esta suerte de ideología infiltrada se avizora en las elecciones de transcripción para términos cuasi homófonos, según el uso que se haga del sujeto de la acción. No es fortuito fortuito que en las estructuraciones de una frase se recurra a sujetos gramaticales diferentes, *qui* o *qu'il*: "*la position de l'analyste, par quoi gît, dans l'espace qui le détermine, la fonction de l'objet partiel*" (Allouch, 2004, pp.25-26). La versión de la Asociación freudiana suplanta a *qui le* por *qu'il*. La distinción resultante es un cambio en el sujeto de la acción gramatical. Si se reconstruye la frase recurriendo con la partícula *qui*, se enuncia que el espacio determina al analista en su posición; al contrario, si se la suplanta por *qu'il*, el analista pasa a ser el agente de la acción, y por tanto el que determina en el espacio analítico la función del objeto parcial. Estas elecciones gramaticales permiten deducir consecuencias clínicas por el lugar asignado al agente de la acción en función del sujeto gramatical utilizado: el analista se concibe como amo de la situación analítica o se limita su actividad en tanto agente, supeditándose al objeto parcial al cual se somete.

Esa posición de amo permite cernir ciertos límites con los que se topa en ocasiones una de las versiones freudiana de la transferencia, el registro de la transferencia paterna. Apoyándose en una cita de Lacan del mismo seminario, donde que enuncia que Freud "permanecía para su analizado, el sitio (*siège*), el lugar de este objeto parcial" (Lacan citado en Allouch, 2004, p.28), Allouch delimita el punto en que se enraíza este límite.

### **La demanda del Otro y lo inanalizable del deseo en ausencia de conflicto**

Aunque en el caso de la joven en cuestión no haya un conflicto explícito, esto no impide que exista para Freud una exploración que el psicoanálisis puede permitirse. Se lo fundamenta en el hecho de que toda homosexualidad o heterosexualidad exclusiva supone la segregación del otro componente de la bisexualidad constitutiva. Ahora bien, ¿no supone esto injertar un conflicto allí donde para la paciente no lo había, es decir, buscar instalar de

forma abrupta un conflicto creado, en realidad, por aquello demandado por los padres? De ser tal es caso, habría que leer esta cuestión tomando en cuenta los reparos del propio Freud respecto de las avanzadas de Ferenczi en la técnica activa, especialmente cuando sostenía, en contra de su discípulo, que no hay motivos para instaurar una práctica analítica generando un conflicto que no sea actual (Freud, [1937a], 1986).

No parece ser este el caso. La paciente estaba muy a gusto con su posición sexual y no parecía tener ningún ánimo de modificarla. ¿Por qué, entonces, iniciar un análisis? La demanda del padre y el sostén que encuentra en Freud condicionan y orientan la entrada en análisis por la vía del *acting out*, tramando un modo de transferencia que constituye un Otro muy peculiar como destinatario del mensaje. La paciente ingresa desde la demanda del padre y termina por fabricar esos *sueños-acting* destinados para quien es, en el análisis, su representante sin fisuras. A este respecto, Freud se preguntó si es el inconsciente el que miente, o si se trataría sólo de una mentira del sueño en tanto formación del inconsciente.

Pero tal vez esta alternativa sea estrecha: habría que desglosar cuál es el estatuto de la mentira, puesto que, en dicho caso, no parece tratarse en modo alguno de la mentira que cifra la enunciación inconsciente, esa que desbarajusta la paradoja que se quiere captar en el enunciado 'yo miento'. Posiblemente sea esta la razón de que la molestia de Freud no sea escasa. La mentira puede ser cifrada en el hecho de que la fabricación del sueño no pareciera llevar el sello en el propio inconsciente del sujeto. Al contrario muestra la acentuación de una dedicación al Otro que hiere a su destinatario por su tono hipócrita. Pero el punto importante a poner de relieve es que Freud parezca perturbado, en realidad, por el efecto de la misma posición transferencial en que se instituyó, y que dio lugar a que el análisis comenzara a funcionar por los carriles de un deseo rebajado, efecto del giro transferencial centrípeto en torno de la demanda del Otro. Eso permitiría circunscribir aquí al *acting out* como la resistencia a un trabajo analítico sobre el conflicto psíquico concebido como la tramitación de la tensión entre deseo y deseo del Otro.

Nada impediría pensar que, *a priori*, el análisis de esta paciente pudiera haberse tramado de otro modo; esto es, en torno de un conflicto genuino fundado en la apertura de una pregunta inconsciente que inaugure la tensión entre el propio deseo de la joven y la búsqueda de satisfacer el deseo de sus padres. Pero si esta posibilidad pareciera obstaculizada de entrada es por la constitución de una transferencia que estrechó el margen para que emerja la tensión del deseo inconsciente (con una pregunta por su causa), transferencia supeditada a la demanda omnipresente del padre en el armado de la escena analítica.

### **La llamada no invocante del *acting out* y la presencia transferencial del Otro**

Las consideraciones precedentes permiten ubicar que en la escena analítica en cuestión hay escaso margen para una báscula entre la escena transferencial instituida en la mirada -asociada a una configuración donde el fantasma se despliega imaginariamente en dirección de la mirada del Otro, de lo cual los sueños hipócritas constituyen una especie de figuración- y una declinación del objeto voz que permita inaugurar una relación con el Otro permeable a la interpretación. Esto conduce a definir a la transferencia analítica como aquella que abre, en cambio, un punto de fuga que permite un escape de la escena transferencial armada en torno de cierto Otro consistente en su lugar de amo, cuya condición es que el analista aparezca como un objeto pasible de caer en la escena transferencial.

En esta operatoria se avizora la raíz mínima o el grado cero de la interpretación, el "mínimo de intervención interpretativa", según la expresión de Lacan en *L'Étourdit*, ([1972], 2001). La enunciación requiere atravesar la escena transferencial de la mirada con el punto de fuga de la voz. Para que se instaure un corte en la mirada es necesaria la intervención del objeto voz como sustracción. A contrapelo de esto, la mirada y la voz pueden articularse de una forma degradada cuando sostienen una escena hipnótica, condicionada por la función del objeto que obtura el lugar vacío de la causa, donde la voz se encuentra taponando el agujero de la causa de la mirada. La voz coopera allí con la escena hipnótica que se arma en torno de la mirada, como si estuviera engullida por el Otro amo, el hipnotizador.

En la situación analítica la opacidad de la voz permite instaurar una cara opaca del analista en tanto Otro. La voz tensa al deseo y permite sostener al fantasma abriendo un punto de fuga en la transferencia. Lo sostiene en la transferencia, pero desde una apoyatura que le es exterior, desgajando al deseo del vínculo exclusivo con el Otro a partir del cual se configura la escena transferencial. Para que la "presencia transferencial del Otro" (Ritvo, 2011, p.15) sostenga al fantasma en su punto de eficacia clínica analítica, es necesario que esté apoyada en una ausencia que instale un más allá de la mirada como punto de mira geométral del Otro.

Si el *acting out* aparece como refractario a la posibilidad de recibir una interpretación es porque la voz no ahueca el signo para instituir la hiancia del orden significante. El significante se degrada en signo, supeditándose a la mirada idealizada el Otro, donde el significante queda imaginarizado. La mirada se coagula en la referencia al Otro, y la llamada al Otro no deja caer el objeto voz. Esto conduce a plantear al *acting out* como una *llamada no invocante*, que convoca a la mirada de un modo masivo, sin dar lugar a la voz en su estatuto de objeto resto, caído en la articulación entre deseo y deseo del Otro. El *acting out* rechaza la interpretación aunque no deje de pedirla, con lo cual produce esa ambigüedad que resulta de la superposición entre los registros escópico e invocante. Pide la interpretación alimentando al ojo geométral en que se sustancializa la mirada, y de ese modo obstaculiza la posibilidad de que, en el marco de lo que pide, se desprenda la voz como objeto. En otros términos, estrecha el margen para que surja una verdadera interpretación en la transferencia, que produzca un retorno sobre el deseo que funcione como un eco para la dialéctica que lo tensa al Otro.

Lo abordado respecto del historial del *hombre de los lobos*, permite representar una versión del fantasma que se dibuja para la mirada de Freud en tanto Otro transferencial, como si la presencia de su lugar se configurara como un todo en el plano de la mirada. En este punto, se puede localizar un punto de obstaculización del trabajo analítico sobre el fantasma, donde el lugar para la causa vacía en transferencia se clausura por la presencia de una mirada positivizada, ojo geométral donde se apuntala el deseo de saber.

En caso del *hombre de las ratas* es precisamente aquel que Ritvo toma como referencia para esbozar la idea de una *presencia transferencial del Otro* que resulta determinante para el abordaje clínico del fantasma. Allí se puede ubicar cómo la confesión del fantasma pareciera depender de un borde obsceno de la transferencia, aquel que constituye a Freud mezclándolo con el capitán checo. Cabría preguntarse si es realmente esa versión del Otro la que permitiría abordar al fantasma en análisis. Para ello, es necesario revisar con precisión las implicancias de la postulación de una presencia transferencial del Otro.

Eso conduce a ubicar en qué medida la hipótesis planteada en el primer capítulo debería ser no rectificadas, pero sí corregidas y ajustadas. Si con la idea de presencia se menta la importancia de lo formulado en análisis ante un Otro, a los fines de delimitar la incidencia de lo discursivo en el fantasma, no habría nada que objetar, puesto que ello permite acentuar que el fantasma sólo se instituye como tal en su dimensión de un efecto que depende del decir ante el Otro transferencial, aunque se sustraiga como tal al plano de lo enunciado. Sin embargo, esto no impide que la idea de presencia pueda ser mejor precisada en la fórmula *presencia transferencial del Otro*. El oximorón *presencia ausente* podría servir para delimitar mejor el punto en que la estructura del Otro se revela como más dócil para su eficacia analítica. La idea de una presencia expectante del Otro transferencial (Ritvo, 2011, p.15), no sólo puede servir como modelo para pensar el impacto transferencial en el abordaje del fantasma; revela también un tropiezo en la constitución de la transferencia propiamente analítica si pone en juego la falta de un punto de fuga para la enunciación del fantasma. Para ajustar esta fórmula, hay que insistir en la necesidad de una ausencia operativa en el plano transferencial que sustraiga al Otro de la llana dimensión de la presencia expectante.

Como se planteó anteriormente, los puntos del historial del *hombre de las ratas* que permiten captar la sedimentación del fantasma excede al Otro transferencial en su dimensión de presencia, introducen la función del resto-causa (homologable en cierta medida al la función del resto diurno) que moviliza el trabajo inconsciente. El modelo de Otro que permite pensar el abordaje del fantasma en transferencia no es la figura del capitán Freud, Otro demasiado presente que mantiene resabios personalistas, formado por solidificaciones

libidinales, sino el analista condensado y desplazado en las formaciones del inconsciente de la neurosis de transferencia. Se trata de un Otro declinado como objeto causa, un Otro apropiado para la formación sintomática del fantasma transferencial.

La presencia del Otro toca el punto sensible que introduce la resistencia como condición para hablar sobre el fantasma. Por eso resulta decisivo para indicar hasta qué punto la enunciación condiciona la posición del sujeto ante el fantasma, ligada a la palabra inconsciente que constituye un acto. Pese al condicionamiento del estatuto analítico del fantasma dependiente de la enunciación ante el Otro transferencial, es necesario insistir en que su abordaje en análisis exige ir más allá de la presencia masiva del Otro, para dar lugar a la producción de formaciones que integran al analista como resto que causa el trabajo inconsciente.

En conexión con esto, es posible abordar el estatuto del *acting out* como un límite para la transformación del fantasma en causa del trabajo analítico. Cuando en lugar de sortearse, por medio de artilugios discursivos, la presencia expectante del Otro, ella se consolida en la dimensión de una mirada positivizada, es posible vislumbrar el horizonte de ciertas formaciones clínicas asociadas al *acting out*.

### **El sujeto de la enunciación y el mensaje paradójico del sueño**

El caso de la *joven homosexual* puede ser abordado en función de cómo la ausencia de conflicto impide la aparición del sujeto de la enunciación, cuestión plasmada en la mentira del inconsciente que despista a Freud en la transferencia. El trabajo efectuado con el inconsciente en ese análisis revela un rebajamiento del discurso que se tramita por la vía del *acting out*. Un examen más detenido para despejar esto con mayor precisión.

Así comienza Freud ubicando el contraste entre la aparente honestidad consciente de la joven que lo despista inicialmente y la "actitud afectiva inconciente" (Freud, [1920], 1984, p.147) que lleva a interrumpir el análisis:

Un segundo punto que acto seguido procuré establecer concernía a los motivos genuinos de la muchacha, sobre los cuales tal vez podía apoyarse el tratamiento analítico. *No intentó engañarme aseverando que le era de urgente necesidad ser emancipada de su homosexualidad.* Al contrario, no podía imaginar otra clase de enamoramiento; pero, agregó, *por el bien de sus padres quería someterse honradamente al ensayo terapéutico*, pues le pesaba mucho causarles una pena así. También a *esta manifestación debí concebirla al principio como favorable; no podía yo vislumbrar la actitud afectiva inconciente que se ocultaba tras ella.* Lo que después salió a la luz en este punto influyó sobre la conformación de la cura y su prematura interrupción (Freud, [1920], 1984, p.147, destacado propio).

En Dora la queja desmedida, dirigida contra la confabulación de otros a cuya cabeza está el padre, termina por introducirla en los movimientos dialécticos de la transferencia (que comienzan con su implicación que la muestra como participante de aquello de que se queja). Con la *joven homosexual*, a raíz del disfraz de la mentira inconsciente, Freud demasiado implicado personalmente, razón por la cual trastabilla interpretando la transferencia simbólica en el plano imaginario. En Dora, en cambio, de inmediato aparece la posición del sujeto de la enunciación que la hará entrar en análisis. No es allí un obstáculo vinculado con la persona de Freud lo que conduce al posterior bloqueo del análisis, sino una positivización en el plano del objeto del fantasma.

En el caso de la *joven homosexual* se produce algo muy diferente porque llega con el *acting* transferencial, resultado de la báscula con que se suceden en alternancia, en una especie de movimiento circular, al *acting out* y al pasaje al acto. La dimensión del fantasma se hace más explícita en esta paciente que en Dora, pero sin relación con un abordaje movilizado por la causa del deseo en transferencia, cuyo tratamiento analítico depende del conflicto psíquico. La paciente pinta el fantasma de una manera más clara, exponiendo más explícitamente la relación sujeto-objeto, pero a condición de forjar al Otro como un destinatario que no puede escuchar lo que allí se juega. En la escena onírica, Freud se ve en la imagen del padre defraudado y obtura la pregunta por el deseo inconsciente.

Eso constituye un testimonio de la preeminencia escópica de la configuración transferencial, donde no se abre un lugar para la escansión interpretativa que haga caer al objeto por la vía de la voz. La transferencia se sostiene en la mirada del padre y su réplica, la mirada del analista. La no caída del objeto mirada es una de las vías que torna patente el escamoteo la castración. El objeto viene siendo retenido por la vía del embarazo (*embarras*), condicionando la producción de un *acting out*.

Este modo particular de rechazar la castración a partir de la mirada ha llevado a Lacan a hablar de una vía perversa del deseo en esta paciente. Cabe señalar que no se trataría propiamente de una estructura perversa, sino de cierto borde perverso del propio discurso histórico. Varios elementos permiten pensar una estructura histórica de la *joven homosexual*, pero en la revelación de un punto fallido en la histerización del discurso, tanto en el plano preanalítico (en la relación que se instaura con su padre) como en el nivel propiamente analítico (resultante de su lazo transferencial con Freud).

Freud intuye muy bien el trasfondo de la cuestión cuando recomienda la prosecución del análisis con una analista mujer. La lectura de Lacan en el *libro 4 del Seminario* limita esta indicación a una mera sustitución imaginaria -padre transferencial por madre transferencial-; pero es necesario ir más allá de esta sustitución para mostrar algo más fundamental: no había modo de salir de esa transferencia que confina con lo hipnótico a no ser ubicando un verdadero Otro a esa deriva consolidada por la vía del *acting out*. En esa atmósfera transferencial asfixiada por la omnipresencia de la demanda del padre, era necesario abrir un punto de fuga, introducir un Otro que pudiera despegarse de la clausura representativa en que se enquistaba Freud como sustituto del padre.

La paciente mira los resultados del análisis -conseguidos a partir de la inclinación hipnótica adoptada- con la exterioridad que permite el muro de la resistencia. Eso que oficia aquí como resistencia, equiparada a la duda en el análisis de obsesivos, no es otra cosa que "el factor afectivo de la venganza contra el padre" (Freud, [1920], 1984, p.156), único resquicio de transferencia para Freud, pues salvo la venganza considera que no ha emergido "nada parecido a una transferencia con el médico" (p.157). La transferencia en juego se limitó a la trama asociada a la "desautorización del varón". Esto resulta de la compleja puesta en serie de Freud con el personaje paterno a partir del sostenimiento de su demanda. A tal punto se consolida la indisoluble soldadura de Freud al padre que se considera su desautorización como un motivo suficiente para la interrupción del análisis: "Interrumpí, entonces, tan pronto hube reconocido la actitud de la muchacha hacia su padre" (Freud, [1920], 1984, p.157).

La afirmación deja en claro lo sugerido más arriba: ese análisis parecía condenado al fracaso en la medida en que tenía por premisa no desafiar la demanda del padre. ¿Qué se interrumpió entonces? ¿Se buscó interrumpir el *acting out* pagándose el precio de interrumpir el análisis? ¿Era posible lo uno sin lo otro, o había indefectiblemente que tirar al bebé junto con el agua de la bañera?

### **El sueño: formación del inconsciente en transferencia y *acting out***

Los sueños hipócritas o mendaces permiten leer el entramado de una transferencia simbólica: "anticipaban la cura de la inversión por el tratamiento" (Freud, [1920], 1984, p.157). ¿Pero a quién estaban dedicados? Parecían dirigidos a ese padre transferencial construido por la demanda del padre y sostenido en la configuración del análisis.

El analista profiere que con estos sueños "ella tenía el propósito de engañarme como había engañado al padre" (Freud, [1920], 1984, p.158), por lo cual le declara que no daba fe de ellos. ¿Pero a quién se dirige una desautorización de este tipo? ¿Puede un sujeto en análisis ser juzgado por lo hipócrita del sueño que relata? Si tal fuera el caso, aquello que estaría en juego, más que el sueño, ¿no sería más bien el hecho de contarlo? Se trata de un sueño exclusivamente fabricado para ser contado en ese análisis, análisis en que no había margen para una apertura hacia la enunciación inconsciente (donde la demanda del sujeto al Otro queda enteramente subsumida bajo a la demanda del Otro). En lugar de un sueño que opera como una formación del inconsciente que trabaja sobre la transferencia (como se vio a partir del caso de la transferencia fantaseada del *hombre de las ratas*), aquí el límite de la



transferencia se infiltra en el sueño, con lo cual el sueño pierde el carácter de una formación del inconsciente. El sueño se degrada en un *acting out* destinado a ser transmitido al analista por el lugar que ocupa en tanto Otro.

Para desentrañar esto, es preciso examinar con mayor detalle algunos aspectos. De acuerdo con Freud, el sueño parte del propósito preconsciente de engañarlo, propósito que se abre paso como una formación mendaz, que revelaría una conexión con "la moción inconsciente de deseo de agradar al padre (o a su sustituto)" ([1920], 1984, p.158). El planteo de Lacan en el *libro 4 del Seminario* va en contra de esta idea, y apunta a despejar el factor inconsciente del engaño en el sueño en el sentido de una palabra amorosa al padre en el Edipo, pero tratada de una forma invertida. Para sostener esta interpretación, es necesario descartar el factor preconsciente ligado a una supuesta intencionalidad del sueño dirigida al analista. Que exista una *dialéctica de engaño* no excluye algo que se formula en el inconsciente y que lleva el sello significativo que invierte el mensaje del padre: "*tú eres mi mujer, tú eres mi amo, tu tendrás un hijo mío*" (Lacan, [1956-57], 1994, p.135).

Si se admite, de acuerdo con esa interpretación, que el propósito del sueño conjuga, desde su condicionamiento inconsciente, los propósitos de engañar y de agradar al padre, ¿dónde estaría pues la mentira? Si es la misma materialidad del deseo inconsciente que expresa el agradar al Otro ¿por qué habría de descalificarse como mentiroso a dicho deseo?

Lo pesquisado allí por Freud como mentira está ligado al sacrificio del propio deseo para cumplir con el deseo del Otro. Por eso cabría preguntarse si desechando la transferencia mentirosa, no está atacando el hecho de que la paciente no pueda, en nombre de su sueño, enunciar desde su yo de vigilia *yo miento*. Como si lo cuestionado fuera, en definitiva, que no pueda tomar a cargo en su discurso de vigilia la duplicidad de la enunciación para decir que no es ella la que miente, sino su inconsciente. Lo objetable es el que la analizante hable en nombre de su inconsciente, sin que su yo trastabillo al retomar ese enunciado que viene de Otra parte. Eso que Freud no pareciera estar dispuesto a aceptar no es que el inconsciente le mienta sino que la mentira del inconsciente sea tomada sin un efecto de deslocalización cuando es asumida por el yo en el discurso: su molestia parece estar referida más a lo límpido de un enunciado que no se ve afectado de alteridad que al contenido específico que transmite. Por esto, es necesario precisar que no es el contenido en sí lo que puede calificarse de mentiroso, sino la falta de duplicidad en el enunciado, la ausencia de una esquizia enunciativa en el decir, la no implicación del sujeto en el decir, esto es, la supresión del conflicto.

La implicación de la persona imaginaria del analista -según la lectura efectuada por Lacan en el *libro 4 del Seminario*- tiene como efecto un entorpecimiento en el discernimiento de la cara simbólica de la transferencia: "este sueño, incluso si parece un sueño engañoso por estar en el nivel imaginario y en relación directa con el terapeuta, no es menos, solo él, el representante de la transferencia en el sentido propio" (Lacan, [1956-57], 1994, p.135). El impacto que produce este deslizamiento transferencial es la imposibilidad de instalar al sueño en la dimensión de la enunciación inconsciente para el sueño.

En el sentido del *acting out*, el sueño dice: *todo para lo que el Otro desea, cúmplanse los deseos de mis padres o de mi padre transferencial*. La paciente retoma el sueño en análisis y su relato aparece como una dedicación a Freud donde se anuda la transferencia simbólica con la persona imaginaria del analista. Pero lo importante a destacar es que Freud se ofusca por una venganza que anula la apertura enunciativa tras el relato del sueño. No pide razones al *sujeto del sueño* para desentrañar ese deseo degradado, sacrificado al Otro. En lugar de ello, entorpece la apertura del *acting out* a la enunciación inconsciente tomándolo al pie de la letra, sellando la intersección entre la transferencia simbólica y la imaginaria. La apertura enunciativa requiere, para instalar la tensión, inherente al fantasma, entre deseo del sujeto y deseo del Otro, un resquebrajamiento en la omnipresente demanda.

Al intervenir desde su persona, Freud interrumpe el *acting out* develando la mentira que lo instituye, pero a condición de poner fin al análisis e impedir un relanzamiento de la enunciación inconsciente. Para ponerlo en los términos de la expresión inglesa del gusto de Freud, se termina así por arrojar al bebé junto con el agua de la bañera. El análisis se interrumpe no por el *acting out* en tanto tal, sino por la interpretación salvaje que lo corta de raíz (de todos modos, la recomendación de una analista mujer para proseguir el análisis

muestra cómo en Freud opera la intuición de que la enunciación inconsciente necesitaba de otro espacio transferencial). A diferencia de esto, lo acontecido con Dora muestra que es el mismo entorpecimiento transferencial el que forja el *acting out* que interrumpe el análisis.

Contrariamente a una lectura en clave imaginaria del deseo de engañar, la dilucidación de la cuestión, para ser recuperada en pos de un posible trabajo analítico, debiera haber pasado por revelar el "discurso mentiroso que estaba allí en el inconsciente". Pero algo, parece, se le escapa, a saber, se trata de una verdadera transferencia y que la vía le es abierta para la interpretación del deseo de engañar (Lacan, [1956-57], 1994, p.108). Esto permite precisar que la interrupción del análisis no debe ser exclusivamente vinculada con un cambio de registro de la transferencia (de lo simbólico a la imaginario): *la posición de engañado* (en la trama de la vertiente escópica de la transferencia) tiene efectos por no dar lugar a la *interrogación de la mentira del sueño*, interrogación que podría haber dado lugar a la apertura de una enunciación inconsciente.

Para terminar, es fundamental señalar que la mentira del sueño se aproxima más de la estructura del *acting out* que de la enunciación inconsciente. Para que el sueño pueda transformarse en "deseo de engañar", como lo califica Lacan ([1956-57], 1994, p.108), es preciso, en realidad, que se desmonte esa figura de Otro engañado que aparece como destinatario de la transferencia. El sueño es deseo de engañar a condición de que se lo interprete, sino es *acting out* o transferencia salvaje (en este caso, no por producirse exteriormente al análisis, sino por tocar el punto límite de la transferencia analítica).

### **El fantasma y lo fragmentario: más allá de la causa biográfica**

Uno de los primeros aspectos que Freud comienza ubicando en el historial de Dora se refiere a las consecuencias sobre los alcances del tratamiento, para lo cual hay que tomar en cuenta el pasaje del método catártico de los *Estudios sobre la histeria* ([1905], 1978) a la nueva técnica psicoanalítica. Al dejarse de lado el trabajo focal sobre los síntomas que se eliminaban sucesivamente, el tratamiento adquiere una nueva temporalidad, larga y tortuosa, resultante de la imposición de la asociación libre como método.

El método psicoanalítico se contrapone radicalmente a la vieja técnica de los *Estudios*, considerada como "inadecuada a la estructura más fina de las neurosis" ([1905], 1978, p.11). Esto aparece estrechamente conectado con un nuevo modo de exposición del caso que lleva la marca de lo fragmentario. Masotta ha hecho un justo hincapié en la manera en que el historial de Dora produce un movimiento del relato que acompaña las derivas del tratamiento, pero habría que cuestionar su fundamentación en el supuesto carácter empírico que adquiere el relato. El movimiento discursivo del relato en los hilos de la transferencia va más allá de un registro empírico, mostrando cómo "el concepto de exposición es *idéntico* al progreso del sujeto, es decir, a la realidad de la cura" (Lacan, [1951], 1999, p.215).

Hecha esta aclaración, no hay que perder de vista el contexto en que Masotta habla de empiria: la rotunda distinción que opone este historial al del *hombre de los lobos*, absolutamente desenfocado del tránsito del paciente en la actualidad del análisis. La idea de empiria se sostiene sólo en el contraste que permite delimitar las particularidades del relato de Dora, pegado a las derivas del tratamiento. Esta discrepancia resulta fundamental para dar cuenta de la presencia tan dispar del fantasma en cada una de estas curas.

De las peculiaridades del abordaje del fantasma en el *hombre de los lobos* ya examinadas, habría retomar lo decisivo en el contrapunto con el historial de Dora. En este último, el modo singular de inserción del fantasma resulta indisoluble del tejido del discurso, allí donde se expone lo fragmentario de la estructura. Esto permite dar cuenta de un registro alejado de la originaria etiología traumática (abordada en la "Comunicación preliminar" a los *Estudios de la histeria* por Freud y Breuer), que permite indagar la peculiar inserción clínica del fantasma. La etiología traumática implicaba subsumir a la causa en un registro positivo, a la cual el tratamiento catártico ofrecía una deriva finalista, la erradicación del síntoma con la supresión de su causa pasada.

En el *hombre de los lobos*, la aparición clínica del fantasma es solidaria de la construcción que introduce un desfase respecto de la actualidad del tratamiento, con un

enfoque excesivamente enfocado en el pasado de la historia infantil. No obstante, el fantasma encuentra su lugar apartándose de la consistencia del trauma, que se vuelve algo contingente que queda subsumido en la estructura del fantasma. La construcción imposible del fantasma funcionó en esa cura como la causa del discurso inconsciente, aunque la singular posición transferencial del analista implicó, en algunos puntos cruciales del tratamiento, una obturación de ese trabajo.

El enunciado de Freud que sostiene que "es harto frecuente en los historiales clínicos histéricos que el trauma biográfico por nosotros conocido resulte inservible para explicar la especificidad de los síntomas" ([1905], 1978, p.25), conduce a indagar, en el nuevo horizonte del fantasma, el nuevo registro en que resultan analizables los síntomas en transferencia. En el historial de Dora, lo fragmentario es en gran medida el resultado de un análisis movilizado en torno del fantasma, aunque permanezca inasible en tanto tal. Esto se condice con su presencia diseminada a lo largo de todo el historial, pues se lo pesquisa de modo indirecto, tanto en sus relaciones con las formaciones del inconsciente (los síntomas y los sueños), como con las identificaciones y la transferencia misma. El trauma como razón biográfica de la enfermedad queda, así, despojado de toda potencia explicativa. Esto se esclarece al ver cómo las manifestaciones sintomáticas y los sueños comandan, en sus especificidades, el trabajo analítico en el dominio del fantasma, en un registro ajeno a la causa biográfica.

### **Transferencia y *fantasma* en la demanda de análisis**

Freud hace notar que en Dora "todo intento de consulta a un nuevo médico provocaba su resistencia y también a mí acudió movida sólo por la palabra autoritativa del padre" ([1905], 1978, p.21). En el curso del historial se esclarece que dicha renuencia se liga estrechamente a su resolución de no dejarse arrancar por los médicos el secreto sexual de su masturbación infantil. Aquí se puede enmarcar una cuestión más general de la transferencia en las histéricas, delimitada por cierto rehusamiento al Otro que impacta sobre la inserción analítica del fantasma.

Lo que ha planteado Lacan en su quinto seminario permite precisar que la llegada al análisis (por la vía de la demanda explícita del padre) se produce a raíz de la demanda de Dora se tornara asfixiante en el plano imaginario, cuestión que gráfica con una caída de su posición, del piso superior al inferior del grafo del deseo ([1957-58a], 1998, pp. 368-370). Esto implica que el deseo previamente sostenido por el vacío fantasmático acabó degradándose en demanda. El análisis se encauza rápidamente por la emergencia del sujeto de la enunciación, que conduce a reinstalar la pregunta que sostiene una oscilación entre el primer y el segundo piso del grafo.

'Procure usted ahora ponerla por buen camino' ([1905], 1978, p.25), así retiene Freud el pedido que expresa la palabra de autoridad del padre. Esta demanda no es desechada de cuajo, cuestión de innegable relieve clínico, puesto que permite considerar que la demanda se juega en un terreno discursivo que desborda la intencionalidad personalista del agente que la profiere: en la demanda del padre se juega algo de la verdad en la estructura de Dora. Por no desechar esta demanda, Freud podrá desentrañar eso que en la paciente opera de la solicitud del padre, quien le solicita que coloque a su hija en un buen camino.

Eso permite llegar a despejar el motivo de la enfermedad, en tanto se halla inscripto en el registro manifiesto de la demanda al padre: demanda de que interrumpa su relación amorosa con la Sra. K. Su enfermedad era tendenciosa, pues tenía como fin alejar al padre de la Sra. K ([1905], 1978, p.38). Para esclarecer esta cuestión, hay que destacar que la ausencia de demanda de análisis en Dora se asocia a la falta de otro polo de referencia que no sea el padre en el lugar del Otro. Hay en Dora un conflicto que tiene al padre como destinatario de una demanda, a raíz de lo cual Freud vislumbra cómo se pone en juego el motivo de la enfermedad, es decir, la razón del sostenimiento de los síntomas del padecimiento. El padre se encarga de remitir a Freud no la demanda de Dora ni su propia demanda, sino su imposibilidad para hacer algo con la demanda de su hija.

El padre no se equivocaba en remitir a Freud la demanda que su hija le dirigía, captó que la perturbación en su relación amorosa con la Sra. K rebasaba su propia incomodidad

personal. Había allí suficientes razones para *acudir a Otro*. Esto es clave para la deriva del tratamiento, puesto que el trabajo efectuado hace que esta demanda sea recuperada por Freud para instituir al análisis en el horizonte de un enfrentamiento de la enfermedad que implica abordar especialmente sus motivos, dejando en un segundo plano sus causas.

¿Cómo se ubica el fantasma ante este trabajo analítico que saca el peso de las causas para ponerlo en los motivos? Este es un punto privilegiado para examinar por qué la positividad y el finalismo causal del trauma son desalojados. El modo particular de inserción del fantasma en este caso no es ajeno al trabajo analítico sobre los motivos que corroen las causas primeras y conducen a insertar a la enfermedad dentro de una nueva lógica.

La etiología traumática acarrea una suerte de entronización de la causa realista. Que su lugar vaya cediendo el peso al fantasma implica no sólo la institución de una etiología que pierde sus remanentes biográficos, sino también la instauración de un horizonte analítico de trabajo que requiere enfrentar la pregunta por la causa en relación con los motivos. La articulación permanente con los motivos de la enfermedad resulta decisiva, pues la suficiencia originaria que tenía la causa se revela insuficiente. Esto no implica afirmar que el motivo funciona como un agregado que inyecta una teleología a la enfermedad. La noción de motivo ha de ser entendida en el sentido de proyecto, que muestra que la causa no está dada de una vez y para siempre. El desalojo del trauma por el fantasma instala la respuesta dada por la enfermedad neurótica en un horizonte ético -censurado en los orígenes catárticos por el acople entre causa y trauma- que muestra que remitir la causa a un pasado muerto resulta insuficiente.

El estatuto dado al motivo de la enfermedad viene acentuar que la causa que instituyó cierto recorrido sintomático pudo haber quedado caduca, por lo cual se hace necesario interpellarla desde nuevos fines. Para figurar esto, se impone la imagen que Freud evoca para mostrar las relaciones del síntoma conversivo en relación con la causa que lo instituyó, y que puede tomarse como modelo para toda constitución sintomática. La solicitud somática que sirvió originariamente de pretexto para su conformación es ilustrada con la imagen de un odre rellenado con vino nuevo. Puede hacerse extensiva esta figura para pensar el desuso posterior de la causa pasada. El fantasma no viene a tapar el agujero, a rellenar el odre colocando algo positivo en el lugar de la causa, sino a expandirlo -diseminando la causa- hacia el horizonte ético en que lo perseguirá por el trabajo analítico.

En el historial de Dora queda claro cómo el sostenimiento de un síntoma conversivo infantil funciona como un grano de arena que va cobrando nuevas capas de significación en función de las articulaciones fantasmáticas que lo sostienen: la significación erógena de la boca y la garganta (instituida en la infancia en la trabazón edípica con el padre: identificación y autorreproches derivados) encuentra nuevos apuntalamientos. El "mismo grupo de síntomas se muestra susceptible de figurar las relaciones con el señor K", además de expresar también "la figuración del comercio sexual con el padre en la identificación con la señora K" (Freud, [1905], 1978, p.73).

Yo estaba plenamente convencido de que habría sanado en seguida si el padre le hubiera declarado que sacrificaba a la Sra. K en bien de su salud; y esperaba que el padre no cediese [...] Pero si el padre no cedía yo debía estar preparado: ella no habría de renunciar tan fácilmente a su enfermedad (Freud, [1905], 1978, p.38).

El hecho de que el padre no ceda inaugura para Freud la posibilidad de un trabajo analítico encaminado a desandar los motivos de la enfermedad. Si Freud se ubica ante ese no ceder sosteniendo la solicitud del padre, lo hace a condición de reconducir esa hipocresía que se le podría adjudicar a él mismo -que resulta de su colocación en la serie del personaje paterno- a ese primer movimiento dialéctico despejado por Lacan: ¿cuál es el motivo de la hipocresía pasada de la propia paciente, quien ha sostenido precisamente aquello de que ahora se queja?

El motivo -la interrupción de la relación amorosa entre el padre y la Sra. K- se sostiene en la demanda *hipervalente* dirigida al padre y desconoce sus causas inconscientes. Desconoce el deseo degradado que está en su origen. Sólo un tercer movimiento dialéctico,

el que no llega a producirse por un error de Freud en el manejo de la transferencia, hubiera permitido sacar a la luz algo de ese deseo sepultado, es decir, la pregunta por la feminidad encarnada en el misterio de la Sra. K. El sepultamiento de ese deseo ha cooperado, precisamente, con la producción de esa demanda hipervalente, que consiguió adueñarse de la causa del síntoma, transformando a este último en motivo. El resultado es que el deseo termina por ceder el paso a una configuración dominada por la demanda.

El primer movimiento dialéctico, el que introduce la propia participación de la paciente en aquello de que se queja, da un paso importante para la desarticulación de ese síntoma sostenido por la vía de la demanda. Esta puesta en marcha del análisis se interrumpe cuando se produce una positivización en el plano del objeto del fantasma. Ello ocurre porque, en primer lugar, Freud asigna el objeto erróneo (el Sr. K), al acentuar en términos duales la relación libidinal, en lugar de supeditarla a la estructura triádica que lo condiciona y le otorga su estatuto. Sin embargo, pese a que en un segundo momento se atine a vislumbrar la corriente homosexual en Dora, ella sigue quedando demasiada impregnada de dualidad. Podría inferirse también en este punto una positivización del objeto, tratado en el registro dual.

La imagen de Dora en su posición de chupeteadora permite circunscribir una suerte de núcleo fantasmático, algo que no termina de transitarse en este tratamiento, a falta de la tercera inversión dialéctica indicada por Lacan:

La propia Dora conservaba clara en su memoria una imagen de sus años de infancia: estaba sentada en el suelo, en un rincón, chupándose el pulgar de la mano izquierda, mientras con la derecha daba tironcitos al lóbulo de la oreja de su hermano, que estaba ahí quieto, sentado (Freud, [1905], 1978, p.46).

Según Lacan allí está "la matriz imaginaria a la que han venido a amoldarse todas las situaciones que Dora desarrolló en su vida". Esto se entronca con el tercer vuelco dialéctico no producido, el que hubiera dado el justo estatuto de la señora K, no un individuo sino el misterio de la feminidad. Para esta paciente, "la mujer es el objeto imposible de despegar de un primitivo deseo oral y en el que es necesario que aprenda a reconocer su propia naturaleza genital" ([1951], 1999, p.218).

En esta imagen de infancia se revela la primera concepción lacaniana del fantasma a partir de la identificación histérica, caso particular de la identificación especular (cuestión retomada de un modo más complejo en el quinto seminario, con la apoyatura del fantasma). Allí se ubica la raíz de la pregunta en que se ancla el deseo en torno a un objeto imposible de abordar. El despedazamiento del cuerpo, al servicio del trabajo de los síntomas conversivos, se relaciona con el fracaso de la asunción de la imagen de la propia feminidad. La "*imago original*" de Dora muestra una "apertura hacia el objeto" como *partenaire*, sostén identificadorio del yo en "esa alienación primordial" ([1951], 1999, p.219).

Es posible afirmar que en el caso Dora la persona de Freud opera en la transferencia sólo de un modo subliminal (por sus gustos y prejuicios yerra sobre el objeto del fantasma de Dora). Sin embargo, el factor al que habría que adscribir las dificultades del análisis no es la emergencia de su persona como obstáculo transferencial. Los puntos de encallamiento del tratamiento efectuado han de vincularse con la positivización del objeto del fantasma. Más allá del objeto puntual asignado, en el fondo el problema reside en que el Otro de la transferencia insista en asignar un objeto como correlato para el fantasma. Eso obstaculiza, cierra la dialéctica del deseo en transferencia. La apertura ética del análisis tiende a abrir un espacio que permite construir, desde una virtualidad sostenida por la función del Otro en la transferencia, el objeto vacío del fantasma como sostén del deseo. Cabe sin embargo destacar que pese a su repentina interrupción final, gran parte de los movimientos que este tratamiento ha producido se derivan de esa apertura de la enunciación inconsciente que condujo a desgajar a la analizante de la demanda exclusiva al padre como Otro.

## CAPÍTULO 3

### Fantasma y *acting out* en el abordaje ético de la causa

---

*Piden que yo no piense tanto, basta con que esté presente, no debo hablar tanto, esforzarme, y aún piden que me duerma.* (Ferenczi: Diario Clínico)

Con el objetivo de avanzar en la dilucidación de la causa desde una perspectiva ética, se hace necesario abordar su articulación con la problemática del trauma. Las dimensiones implicadas en la concepción freudiana de trauma permiten examinar las vicisitudes de la causa en todas sus complejidades. Luego se aborda específicamente cómo los modos de trabajo con el trauma implican posicionamientos ante lo indeterminado de la causa que se conectan con las diferencias clínicas entre *acting out* y fantasma.

#### Causalidad y trauma desde una perspectiva ética

Estas dos preguntas guiarán los desarrollos de la primera parte: ¿Qué implicancias éticas tienen los modos de abordaje del trauma en la clínica psicoanalítica? ¿Cuáles son las características particulares que adquiere la noción de trauma al ser abordada desde las vicisitudes de la práctica analítica?

Una respuesta provisoria conduce a ubicar en el trayecto freudiano un movimiento ético de la práctica que supone el pasaje del trauma como positividad al valor traumático del fantasma, donde el trauma se inscribe de forma negativa. La caída de la causa traumática resulta fundamental para que la constitución del discurso psicoanalítico. En consonancia con esto, algunos decursos de análisis singulares replican este trayecto: el punto de partida es la disolución del valor explicativo que el trauma se adjudica como causa, donde la realidad del trauma se declina en el sentido de una *proton pseudos*. El camino a recorrer pareciera similar al seguido por el propio Freud en el descubrimiento de la noción de fantasma; aún también en aquellos casos en que la realidad objetiva del trauma pareciera incuestionable, tal como en el episodio que a continuación se refiere.

En ciertos pacientes prevalece una determinada aptitud para la fijación a traumas padecidos (en el sentido de vivencias efectivas ocurridas). El paciente N., adulto que ronda la cuarentena, llega al consultorio de quien se convertirá en su analista con enunciados que, al comienzo, no hacen más que girar centrípetamente en torno a un trauma infantil, que ocupaba en el discurso el estatuto de una causa puntual, razón de todos sus padecimientos. De acuerdo con la terminología freudiana, este paciente, quien ha presenciado en su temprana infancia la muerte de un hermano en un accidente, está "fijado psíquicamente al trauma" ([1920], 1986, p.13). Su discurso carece de distancia respecto de la causa y gira circularmente en torno del nombre del fallecido hermano sin poder desengancharse del mismo. El análisis de N. empieza a ponerse en marcha recién cuando el valor explicativo del trauma caduca. Esto aparece asociado a un lapsus del analista: al final de una sesión llama al paciente por el nombre que funcionaba como la razón del discurso y que acaparaba a los enunciados con el aura del trauma, el nombre de su hermano. Escuchar el nombre que *causaba* el malestar y la crisis de angustia activada en la vida adulta con una marca de alteridad (ligada tal vez al corte que introdujo la voz de otro, fracturando la nominación identificatoria que el sujeto inconscientemente se había otorgado), pareció tener un efecto de extrañeza que terminó por desligarlo de ese significante traumatizante que obstaculizaba la apertura del vacío de la causa.

Un analista obsesionado con el valor causal del trauma podría tal vez encontrar en un caso como éste un motivo auspicioso para proponer la instauración de un trabajo analítico de otro orden, proponiendo una transformación de la práctica que apunte a conquistar lo traumático en el plano de una zona específica de lo clínico, para cuyo abordaje no sería apto el dispositivo clásico. A esto debe contraponerse la idea de que lo traumático no remite a una zona clínica diferente que puede ser conquistada por el psicoanálisis. Una clínica de lo traumático es incompatible con la ética de la práctica, hay que cuestionar pues el gesto de

fundar, desde una supuesta causalidad positivizada y realista del trauma, una clínica psicoanalítica diferente. Por esta razón se abordará luego cómo el modelo del trauma-efracción despista y extravía respecto del horizonte ético de la práctica. El trauma, en su estatuto realista, incide sólo en los bordes del psicoanálisis. El trauma debe subordinarse al fantasma, de lo contrario, se distorsionan el valor psicoanalítico de la noción y sus implicancias éticas para la práctica.

En términos tópicos, el trauma es un agujero, una ausencia de registro mnémico; en un sentido económico se acentúa su valor como el de un excedente intramitable, indigestible para la regulación que tiende hacia la búsqueda de placer. La concepción positivizada del trauma viene a rellenar en la teoría el agujero de la causa. El estatuto ético de la noción de trauma exige problematizar su consistencia sustancial, en el punto en que le compete al sujeto del inconsciente.

La experiencia traumática que interesa al psicoanálisis debe ser situada más allá del supuesto desamparo del individuo respecto de su realidad (donde subyace una concepción del psiquismo degradada por la polaridad interior/exterior). Dos aserciones de Lacan en el *Seminario Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis* permiten circunscribir esto: 1) "El yo (*moi*) [...] se encuentra confundido, en el pensamiento psicoanalítico, con el sujeto desamparado (*en détresse*) en su relación con la realidad" (Lacan, [1964a], 1973, p.160). 2) "En la práctica analítica, localizar al sujeto en relación con la realidad, tal como se la supone constituyéndonos, y no en relación con el significante, equivale a caer en la degradación de la constitución psicológica del sujeto" (p.159). Esta concepción del psiquismo se vincula, en conexión también con lo planteado en el *Seminario De un Otro al otro*, con el sujeto planteado como una especie de "superficie vuelta hacia el exterior", deducido de los supuestos anclados en la oposición interior/exterior (Lacan, [1968-69], 2006, p.282), donde el interior de la superficie sería el lugar en que se alojan las representaciones.

En este modo de abordaje cuestionado suelen anclarse algunas concepciones de la clínica asociadas a la postulación de nuevos cuadros clínicos -pacientes *borderline*, límites o fronterizos-. Generalmente se vinculan con la concepción del trauma que impacta en el sujeto como una efracción que proviene de la realidad. Hay múltiples variantes y proliferaciones de esto, aquí se circunscribe exclusivamente desde la "clínica psicoanalítica del destino de los acontecimientos traumáticos", planteada por Sylvie Le Poulichet (2003, pp.16-17), con objetivo de problematizar al trauma en su plena dimensión ética.

## **El trauma, de la realidad al fantasma**

Los desarrollos que siguen parten del supuesto de que la noción de traumatismo, que sirve de fundamento a los planteos de Le Poulichet abordados, se deriva de una lectura de "Más allá del principio del placer" cuestionable por varias razones, como lo muestra la revisión del modelo que Freud presenta para abordar el trauma.

La idea de acontecimiento traumático, con la cual Le Poulichet busca tipificar la especificidad de su clínica, encierra una contradicción conceptual en sus términos: lo traumático no es ningún acontecimiento. Pretender fundar una clínica en que trauma y peligro adquieren una causalidad específica que se positiviza, conduce, en el afán por extender los límites del psicoanálisis, a la degradación en un modelo psicológico que, al basarse en la relación del individuo con su realidad, eclipsa al sujeto.

¿Qué sucede en la teoría freudiana con la versión inicial del trauma cuando la noción de seducción (en su acepción de hecho concreto) se torna caduca y se va imponiendo una concepción fantasmática para la etiología de las neurosis? Dicho pasaje conserva la eficacia de lo traumático, aún cuando se haya desechado el carácter empírico y concreto de la seducción. La consecuencia es que la noción de trauma se inscribe supeditándose a otro registro, como negatividad constitutiva de las fantasías. Esto implica que sea necesario ir más allá de la noción de realidad para dar cuenta del abordaje ético del trauma (que implica una relación con la causa asociada la especificidad del discurso psicoanalítico).

Se puede comenzar por señalar la diferencia entre la dimensión constitutiva del trauma en su anclaje en las fantasías y el trauma que conduce a una alteración masiva de la

operatoria mnémica. Esto último implica el caso particular que resulta de un arrasamiento económico que trastorna el funcionamiento homeostático habitual del aparato psíquico impuesto por el principio del placer, especificidad que da cuenta del padecimiento psíquico puntual de las neurosis traumáticas. Aquí se enraiza la lectura cuestionable que Le Poulichet efectúa de "Más allá principio del placer" a partir de la cópula trauma-peligro.

En el historial del *hombre de los lobos* Freud se obsesiona con probar la realidad efectiva de la escena primaria (la situación infantil en que el paciente ve el coito de los padres, estrechamente articulada al análisis efectuado del sueño de los lobos). ¿A qué se debe la obstinación de Freud con la realidad de dicha escena? ¿Por qué no resulta suficiente justificarla teóricamente como una fantasía? Su abordaje pareciera venir a dejar sedimentada esta verdad: el basamento material buscado para el fantasma no remite a un hecho concreto de la realidad, sino a algo del orden del acontecimiento, de la contingencia. Como si se tratara en definitiva de algo más real que la realidad efectiva del acontecimiento, un núcleo Real, la contingencia de algo ocurrido (traumático) que importa menos por el contenido que por la necesidad de postularlo como habiendo ocurrido. Esto resulta decisivo para vaciar el acontecimiento de realidad, despojándolo de su carácter de hecho concreto y atravesándolo con la contingencia. Pese a que haya un agujero en el lugar de la causa, es necesario que se postule una causa; en torno de esta causa imposible de determinar, pero absolutamente necesaria, gira el problema del fantasma.

Esta lectura también encuentra asidero en el hecho de que Freud sostenga simultáneamente en el historial dos afirmaciones aparentemente contradictorias. Por un lado, plantea que no posee mucho interés saber si la escena primordial fue efectivamente fantasía o vivencia real (Freud, [1918], 1986, p.89), pero por otro, enuncia que "la vieja teoría del trauma [...] recuperó de golpe su vigencia" (p.87). Está claro que la primera de estas afirmaciones no rectifica lo planteado por la segunda. Ambas formulaciones pueden sostenerse pese a su aparente contradicción si se muestra la forma en que el trauma queda supeditado a la problemática de la fantasía originaria.

La escena primordial es eficaz, haya sido o no realidad efectiva, pues cuenta su realidad psíquica, que se retoma luego desde el estatuto filogenético de la fantasía originaria. Ahora bien, si se revaloriza en el contexto del historial la vieja teoría traumática es precisamente desde un giro argumental preciso, el de la afirmación citada en primer lugar: no se deduce de allí la importancia de lo efectivamente ocurrido, sino la necesidad de un acontecimiento contingente al cual se anuda el fantasma como respuesta. Se trata de algo que funciona como disparador del fantasma (pudiendo haber ocurrido o no ocurrido en la realidad). Aquí se vislumbra el deslizamiento del trauma de la realidad hacia trauma en conexión con lo real en el plano del fantasma.

La expresión "fantasma traumático" del *Seminario De un Otro al otro* permite dar cuenta del impacto psíquico que se produce como resultado de lo informable del deseo del Otro (Lacan, [1968-69], 2006, p.274), y muestra el punto en que el trauma funciona en quiasmo con el fantasma. El trauma no es sin el fantasma, éste no implica atenuar los efectos del trauma, lo incluye en su estructura pero sin suprimirlo. Cuando la referencia para dar cuenta del trauma es el Otro, y no la realidad, el fantasma adquiere uno de los sentidos fundamentales del trauma, el de un excedente inasimilable psíquicamente. "La escena primitiva es traumática" había precisado también Lacan (1964b, p.102), independientemente de si se trata de una escena objetiva o fantaseada. El trauma vaciado de la consistencia de un hecho objetivo impacta directamente en la noción de fantasía originaria como núcleo real de la estructura. Si es excepcional la importancia de la observación del *hombre de los lobos* en la obra freudiana es justamente por haber mostrado "que es en relación con lo real que funciona el plano del fantasma. Lo real soporta el fantasma, el fantasma protege lo real" (Lacan, [1964a], 1973, p.50).

Se ve de este modo cómo se integra el problema del trauma en la teoría fantasmática: el trauma pierde el carácter de un acontecimiento fáctico, se vacía de realidad, conservando el impacto de lo real como imposible y contingente en el fantasma. A continuación se verá cómo, inclusive en "Más allá del principio del placer", texto en que Freud aparece por momentos como excesivamente realista (como si estuviera exigido y condicionado por las



particularidades de las neurosis traumáticas), el valor que adquiere la noción de trauma excede absolutamente el realismo con el que comienza situándola (donde prevalecía el modelo médico del *shock* en que sobresale la intromisión hipervalente de la realidad en un individuo avasallado).

### **El excedente discursivo del trauma: más allá del modelo realista del peligro**

Es preciso comenzar por ubicar el modelo realista del que parte Freud en "Más allá del principio del placer" con el fin de mostrar cómo queda excedido, punto que se conecta con la importancia de la perspectiva ética del psicoanálisis para abordar el trauma. Lo fundamental reside en captar la distancia entre el punto de partida y el de llegada, justamente por ello es necesario analizar el trayecto para extraer la ganancia teórica del recorrido. El modelo realista de partida, conectado con la problemática específica de las neurosis traumática, implica ubicar al comienzo un peligro real efectivo del cual algunas personas reciben un impacto traumático y otras no (dato nada irrelevante para considerar cómo el abordaje inicial de la cuestión aparece suplementado por algo que excede lo estrictamente realista).

El peligro se relaciona con una situación concreta de la realidad (accidente de ferrocarril, situación de guerra, etc) que tiene el poder de avasallar la respuesta del aparato psíquico, ocasionando un trauma. Para precisar su estatuto, Freud forja el modelo siguiente: la parte superficial de la "vesícula indiferenciada" (estatuto inicial de todo cuerpo en el mundo), se convierte en una especie de corteza por el contacto directo con el mundo, una capa inorgánica diferenciada del resto. Se trata de la *Reizschutz*, que tendrá luego por función asegurar la protección frente a los estímulos; "protección antiestímulo" (Freud, [1920a], 1986, p.27) o "dispositivo protector contra las excitaciones" (Freud, [1920b] 2013, p.2519), según las traducciones de Etcheverry y Ballesteros, respectivamente. Desde este bosquejo el trauma se define como la vasta perforación de la barrera protectora, que produce la consiguiente perturbación económica del aparato, avasallado por magnitudes de excitación no ligadas.

Es preciso poner de relieve dos cuestiones centrales. Por un lado, que se trata de un modelo coyuntural, construido específicamente para pensar la compulsión a la repetición en los sueños de las neurosis traumáticas. Se circunscribe en función de la situación eminentemente accidental que origina el padecimiento. La importancia de haber montado al aparato psíquico virtual de la *Traumdeutung* en un organismo elemental, espacialmente localizado como una sustancia estimulable que padece, tiene que ver con la necesidad de tornar abordable los efectos psíquicos de una violencia física extrema sobre el cuerpo. Allí irrumpe una nueva versión realista del trauma.

Por otro lado, lo aislado en las neurosis traumática sobre el comportamiento de lo no ligado como efecto de lo traumático conduce a abordar la modalidad compulsiva en la operatoria de las investiduras libremente móviles del aparato psíquico. Si el trauma sirve inicialmente para circunscribir una compulsión de repetición que se aproxima de lo puro (en contra de las particularidades de lo compulsivo en el funcionamiento habitual del aparato psíquico), su valor no se restringe a ello. (Hay que aclarar además que el caso puntual de las neurosis traumáticas no remite a un valor causal *per se* del trauma de la realidad).

La masividad de lo no ligado en las neurosis traumáticas le permite a Freud despejar el estatuto de algo muy difícil de captar en otro contexto: el modo más primitivo de tramitación psíquica que efectúa el aparato de las magnitudes de excitación propias del proceso psíquico primario, las libremente móviles. En parte responden a la búsqueda de una satisfacción dirigida por el principio del placer, pero a su vez muestran un comportamiento irreductible a ello: un excedente que opera de modo compulsivo en conexión con la economía propia de lo traumático, aunque no se ponga en juego el trauma masivo que origina las neurosis traumáticas y paraliza al principio del placer. En este caso, el trauma opera acoplado al funcionamiento del principio del placer, pero sin ser regulado por él; aparece como residuo, algo irreductible a dicho principio. Así lo expresa Freud: "la tarea de los estratos superiores del aparato anímico sería ligar la excitación de las pulsiones que entra en operación en el proceso primario. El fracaso de esta ligazón provocaría una perturbación análoga a la neurosis traumática" (Freud, [1920a], 1986, pp.34-35). En otros términos, el fracaso de la ligazón

constituye un límite interno al principio del placer y no ya un límite externo como era el caso del trauma para las neurosis traumática, que producía una parálisis económica y una suspensión del principio del placer. La noción lacaniana de extimidad (Lacan, [1959-60], 1986, p.167) permite acentuar de qué se trata en esta presencia psíquica del trauma: una exterioridad interna, contradictoriamente íntima.

Para Freud, la "condición de no ligadas" ([1920a], 1986, p.37) de las excitaciones de las mociones pulsionales determina que respondan al principio del placer, pero sin dejar de plantearse como irreducibles a este principio, pues sirven también a un comportamiento compulsivo que excede su operatoria. En el trayecto que va de las neurosis traumáticas a la estructura del aparato psíquico se produce una modificación de la noción de trauma. El trauma pasa de ser un exceso de magnitud arrasador que ocurre ante determinadas situaciones de peligro externo (traumáticas) -que suspenden la operatoria del principio del placer, sometiendo el aparato a una perturbación económica generalizada que busca ligar lo no ligado-, a operar como un límite interno en la operatoria habitual del aparato anímico, localizable en el comportamiento de las magnitudes de excitación libremente móviles (y por tanto, no ligadas en cierta medida).

La ganancia teórica obtenida por Freud en su incursión por las neurosis traumáticas es la demostración de que también en los casos habituales (de todas las psiconeurosis) en que principio del placer se encuentra rigiendo el aparato, las investiduras libremente móviles del proceso primario, de ordinario concebidas como búsquedas de satisfacciones placenteras del deseo inconsciente, pueden también responder a una compulsión de repetición independizada de la obtención de placer. El desplazamiento del sueño traumático de la neurosis traumática al sueño traumático pasible de presentarse en todas las neurosis de transferencia es uno de los aspectos claves para dar cuenta de la transformación de la noción de trauma puesta en juego. El trauma se ve transformado porque no resulta de la vinculación exclusiva con una eventualidad que proviene de la realidad (como es el caso de neurosis traumáticas). Se plantea al contrario como algo constitutivo en la estructura del aparato psíquico y que se manifiesta como un límite intrínseco al principio del placer.

En su Conferencia 18, titulada *La fijación al trauma, lo inconsciente*, Freud establece una articulación y una diferenciación entre histeria y neurosis traumáticas que resulta sumamente esclarecedora para dar cuenta del estatuto de la noción freudiana de trauma en cada caso. "Las neurosis traumáticas no son, en su fondo, lo mismo que las neurosis espontáneas que indagamos analíticamente y solemos tratar" (Freud, [1916-17], 1986, p.251). Sin embargo, Freud no deja de apuntar una *concordancia plena* entre ambas: "la fijación al momento del accidente traumático". En los dos casos, la situación traumática cobra el valor de una actualidad insoslayable, que se explica por una consideración de tipo económica. La analogía puede ejercer la tentación de *llamar traumáticas también a aquellas vivencias* de los neuróticos. Para dar cuenta de eso, retoma dos casos de neurosis obsesiva que había trabajado en la conferencia anterior. En el primero, se observa una situación concreta que desempeñó el rol de trauma en la causación de la neurosis. Al segundo caso Freud ya no atina a conectarlo con un elemento puntual, más allá del enamoramiento de la niña por su padre, punto que resulta decisivo para situar lo poco específico y hasta inapropiado que resultaría recurrir a la noción de trauma en esta ocasión: el trauma se disuelve por lo habitual del suceso (enmarcado en la relación edípica con su padre). Esto permite concluir que en los casos de las neurosis de transferencia, el punto de vista traumático "debe ser incluido en algún otro y subordinado a él" (p.252).

La nominación de estas neurosis como espontáneas para distinguirlas de las traumáticas es fundamental para captar cómo el trauma va más allá de un suceso ocurrido. Lo ocurrido se disuelve en la generalidad de lo habitual, de aquello que más bien no puede no suceder en la infancia de una neurosis (en el caso en cuestión, la relación de amor de una niña por su padre). Ahora bien, esa generalidad no es válida para operar como una causa positiva. Es necesario otra cosa, una contingencia, y allí es donde la analogía cobra su valor, pese a las enormes diferencias existentes: hay una fijación al trauma en las neurosis de transferencia; no obstante, el trauma no se resuelve con la asignación de un contenido ligado a un acontecimiento identificable, como en los casos de neurosis traumáticas, sino que

requiere, para dar cuenta de la causa de la neurosis, supeditarse a la problemática del fantasma y a sus determinantes económicos. La fijación a una fase del pasado, sostiene Freud, nos es exclusiva de la neurosis. "Toda neurosis contiene una fijación de esa índole, pero no toda fijación lleva a la neurosis, ni coincide con ella, ni se produce a raíz de ella" ([1916-17], 1986, p.252).

### **Objeciones a la clínica de los acontecimientos traumáticos**

Si se considera entonces el valor coyuntural que adquiere la versión realista de trauma (y la compulsión de repetición a ella asociada) en *Más allá del principio del placer*, no habría justificación alguna para fundar desde allí una clínica del "destino de los acontecimientos traumáticos", como la que propone Le Poulichet (2003, p.16-17). El modelo del trauma como efracción tiene en Freud un valor argumental que ilumina de una forma despejada, al quitar, aislando el comportamiento puro de las cargas no ligadas, los obstáculos que dificultan la visibilidad de la operatoria de una compulsión de repetición que no responde de manera privilegiada al principio del placer.

El funcionamiento habitual del aparato psíquico, que implica ligazones y desligazones constantes, dificulta el acceso a este comportamiento compulsivo de lo no ligado, ya que las desligazones del proceso primario responden en gran parte al principio del placer, enturbiando la observación. De allí la importancia de las consecuencias extraídas en el campo de las neurosis traumáticas para aleccionar sobre la operatoria habitual del aparato psíquico. En este registro no es posible aislar en términos tópicos, ni siquiera en la zona regida por el proceso primario, una exclusividad para el comportamiento compulsivo que se presenta como irreductible al principio del placer. Las desligazones más frecuentes del proceso primario generan tanto mayor intensidad en el placer (pues se rigen por un principio del placer en gran medida no domesticado por el principio de realidad), pero también mayor vulnerabilidad frente a las rupturas de la compulsión de repetición (Freud, [1918a], 1986, p.61). El funcionamiento habitual del psiquismo supone, en el registro del proceso primario, la existencia de magnitudes de excitación no ligadas que, en lugar de concatenarse en asociaciones regidas exclusivamente al servicio del principio del placer, se revelan irreductibles al mismo, pues se asocian a la operatoria de una compulsión de repetición que escapa marginalmente a su accionar.

En *El arte de vivir en peligro*, Le Poulichet cree haber avanzado allí donde considera que Freud se detuvo. Fundamenta sus avances en los provechos clínicos que extrae de la articulación entre trauma y peligro, para lo cual se apoya en la siguiente afirmación de Freud: "no podríamos precisar qué es lo que el yo teme [...] sabemos que es el desborde o la aniquilación, pero no lo podemos concebir analíticamente" (citado en Le Poulichet, 1998, p.16). La autora promueve la fundación de una nueva modalidad de clínica psicoanalítica justamente en ese punto en se ubica un límite para la concepción analítica. Al deducir que la teoría freudiana tropieza "con la cuestión última del peligro" (1998, p.16), Le Poulichet se propone avanzar precisamente sobre ese punto. Pero se impone la pregunta de si resulta posible avanzar allí. La detención cifrada por Freud, ¿debe caer a cuenta de sus propias limitaciones teóricas o indicaría más bien un límite que la práctica analítica misma no puede trasponer sin pagar el alto costo de abandonar su especificidad clínica? A este respecto, cabe recordar el acierto de Jorge Jinkis cuando señala los riesgos habituales que se corren cuando se confunden "los límites del psicoanálisis con los límites de los psicoanalistas" (citado en Baños y Steinberg, 2012, p.41).

El cuestionamiento de los planteos de Le Poulichet no conducen a negar la existencia de un trabajo analítico posible ante situaciones de orden traumático. El punto objetable es el gesto teórico con que se pretende fundar, reivindicándose una supuesta causalidad positivizada y realista del trauma, una clínica psicoanalítica diferente. Este gesto desdibuja las complejidades que acarrea la noción de trauma, que exigen pensarla más allá del modelo realista (en el que Freud se apoya sólo inicialmente con fines argumentales). El resultado es la reinstalación de un modelo del trauma -efracción realista circunscripta desde la noción de peligro- que resulta ajeno a su estatuto clínico en psicoanálisis.

En lugar de transformar al trauma-efracción en una causa explicativa que busca expandir sus efectos psíquicos a través del peligro, es preciso considerar, en cambio, cómo el lugar estratégico que Freud le adjudica en *Más allá del principio del placer*, apoyatura desde la consideración especial de las neurosis traumáticas, para argumentaciones que permitirán abordar teóricamente lo que resultaba inconcebible hasta entonces: un modo de comportamiento de las *cargas no ligadas* (Freud, [1920], 1986, pp.34-36) inscripto en el meollo mismo del aparato psíquico.

El propósito no es negar la existencia del impacto realista de ciertas de orden traumático, sino de mostrar que su operatoria debe confinarse a los bordes de la clínica psicoanalítica, lejos de constituir la referencia para inaugurar un nuevo modelo de clínica para tratar determinados pacientes. El gesto teórico de introducir el realismo del trauma como un operador del determinismo psíquico distorsiona el valor analítico de la noción, que implica una subordinación al plano del fantasma, ajena al plano psicológico del sujeto desamparado respecto de la realidad (Lacan, [1964a], 1973, p.160).

Esta concepción que se propone innovadora de la clínica psicoanalítica pierde de vista ciertas coordenadas éticas fundamentales, donde se vislumbra una defensa construida por el analista frente horror que produce el vacío de la causa. El saber sobre la causa del mal se declina como una clínica de la reparación, que se alza como un remedio para un mal delimitado como trauma, transformado en una causa positiva a ser erradicada. Esto impacta en la posición del analista, puesto que su modo de operar con el trauma como un mal conocido lo coloca como un Otro que sabe sobre la causa. El trauma cobra el valor clínico del nombre que el analista asigna con su saber a la causa del padecimiento.

La ética en que se funda la práctica analítica requeriría acentuar otro aspecto del trauma: desalojarlo de la consistencia sustancial (valor que cobra con el *furor sanandi* de la reparación), para abordarlo desde retícula psíquica que lo circunscribe como el agujero con que lo indeterminado insiste en las determinaciones psíquicas. El trauma articulado al fantasma traza una orientación ética que tiene por condición hacer subsistir la función psíquica de la causa en su indeterminación. Como sostiene Lacan, "la causa, para subsistir en su función mental, necesita siempre de la existencia de una hiancia con su efecto" (Lacan, [1962-63a], 2004, p.343). La función del determinismo psíquico se sostiene en el par *causa/a causa* donde se intersectan "la concatenación de las causas-efectos a nivel empírico" y "el agujero de la causa" (Vassallo, 2009). La hiancia, el agujero de la causa, delimita lo indeterminado de toda causa que el analista en el lugar del Otro debería precaverse de recubrir. Sólo bajo esa condición se pueden abordar los determinismos psíquicos sin sustancializarlos. La clínica de lo traumático introduce, en cambio, una positivización en el lugar de la causa que corre al analista de la posición ética que exige sostener el no saber sobre la causa.

La experiencia traumática debe ser situada en el plano simbólico, es decir, en la relación del sujeto con el campo del Otro, y no en la supuesta relación de desamparo del individuo con de su realidad. La clínica de lo informe de Le Poulichet (2003) permitió dar cuenta, en la desafortunada búsqueda de extender los límites del psicoanálisis, de una concepción donde trauma y peligro se plantean en el registro de una causalidad independiente positivizada, donde la práctica se inclina en el sentido de una degradación psicológica regulada por la relación entre individuo y realidad, asociada a la polaridad interior/exterior entendida en términos realistas. Al soslayarse la articulación teórica entre trauma y fantasma, decisiva para la práctica analítica, se instala el modelo realista del trauma como una efracción que proviene del exterior.

A continuación, se examina la problemática de la causa desde algunos abordajes de Sándor Ferenczi enmarcados en la denominada técnica activa. El objetivo es vislumbrar el estatuto que adquiere el *fantasma* en sus relaciones con la causalidad inconsciente para problematizar sus vínculos con la posición del analista.

### **La fantasía forzada y la técnica activa: posiciones ante la causa**

Las respuestas técnicas que Sandor Ferenczi y Otto Rank -dos analistas de la primera generación muy próximos de Freud que terminan siendo disidentes del maestro- proponen

como innovaciones. Se proponen como tentativas de sortear escollos encontrados en el seno del dispositivo clásico del psicoanálisis, que serán problematizadas en su carácter de tratamientos novedosos de la causa en la práctica, ligados a ciertos modos peculiares de articular la fantasía con el trauma.

Entre las diversas teorizaciones esbozadas, se destaca especialmente la noción ferencziana de *fantasía forzada*, asociada a ciertos requerimientos del analista en algunas situaciones de análisis especiales. Se acuña como un recurso técnico para sortear dificultades y estancamientos en los tratamientos. ¿De qué orden son estas supuestas dificultades y cuál es el precio que se paga al intentar sorteárselas? ¿Qué relaciones mantienen, pues, con la imposibilidad estructural, señalada en el primer capítulo, de abordar interpretativamente el fantasma? ¿Cuáles son los efectos clínicos condicionados por el trabajo técnico que introduce la dimensión de lo forzado? Estas preguntas resultan decisivas para introducir la problemática de las fantasías forzadas en relación con la posición del analista en transferencia.

### **Tramitación ética de la causa entre finalidad y contingencia**

Sin duda Ferenczi ha sido, de todos los discípulos de Freud, quien ha llevado más lejos que nadie la pregunta por las vicisitudes de la implicación del analista en transferencia. Es quien ha emprendido más a fondo (junto con Rank en ocasiones) un cuestionamiento perpetuo de los fundamentos del psicoanálisis, cruciales para interrogar la ética de la práctica en relación con el acto analítico. Sus planteos reflejan por momentos positivizaciones en la clínica, frente al choque contra ciertas imposibilidades estructurales intrínsecas al dispositivo analítico. Sin embargo, las contradicciones diseminadas en sus propuestas técnicas son una clara manifestación de que Ferenczi no se incluye dentro de esos analistas que se proponen simplemente avanzar eliminando escollos. A este respecto, es notoria su distancia respecto de la posición de Le Poulichet, cuyos abordajes permitieron exponer una torsión del límite ético que culmina inclinando el trabajo analítico al reino de la positividad, allí donde se configura una práctica de lo posible.

Las teorizaciones y esbozos conceptuales de Ferenczi, especialmente las de su tardío *Diario clínico*, resultan de sus encuentros con las dificultades de encarnar ese lugar imposible del analista. Siguiendo a Jorge Jinkis, es posible afirmar que "esa subjetividad imposible de cada analista bien podría llevar el nombre de Sandor Ferenczi" (1988, p.10).

*Imperfección* es un término adecuado para dar cuenta de las particularidades de la posición del analista. La prologuista de la edición francesa del *Diario Clínico*, Judith Dupont definió, basándose en Ferenczi, a los psicoanalistas como "productos de las imperfecciones de su práctica" (1988, p.25). Sus derroteros son ejemplares a este respecto, pues revelan magistralmente una verdad de estructura en la posición del analista: la contradicción permanente entre su inevitable implicación subjetiva y su necesaria desimplicación, báscula decisiva para que el trabajo analítico recaiga en el analizante y no en el analista.

Se puede profundizar la idea de imperfección propuesta por Dupont si se considera que el análisis es imperfecto por estructura porque no hay lugar en el dispositivo para la subjetividad del analista, quien no es agente del trabajo aunque sea su causa y su producto. El analista debe quedar confinado a la eficacia de una alteridad que promueva el resto-causa para que el análisis pueda ejercerse. El analizante es quien hace el trabajo, pero sin ser causa de sí en el discurso que produce; allí se circunscribe la eficacia de la posición del analista: encarnación de una alteridad (oscilante entre el lugar del gran Otro y el de objeto *a*) que instaura el discurso. Esto implica que el analizante no pueda ser un agente autónomo del trabajo que realiza, aunque la tarea de realizarlo esté a su cargo. En la búsqueda de esclarecer esta problemática se consagraron gran parte de los desarrollos de Lacan su *Seminario El acto analítico*. Allí se aborda la relación entre el acto analítico y la denominada *tâche psychanalyzante* (tarea psicoanalizante), con una insistente pregunta que nunca termina de resolverse -ya que no se limita a ninguna de las alternativas planteadas-: ¿es el analista o el analizante quien tiene a cargo el acto analítico?

Si Ferenczi captó mejor que nadie la imposibilidad de que un sujeto del inconsciente ocupe la posición del analista -dejando ver la imperfección constitutiva de la práctica que se

funda en ello- es porque expuso de las contradicciones que le son inherentes (a veces con articulaciones teóricas y otras de un modo puramente sintomático). En ocasiones, Ferenczi forzó ciertos límites de los bosquejos freudianos que delimitan los operadores del dispositivo analítico. Lo hizo introduciendo innovaciones técnicas, pero en ello *no todo era asunto de técnica*. Las torsiones que produce en los conceptos, al confrontarlos con los límites que la práctica les impone, permiten avizorar problemas a los que posteriormente se consagrará Lacan forjando nuevas categorías, destinadas a problematizar la implicación del analista en transferencia. Es acertada la afirmación de Izaguirre en un libro dedicado a Ferenczi, donde ubica cómo "tocó los puntos del límite que habían de causar la producción teórica de nuevos conceptos: el deseo del analista, el objeto a..." (1995, p.117).

Varios comentaristas se han referido al sufrimiento psíquico que implicó para Ferenczi su peculiar relación con la imposibilidad de la posición del analista. Aquí se dejará de lado esta cuestión para abordar específicamente las derivas teórico-clínicas resultantes. El retorcimiento incesante de la práctica del psicoanálisis desde sus límites abre un horizonte clave para para problematizar los modos de tramitación de la causa en la experiencia psicoanalítica desde un punto de vista ético. En los bosquejos de teorizaciones de Ferenczi aparecen innumerables paradojas que permiten extraer discernimientos esclarecedores.

### **Tratamientos sustancialistas de la causa**

Se observa en Ferenczi un vaivén entre la densidad sustancial que adquiere una causa realista y el problema del agujero de la causa, asociada a la oscilación entre la consistencia personalista del analista y la disolución de su figura. Su apogeo se encuentra en la propuesta del *análisis mutuo*. Mientras que una interpretación apresurada y simplista podría disolverlo considerándolo como una recaída en la reciprocidad que conduciría a la anulación de la disimetría analítica, una lectura más atenta a los detalles permite destacar como subyace la búsqueda de corroer la personalidad autoritaria del analista, que conduzca a despojarlo de los resabios de imposición hipnótica que a toda costa habría que eliminar.

Cabe agregar una tercera oscilación a las ya mencionadas, de cabal importancia. Ella expresa la alternancia entre dos polos opuestos: una posición hipnótico-sugestiva, ligada al analista cuando opera con la técnica activa; y en contraposición, una crítica radical a dicha posición cuando Ferenczi objeta los efectos hipnóticos que el analista perpetúa al replicar, ante el inerte paciente, el lugar despótico ejercido históricamente por los padres sobre los niños.

Para examinar en detalle estas tres oscilaciones clínicas la referencia fundamental es el *Diario clínico* escrito entre los años 1931 y 1932, publicado sólo póstumamente (2008). La oposición entre el *agujero de la causa* y la *causa realista* se revela en algunos de sus bosquejos orientados a dar cuenta de la consistencia del trauma. Una manifestación del tratamiento realista efectuado del trauma-causa es la postulación de un "*afecto reprimido puro*" (Ferenczi, 2008, p.50, destacado en el original), una de las nociones que permiten ver cómo procede inyectando un realismo causal a la metapsicología. Deriva que se asocia a la ferviente búsqueda de "completar el agujero de la causa", precisada por Izaguirre (1995, p.114).

El realismo que el psicoanálisis fue perdiendo en el proceso de su constitución, a partir de la suplantación del método catártico por la técnica analítica, se corresponde con una mayor complejización en la noción freudiana de descarga -cuyas aristas se remiten a los tempranos bosquejos del *Proyecto de psicología...*" (Freud, [1895], 1986) (Cf. Carignano, 2009). Al comienzo de los *Estudios sobre la histeria* el realismo del afecto como causa se exagera, aunque el contraste entre la *Comunicación preliminar*, escrita conjuntamente por Freud y Breuer, y el capítulo final de Freud, da cuenta del temprano distanciamiento freudiano respecto de esta concepción.

Cuando al comienzo de los *Estudios* se plantea la necesidad de encontrar el afecto estrangulado en su realidad sustancial, la descarga opera en un nivel llano que la hace coincidir con un aligeramiento efectivo de excitación. La noción de abreacción reduce el problema de la descarga a un tratamiento sustancialista y finalista. La "Comunicación

preliminar" expone cómo el método terapéutico propuesto "cancela la acción eficiente de la representación originariamente no abreccionada, porque permite a su afecto estrangulado el decurso a través del decir" (Breuer y Freud, [1893], 1986, p.42). La abrección implicaría la liberación de un afecto contenido, donde no se vislumbra estatuto paradójico del afecto, esclarecido por la posterior noción de *descarga afectiva* de los textos metapsicológicos (Freud, [1915], 1986).

La búsqueda finalista de la abrección en sí *Comunicación preliminar* degrada lo problemático del estatuto del afecto como algo retenido en su pureza. Esa noción se asimila a la reacción inadecuada, a eso que no se produjo dando lugar a la retención.

El empaldecimiento o pérdida de afectividad de un recuerdo depende de varios factores. Lo que sobre todo importa es *si frente al suceso afectante se reaccionó enérgicamente o no*. Por «reacción» entendemos aquí toda la serie de reflejos voluntarios e involuntarios en que, según lo sabemos por experiencia, se descargan los afectos: desde el llanto hasta la venganza. *Si esta reacción se produce en la escala suficiente, desaparece buena parte del afecto [...]* La reacción del dañado frente al trauma sólo tiene en verdad un efecto plenamente «catártico» si es una reacción adecuada, como la venganza. Pero el ser humano encuentra en el lenguaje un sustituto de la acción; con su auxilio el afecto puede ser «*abreccionado*» casi de igual modo. [...] Cuando no se produce esa reacción de obra, de palabra, o mediante el llanto en los casos más leves, *el recuerdo del hecho conserva en principio su tinte afectivo* (Breuer y Freud, [1893], 1986, p.34, destacado propio).

El cuestionamiento de la abrección lleva mucho más tarde Freud, en 1926, a discutir la propuesta teórica de Rank sobre el trauma de nacimiento, desde la cual se concibe al neurótico como aquel que no "logra abreccionar por completo su trauma de nacimiento" (Freud, [1926], 1986, p.142). Las contradicciones inherentes la noción de abrección lo llevaron a Freud a abandonarla:

No se sabe bien qué se quiere significar con «abrección» del trauma. Si se lo entiende al pie de la letra, se llega a la insostenible conclusión de que el neurótico se aproxima tanto más a su curación cuanto mayores sean la frecuencia y la intensidad con que reproduzca el afecto de angustia. A causa de esta contradicción con la realidad, yo había resignado ya en su tiempo la teoría de la abrección, que desempeñaba un papel tan importante en la catarsis (Freud, [1926], 1986, p.142).

Cuando Ferenczi preconiza la búsqueda de un *afecto reprimido puro*, está muy próximo de ese realismo en que la causa es pasible de ser encontrada en su sustancia. Por eso no resulta sorprendente que en su *Diario Clínico* proclame a Breuer como al verdadero creador del psicoanálisis (Ferenczi, 2008, p.142). Se expone así su reivindicación ferviente de un tratamiento de la que causa que el advenimiento del psicoanálisis había dejado atrás.

Es en la *Comunicación preliminar* donde predomina una versión sustancialista de la causa asociada al método catártico de Breuer, que se proponía una extirpación directa de la causa, el afecto retenido. Se observa un registro clínico similar al que opera la versión realista y positiva de causa que se parodiará once años más tarde en Rank. En su ensayo *Análisis terminable e interminable*, Freud compara la propuesta de un ataque directo del trauma primordial -adscripta al contexto de la *prosperity* norteamericana en que se gesta su concepción- con la búsqueda de apagar un incendio retirando únicamente el objeto que funcionó como su causa ocasionadora ([1937a], 1986, p.220).

Tan potente resulta el valor de un ataque directo a la causa en las consideraciones de la *Comunicación preliminar* que sus autores se ven llevados a plantear, apoyándose en la inversión del apotegma *cessante causa cessat effectus*, que el proceso ocasionador no se manifiesta a partir de "eslabones causales intermedios, sino de manera inmediata como causa desencadenante" (Breuer y Freud, [1893], 1986, p.33). La causa sin eslabón con su efecto se contraponen a la idea antagónica de Lacan en el *Seminario La angustia*, donde plantea que la subsistencia de la causa depende de la existencia de una hiancia con su efecto ([1962-63], 2004, p.343). En contra de esto, el modo con que Breuer y Freud circunscribían la operatoria

de la causa introducía la idea de una supresión de toda distancia respecto de su efecto, como si la causa pudiera ser aislada en su pureza eficiente.

Este modo de concebir la causa se transforma considerablemente en los planteos posteriores del último capítulo de *Psicoterapia de la histeria*. Freud expone allí todas las consideraciones retrospectivas que lo llevan a cuestionar mucho de lo planteado previamente. El gran cambio está ligado al desplazamiento de la histeria al campo de las neurosis, cuestión indisoluble del descubrimiento de una etiología sexual común para ambas (Freud, [1895], 1986, p.265). Eso resulta clave porque va a imponer un tratamiento de la causa diferente, donde va perdiendo el carácter sustancial que cobraba en las consideraciones iniciales.

El entrecruzamiento entre *etiología y sexualidad* se sella a partir de un *agujero en el plano de la causa*. Sin ser explícitamente teorizado, se manifiesta en la ineficacia del método catártico para el tratamiento de la causa. La sexualidad influye produciendo una desustancialización de la causa, pues el método "no influye sobre las condiciones causales de la histeria" ([1895], 1986, p.269). La causa se va transformando en algo escurridizo y, en última instancia, indiscernible. Aquello que en *Comunicación preliminar* parecía identificable de modo concreto y positivo, el episodio traumático asociado a una reacción adecuada, se convierte en algo incaptable.

El descubrimiento de la causa referida al orden sexual no implica la asignación de un contenido cognoscible e identificable. Si Freud podrá afirmar luego que el método catártico no debe ser considerado una terapia causal sino un tratamiento meramente sintomático ([1895], 1986, p.269) es porque, en el trayecto que va del año 1893 al 1895, la causa última se transformó en algo desconocido. Al método creado por Breuer, al estar privado del conocimiento específico de la etiología sexual de la histeria, le faltó también su impacto en el abordaje de la causa, que corroe la positividad del trauma (afecto estrangulado).

La idoneidad del método catártico se limita a la eliminación de los productos de la enfermedad producidos hasta el momento, cortando el lazo entre la causa y sus efectos. Desde esta perspectiva, el método catártico cobra otro sentido y se desprende de su origen breueriano. El valor que adquiere en Freud está ligado a la posibilidad no de erradicar una causa cognoscible, sino de efectuar un trabajo novedoso con la causa. Aunque ésta permanezca desconocida, es posible efectuar un tratamiento que impacte sobre sus efectos. Con la introducción de la etiología sexual de las neurosis, Freud instala una hiancia que separa a los efectos de la causa. Esta hiancia se profundizará cuando se plantee un nuevo modo de abordaje en el dispositivo que implica quitar el foco del síntoma para trabajar desde la superficie psíquica del discurso, llevando a un mayor apartamiento entre causa y efecto.

Puesto que no hay una sola causa para un solo efecto, ni un solo efecto resultante de una única causa -sentido fundamental de la sobredeterminación, postulada ya en el capítulo final de los *Estudios* (Freud, [1895], 1986, p.270)- el lazo entre causa y síntoma se complejiza. La contraposición de las dos metáforas expuestas al inicio y al final de los *Estudios* lo esclarece: I) al comienzo, la causa es ilustrada con el modelo del *cuerpo extraño* (Breuer y Freud, [1893], 1986, p.32), fácilmente identificable y pasible de ser extirpado; II) al final, la causa se complejiza cuando es comparada a una infiltración ([1895], 1986, p.296). Los efectos de la causa se diseminan y ésta se torna indiscernible en tanto tal, transformándose en algo indisociable de sus efectos. Esto modifica el tratamiento por un sucesivo corrimiento del foco dirigido al síntoma como cuerpo extraño, causa que debía ser extirpada.

Puesto que la causa no puede extirparse, al tratamiento se le impone otro modo de trabajo con sus efectos. Las infiltraciones desparramadas por toda la superficie psíquica exigen no pueden ser extirpadas. La consecuencia fundamental es el enfrentamiento de la resistencia como una condición para el tratamiento analítico: "la resistencia es lo que infiltra. La terapia no consiste entonces en extirpar algo -hoy la psicoterapia es incapaz de tal cosa-, sino en disolver la resistencia y así facilitar a la circulación el camino por un ámbito antes bloqueado" ([1895], 1986, p.296). La infiltración implica que en el efecto hay algo de la causa, que el efecto está interceptado por la causa sin estar separado de ella. Se hace necesario un trabajo con lo infiltrado que resulta de la imposibilidad de desmezclar a la causa del efecto.



## La causa en el realismo agujereado de Ferenczi

Lo examinado permite volver desde otro lugar a la oposición entre agujero de la causa y causa realista en Ferenczi. La presencia de esa versión realista de causa se revela en la expresión *afecto reprimido puro* (asociada estrechamente a la abreacción, que también es fervientemente defendida a lo largo de todo el *Diario Clínico*). Sin embargo, su intransigente búsqueda produce, en un nivel implícito, un más allá del plano realista asociado a una causa sustancial. Muchos pasajes muestran la complejidad de la problemática del trauma en Ferenczi. Otra cara del trauma se revela cuando se considera la indisociable alteridad que lo afecta y lo sujeta a condicionamientos que exceden el planteo de una supuesta realidad efectiva. Aunque en última instancia su perspectiva implique plantear que el cometido del análisis es alcanzar una reproducción del trauma, ello no basta por sí solo, es necesario un analista preparado para ocupar ese lugar.

La relación del paciente con el trauma y con el Otro histórico implicado es determinante para dar cuenta del problema de la posición del analista. Este debería ocupar un lugar que haga posible el lazo amoroso que no permitió el *adulto* (nombre nada empírico para ese Otro histórico, formidable por su alcance estructural). La posición del adulto fue determinante para la constitución del trauma y el analista debería estar a la altura para no reproducir esa misma situación: "los pacientes parecen no poder creer o no poder creer del todo en la realidad de un episodio si el analista, como único testigo de los sucesos, mantiene su actitud fría desafecta". El analista debería "tomar efectivamente en serio *el rol* en el que uno se sitúa como espectador benévolo y dispuesto a socorrer, es decir, trasladarse de hecho con el paciente hasta aquel pasado (lo que Freud me dijo que no estaba permitido)" (Ferenczi, 2008, p.67).

La afectación de alteridad hace que la praxis pierda el peso sustancial que por momentos adquiere en su versión más realista. El trauma depende de la relación con el adulto, Otro histórico condicionante, pero a su vez resulta indisociable del lazo amoroso con el Otro actual de quien el analista se constituye en representante (si éste se limita a replicar la posición de adulto ante el paciente). Esto expone una corrosión del realismo del trauma, abriendo a la dimensión de una causa agujereada. Al ser enganchado al Otro (adulto histórico y analista), el trauma pierde su aspecto sustancial y se convierte en algo susceptible de otro tratamiento ético. Para esclarecer esto en toda su complejidad es necesario volver sobre las implicancias de la disolución personalista del analista, cuestión que luego se examinará.

Se vislumbra aquí el embrollo difícil de desanudar, asociado a la posición imposible cuestionada por Ferenczi. Se puede acentuar la necesidad de que el analista oficie como un otro fuera de serie, que opere corriéndose de los personajes autoritarios que ejercieron un poder traumatizante y asimétrico sobre el paciente. Sin embargo, es notoria la persistencia contradictoria de las dos versiones antagónicas de causa antes examinadas: el rol que debe ocupar se asocia al peso sustancial del pasado.

## El analista y la disolución de su consistencia personalista

La segunda de las oscilaciones más arriba mencionadas se refiere a la oposición entre consistencia personalista del analista y sus disoluciones. En primer lugar, cabe señalar cómo Ferenczi promueve la corrosión de la figura del analista en el plano representacional cuando evoca remanentes del adulto. Aquí se encuentra una premisa básica en la concepción ferencziana del análisis, presente rudimentariamente en sus bosquejos tempranos, pero especialmente acentuada en sus últimos escritos: los ecos del adulto histórico deben ser desterrados de la práctica puesto que conllevan para el paciente una posición de niño inerte que perpetúa los condicionamientos patógenos.

Al comentar el caso de una de sus pacientes, Ferenczi puntúa que la repetición que la deja coagulada en cierta postura desafiante infantil viene a redoblar, ante un analista que ha condensado en su figura a padres, médicos y maestros, una actitud que se entrama como respuesta a la hipocresía de la autoridad. Si el analista reproduce representativamente estas figuras, no queda margen para que la paciente responda de otro modo a la hipocresía

renovada. A este respecto, de los planteos Ferenczi se deduce que si el analista resulta eficaz, lo es en la medida en que se despersonaliza (2008, p.42). Lo infructuoso del tratamiento de esta paciente falla cuando el analista no consigue modificar su posición que lo coloque fuera de la serie de las figuras hipócritas de los adultos.

Ferenczi pareciera buscar a fondo una despersonalización de la figura del analista, cuestión que no siempre consigue (hasta llegando a producir por momentos efectos iatrogénicos). Instructivo sobre este aspecto es el eco que produce en algunos dichos de sus pacientes cuando se exagera y pone en juego mucho de su persona. Como un efecto de rebote de la paradoja en que está inmerso, le llegan a pedir: "*que yo no piense tanto, basta con que esté presente, no debo hablar tanto, esforzarme, y aún piden que me duerma*" (Ferenczi, 2008, p.53, *destacado propio*).

La batalla que emprende contra lo artificioso en la posición del analista (Ferenczi, 2008, p.52) se relaciona con la búsqueda de construir un lugar despojado de vestiduras autoritarias. El rebajamiento del analista a un personaje real requiere de una honesta reacción, libre de censuras y de abstinencia a las manifestaciones de sus pacientes. Con esto no apunta a reivindicar la presencia de su subjetividad en el trabajo analítico; al contrario, busca ubicar más bien una falla en su lugar que lo coloque como un ser en falta, en una posición que lo conmueva de su potencial lugar de adulto (que lo convertiría en algo intangible e inaccesible). Esta búsqueda de degradación de la persona del analista ya estaba en cierta forma presente en un temprano escrito abocado a cuestiones técnicas. Allí distinguía de modo original la sugestión de la transferencia analítica:

¿Puede haber un campo menos fértil para provocar la sugestión que una relación en la cual la persona tratada está en libertad de divertirse de la manera que más le guste a expensas de su médico, de menospreciarlo si se le ocurre, o de humillarlo? (Ferenczi, [1912], 2001c, p.48).

Ese personaje real está lejos de buscar para sí los títulos de persona de pleno derecho, por eso es que Ferenczi aconseja más tarde "dejar de lado toda 'técnica' y mostrarse sin afeites, como lo exigimos del paciente" (2008, p.145). Si a toda resistencia a disolver el ser del analista en el discurso analizante puede dársele el nombre de técnica, lo interesante de los esbozos de Ferenczi es que, a la vez que promueven en ocasiones ciertas técnicas para avanzar sobre lo imposible (la vuelta a la hipnosis y a la abreacción, la relajación y la neocatarsis), tocan también en otros casos el límite de la experiencia analítica de modo sorprendente, aunque sin sobrepasarlo. Cuando ello ocurre, se destila de sus enunciados una especie de ética de lo Real como imposible (aunque esto no deje de vincularse con el tormento psíquico del sujeto Ferenczi, quien no se detiene en su búsqueda de avanzar sobre las paradojas de la posición del analista).

De todos modos, el abordaje del lugar del analista que denuncia su artificialidad autoritaria coexiste con otro que presenta la cara contraria, y que manifiesta la posición oscilante de Ferenczi. A la impersonalidad del analista pareciera llegar sin proponérselo, con la búsqueda corroer los resabios de hipocresía que conserva el analista cuando opera como representante de una autoridad. La ataca, en cambio, explícitamente cuando la encuentra en la deriva freudiana:

El cambio de su método de tratamiento, que se hacía cada vez más impersonal (cernirse como una divinidad sobre el pobre paciente, degradado a la condición de niño; sin sospechar que es esa conducta la que provoca artificialmente la llamada transferencia), se afirma [que] la transferencia es obra del paciente (Ferenczi, 2008, p.145).

Habría un malentendido a desglosar, resultante de la falsa separación entre la transferencia y la disparidad, que instaura precisamente al análisis como una situación disimétrica. La impersonalidad del analista provoca la transferencia analítica an tanto tal, como se deduce de un señalamiento crucial en "Puntualizaciones sobre el amor de transferencia": "uno retiene la transferencia de amor pero la trata como algo no real" ([1912], 1986, p.169). La no respuesta de la persona del analista a la demanda de amor transforma a ese amor genuino en un amor de transferencia psicoanalítica, sin que esta operatoria le quite su carácter

de genuino a ese amor peculiar (artificial si se considera que se enraíza en el dispositivo).

En esta lectura cuestionable de la especificidad del amor de transferencia se ancla el motivo del desacuerdo con la impersonalidad freudiana. La impersonalidad no es el resultado de una elevación dispar del analista como objeto, réplica de la relación adulto-niño. Implica, al contrario, en nombre de una disimetría constitutiva, su sustracción al rol de objeto erótico, la puesta en juego de una opacidad en el lugar del objeto sustituto, amado, donde el analista es colocado. Esto permite conjeturar un malentendido, tramado en una *confusión de lenguas*, noción clave acuñada por Ferenczi, aplicable aquí a la relación entre Freud y su discípulo, al trasfondo de la relación libidinal entre ambos sobre el que se volverá más adelante.

Al criticar esa actitud por la cual el analista endilga al paciente que la transferencia es obra de él (Ferenczi, 2008, p.145), se juega en Ferenczi una objeción a la versión más centrípeta de transferencia, cuya operatoria también pesquiza en Freud desde una interpretación cuestionable en algunos aspectos. Esta versión de la transferencia sería incompatible con la impersonalidad del analista, quien adquiere allí una consistencia personalista, objeto erótico en sí, que vale *per se* y no por el lugar que el discurso del analizante le otorga en la erótica analítica.

El estatuto del amor en la cura, en su relación con la posición del analista, tendrá posteriores repercusiones con hondas consecuencias en relación entre ambos. Según Freud, la subsistencia de la transferencia analítica requiere que no se sobrepase la respuesta negativa a las manifestaciones eróticas del paciente. De allí que promueva fervientemente la abstinencia ni bien encuentre una manifestación larvada de erotismo en el desliz ferencziano que llama irónicamente *técnica del beso*. Ceder, aunque sólo sea bajo esa forma tan incipiente de erotismo del beso, representante de "una intimidad erótica sin equívocos", inauguraría en el planteo freudiano un lazo de un orden diferente al transferencial. Además serviría como puntapié para desencadenar una manera más extrema de erotismo en la relación analítica: "no hay revolucionario que no sea superado por uno aún más radical. Cierta número de pensadores independientes, en materia de técnica, se dirán: ¿por qué detenerse en el beso?" (Freud; Ferenczi, 2000, p.423). De acuerdo con este planteo, Ferenczi, al verse absorbido en el peso creciente que concede a una cura por amor, se descarría de la posición transferencial analítica, regulada por una abstinencia erótica.

La oscilación plasmada en Ferenczi entre consolidación personalista y disolución de la persona, impone destacar además el rotundo ataque a la personalidad del analista. Esto se asocia a la objeción de ciertas concepciones de la transferencia que Klein y su escuela habían empezado ya a promover, pero cuyos efectos serán masivos recién más tarde. Se de la transferencia en su cara más centrípeta, cuya máxima expresión se resume en el *aquí y ahora con el analista*, donde la escena queda delimitada en función del presente y del espacio concreto del consultorio. Todo un estilo de práctica del psicoanálisis se pone en cuestión cuando Ferenczi afirma tener la impresión (junto con Rank) de que la situación transferencial así propuesta es un artificio armado por los analistas. Se objeta en ella la adjudicación de ciertos afectos al paciente, la interpretación de cada episodio singular como un afecto personal dirigido al analista, situación apta para crear una especie de atmósfera paranoica, que un observador objetivo puede caracterizar como un delirio narcisista del analista, de tipo erotomaníaco (Ferenczi, 2008, p.146).

El último punto a examinar es la oposición entre un sesgo hipnótico-sugestivo de cierta versión del analista en la técnica activa y la persistente denuncia de Ferenczi a los efectos hipnóticos traumatizantes de los adultos, replicados por los analistas. En la mayor parte de los escritos técnicos de Ferenczi, es notorio su constante esfuerzo por distinguir la especificidad de la transferencia analítica de las posiciones sugestivas que corresponden a terapéuticas no analíticas. La contraposición entre psicoanálisis y sugestión es permanente en sus abordajes. Esto obsesiona a Ferenczi desde sus primeros escritos analíticos y va cobrando cada vez más, con el correr de los años, un sesgo defensivo, paranoico por momentos, como si su rechazo confesara que en algunas situaciones llega al riesgo de aproximarse demasiado al costado sugestivo de la transferencia.

Esto no impide que Ferenczi presente diversos argumentos para continuar diferenciando la técnica analítica activa de las prácticas sugestivas. Los efectos hipnótico-

sugestivos contra los que se abate tempranamente siguen siendo foco de su crítica hasta el final, lo cual se relaciona con su planteo del ejercicio de poder involucrado en el origen de las neurosis: el avasallamiento del adulto sobre los niños. Esto implica que ningún análisis podría ser pensado en esa lógica reproductora del poder que los adultos sobre quienes se volvieron neuróticos: "el analista tiene que ser la primera autoridad que confiese sus errores, pero en particular la hipocresía" (Ferenczi, 2008, p.175). Lejos de la autoridad del sugestionador, el analista se torna eficaz por la desautorización.

Esta idea emergía ya del temprano escrito "Sugestión y psicoanálisis": a diferencia de la sugestión, donde la creencia es una condición *sine qua non*, en psicoanálisis el paciente "puede reírse de nosotros, regañarnos y criticarnos toda vez que algo que digamos le parezca increíble, risible o infundado"; a lo que agregaba luego: "a diferencia del sugestionador, quien sólo desea que el paciente le crea, estamos constantemente en guardia, para que el paciente crea nada más que aquello de lo cual está convencido" (Ferenczi, [2012], 2001d, p.48).

Sin embargo, esa puesta en guardia contra el costado más sugestivo de la transferencia, no se sostiene siempre en el proceder del analista en nombre de la técnica activa. Las injerencias activas establecen un modo de relación con el saber que por momentos hace declinar la relación transferencial hacia un costado hipnótico, acentuando una cara obscena de la transferencia. En el *Diario Clínico* se describen escenas de un claro sesgo hipnótico. La búsqueda de un trauma en su consistencia substancial es en gran medida solidaria de una inclinación de la transferencia hacia ese costado. Esto coexiste, no obstante, con los artificios técnicos que Ferenczi introduce, destinados a corroer el lugar de un Otro consistente que sostiene la práctica de tipo hipnótica. El análisis mutuo es, de los diversos artificios técnicos inventados por Ferenczi, aquel que consigue atacar en un punto justo el lugar de un Otro consistente como sostén de la transferencia.

### **Corrosión de la autoridad del analista**

Lejos de una supuesta reciprocidad o simetría entre el analista y el paciente, el análisis mutuo constituye una artilingüística paradójica. Supone, en realidad, una búsqueda de disolución de toda técnica, puesto que se propone privar al analista de cualquier tipo de potestad y dominio sobre el paciente. Su efecto fundamental es horadar la disposición de sus modos de hacer en los tratamientos que conduce; de esto resulta una figura un tanto irrisoria del analista: alguien expropiado de su técnica y rebajado al lugar de un niño: "ciertas fases del análisis mutuo representan la total renuncia a toda obligación y a toda autoridad para ambas partes; parecen dos niños de igual modo aterrados, que intercambian sus experiencias" (Ferenczi, 2008, p.102).

Pero la ruptura de la disimetría (cuya importancia ética se analiza en el capítulo siguiente) no se resuelve en una simetría que conservaría con la alternancia de posiciones la misma situación, pero invertida. El análisis mutuo tiene por cometido fundamental hacer saber al paciente las fallas del analista, corriéndolas del lugar de obstáculo para transformarlas en motores del análisis. Lo implícito de esta propuesta técnica es, para ser eficaz en su posición, el analista debe correrse de la serie de los adultos -a la cual es naturalmente convocado por la asimetría de la situación analítica-, introduciendo su falta como condición del análisis.

En contra de lo que podría pensarse por su polémica con Freud, Ferenczi no busca un analista consistente como producto de un análisis cabalmente terminado, según las objeciones freudianas en *Análisis terminable e interminable* (Freud, [1937a], 1986). Su insistente queja, asociada al reproche del escaso análisis con que cuentan mayormente los analistas, tiene por objeto reclamarles que tomen en consideración sus fallas. Atacar la pertenencia del analista a la serie de los adultos se condice con la invocación de la falta en los analistas, habitualmente taponada con una autoridad hipócrita y artimañas institucionales.

Mientras más flaquezas tenga un analista, que lo induzcan a cometer torpezas y errores más pequeños o más grandes, que después se descubran y se traten en un análisis mutuo (...) mejores perspectivas, tendrá el análisis de alcanzar una fundación profunda y real (Ferenczi, 2008, p.57).

El análisis mutuo pareciera haber surgido directamente de la propuesta de una paciente que avizoró en su analista réplicas de mentiras hipnóticas en serie con la de sus Otros históricos, los adultos: "¿no estuvo ordenado todo el plan de la 'mutualidad' sólo al fin de que saliera a la luz algo que la paciente suponía en mí y creí desmentido [...] antídoto inconscientemente buscado contra las mentiras hipnóticas de la niñez?" (Ferenczi, 2008, p.82). En la entrada del 24 de febrero de 1932, se precisa aún más este origen:

El análisis mutuo acaso fue inventado originariamente por los pacientes como síntoma de una desconfianza paranoica: para reafirmar (*sic*) que tenían razón cuando descubrían en el analista diferentes resistencias determinadas por su antipatía, y para obligarlo a confesar esas mociones. Dar paso a ese deseo es desde luego el mayor opuesto concebible al secreto opaco y rígido mantenido por los padres (Ferenczi, 2008, p.87).

Sin embargo, la posición que se quiere desterrar, la del analista en su faz hipnótico-sugestiva, retorna contradictoriamente a partir de ciertos vestigios de la técnica activa (precisamente aquellos menos exitosos en eliminar satisfactoriamente la dimensión de la técnica como una especie de poder ejercido por el analista). Esto se observa claramente en el modo operar con las fantasías forzadas, cuestión que se extiende a los diversos puntos en que los *modus operandi* de la técnica aparecen respaldados por un saber; más específicamente, en la dimensión en que el saber del analista funciona en un registro finalista, puesto al servicio del tratamiento para provocar experiencias vividas que se suponen adecuadas (y que se vislumbran como esperadas por el analista). Apoyándose en el artículo de Ferenczi del año 1919, *Dificultades técnicas de un análisis de un caso de histeria*, Philippe Julien explicita este modo particular de intervención del saber del analista: "una 'finalidad' natural está inscrita en el 'psiquismo' [...] es el saber del analista, saber objetivo de lo sexual que estaba allí antes de que él lo sepa" (Julien, 1978, p.32).

### **Trabajo con la causa a partir del registro finalista del saber**

Esta apreciación es fundamental para entender cómo en Ferenczi muchas veces el trabajo con la causa, lejos de tramitarse en el registro de la contingencia, cobra una deriva finalista, indisociable de la posición de saber en que queda situado el analista ante el deseo sexual del paciente. La interpretación se encuentra comandada por lo ya sabido de antemano, en desmedro de la operatoria del acto como contingencia de la estructura. La contingencia introduce lo incalculable, que no puede ser predicho (cuestión crucial en la decantación del método freudiano de la asociación libre). La temporalidad de lo no sabido previamente resulta fundamental en este punto, asociada a la eficacia retroactiva en que se articulan transferencia e interpretación en la operatoria analítica, dimensión enfatizada de forma esclarecedora en el siguiente pasaje del *Seminario El acto analítico*:

El registro donde juega en su originalidad la interpretación analítica... - a saber, justamente lo que hace que de ninguna manera pueda plantearse en una especie de anterioridad que habría podido ser sabida (*qui aurait pu être sue*), lo que es revelado por la intervención propiamente interpretativa, - a saber, lo que hace de la transferencia precisamente otra cosa que un objeto que está ya allí, ya inscripto, en cierta manera, en todo lo que va a producir, pura y simple repetición de algo que ya, desde antes, no hacía más que esperar para expresarse allí, en lugar de ser producido por su efecto retroactivo (Lacan, 1967-68, p.212)

De esa cita se puede deducir una articulación clave entre transferencia e interpretación, anudadas por la temporalidad del acto analítico. La interpretación es constitutiva de aquello que produce respecto del saber, por ello es performativa. Enteramente sometida a los efectos producidos en el análisis, su temporalidad es la del *après coup*. La interpretación escapa a cualquier predictibilidad. La transferencia, por su parte, no funciona en una economía de réplica donde lo anterior se actualiza en el aquí y ahora con el analista.

La transferencia cobra su eficacia por estar sometida una modalidad de corte temporal por la cual lo contingente del acto produce, sirviéndose de la repetición transferencial, una

transformación, es decir, una distorsión retroactiva de lo que previamente no era más que estructura muerta. La transferencia da acceso "de manera enigmática" a la "indeterminación del sujeto", tal como ya lo había apuntado Lacan en el *libro 11 del Seminario*. Esa "posición primaria del inconsciente" ([1964], 1973, p.145), que instala al sujeto en la temporalidad de un advenimiento contingente, ligado a las fallas de las determinaciones previamente establecidas, nada tiene que ver con la actualización de un pasado en el aquí y ahora con el analista.

Ahora bien, el texto de Ferenczi recientemente aludido permite dar cuenta de cómo, cuando el saber del analista opera en un registro finalista que impone un cálculo posible del sentido y la dirección de la sexualidad, se termina por abolir la contingencia del acto en la práctica. Esto produce una configuración en que transferencia e interpretación adquieren un valor muy distinto al que acaba de ser expuesto.

En su artículo "Dificultades técnicas de un análisis de un caso de histeria" Ferenczi se refiere al caso de una paciente que luego de que realizara cierto progreso "no avanzó más durante mucho tiempo" ([1919], 2001b, p.142). Al haberse encontrado falto de recursos, el analista recurre a la misma técnica activa que Freud había introducido cinco años antes, en la cura del *hombre de los lobos*: fija de antemano una fecha para la terminación del tratamiento (esto inaugura un horizonte en que el saber presiona de forma anticipada y anula en cierto grado la temporalidad del acto en el plano de la contingencia). Esto no implicó progreso alguno en el tratamiento en cuestión;: "prontamente volvió a su anterior inactividad, la que ocultaba tras de su amor transferencial, y en infructuosos esfuerzos de mi parte por hacerle entender el carácter transferencial de sus sentimientos" ([1919], 2001b, p.142). La cura se interrumpió sin que se produjeran mejorías. Luego de un retorno temporario de la paciente al análisis, en que no se constatan grandes cambios, se produce una interrupción por factores externos, a raíz de lo cual ella retorna por tercera vez.

En esta oportunidad, Ferenczi capta una articulación entre ciertas fantasías de amor transferenciales y la excitación sexual genital: "En el transcurso de sus repetidas fantasías de amor, que siempre tenían como objeto al médico, con frecuencia hacía la observación de que esto le hacía sentir cosas 'allí abajo', esto es, que experimentaba sensaciones erótico-genitales" (Ferenczi, [1919], 2001b, p.142). Al percibir que la paciente mantenía las piernas cruzadas, el analista infiere una satisfacción onanista que ella niega rotundamente. Luego de que transcurriera bastante tiempo, el analista decide "prohibir a la paciente que adoptara esta posición", justificándose en que así ejecutada una forma larvada de onanismo que era preciso impedir. La paciente, desconcertada ante la medida que le impide su vía acostumbrada de descarga genital, comenzó a sentir "una inquietud física y psíquica casi insoportable".

*Sus fantasías se parecían a un delirio febril, en las cuales brotaban olvidados fragmentos de recuerdos que gradualmente se agrupaban alrededor de ciertos hechos ocurridos en la niñez y que permitían el descubrimiento de importantes causas traumáticas de su enfermedad* (Ferenczi, [1919], 2001b, p.143, destacado propio)

Cuando la analizante parecía haberse reconciliado con la abstinencia autoerótica, Ferenczi se percata de que "cesó nuevamente de esforzarse y se refugió en el santuario del amor transferencial". Pero aquí se introduce un descubrimiento sorprendente: esto resultó posible gracias a que la descarga genital encontró otra vía de refugio para su satisfacción autoerótica. La conducta prescrita se había acatado sólo durante el análisis, pero era transgredida el resto del día a partir de una creciente erotización de todas las actividades domésticas. "Cuando la prohibición incluyó todas las actividades diarias se produjo otra mejoría, pero aún no definitiva". Sobre el final, la paciente manifestó "una necesidad de orinar a horas intempestivas" (Ferenczi, [1919], 2001b, pp.143-144), ante lo cual el analista también procede prohibiendo esta gratificación. Se observan aquí dos cuestiones a destacar: por un lado, una fantasía positivizada bajo la forma de un delirio, asociada a la posición extremadamente interdictora de la analista (Lacan en su décimo seminario apunta que las proliferaciones excesivas de *acting out* se vinculan con actitudes de prohibición de los analistas). Por otro lado, es notorio el lugar que cobra lo fisiológico como vía de descarga para

un cuerpo aprisionado sobre su realidad anatómica, sugerente resultado del aplastamiento simbólico que el analista produce con su consistencia personalista.

Sólo luego de que llegara al grado extremo de experimentar sensaciones orgásmicas en múltiples partes de su cuerpo, la paciente accede a creer en la afirmación del analista sobre el derroche de "toda su sexualidad en estas pequeñas transgresiones de 'niña mala'" (Ferenczi, [1919], 2001b, p.143). Como trasfondo de estas intervenciones activas está operando un saber previo sobre la *sexualidad como finalidad*, dominio que condicionará el trabajo con la causa: "Al cerrarse todas las vías anormales de descarga, su sexualidad encontró por sí misma, sin otra ayuda, el camino hacia la zona genital normal". La medida de una sexualidad normal es vinculada con "la capacidad de obtener satisfacción en el coito normal" (p.144), y, de ese modo, la meta de la terapia puede ser concebida como un "encauzar hacia los genitales la libido anteriormente empleada de forma anormal" (p.147).

En un libro dedicado a Ferenczi, Yves Lugin se propone justificar esta nueva tarea que se impone al analista, ubicando que el analista "debe también y con fuerza dirigirse sobre el goce inconfesado del paciente" (Lugin, 2017, p.183). ¿Pero en qué saber se fundaría tal suposición?, ¿qué versión finalista sobre la sexualidad se inmiscuye allí?, ¿en nombre de qué finalidad de la sexualidad se avala la proscripción de todo goce no genital? Lugin prosigue apuntando que "movilizar activamente este goce en la cura *abre el acceso [...] a lo más secreto de la vida fantasmática y de los traumas que la determinan*", movimiento que conduciría a una "lenta ascensión carnal de la castración" (p.184, *destacado propio*). Lo llamativo del planteo es que la condición implícita para la transformación es una degradación en el registro simbólico: el fantasma acoplado al trauma configura causas-sustancias que subyacen extirpadas del resto y conducen a un aislamiento tópico del goce (como si existiera el lugar secreto de su residencia). El trauma-fantasma como secreto autónomo, escindido, y pasible de ser alcanzado en su pura realidad, se presenta como un sorprendente retorno implícito a la operatoria en juego en la noción breueriana de estado hipnoide. La categoría freudiana de defensa inauguró, en cambio, la causa en el registro de la infiltración, que implica una mezcla en que el afecto (concebido en este caso en conexión con la sexualidad) deja de ser algo puro que puede ser aislado e identificado.

El tratamiento que efectúa Lugin de un supuesto goce asociado a una causa-sustancia permite vislumbrar cómo, aún en autores que no se reconocen de filiación lacaniana, las derivas superficiales de ciertas consignas de Lacan han calado hondo. La idea de goce y la forma positivizada de abordarla son una manifestación de ello. Se observa aquí un fenómeno cultural de *robo de ideas* que distorsiona efecto típico del mundo francés al que Lacan se refirió en "La dirección de la cura...", luego de haber abordado el caso de Ernest Kris. Allí compara las contrastantes costumbres en torno al plagio intelectual en Estados Unidos y Francia, colocando el ejemplo propio en que ubica el peculiar modo de "infiltración" con el cual sus "ideas entran en un grupo". Agrega esta indicación sugerente, que permite leer el estatuto del abordaje de la causa los desarrollos de Lugin: "Por ser malditas estas ideas [las suyas] no pueden servir más que de aderezos a ciertos dandis. No importa: el vacío que hacen resonar, ya sea que se me cite o no, hace escuchar otra voz" (Lacan, 1958, p.27). El uso efectuado que dicho autor hace de la noción de goce para reivindicar la causa ferencziana en su versión sustancialista es una clara manifestación de esa otra voz que resuena degradando los conceptos, alejándose de los fundamentos del psicoanálisis.

### **Las fantasías forzadas como productos transferenciales**

La idea de una técnica activa irrumpe en las teorizaciones de Ferenczi a partir del escrito que acaba de ser comentado, texto al que el Freud alude en "Nuevos caminos de la terapia psicoanalítica" ([1917] 1986), y que toma como basamento para exponer la actividad del analista como nueva problemática clínica.

En su exposición para el congreso de La Haya de 1920, Ferenczi se centra en la técnica activa y legítimos órdenes y prohibiciones por parte del analista a los fines de contrarrestar en el paciente las vías de descargas patológicas para las excitaciones. Este contexto resulta decisivo para entender el alcance del sintagma "fantasías forzadas"

(Ferenczi, 2001a). Ferenczi comienza por defender el desvío del curso de las asociaciones libres cuando éstas sirven de resistencias al análisis. Puesto que algunas formas patológicas de fantasías, que se presentan como sueños diurnos, pueden estar al servicio de resistencias, se hace entonces necesario interrumpirlas para dar lugar a la aparición de fantasías genuinas ocultas tras la formación de síntoma. Se avizora aquí un punto común con Winnicott, quien también distingue una forma patológica de fantasía, que paraliza el trabajo analítico, de otra saludable y fundamental en la práctica (1971).

La técnica de la producción de fantasías forzadas se utiliza en casos de pacientes pobres en fantasías o desprovistas de ellas, y da lugar a la producción de estas formaciones imaginativas que son también caracterizadas como "fabricadas", "provocadas" o "artificiales" (Ferenczi, 2001a). Este último término lo utiliza más para discutir una posible objeción porque, a su modo de ver, el fenómeno no tiene nada de artificial.

Las personas con quienes debe aplicarse esta técnica, son fundamentalmente aquellas que no expresaron determinados sentimientos ante situaciones en que debieran haberlo hecho. Se deduce que quedan bajo los efectos de ciertos afectos sofocados -ha de notarse que ésta es una de las formas de inhibición que Freud expone en "Inhibición, síntoma y angustia" ([1926], 1986), por lo que cabe suponer una relación estrecha entre la carencia de fantasías e inhibición. El convencimiento de que tal supresión tuvo lugar basta para "forzar al paciente a recuperar las reacciones adecuadas"; si persiste en afirmar que no tiene idea, es preciso descubrir "tales reacciones en la fantasía". Este tipo de fantasías tienen considerable valor analítico por mostrar que el paciente "es capaz de producciones psíquicas de las que se creía libre" (Ferenczi, 2001a, p.54).

La búsqueda ferviente de fantasías no se detiene aquí y puede, en ocasiones, llegar un poco más lejos: si pese a la presión que se ejerce sobre el paciente para que produzca tales formaciones, ello no ocurre, el analista debe *sugerir* al paciente qué puede haber sentido en tales situaciones (no ha de perderse de vista que en algunas lenguas -como es el caso del inglés- se dispone de uno y el mismo vocablo para los verbos *sugestionar* y *sugerir*: *to suggest*). Hay, sin embargo, un punto a destacar que justificaría la atenuación del aspecto *sugestivo* de tales *sugerencias*. El interés reside en las producciones psíquicas que emergen en el paciente a raíz de lo sugerido por él, por lo que no habría que dar crédito alguno a la sugerencia en sí misma (que se limita a ser un mero factor desencadenante o un *agent provocateur*, expresión francesa del gusto de Ferenczi y Freud).

Ahora bien, en las fantasías que el paciente produce de forma forzada sobresale un hecho: la frecuente inclusión del analista como persona. Si bien Ferenczi las divide en tres grupos: "1) Fantasías positivas y negativas de la transferencia, 2) fantasías de recuerdos infantiles, 3) fantasías masturbatorias" (2001a, p.54), en los cuatro casos que expone aparece implicada llamativamente la persona del analista. ¿Será una mera casualidad? ¿No habría que subsumir en el primer grupo a los otros dos modos de fantasías señalados? ¿En qué medida el involucramiento del analista funciona como condición para la producción de tales fantasías en transferencia? Para intentar responder a estos interrogantes, es preciso una consideración detallada de los cuatro casos presentados.

### **Provocación transferencial de agresividad y erotismo**

El primero es de un paciente masculino. En la búsqueda de provocar "una reacción de ira y de venganza" sobre el analista, que permitiera manifestar los procesos psíquicos infantiles reprimidos, Ferenczi procede estableciendo un límite temporal para la finalización del tratamiento. Pero, puesto que el paciente responde de forma desafectada, y hasta con muestras de gratitud y amistad, el analista lo insta a maquinarse una reacción agresiva contra él. Luego de vencida la defensa, aparecen inicialmente unas tímidas fantasías agresivas que irán de a poco adquiriendo vigor:

Llegó a tener fantasías en las que me zurraba, que se presentaban con claridad alucinatoria, luego pasó a una en que me arrancaba los ojos, las cuales pronto cedieron el lugar a una escena sexual en la cual yo hacía el papel de mujer. Durante la fantasía el paciente tuvo una



erección manifiesta. Al proseguir el curso de su análisis se mantuvo el *lenguaje de estas fantasías forzadas*, lo cual le permitió experimentar en la persona del analista prácticamente todas las situaciones del 'complejo de Edipo completo', y pudo el analista reconstruir la historia del temprano desarrollo de la libido del paciente (Ferenczi, 2001a, p.55, destacado propio).

Esta cita permite esbozar algunos interrogantes y poner de relieve diversas cuestiones: ¿una fantasía que cobra vividez alucinatoria puede ser considerada propiamente una fantasía?, ¿no estaría la producción de esta alucinación en transferencia condicionada por la posición que toma allí el analista? Es notorio cómo la relación con el analista se encuentra tramada en un suplemento de erotismo que pareciera sobrepasar la exclusiva agresión buscada: ese otro agredido se vuelve al mismo tiempo un *partenaire* sexual. Se encuentran aquí los rasgos tipos, las dos caras de la relación con el semejante, tan rudimentarias en la constitución imaginaria que puede encontrárselas, como lo ha mostrado Lacan, también en los animales. Esta constitución tiene en ellos esa misma doble faz que delata la vecindad ambigua de los términos en cuestión:

*Ese punto limítrofe entre el eros y la relación agresiva [...] no hay razón alguna para que no exista en el animal [...] cuando el picón macho no sabe qué hacer en su relación con su semejante del mismo sexo, cuando no sabe si hay o no que atacar, se pone a hacer lo que hace cuando va a hacer el amor (Lacan, J. [1955-56], 1984, pp.136-137, destacado propio).*

Lo expuesto por Ferenczi respecto de la reacción de su paciente permite pensar que el forzamiento omnipresente del analista vulnera en cierta medida la distancia simbólica del pacto que sostiene a cada uno en su lugar, y desencadena la aparición de las reacciones más primitivas en el plano imaginario. Se observa la operatoria de un registro más elemental aún que el de las reacciones transferenciales positivas o negativas (aunque éstas tengan en parte un basamento imaginario no dejan de constituir pasiones que se inscriben en el registro discursivo de la transferencia).

El analista pareciera, en este caso, en déficit para sustituir al Otro histórico, pero en un sentido diferente al examinado más arriba (referido a la cara opaca de la dimensión representativa en la serie libidinal de los objetos previos, límite a la réplica del lugar autoritario de los adultos). Aquí se trata de otra cosa, su lugar de Otro desfallece pero porque aparece rudimentariamente impuesto como un semejante omnipresente ante cuya presión se responde con la reacción más elemental a nivel imaginario: esa mezcla que da como resultado una agresión erotizada. A contrapelo de esto, para que las manifestaciones psíquicas se vean refractadas por la estructura del fantasma, requieren una negatividad respecto de ese imaginario especular que aquí invade toda la escena analítica.

Por eso es necesario recordar aquí lo situado en el primer capítulo: el fantasma se instituye como negatividad irrepresentable en el dominio del imaginario especular narcisista; mientras que en este caso de Ferenczi se ve al fantasma sometido a un trabajo de degradación, asociado a las reacciones elementales del narcisismo. El tratamiento del fantasma -que encuentra en lo no especularizable la condición para su formación- se resuelve aquí, en el sentido del imaginario especular narcisista. Ello aparece íntimamente ligado al hecho de que el analista fuerza al sujeto a asumir el registro del fantasma en un plano simbólicamente imposible. No están dadas las condiciones de la transferencia para ello, por la degradación de la posición del analista, y porque la asunción simbólica del fantasma exige un abordaje indirecto, un trabajo en otro plano, como el que fue posible en el tratamiento del *hombre de las ratas*. El resultado del abordaje en el plano especular es un fantasma degradado, positivizado en términos narcisistas y que resulta tramado desde los requerimientos de la demanda de un Otro rebajado como semejante.

Hay elementos de sobra para pensar que esas reacciones son más bien *pseudofantasías* condicionadas por una fallida posición transferencial, no sostenida desde el lugar del Otro a partir del vacío del objeto causa. Emergerían como el resultado de la falta de una distancia simbólica que enmarque el imaginario narcisista. Para esto resulta terminante la función ideal del yo -condición estructural del sostenimiento narcisista-, en sus efectos e impactos en la transferencia.

El estatuto del ideal del yo puede ser examinado desde el taponamiento del vacío de la causa, en relación con el ferviente deseo de saber del Otro que vendría a obturarlo. Cabría concebir a las reacciones de fantasías forzadas en el sentido *acting out* destinados a advertir al analista la obturación del lugar de la causa. Se trataría de *acting out* experimentales, por el forzamiento tan extremo por parte del analista de los determinantes discursivos de la transferencia, cuya finalidad sería la de responder a los requerimientos de la situación presente. Es el propio Ferenczi quien introduce, en otro de sus textos, la problemática del experimento en la práctica del psicoanálisis. "El psicoanálisis tiene a su disposición el método del experimento", dice explícitamente, llegando incluso a promover una "psicología experimental" para los casos que se asocian estrechamente con reacciones provocadas por las posiciones del analista al servirse de una técnica activa (Ferenczi, [1919], 2001b, p.147). Por eso no estaría para nada injustificado otorgar el estatuto de *acting out* a esas reacciones experimentales, resultado de un falseamiento artificial del método analítico, que mantiene puntos de conexión con el lazo erótico hipnótico. La omnipresencia que adquiere la persona del analista cuando interviene activamente es un factor fundamental para instalar esta artificialidad.

En última instancia, estos *acting out* funcionarían como la búsqueda de un intervalo para el Edipo en ese espacio imaginariamente sofocado. En lugar de concebir las reacciones del paciente como un despliegue del Edipo completo sobre la figura del analista -despliegue que en la perspectiva de Ferenczi se habría hecho posible por la maniobra transferencial que decanta de la imposición de la fantasía forzada-, tiene mucho mayor asidero el razonamiento contrario: las reacciones dirigidas al analista en nombre del Edipo impiden un lugar para sus determinantes discursivos. Dichas reacciones parecen condicionadas más por el lugar que ocupa ese Otro transferencial, casi degradado a otro, que por una tramitación simbólica de la transferencia como parece suponerlo Ferenczi, aunque con otra terminología.

### **La transferencia en su dimensión obscena**

El segundo caso es de una paciente mujer y se conecta estrechamente con otra problemática que Ferenczi ha trabajado en el artículo de 1911 titulado "Sobre las palabras obscenas" (2001c), de interés especial para dilucidar lo obsceno como borde de la transferencia. La paciente alega, contra la convicción contraria del analista, no saber el nombre vulgar para los órganos genitales. El forzamiento que el analista emprende consiste en conminarla a enunciar las palabras en que piensa cuando se figura las imágenes de los genitales. Las palabras sucesivas que van apareciendo en el relato contienen las diversas sílabas que conforman los términos vulgares en cuestión, cuestión que prueba de soslayo su conocimiento de esos nombres: "En esta forma forzada de juego neologizante hicieron su aparición los recuerdos de palabras que habían estado reprimidos" (Ferenczi, 2001a, p.55).

Para ahondar en las especificidades de este caso, es necesario retomar los planteos del ensayo que Ferenczi dedicó a las palabras obscenas (2001c). Allí interroga un llamativo fenómeno que encontró en su práctica: los pacientes pueden de buena gana nombrar todo lo relativo a la sexualidad con los términos científicos, pero son mayormente incapaces de utilizar las palabras vulgares, obscenas, puesto que estas últimas se relacionan con los "complejos nucleares reprimidos". Apoyándose en los desarrollos freudianos sobre los chistes obscenos, Ferenczi sostiene que "una palabra obscena tiene el poder peculiar de compeler al que escucha a imaginar el objeto que denomina: el objeto sexual o la función en su realidad material" (Ferenczi, 2001c, p.89), e infiere de ello que posee la propiedad de generar en el oyente la reviviscencia de "cuadros mnémicos de un modo regresivo y alucinatorio" (p.90).

En el caso de la paciente referida, hay suficientes elementos para suponer que el no nombrar las palabras obscenas en análisis se vincula con la peculiar posición del Otro que escucha: no tanto por la materialidad de la cosa que la palabra obscena vendría a evocar en el oyente, sino por la intimidad y el desnudamiento que produciría su evocación ante ese Otro transferencial. Para darle un pleno alcance a esto, es preciso recuperar otro aspecto de la cuestión, dilucidado por el propio Ferenczi: partiendo de la idea -discutible teóricamente, pero aquí, eso es secundario- de que "todo vocablo tiene su origen en una acción no realizada"

(2001c, p.92), establece por contraste, como razón para la emergencia de una palabra obscena, la ejecución efectiva del acto erótico en el proferimiento mismo.

La descalificación de la teoría en que se funda esta afirmación conduciría a una pérdida del interés por los alcances de la aseveración. Si se aprovecha, en cambio, la conexión efectuada por Ferenczi entre lo irrealizado y lo realizado del erotismo en la función de la palabra es posible dilucidar cómo, en la enunciación de la palabra obscena, se juega toda la problemática de lo erótico en su dimensión de acto. No se trata de un mero acto motriz (aquello en que se apoya Ferenczi para mostrar diferentes estatutos de la palabra), sino más bien de las vicisitudes del acto relacionadas con el acto sexual y el acto analítico: ¿la palabra obscena no estaría destinada a hacer uno con el Otro transferencial?, ¿no tiene algo de incestuoso cuando es pronunciada en determinadas circunstancias, de las cuales la situación analítica resulta ejemplar por el lugar del Otro forjado en la situación de transferencia?

Esto conduce a establecer una analogía crucial con el fantasma, en la medida en que la palabra obscena evoca un estatuto psíquico que se le aproxima por ser indecible, inaccesible al registro de la palabra hablada. De todos modos, una cuestión fundamental permite distinguir una cosa de la otra: la palabra obscena impone una torsión que lleva a interrogar la especificidad del interlocutor, puesto que acentúa algo que el fantasma (inconfesable siempre) mantiene velado: la naturaleza transferencial de ese Otro interlocutor al que se dirige. Ese lugar destinal está siempre como horizonte al hablar, fin último que buscaría alcanzarse con todo mensaje enunciado -precisado por Lacan en su segundo seminario desde el esquema *lambda* ([1954-55a] (1978)-, aunque cotidianamente aparezca oculto tras la presencia del semejante. Gracias a eso resultan posibles otro tipo de mensajes en las situaciones cotidianas tramadas en la relación especular con el otro.

La relación entre la palabra obscena y el lazo erótico es inestimable. Este lazo establecido se despeja de una forma especial si se considera el caso del joven homosexual que Ferenczi expone en ese ensayo (Ferenczi, 2001c). El joven en cuestión se veía imposibilitado de pronunciar en su tratamiento la palabra obscena equivalente a *flatus*. El curso del análisis revela que el paciente había desarrollado en su infancia "una atracción por los olores y una coprofilia extraordinaria", actividad sexual que satisfizo incluso con el cuerpo de su propio padre. Si tal como lo revela Ferenczi, "la íntima conexión entre obscenidad y el complejo paterno fue [...] la principal fuerza represiva" (Ferenczi, 2001c, p.93), hay indicios suficientes para mostrar, a partir de este discernimiento, que no es la palabra obscena en tanto tal lo que cuenta, sino el entramado psíquico que la vincula con el complejo paterno. Ello permite conjeturar que el obstáculo a la emergencia de la palabra obscena en transferencia se vincula, a partir de la asociación entre el padre y el analista, a la amenaza de confinamiento en un borde obsceno de la transferencia que el paciente pugna por rechazar.

En un artículo titulado *El borde obsceno de la transferencia*, Beatriz Castillo precisa con una fina argumentación qué es lo característico de la obscenidad en análisis. Apoyándose en las dos caras que propone Lacan para la transferencia, busca ir más allá de la explicación ferencziana (basada en la aptitud alucinatoria de la palabra obscena): "El efecto obsceno, sostiene Castillo, no es atribuible aquí a la condición regresivo-alucinatoria que las palabras conservarían, como lo explica Ferenczi, sino al *efecto imaginario que se crea en el otro, en tanto creación de sentido*" (1986, p.49, destacado propio). Esta aguda apreciación deja, sin embargo, una cuestión fundamental sin explicar: ¿por qué la palabra obscena puede pronunciarse sin más en la vida cotidiana pero no en la situación analítica? Si se deja de lado esta distinción, se diluye la importancia clínica del hallazgo de Ferenczi. Este descubrimiento, corroborable por muchos analizantes y analistas en su propia experiencia, se diluye en el modo de presentación de la cuestión. Este es precisamente el punto que debe ser retomado para dar cuenta del gran descubrimiento clínico de Ferenczi.

¿Por qué, entonces, en la situación analítica? ¿Qué especificidad cobra el lazo con ese Otro que hace que la palabra obscena quede absorbida, según la analogía establecida más arriba, por la lógica del fantasma? Al estatuto de un Otro transferencial despojado de vestiduras imaginarias se debe la dificultad para el proferimiento de la palabra obscena en la situación analítica. El mecanismo por el cual se retiene a la palabra obscena está ligado a la evitación del riesgo de rebajar al Otro transferencial a su borde obsceno, asociado a su

degradación imaginaria.

El caso del joven homosexual analizado por Ferenczi permite provisoriamente indicar que la palabra obscena tendería a afianzar el lazo representativo entre el analista y el padre, donde aquél aparece como sustituto erótico de éste, clausurando todo resto operativo para un trabajo con la causa en el dominio de la contingencia del acto. En otros términos, el rechazo a la palabra obscena no sería más que un rechazo al movimiento que degrada el Otro transferencial en otro imaginario, es decir, un rehusamiento al advenimiento de la cara obscena de la transferencia, a la producción de un sentido coagulado en nombre del Sujeto Supuesto Saber.

La afirmación lacaniana que sostiene que "la transferencia es pura obscenidad si no se le devuelve su verdadero nudo en la función del Sujeto Supuesto Saber" (Castillo, 1986, p.47) no tiene por corolario excluir radicalmente dicha función de la problemática de la obscenidad. Si la transferencia es un terreno fecundo para que se manifieste la obscenidad (como su borde interno) es porque el analista como objeto erótico está sostenido en esa función discursiva como Otro transferencial. Si hay obscenidad en la transferencia, es porque *el riesgo de que el Sujeto Supuesto Saber se degrade en objeto erotizado es permanente*. Esto quiere decir que la obscenidad no sería otra cosa que el resultado del vaivén constante entre las dos caras de la transferencia. No se podría adscribir plenamente a la interpretación que propone Castillo, puesto que ella separa de modo abrupto los dos modos de la transferencia, el obsceno -en que el analista es investido como objeto erótico, propiciando la confesión del paciente- de aquel, situado más allá de la obscenidad, por el cual se instituiría la función del Sujeto Supuesto Saber.

El hecho de que no se trate de dos caras separadas queda mejor expuesto por Castillo al ubicar de manera muy pertinente cómo el analista puede hacer surgir lo obsceno como un *efecto resistencial al deseo del analista*. Cuando éste vehiculiza una referencia que remite a un referente "que interroga un sentido fuera de la significación que se produce en el lugar del Otro, se resexualiza el campo restableciendo la relación libidinal" (Castillo, 1986, p.53). Esto lleva a pensar en un límite obsceno inherente al deseo del analista. Por eso, no habría lugar para pensar algo obsceno en ese lazo erótico si no fuera porque está el deseo del analista que tensa con un límite el erotismo de la relación transferencial. Esta resistencia al deseo del analista puede esclarecer una de las condiciones para la producción de efectos clínicos de *acting out*.

### **La fantasía forzada: entre el realismo del trauma y el amor del analista**

El caso anterior conduce a un tercero, que también presenta un interés especial porque desde la fantasía forzada, que la paciente crea a raíz de la coerción del analista, conduce a la confirmación de una escena traumática de seducción infantil efectivamente ocurrida. De la experiencia de una probable seducción acontecida en la realidad, que el relato de la paciente permite suponer, se llega, por las particularidades de la fantasía producida y los decires de la paciente, a la convicción sobre la ocurrencia de dicha escena (Ferenczi, 2001a, pp.55-56).

El cuarto caso presentado también es de suma relevancia porque su exposición deja muy en claro que la configuración que instaura la fantasía forzada alimentó en la paciente la esperanza de una respuesta amorosa de parte del analista: "El análisis mostró claramente que la paciente abrigaba inconscientemente la esperanza de que el psicoanalista, al oír el relato de estas fantasías, las pondría en ejecución" (Ferenczi, 2001a, p.56). La paciente en cuestión padecía de fuertes sensaciones de tensión en los genitales. En este caso, la intervención del analista se manifestó interpretando que dichos estados respondían a fantasías de actos sexuales "con su padre, o su sustituto, el médico", es decir, el propio analista. Éste se coloca explícitamente como *destinatario de las fantasías supuestas en la paciente* (de un modo similar a como ocurre en el caso de Ruth Levobici que se ha de examinará en el siguiente capítulo). "No vacilé en pedirle que en el próximo 'estado de tensión' dirigiese su atención conscientemente hacia la fantasía que yo había señalado. Después de vencer la mayor resistencia confesó más tarde que había experimentado una fantasía del acto

sexual". Una vez dilucidada la esperanza en la paciente de ejecutar las fantasías sexuales con el analista, y a raíz de la búsqueda consiguiente de ligar dicho deseo a su historia, se producen una serie de cambios en los contenidos de la fantasías. De sus proliferaciones, interesa destacar especialmente lo referido a la incorporación de la persona del analista como *partenaire*. Se produce con la peculiaridad de una inversión en las posiciones sexuales, "ella era un hombre con un miembro masculino bien visible; en cambio me convirtió a mí en mujer" (Ferenczi, 2001a, p.56).

Este último caso resulta ejemplar porque muestra de modo más explícito que los precedentes, que el forzamiento producido por el analista respecto de la actividad fantasmática de la paciente -a la que le señala una fantasía de acto sexual y la incita a pensar en ella- no sólo le introduce el deseo de satisfacción sexual, sino que lo ubica al analista mismo como personaje real de la fantasía y destinatario de su deseo. Como en el caso mencionado en segundo término, también se observa aquí la relación con el *partenaire* tramitada en el registro de la especularidad narcisista, donde sobresale la misma mezcla de erotismo y agresión. Habría que adscribir también a esta cuestión la inversión de meta de la fantasía de pasiva en activa, rasgo muy llamativo que también se encuentra en el caso de Ruth Lebovici.

Las particularidades de este breve relato abonan la idea, en concordancia con la hipótesis expuesta, de una alteración de la estructura del fantasma por la presencia masiva de la persona del analista en la transferencia. Como efecto de esto se produce una modalidad de trabajo diferente, que lleva la enunciación inconsciente a sus límites. La condición es una positivización del estatuto inasible del fantasma, aquel que promueve el trabajo analítico con la causa en el sostenimiento del discurso inconsciente.

En el *Diario clínico* de Ferenczi es muy notorio cómo la noción de fantasía queda casi absolutamente relegada en favor de la noción de trauma, aunque esta coexista con pasajes que interrogan el lugar de la fantasía en análisis y sus modos de abordaje. En esa obra póstuma el contexto teórico es muy diferente al de los casos recientemente examinados: habiendo incorporado ya la técnica de la relajación, Ferenczi se muestra sobreexigente en sus esfuerzos de trabajo con una de las pacientes (duplica el horario de las sesiones, va él a visitarla a la casa, etc.). Dicho caso tiene la particularidad de exponer una insólita articulación entre trauma y fantasía que irrumpe a partir de un encuentro con la historia traumática de la infancia "bajo la forma de estados de trance o ataques" (Ferenczi, 2008, p.149). La decepción de una paciente por la aseveración del analista de no poseer deseos sexuales a su respecto -quien se lo expone a raíz de un insistente requerimiento suyo- es presentada como la razón fundamental para la implementación del dispositivo del análisis mutuo cuyos fundamentos se examinaron antes.

Ante todo, cabe retener el modo enunciativo de Ferenczi, que expone de forma clara su posición de analista ante estas fantasías: "*intenté penetrar en profundidad, hasta hacerlas desplegarse*" (2008, p.150, *destacado propio*). Esa formulación sobresale por su ambigüedad: ¿intentó dilucidar de qué se trataba el entramado psíquico que fundamentaba dicha fantasía o ese intento tuvo un borde fallido que determinó que ingresara (que él penetrara concretamente) como un personaje erótico que desempeña un rol puntual en las fantasías? El disimulado designio oculto de ingresar en las fantasías, se vislumbra en el giro enunciativo de la expresión recientemente citada y que adquiere un acento muy similar en la traducción inglesa del *Journal*: "*as with every fantasy that patients produces, I tried to penetrate into this one as well more deeply, that is, to help these fantasies to unfold*" (Ferenczi, 1988, p.98). Las consideraciones precedentes justifican la necesidad de vincular la posición del analista con el carácter sexual que adquieren las fantasías y lo constituyen como personaje y destinatario. También se desencadena un interés amistoso que lleva a la paciente a creer en la posibilidad de un enamoramiento real de su analista.

### **La comunicabilidad del deseo y sus límites**

Ferenczi se ha interesado mucho a lo largo de su vida por los fenómenos llamados ocultos, habiendo llegado hasta el extremo de introducir la telepatía al ámbito de la práctica

analítica. Como lo atestiguan sus diversos escritos abocados al tema, Freud también se encontró atraído por estos fenómenos, con la gran diferencia de que nunca llegó a franquear el límite de entrecruzarlos con la práctica del psicoanálisis. Su actitud fue oscilante respecto de esa cuestión, tan en boga en la época: pasó de la expresión de un ferviente rechazo a la manifestación de una aceptación disimulada, para llegar a mostrarse luego, con el correr de los años, cada vez menos escéptico.

Puesto que el objetivo no es recorrer aquí los detalles de la relación entre ocultismo y psicoanálisis, según los tratamientos efectuados por cada analista, se enfocará la cuestión desde los siguientes ejes, que permitirán abrir nuevas perspectivas para la problemática esbozada: 1) las relaciones entre mensaje telepático, formaciones del inconsciente e interpretación analítica, en función de la temporalidad y de la posición del sujeto; 2) las articulaciones entre los fenómenos telepáticos y ciertas particularidades de la práctica analítica, en un abanico cuyos extremos encarnan Ferenczi y Freud.

### **La telepatía y las formaciones del inconsciente**

En la transferencia de pensamientos (*Gedankenübertragung*), expresión cuasi sinónima de la telepatía, lo comunicado se produce a partir de la inducción en otro del "deseo de una persona, extraordinariamente poderoso" (Freud, [1921], 1984, p.176). Para que se dé este fenómeno es necesario una relación entre dos personas, una de las cuales tiene un fuerte deseo, que puede ser captado en el motivo de consulta disfrazado en búsqueda de premonición. El deseo es transmitido al experto (como si en el fondo no se buscara otra cosa que hacérselo saber), quien, a partir de ciertas técnicas, recibe la comunicación porque es capaz de captarlo por vías diferentes a las de la percepción sensorial. La telepatía se basa, así, en "la posibilidad de transferencia de un deseo inconsciente intenso, y de los pensamientos y conocimientos que de él dependen" (p.180). ¿De qué orden es el lazo para que se dé la transferencia (*Übertragung*) del deseo?, ¿se podría hablar en dicho caso de una relación propiamente transferencial entre las *dos personas* implicadas?

Freud dirá llamativamente que es impropio el uso del término *transferencia de pensamientos* en lugar del de *telepatía* ([1925a], 1984, p.138). Gloria Leff sugiere, más que una imprecisión del término, una precisión que tendría por fin acentuar el fenómeno de una manera singular (Leff, 2016, p.112-113). En el caso de la telepatía, la remisión etimológica acentúa la experimentación de una sensación, mientras que, en el caso de la *Gedankenübertragung*, el aspecto físico del fenómeno queda más relegado; lo resaltado en su lugar es la faceta psíquica, a partir de la presencia del término *Übertragung*, que puede traducirse tanto como transferencia o transmisión. Este esclarecimiento es fundamental porque instituye la problemática de la telepatía en el horizonte de la transferencia analítica.

Ahora bien, el hincapié en la telepatía como algo padecido, por ejemplo bajo la forma de una transmisión recibida relativa a un ser querido, permite dejar momentáneamente de lado el fuerte deseo de quien consulta al adivinador, para abordar la particular relación del sujeto con ese mensaje. Para esto es necesario tener en cuenta lo apuntado por Lacan en el *Seminario Les non-dupes errent*, la telepatía es fundamentalmente algo "del orden de la comunicación" (Lacan, 1973-74, p.37).

Luis Guzmán ha esbozado algunas consideraciones de interés para el esclarecimiento de este fenómeno. En la telepatía, el sujeto "se hace soporte de ese mensaje que viene casi como ajeno desde el Otro" y no sabe qué hacer con lo transmitido, "sólo le queda comunicarlo". Es como si los pensamientos fueran oídos por el Otro, sin que haya un lugar para el sujeto como agente del enunciado, relegado al lugar de mero vehículo de la comunicación a establecer. La vivencia telepática se comporta como un "saber imposible del Otro" y está destinada a ser comunicada. La perplejidad del sujeto a su respecto está ligada a su irrupción como un cuerpo extraño (Guzmán, 1988, pp.42-44). Lo fundamental a retener es la articulación entre un cuerpo extraño al sujeto que exige ser comunicado.

A esta no implicación del sujeto en el mensaje telepático puede leérsela desde la la disyunción expuesta por Freud entre sueño y telepatía. El mensaje telepático es ajeno al fenómeno onírico puesto que, cuando éste se lo apropia, lo transforma ya en otra cosa

susceptible de interpretación. El mensaje en cuestión será tratado "como un fragmento del material para la formación del sueño, como cualquier otro estímulo externo o interno". Si hubiera sueños efectivamente telepáticos, puros o "incontaminados", sería necesario plantear esta pregunta que Freud formula: "¿debe llamarse sueño a un suceso telepático de esa suerte?". Ante dicho caso, lo más apropiado sería hablar de un "suceso telepático dentro del estado del dormir" y no de un sueño (Freud, [1922], 1984, pp.198-199). La telepatía no tiene nada que ver con el sueño, la posible confusión entre ambos se debe a que el estado del dormir, al mismo tiempo que es la condición para la formación del sueño, favorece la ocurrencia del fenómeno telepático (p.210). De este modo, la telepatía queda ubicada en un más acá del sueño, que éste puede transformar en una formación del inconsciente cuando se apropia de ella. Se observa hasta qué punto la posición del sujeto resulta crucial para distinguir un fenómeno de otro.

A partir de esa transformación de la telepatía en sueño, el sujeto queda ineluctablemente implicado. Está claro que no habría estatuto analítico para el sueño sin la apertura a una pregunta por el sujeto. Al contrario, el mensaje telepático tiene por condición que ella permanezca excluida. Para captar la posición del sujeto ante el mensaje telepático, es instructiva la distinción de este fenómeno respecto de la alucinación y del *déjà vu*. Lo propio de la posición del sujeto en la alucinación es quedar anonadado ante la extrañeza que le produce "la falta de sentido" (Gusmán, 1988, p.44); mientras que la posición del sujeto en el *déjà vu* es similar a la que decanta en la finalización de una cura analítica.

Para precisar el vínculo discursivo del sujeto con lo alucinado, Lacan lo opone a la relación que se establece con un nombre olvidado. En un escrito del año 1954 apunta que, si en este último caso se "ha perdido la disposición del significante", cuando se enfrenta al fenómeno alucinatorio el sujeto "se detiene ante la extrañeza del significado". El fenómeno alucinatorio, pareciera venir de un "embudo temporal" cuyas vueltas de ascendentes y descendentes son incontables, de allí su carácter de "abismo temporal" (Lacan, [1954], 1999, p.388). Lacan se remite al caso del *hombre de los lobos* para señalar que la extrañeza del fenómeno paraliza a tal punto al sujeto que éste "no puede comunicar el sentimiento que de él experimenta", ni siquiera con un llamado a la persona más apropiada para escucharlo; quedando sumido en un "mutismo aterrado". Esto permite establecer un contraste radical con el fenómeno telepático, que se despliega en coordenadas totalmente contrarias: hay pura comunicación sin implicación del sujeto, éste no aparece discursivamente afectado por lo que transmite.

Tal como lo aborda Freud en su artículo dedicado al tema, la *fausse reconnaissance* propia del *déjà raconté*, fenómeno puesto en la misma serie que el *déjà vu* y otras formaciones similares, tiene una doble cara. Por un lado, se vincula con la perplejidad del fenómeno alucinatorio, que lo torna incomunicable, intransmisible. Esto se precisa a partir del célebre ejemplo del *hombre de los lobos*, la *fausse reconnaissance* cuando le relata a Freud el episodio alucinatorio. Cuando se lo transmite agrega: "pero si ya se lo he referido a usted";, como convienen ambos posteriormente no había sido el caso. El carácter incomunicable en torno al cual se estructura el fenómeno es su pliegue intrínseco, lejos de relacionarse con la supuesta distancia temporal que separa al paciente del episodio que relata. Esto se acentúa aún más con otro comentario del paciente sobre el momento de ocurrencia de la alucinación: "no me atreví a decir nada al aya" (Freud, [1914], 1986, pp.209-210).

Por otro lado, sobre el final del mismo artículo, aparece mencionada una variedad diferente de *fausse reconnaissance*, aquella que ocurre ocasionalmente "en la conclusión de un tratamiento", cuando tras el levantamiento de la represión, se obtiene del paciente la siguiente admisión: "*Ahora tengo la sensación de que siempre lo supe*". Con eso queda resuelta la tarea analítica" ([1914], 1986, p.212, destacado en el original). Al producirse una aceptación relacionada con el levantamiento de la represión de un deseo no realizado, se produce este efecto peculiar: lo vislumbrado por el análisis fue, en realidad, sabido desde siempre. Tal como plantea Gusmán, "el sujeto encuentra un lugar en el enunciado bajo la forma de: *ya lo sabía*" (1988, p.44). Esta dimensión se esclarece si se considera el lugar de desecho en que queda el analista al término de un análisis, cuando adquiere el valor opaco de un objeto en sí, objeto a que pierde toda aptitud metafórica para causar el deseo en

transferencia: "no es ni un para el otro, ni un para sí, que no existe al nivel del psicoanalista, en que reside este *a*, es precisamente de un en sí del psicoanalista" (Lacan, 1967-68, p.193).

Para no confundir este *siempre lo supe* con lo planteado anteriormente, es preciso aclarar que aquí se trata de una temporalidad retroactiva que nada tiene que ver con esa degradación de la interpretación antes examinada (a partir del texto de Ferenczi de 1919 donde se expone una nueva técnica activa para el abordaje de la histeria). En dicho caso se trataba de otra cosa: por operar en el registro de *lo ya sabido de antemano*, se tramita la causa en un registro finalista y se obstaculiza la contingencia del acto.

La inscripción del sujeto en el enunciado se da a partir de la lógica temporal del inconsciente, en que se conjugan la anticipación y la retroacción. Ahora bien, esto claramente no funciona en la conformación del mensaje telepático, donde hay comunicación pero sin inscripción del sujeto en el mensaje. En la medida en que es comunicable, este fenómeno se opone tanto a la alucinación, al *déjà vu* y a la *fausse reconnaissance* habitual que se superpone con este último, exceptuando, claro está, a ese modo de *fausse reconnaissance* con que Freud vincula la finalización del tratamiento. Allí se articulan ambas cuestiones: hay comunicación e inscripción del sujeto en el mensaje, lo cual basta para mostrar que se trata, en realidad de una *fausse reconnaissance* fuera de serie, producto del trabajo analítico con el inconsciente,

Si estas cuestiones relativas a diversos aunque emparentados fenómenos exigieron este recorrido detallado, es porque permiten circunscribir las especificidades del *acting out* desde una perspectiva singular, es decir, a partir del vínculo del sujeto con lo comunicado del fenómeno a partir de su singular inserción en él. Eso posibilita enfocar una cara singular del *acting out* en relación con la enunciación y la estructura del inconsciente, cuestión que luego se profundizará con el examen de un caso clínico paradigmático.

El *acting out* se caracteriza también por repercutir en el sujeto con una singular extrañeza, aunque sin que se tenga noticia de ello en el plano consciente (diferencia fundamental que lo distingue del mensaje telepático). La aproximación que efectúa Lacan en el *libro 11 del seminario* entre el gesto y el *acting out* permite aplicar la noción de un deseo teledirigido (*téléguidé*), que sugiere respecto del primero, a la configuración específica del segundo: "El sujeto no está totalmente allí (*n'y est pas tout à fait*), está teledirigido" ([1964], 1973, p.130). Se articulan allí, dos cuestiones fundamentales para la especificidad de este fenómeno: el *acting out* funciona como un mensaje objetivado sin dejar por ello de tener relación con el sujeto, aunque éste quede reducido a una especie de comando, de regulador a distancia.

El *acting out* pareciera causado no por el sujeto sino por una causa postiza. Esta última sigue sin embargo comandada por el deseo del sujeto, que desde cierta distancia mantiene su salvaguarda. En realidad, el sujeto busca, con los pocos recursos que tiene, resguardar la *no causa* del deseo, y por ello se dirige al Otro dando la impresión de una parodia ética. La ambigüedad mostrativa del *acting out* que expone Lacan en el *libro 10 del Seminario* está ligada a esa articulación mestiza entre auténtica causa del deseo -en el fondo una no causa- y la causa postiza que la muestra. En otros términos, aunque el *acting out* degrade al deseo, éste no deja por ello de estar allí menos presente como resistencia a esa degradación, cuestión decisiva para inscribir la problematización clínica del *acting out* en el registro de la ética del psicoanálisis.

### **El *acting out* en el caso de Kris: el valor correctivo de la mostración del deseo**

En su temprano escrito *Respuesta al comentario de Jean Hyppolite sobre la Verneinung en Freud* ([1951], 1988), Lacan ubica al *acting out* en relación con la alucinación, planteándolo como otro de los modos que permite dar cuenta de una singular "interferencia entre lo simbólico y lo real", caracterizada por el hecho de que el sujeto no padece (*subit*) sino que actúa (*agit*). La referencia para dar cuenta de ello es el conocido caso expuesto por Ernest Kris en un artículo del año 1951: *Ego psychology and interpretation in psychoanalytic therapy*.

Kris es uno de los abanderados estadounidenses de la psicología del yo. Según este autor, los fundamentos de la psicología del yo estaban ya presentes de modo incipiente en



los escritos técnicos de Freud, y podían localizarse en el punto en que éste aconsejaba "partir de la superficie y analizar las resistencias antes de interpretar el contenido" ([1951], 1988, p.85). Ahora bien, en Kris esto toma una deriva técnica singular, ligada a la peculiaridad que adquiere la superficie, que nada tiene que esa superficie en que se manifiesta la resistencia freudiana como una infiltración.

En Freud la idea de examinar la superficie psíquica ([1914a], 1986) estaba ligada a desenfocar el análisis del síntoma, para seguir los vericuetos que se iban abriendo a partir de las resistencias del paciente, donde éstas funcionaban como balizas para orientar el camino hacia los contenidos inconscientes. En dicha lógica, el contenido está en las resistencias, no es independiente de ellas, por lo cual sería falso establecer una disyunción de este tipo: análisis de las defensas frente a análisis del material. Lacan se refiere a este punto en su escrito "La dirección de la cura y los principios de su poder", precisamente en el mismo momento en que se detiene nuevamente en este caso de Kris. Allí cuestiona la "interpretación más metódica" que este analista preconiza, "aquella que procede de la superficie a la profundidad" (1958, p.23), cuestión vinculada con el planteo de "analizar la defensa antes que la pulsión".

El problema con la *psicología del yo* es que se circunscribe exclusivamente la resistencia al plano de la defensa como un mecanismo que el yo acciona. En contraste con esto, en el discurrir de la obra de Freud, el yo se va dissociando cada vez más de la resistencia, luego de la confluencia entre ambas nociones que adquirió fortaleza especialmente en los textos metapsicológicos de 1915. El yo dejará cada vez más ser el agente de la resistencia; como bien lo precisa Lacan en la primera sesión del *libro 2 del Seminario* cuando señala que a partir de 1920 se ven los efectos en su obra de un yo que dejó de responder ([1954-55], 1978, p.21). La culminación de este movimiento se liga a la multivocidad que adquirirá la noción de resistencia, muy explícita a partir de 1926, cuando deja de ser *propiedad* exclusiva del yo y es vinculada con las otras instancias de la tópica (Freud, [1926], 1986, p.149-150).

Kris considera que la inyección de "interpretaciones de un tipo diferente, 'más por la superficie'" permite afrontar los problemas que aparecen en el tratamiento bajo una nueva luz ([1951], 1988, p.85). Se expone una idea de superficie degradada por su vinculación con los registros del *moi* y de la realidad. Los principios de Kris, que su intervención expone magistralmente, son, en las palabras de Lacan, "la apelación al yo (*moi*) del sujeto, el abordaje 'por la superficie', la referencia a la realidad" ([1954], 1999, p.392). El regocijo que manifiesta al "abordar los problemas por la superficie" conduce a Lacan a preguntarse si no implica tomarlos por el lado de afuera (*par le dehors*), dejando de lado "el contenido propio de las ideas en litigio" (p.393).

Al ponerse al yo en el centro de la escena, como ocurre con en *psicología del yo* embanderada por Kris, la noción de resistencia queda absorbida por el *pattern*, patrón conductual de acción del yo. Esto instala un abordaje de la resistencia que la limita al plano imaginario, con el efecto consiguiente de introducir forzosamente al analista como otro semejante y patrón de medida de las conductas examinadas: "régimen de sesos frescos", el *acting out* del paciente de Kris, no es otra cosa que el cumplimiento de otro *pattern* más: la introyección del yo del analista" ([1954], 1999, p.396). Nada hay en común entre el camino de Kris, "que dice a partir de la superficie y la rectificación subjetiva" del método freudiano. La rectificación subjetiva "no se motiva por ninguna prioridad tópica" y es dialéctica porque "parte de los decires del sujeto para regresar a ellos". El problema es creer que "la superficie es el nivel de lo superficial. Otra topología es necesaria para no equivocarse en cuanto al lugar del deseo" (1958, p.581).

El *acting out* del paciente de Kris tiene un *valor correctivo*. Su finalidad es reubicar en la escucha del deseo a un analista que había quedado desfasado de su lugar. En ese punto, Lacan equipara el *acting out* a un "síntoma transitorio" que le "advierde al analista: estás equivocado (*à côté*, al lado)" (1958, p.24). En términos precisos, no es en sí misma, la interpretación de Kris: "Sólo las ideas de lo otros son interesantes, son las únicas buenas para tomar ¿servirse de ellas es una manera de saber agarrarlas? (*s'y prendre*)" (citado en Lacan ([1954], 1999, p.395), el factor que desencadena el *acting out*. Ella produce como efecto inmediato la comunicación del *acting out* al analista. Éste ya venía siendo preparado por una

manera de dirigir la cura basada en interpretar patrones (*patterns*), el "análisis de los *patterns* de la conducta del paciente" no hace otra cosa que inscribirla "en los *patterns* del analista" ([1954], 1999, p.395). Esos dos niveles permiten despejar una doble capa del acting out: el acto mostrativo y la comunicación de ese acto. El valor transferencial de la confesión, que Lacan reconoce, no es independiente del estatuto del acto mismo, ligado a la "emergencia de una relación oral primordialmente 'cercenada'" (p.396). Por eso luego acentuará la importancia no de que su paciente robe, sino de que robe "*nada (rien)*" (Lacan, 1958, p.25). Ese detalle es crucial para ver que la transferencia no puede desgajarse de la constitución del acto; aunque el acento esté colocado específicamente en las interpretaciones, éstas se encuentran enmarcadas en una dinámica transferencial que remite al *pattern*, modelo de relación con el otro en un eje imaginario que vincula dos yoes.

### **Lo Real del ocultismo como límite ético: finalismo y contingencia**

Freud se atuvo siempre a una disyunción abrupta entre el fenómeno telepático y el sueño como formación del inconsciente. Además, excluye a la telepatía de cualquier relación con la práctica analítica y aunque exista la posibilidad de considerar fenómenos telepáticos producidos en la situación de análisis, ellos nunca quedan trenzados con el trabajo propiamente analítico. En contraposición, Ferenczi otorga un lugar preponderante a la telepatía en sus últimos años, tal como queda registrado en su *Diario Clínico*, donde apunta que "los casos de transmisión de pensamiento en el curso de análisis de personas que sufren son extraordinariamente numerosos" (1988, p.21).

La idea de Ferenczi es que los niños, por poseer aún una "personalidad semidisuelta", disponen de un contacto con el universo que el adulto ha perdido porque "la cristalización [lo] ha rigidificado". Los primeros son más aptos para las "capacidades llamadas supranormales", como la *clairvoyance* o la *suggestion à distance* (1988, p.22), fenómenos vinculados con una "hipersensibilización de los órganos de los sentidos" (p.24).

La presencia de la telepatía en la práctica cobra un valor especial en Ferenczi, aunque no como una herramienta de la que dispondría el analista. Aparece más bien como una capacidad del paciente, condicionada por la disolución de la personalidad en su enfermedad, que lo coloca como un niño inerte. Lejos de ser un recurso para analista el analista, se presenta como un escollo contra el cual debe enfrentarse, pues los pacientes son capaces de captar los verdaderos estados mentales y pensamientos del analista. Las consecuencias de estas dilucidaciones son hondas modificaciones de la técnica, por la imperiosa necesidad de que el analista haga frente a las disposiciones telepáticas de los pacientes, coaccionado a reaccionar de modo paranoico mostrándose tal cual es.

Al ser introducida al dispositivo, no como un recurso técnico sino como una posibilidad inmanente en la relación analítica, la telepatía se desprende de la ajenidad freudiana. Este brusco ingreso a la práctica del psicoanálisis paga el precio de una transformación delicada: el analista se encuentra en una posición de intranquilidad incesante por las posibles captaciones extrasensoriales de los pacientes. Lejos de la regla freudiana que promueve una atención parejamente flotante, aquí se encuentra un analista sumamente intranquilo, aquejado por la amenaza que pesa sobre él. De allí que Ferenczi promueva la necesidad de una sinceridad absoluta. Como el *paciente-niño* tiene la capacidad de captar los pensamientos hostiles que se forman al respecto, aunque no le sean comunicados por las vías sensoriales, el analista debe estar a la altura de ese desafío e intentar transformar su aptitud psíquica para la clarividencia en motor del trabajo analítico.

El ocultismo se presenta tardíamente en Lacan como una vía para desandar otra faceta del estatuto ético del psicoanálisis en el proceder freudiano. A est se aboca en el *libro 21 del Seminario, Les non-dupes errent*, promoviendo una ética fundada en el rechazo de ser incauto (*non-dupe*) (1973-74, p.19). Lo conduce a plantear que en la posición de Freud ante los fenómenos ocultos se revela un hecho de estructura que muestra la importancia de lo Real en su práctica del psicoanálisis. El punto en que Freud hace más hincapié cuando se refiere a los fenómenos ocultos, la posibilidad de captar un fuerte deseo sin que medien las vías de la percepción sensorial, devela un factor clave para la concepción analítica del deseo: el

inconsciente depende del reconocimiento del deseo del Otro. El hecho de circunscribir la telepatía a la localización (*repérage*) de un deseo (Lacan, 1973-74, p.39), permite comprender cómo -para abordarla- Freud debe condicionarla a cuestiones de estructura, y aludir de este modo al orden Real que insiste en sus márgenes.

Lo oculto es irreductible a cualquier aprehensión inconsciente, y por eso el proceder freudiano al que Lacan otorga un estatuto ético implica que el psicoanálisis no pueda, desde su ámbito, pronunciarse de modo definitivo respecto de sus efectos. La posición del analista ante lo oculto se deduce del pensamiento freudiano: ella es siempre lateral e indirecta, puesto que representa una de las figuras de los límites del psicoanálisis. Este límite puede ser leído, desde la perspectiva lacaniana, como perteneciente a un orden Real infranqueable por el análisis y que resiste a ser conquistado por el saber. El reproche que Freud le dirige a Ferenczi en la carta del 17 de noviembre de 1911, respecto del "exceso de celo" que cree entrever en "sus estudios del ocultismo" (Freud; Ferenczi, 1993, p.314), señala el aspecto riesgoso de su entusiasmo cuando tiende a acoger de manera demasiado amistosa al ocultismo, pudiendo conducir al borramiento de las fronteras entre ellos.

Es necesario interrogar cómo se tramita aquello que insiste para Freud como algo Real en relación con la problemática del destino, a los fines de examinar las profundas divergencias con Ferenczi, que permitirán iluminar el problema de la causa desde otra perspectiva. Ante todo, es preciso constatar cómo en Freud el destino nunca cobra un sesgo teleológico. Al contrario, se vislumbra en él la presencia de un límite que, al ser tramitado en el registro de la contingencia, se contrapone al abordaje finalista de Ferenczi. Lo oculto se transforma, en las producciones de este último, en un terreno a ser conquistado por el saber del psicoanálisis; y así se produce un franqueamiento del límite ético ante lo oculto, que conduce a un singular modo de corrosión de la indeterminación de la causa. La cara más visible de esta cuestión es que aquello que irrumpía en Freud como una ajenidad que interpelaba al psiquismo en los bordes del psicoanálisis, se transforma, en el abordaje ferencziano, en un elemento integrado a la práctica misma del psicoanálisis.

Dicha cuestión se esclarece aún más si se tiene en cuenta la importancia crucial del destino para analizar la posición discrepante de Freud con Ferenczi en lo concerniente a la terminación de los tratamientos. La búsqueda de consolidar al análisis como algo posible de ser plenamente terminado confluye en este último con una perspectiva finalista de destino y contrapuesta -cabe insistir en eso- al lazo que se encuentra en Freud entre destino y contingencia. El destino, como contingencia que no se subsume en un saber previamente establecido, imposibilita la abolición de la temporalidad futura (punto de impacto ético de lo indeterminado en la práctica). Abolir el futuro es el programa implícito de toda teoría que busque constituir un saber positivo y sólido sobre la terminación del análisis.

En suma, desde la perspectiva freudiana, el destino no podría ser concebido como un saber cuyo presente contuviera lo esencial sin haberlo desplegado aún. Leer al destino afectándolo de la problemática de la contingencia implica, en contra de todo determinismo finalista, producir la articulación con la indeterminación de la causa que hiende a la estructura y la ata a la contingencia de un futuro no sabido. Lacan mostró marginalmente en su primer seminario un nudo indisociable entre la estructura y el acto cuando decía que la represión proviene del futuro ([1953-54], 1975, p.181) y no del pasado, como lo supondría desde una perspectiva exclusivamente empirista, atendida a un determinismo llano. El destino como algo imposible de ser sabido de antemano se opone a cualquier figura que imponga la cura total en un psicoanálisis. Si ésta nunca podría ser asegurada es porque la práctica se funda en un límite indiscernible que la causa impone a todo saber positivo.

### **Enlaces entre telepatía y *acting out***

La posible inserción clínica de la telepatía se revela de modo esclarecedor a partir de un caso clínico de Helene Deutsch, al que Gloria Leff ha dedicado un detallado análisis de singular interés. El enfoque sobre el uso técnico de una supuesta telepatía está aquí ligado a su impacto en la posición del analista en transferencia. El asunto es el siguiente: una insistente curiosidad de la analista fue captada telepáticamente y condicionó un descarriamiento del

análisis que tomó la forma de un *acting out*. Apareció como la respuesta a un interés manifiesto de la analista respecto de cierto material que le concernía y el paciente aportaba para satisfacerla. Fue el desmontaje de esa curiosidad en transferencia lo que permitió volver a poner al análisis en su cauce.

Las consideraciones en cuestión se sitúan a partir de la tensión entre *Übertragung* y *Gedankenübertragung*, la transferencia y la transmisión o transferencia de pensamientos, según las dos posibles traducciones del término alemán. ¿Es posible pasar de la una a la otra? ¿Se produce entre ambas una suerte de comunicación? ¿Cuáles son entonces sus puntos de conexión?

En "*Occult Processes Occurring During Psychoanalysis*", el caso presentado por Deutsch evidencia que del lado del analista se suspende la regla técnica de la atención flotante, a raíz de una excesiva implicación transferencial de su persona. La situación es la siguiente: el mero azar de que la analista conozca a la pareja de una mujer que el paciente ama, produce que los relatos sobre esa situación matrimonial despierten la curiosidad de la analista. Esta eventualidad la coloca en una posición de desviar el interés parejamente flotante de los decires del paciente, para enfocar su curiosidad en todo lo relativo a esa relación matrimonial, que termina convirtiéndose en *pivote del análisis*. El "intenso interés [de ella] se había comunicado al inconsciente [del paciente]; así se había iniciado el 'proceso telepático' y el paciente respondía gratificando mi deseo" (Deutsch citada en Leff, 2016, pp.125-126). Al respecto, es oportuno recordar el caso comentado por Freud de su paciente egipólogo: presentaba para él tal atractivo todo lo transmitido en relación con su profesión que se desenfocaba del tratamiento del paciente hacia los datos relativos a su ciencia, generando una evidente perturbación para el trabajo analítico.

Deutsch señala que cada día "esperaba las noticias con impaciencia y cada día el paciente respondía a esta espera". Él no conocía al hombre en cuestión, pero se las ingenió para convertirse en confidente e inició un "intercambio epistolar con la novia" del que pudo obtener los más ínfimos detalles de la relación, satisfaciendo la invitación -telepática- que la analista le cursaba: "el análisis amenazaba con abortar. Para salvarlo no tenía otra cosa para hacer que suprimir mi curiosidad y perseguir el análisis de manera habitual a partir del estado al que lo había conducido" (Deutsch, [1926], 2000, p.93).

¿Qué produce tal respuesta al interés de su analista? Previamente, el paciente no se había mostrado interesado por la dama en cuestión. Sin embargo, ella se convierte de repente en "objeto de sus fantasías eróticas" y al mismo tiempo, su prometido se vuelve un rival odiado. Deutsch infiere que eso tenía por raíz el deseo inconsciente del paciente de ocupar la posición de tercero perjudicado, asunto para nada desvinculado de la relación transferencial establecida en el análisis: "este extraño nacimiento de un amor estaba seguramente estrechamente ligado a la transferencia, como lo es de hecho cada 'enamoramiento' que ocurre en el curso de un análisis" (Deutsch, [1926], 2000, pp.93-94). La identificación de la dama con la analista implicaba una correlativa relación de ésta con su rival odiado. La trama desplegada en la situación transferencial se empalma con el Otro histórico del paciente:

En su infancia, todo hombre en el cual su madre se interesaba mucho o poco era para él un amante y lo detestaba. En el presente, traducía del mismo modo mi curiosidad en interés erótico e intentaba -como en otro tiempo con su madre- conquistar a aquella que me representaba, la dama (Deutsch, [1926], 2000, p.94).

De esta cita hay que destacar la evocación de una cara centrífuga de la transferencia, notoria en la forma en que la autora pone a trabajar la serie madre-analista-dama. El trabajo del análisis, apoyado en ese trípode transferencial, permite hallar el camino para desbloquear la situación analítica, produciendo un movimiento diferente que consigue levantar el escollo. El tratamiento había encontrado un punto de drenaje en la consistencia personalista que adquirió la analista, que hacía girar a la transferencia de modo centrípeto en torno a ella, gracias a ese interés curioso captado de forma telepática.

Podría objetarse que es un artificio separar ese trípode que funciona de modo dinámico en el trabajo analítico. No obstante, es necesario hacer una separación provisional

a los fines de examinar de modo más detallado su funcionamiento. Por un lado, cabe destacar que la relación *madre-analista* no confluye llanamente hacia la constitución del analista como un objeto erotizado libidinalmente. Permite, en cambio, que allí se forje un deseo erótico por fuera de la transferencia, es decir, un deseo que se constituye como un punto de fuga respecto de la cara centrípeta de la transferencia. Esto permite delimitar el problema de la inserción del fantasma en relación con un anclaje transferencial que excede la figura del analista en el rol de objeto erótico, *partenaire* en el fantasma.

Si se tiene en cuenta lo promovido desde la relación *analista-dama*, se puede destacar cómo el movimiento libidinal en cuestión supone tratar de alcanzar desde la madre a la dama a través de la analista, y no al revés. En esta articulación dama-analista se observa la razón del estancamiento de la transferencia como de su posterior desbloqueo, en función de la parte de la diada en que el peso recaiga. El estancamiento se expresa en ese *acting out* que implica llevar el relato que la analista quiere escuchar de su odiado rival, en tanto se posiciona como amante de la dama. Por el contrario, el desbloqueo se abre paso con el movimiento transferencial que resulta de que la analista se sustraiga como persona, condicionante para que la transferencia se constituya como ese escenario que permite la conexión entre madre y dama. Esto conlleva la posibilidad de una tramitación analítica peculiar de cierta posición fantasmática forjada desde la infancia.

¿Qué hace posible hablar en este caso de telepatía y no simplemente de una observación aguda del analista por el paciente, a la que tanto Ferenczi como Lacan han aludido (Leff, 2016, p.127)? Para responder a esta pregunta, se puede introducir una definición analítica de telepatía: el resultado de cierto modo de empalme con el discurso del Otro donde se recubren los saberes de dos inconscientes (Lacan, 1973-74), lo que ocurre cuando del lado del analista la omnipresencia de su persona desaloja a la tercera persona, la destinataria última de la transferencia propiamente analítica.

Si se retoma el trípode expuesto (madre-analista-dama), se puede plantear que la condición necesaria -pero no suficiente- para que la transferencia (*Übertragung*) tome un sesgo telepático que confina con transmisión o transferencia de pensamientos (*Gedankenübertragung*) es el eclipse entre los otros dos términos que descentran a la transferencia. Ello puede ocurrir en virtud de un fuerte deseo del sujeto analista. En este caso, el deseo de Deutsch se manifiesta a partir de su ferviente curiosidad, razón de la imposibilidad de sustraer su persona para abrir al destino último de la transferencia: la tercera persona.

El Otro transferencial, o la tercera persona -como diría Anna Freud- excede a la persona del analista y permite mostrar que la transferencia propiamente analítica no se alcanza con la relación entre una primera y una segunda persona. Los términos de Lacan en el *seminario Les non-dupes errent* permiten afirmar que el amor en que se sustenta la transferencia analítica tendría que ver con "dos decires a medias que se recubren" (Lacan, 1973-74), mientras que la conjunción telepática entre una primera y una segunda persona estaría ligada a una "turbia mescolanza" (Leff, 2016, p.128), asociada al recubrimiento "de dos saberes inconscientes" (Lacan, 1973-74).

Si la telepatía no es sinónimo de la transferencia es porque se eclipsa el lugar del Otro transferencial. De allí la gran dificultad para que se instituya un análisis en los casos en que una apertura a la tercera persona resulta complicada. Como ejemplo *princeps*, se impone el tratamiento que Anna Freud ha emprendido con su padre, del que Leff, a partir de una epístola de Anna a Lou-Andreas Salomé, rastrea un punto crucial. En junio de 1924, la primera le transmite a la segunda que en su análisis "reconoce *la ausencia de la tercera persona*, aquella hacia quien se dirige la transferencia y con quien uno actúa y resuelve los conflictos" (Anna Freud, citada en Leff, 2016, p.119). " 'La proximidad no analítica' con su padre" la lleva a no ser del todo sincera, como el trabajo analítico lo requeriría, viéndose tentada a falsificar información en ocasiones (Leff, 2016, p.119).

La sustracción de la analista como persona es aislada de manera muy pertinente por Leff apoyándose en frases extraídas del texto de Deutsch: " 'para no comprometer el libre movimiento de la transferencia', ella se sustrae como persona: '*suspende su curiosidad*', '*renuncia a su personalidad real*', '*no da libre movimiento a su libido*'" (Leff, 2016, p.128). Desde la presente propuesta metodológica, este tipo de frases cobran el estatuto de esbozos

teórico-conceptuales que permiten problematizar la posición del analista en transferencia en el tratamiento del fantasma y el *acting out*.

El movimiento de la transferencia en su plena libertad implica el funcionamiento dinámico del trípode *madre-analista-dama*, hecho posible por la sustracción de la analista como centro. Fue a partir de este centramiento que se constituyó el obstáculo del tratamiento de Deutsch, es decir, en el punto en que la transferencia adquirió una consistencia personalista.

En *Freud atormentado*, Leff ubica la sustracción de la persona de la analista en transferencia, a partir del caso referido de Deutsch. Para esto muestra el contraste con la posición contraria de Freud en la cura de Elfriede Hirschfeld (a cuyas vicisitudes sintomáticas no le consagró ningún historial clínico, pero que evoca de forma dispersa y diseminada en distintos artículos, especialmente en aquellos abocados al ocultismo). No interesan aquí los detalles de las vicisitudes del análisis de esta paciente de Freud —a lo cual se ha dedicado Leff de forma detenida en el libro referido—, sino sólo precisar el punto en que se revela una posición contraria a la de Deutsch, que condujo "la transferencia a un *impasse*". (Leff, 2016, p.131).

En el tratamiento de Elfriede H., Freud insiste en que la paciente recuerde algo que le resulta penoso. Contra su propia idea de conducción de un análisis, avanza sobre "los límites de la voluntad y entendimiento de los pacientes" y culmina por forzarla a asumir una "verdad que él ha concebido" (Leff, 2016, p.137-138), "el verdadero secreto de su enfermedad" (Freud citado en Leff, 2016, p.138). Esto termina por revelar un analista que se presenta como "lleno de recursos" dificultando un trabajo en que es fundamental que el paciente encuentre sus propios recursos. En dicho caso "los recursos de Freud" se centraron en torno de su relación con el saber, "mantuvieron a distancia la transferencia de su paciente" (Leff, 2016, p.151). Leff concluye que la impermeabilidad transferencial de Freud fue la dificultad antagónica a la de Jung (quien también tuvo a Elfriede H. en análisis), cuya limitación fue haber sido extremadamente poroso (p.144).

"Cuando escuché su historial clínico, dice Freud, no quise hacerme cargo de ella; pero luego tuve la suficiente curiosidad como para iniciar un análisis con ella" (Freud, citado en Leff, 2016, p.181). Extraña confesión para un analista que había situado de modo contundente, en el historial del *hombre de las ratas*, la incompatibilidad entre el trabajo analítico y la curiosidad: "la técnica analítica correcta ordena al médico sofocar su curiosidad" (Freud, [1909], 1986, p.138). El tratamiento de Deutsch y el que él mismo emprende con Elfriede H. son dos claros testimonios de los posibles efectos si ello no ocurre. Devolviendo un saber a la paciente, el analista confiesa que entró de forma errada en esa transferencia, como si estuviera en deuda con ella por el interés investigativo que su caso le despertó, "le ofrece la explicación del caso a cambio de su amor", sostiene Leff (2016, p.154). Esto es indicativo de lo obstaculizante que puede resultar para la configuración de la transferencia la búsqueda de un saber por parte del analista, ya sea que lo haga movido por una curiosidad personal (como en el tratamiento de Deutsch recientemente abordado) o por un ansia de saber científico (como parece haber sido el caso de Freud con Elfriede H.). En el primero, la curiosidad pudo ser erradicada a partir de un nuevo posicionamiento del analista, que advierte sus efectos sobre el paciente a partir del *acting out* que éste le dirige, motivo fundamental para un vuelco del análisis.

### **La posición del analista ante el abordaje de la causa y el fin de análisis**

Tanto para Otto Rank como para Sándor Ferenczi, la causa es algo pasible de ser identificado; en ambos se observa cierto optimismo terapéutico, solidario de la creencia de que la causa es extirpable. Independientemente de las objeciones que puedan dirigírseles, sus desarrollos permiten atender a cuestiones clínicas muchas veces ocultas en teorizaciones de otros analistas. Sus precisiones relativas a la conclusión e inconclusión de los tratamientos ponen en evidencia -más allá de la discusión sobre el estatuto teórico de un análisis terminado- una cuestión a veces soslayada por Freud: la pregunta por la finalización de una cura en sus vínculos con la posición del analista en transferencia. Para abordarla, será

necesario enfocar la tramitación de la causa de la neurosis en relación con el problema del fin del análisis.

Lo teorizado por Ferenczi y Rank -a partir de sus patogenizantes lazos transferenciales con un Freud situado en el lugar inconmovible de padre creador del psicoanálisis- resulta instructivo como síntoma revelador de ciertas dificultades en sus respectivos tratamientos de la causa inconsciente, relacionados con reivindicaciones teóricas. Ellos han llevado aún más lejos que el propio Freud la proclama de la causa (*die Sache*) psicoanalítica, en contra de concesiones a burocracias institucionales, a las que el padre del psicoanálisis a veces cede en nombre de la prosperidad de la disciplina.

A su vez, las dificultades de Freud para problematizar los escollos en la conducción de los tratamientos hacia un final, en sus relaciones con la posición del analista, pueden ser leídos como interferencias sintomáticas en sus teorizaciones de su posición transferencial. Ante las desmedidas demandas transferenciales de sus discípulos, Freud se muestra imposibilitado de responder desde un lugar diferente que el de padre-creador (posición altamente patogenizante cuando la ocupa alguien que no sólo es el referente teórico de sus epígonos, sino también su analista).

La lectura efectuada por Moustapha Safouan en su libro *La psychanalyse: science, thérapie et cause* permite inscribir en un registro muy similar al de Ferenczi-Freud la relación que Rank mantiene con este último. La publicación de *El trauma del nacimiento* es considerada por Safouan como un "trabajo de transferencia" de Rank a Freud (2013, p.104). Para afirmar esto, se basa en los resortes que permiten descubrir el amor de transferencia en el discurso del analizante (p.492). Aunque la aparición de dicha obra puede ser legítimamente considerada como un "acto teórico" (p.117), puesto que buscó renovar los sentidos de "los complejos y del deseo" (p.125), ello no quita que comporte también un mensaje dirigido "muy personalmente a Freud" (p.117). Desde esa perspectiva, la propia muerte de Rank, ocurrida pocas semanas después del fallecimiento de Freud, puede considerarse como la coronación del *acting out*, ese "acto que insiste, que repite su mensaje no reconocido" (p.131).

### **El límite infranqueable del análisis en su relación con la transferencia**

Es preciso comenzar por recordar el conocido punto que Freud plantea como límite infranqueable para el análisis en su célebre ensayo de 1937, "Análisis terminable y análisis interminable". Se trata del complejo de castración, según las vicisitudes que toma en cada uno de los sexos: el hombre no puede superar la amenaza de castración, mientras que la mujer encontraría su límite en la envidia del pene ([1937a], 1986). A partir de algunas sugerencias de Lacan en el *Seminario La angustia*, es necesario indagar con mayor profundidad en qué medida el encuentro con ese límite se vincula con determinada posición transferencial. En contraposición a lo planteado por Freud, Lacan apunta que no es correcto postular a la castración como un límite para la prosecución del análisis:

La amenaza de castración. Hay allí un punto superable. [...] Para saber cómo podríamos franquear ese punto límite, hay que saber por qué el análisis, conducido en cierta dirección, conduce a este impasse por el cual el negativo que marca el funcionamiento biológico de la copulación en el ser humano se encuentra promovido al nivel del sujeto bajo la forma de una falta (*manque*) irreductible (Lacan, [1962-63a], 2004, p.206).

Este planteo se dirige a precisar que el aparente escollo irremontable está ligado, en realidad, a cierta posición del analista en transferencia:

Si al final del análisis freudiano el paciente macho o hembra nos reclama el falo que le debemos, es en función de una insuficiencia de nuestra parte para distinguir la relación de deseo al objeto y la falta (*manque*) constituyente de la satisfacción.

El deseo es ilusorio, ¿por qué? Porque se dirige siempre a otra parte, a un resto, a un resto constituido por esta relación del sujeto al Otro que viene allí a substituirse. (Lacan, [1962-63a], 2004, p.206).

Lo ilusorio del deseo sólo se puede mantener en transferencia en la medida en que el resto aparezca en su dimensión caduca. El deseo debe sostenerse como ese irrepresentable que mantiene la función de la causa en su estatuto de indeterminada. El problema transferencial señalado por Lacan se plantea cuando el resto aparece representado en el lugar del analista: si el paciente pide al analista el falo que le falta es porque en la transferencia está operando como quien lo tiene (esa posición de potencia está en las antípodas de la mascarada femenina que se abordará sobre el final del capítulo siguiente).

Desde el punto de vista de la temporalidad, esto debe ser leído del siguiente modo: el colmamiento de la falta a partir de aquello que el analista supuestamente tiene, altera ese horizonte fantasmático del deseo insatisfecho como una proyección hacia el futuro. Cuando la sustracción que sostiene la causa se obtura como resto que opera en el lugar del analista, la temporalidad del deseo se ve trastocada (el tiempo lógico del acto se declina en gesto que muestra esa representación positiva que ambiguamente lo causa). Con la clausura de la dimensión del resto, queda abolido el centrífugo de la transferencia, que muestra que su operatorio es muy distintiva a una actualización en el *aquí y ahora* con el analista.

La consecuencia de la representación del resto es una transferencia que gira en torno de la posesión del analista. Esta detención coagulada se asocia a un abordaje de la falta estructural como algo pasible de ser colmado por eso que el analista tendría para dar y no puede dar. Esta obstaculización para la prosecución del análisis está estrechamente emparentada con unos de los estatutos del *acting out*: la inmovilización del deseo, enquistado en esa versión centrípeta de transferencia, se sella en un presente témporo-espacial, descrito por la expresión *aquí y ahora con el analista*. La positivización del resto en el lugar del analista se contrapone a un trabajo de análisis sobre los efectos que la pregunta por la causa produce en el sujeto: no hay de este modo espacio, hiancia para la pregunta, porque en su lugar aparece una especie de respuesta precipitada que señala en el analista lo que al analizante le falta. La articulación este atolladero de la transferencia y una respuesta como la del *acting out* reside en el resto positivizado, que reenvía a una causa postiza alojada en el lugar del analista.

El hecho de que no exista falo alguno que pueda colmar ese resto clausurando toda dialéctica del sujeto con el Otro muestra que la función del engaño es determinante para la constitución de la transferencia, y que debe permanecer tal para que su configuración no se vuelva un atolladero. Ahora bien, este engaño no debe ser confundido con el que se instituye en torno a un objeto que el analista tendría para dar. El engaño tramitado en el plano del Otro es algo muy diferente de un supuesto engaño sobre aquello que al analista le faltaría; implica, por el contrario, al resto en su dimensión de causa, que afecta al deseo de su alteridad constitutiva. Lo resuelve en el plano de un Otro que excede al analista y del que éste sólo se torna su vehículo. Sostener esta dialéctica que mantiene al deseo en movimiento se contrapone al resto sustancial alojado en el analista, que configura una versión centrípeta de la transferencia en torno de su persona.

Ubicar el paso a franquear en la posición freudiana no implica promover la existencia de una terminación natural y definitiva del análisis. El punto de tropiezo de Freud con la roca del análisis puede ser problematizado desde la consideración específica de su posición transferencial ante Ferenczi, cuya ventaja es exponer los vínculos específicos con lo paterno en la transferencia. Esto ha incidido en las consideraciones teóricas tardías de ambos autores, los escollos en su relación transferencial con Freud aparecen en algunos pasajes del *Diario Clínico* y en otros de sus escritos tardíos, donde Ferenczi le cuestiona a Freud no haber conducido su tratamiento hasta el final debido a una interrupción prematura.

Philippe Julien muestra la articulación que existe entre la roca del análisis y la posición transferencial de un padre amado: "en la medida en que el anhelo de un padre *digno de amor* (o de odio) es sostenido, la 'roca' permanece inmodificada" (Julien, 1978, p.31). En la *otra cara* de la transferencia (la del analizante Ferenczi), esto se manifiesta en una búsqueda ferviente de conmover el lugar transferencial en que aparece enquistado el analista, cuestión que deja una fuerte marca en sus concepciones teóricas. Las demandas de Ferenczi pueden ser entendidas como versiones de *acting out* destinadas a destituir a Freud del lugar de un padre consistente e inmovible en el lugar del Otro transferencial.



## El lazo transferencial Freud-Ferenczi: el finalismo en la contingencia del deseo

El lazo transferencial padre-hijo predilecto para la causa del psicoanálisis se encuentra tejido a través de la larga correspondencia que mantuvieron desde 1908 hasta 1933, año de la muerte de Ferenczi. Para dar una dimensión de la amplitud de la cuestión, se pueden tomar dos extremos: 1) El momento que se podría caracterizar como el de la *adopción* en la carta del 17 de noviembre de 1911: "pero si da tantos problemas le tendré que adoptar como mi hijo" (Freud; Ferenczi, 1993). 2) El tiempo de las enemistades de los últimos intercambios (carta del 13 de diciembre de 1931): "es necesario entonces que escuche, a través de la voz brutal del padre, el recordatorio que..."; y luego: "pero al menos hice lo posible para sostener fielmente mi rol de padre" (Freud; Ferenczi, 2000, p.422).

Hay innumerables citas en el *Diario clínico* que muestran la persistencia con que Ferenczi busca horadar ese lugar consistente del padre del psicoanálisis. En algunos casos, el ángulo de ataque es la relación que mantiene Freud con su teoría, asociada a su falta de análisis personal: "¿está Freud realmente convencido o se ve obligado a un aferramiento hiperintenso a la teoría como protección frente al autoanálisis, o sea, frente a sus propias dudas?". En otros, lo cuestionado es la deriva que cobra un método que entroniza al analista por encima del paciente: "su método de tratamiento [...] se hacía cada vez más impersonal (cernirse como una divinidad sobre el pobre paciente, degradado a la condición de niño [...])" (Ferenczi, 2008, pp.143-145). Por último, cabe destacar la objección de la relación narcisista que lo une a su obra, que no le deja margen para amar a sus pacientes: "desengaño final: 'él no quiere a nadie, sólo a él mismo y a su obra' (y no deja que nadie sea original)" (p.220).

En su introducción al *Diario Clínico*, Judith Dupont traduce en clave de crítica técnica la serie de reproches, elemento de interés para captar cómo esa trama transferencial impacta en las modificaciones que hará el analista húngaro: "Ferenczi piensa que Freud desarrolló gradualmente una técnica excesivamente impersonal y pedagógica dando lugar demasiado exclusivamente a una transferencia paterna" (Dupont, 1988, p.22).

La particularidad que adquiere la relación transferencial de Ferenczi con Freud está ligada a la consistencia que cobra el rol del padre en la posición del analista. Más allá de este caso puntual, es notorio cómo la paternidad de Freud siempre ejerció un influjo problemático para quienes la padecieron. Un claro ejemplo es el caso del *hombre de los lobos*, donde se ubica lo decisivo que resultó el desdoblamiento del padre gracias a la función mediadora de Brunswick en la transferencia. La búsqueda de Ferenczi también se puede concebir como una tentativa de desdoblar a Freud en tanto padre, corriéndolo de la posición de creador del psicoanálisis. "No olvidar que Freud no es el descubridor del análisis, sino que lo tomó de Breuer como algo ya hecho" (Ferenczi, 2008, p.142). Aunque los enunciados epistolares de Freud destilan la preocupación por transmitirle a Ferenczi que está lejos de ser ese superhombre que cree ver en él, eso no impide que siga operando desde el lugar de una paternidad incommovible.

Este lazo transferencial repercute en la cuestión de la transmisión del análisis, examinada por Julien en "*Le débat entre Freud et Ferenczi: savoir y faire ou savoir y être*", donde señala la siguiente paradoja: "la reivindicación de Ferenczi viene del olvido de eso que hace de Freud un igual suyo: la castración simbólica. Este olvido mantiene la demanda de recibir un *savoir-faire* del amor, dirigido a aquel supuesto saber *bastarse en ello*" (Julien, 1978, p.39). Así como Ferenczi se aferra a la búsqueda de un análisis terminado, planteado en consonancia con modificaciones técnicas inseparables de sus reclamos transferenciales, siguiente también pone en juego, desde su lugar transferencial de padre al que se le exige un don, un límite encarnado por lo que el paciente pide pero que él no puede dar; se halla en juego eso que supuestamente arreglaría la diferencia sexual.

Si la transmisión se resuelve en Ferenczi fallidamente en un registro técnico (como saber-hacer en la praxis), es como resultado del fracaso la inscripción simbólica de la castración en la relación transferencial con Freud. La transmisión del psicoanálisis se pone en juego de otra manera si se sostiene la eficacia negativa de la transmisión, contraria a la declinación del saber en deriva técnica planteada como innovación y progreso.

En *Análisis terminable e interminable*, Freud examina a insistente búsqueda de

Ferenczi de un final cabal para su análisis. Propone una nueva nominación para el análisis que no haya alcanzado la meta por dificultades externas: imperfecto o incompleto (*unvollständig*), en lugar de *no terminado*, *no finalizado* o *inacabado* (*unvollendet*) ([1937], 1986). Esa diferencia retoma la distinción anunciada a Ferenczi el 24 de octubre de 1916, luego de una interrupción abrupta de la cura cuando se convoca al paciente a cumplir funciones de médico militar: "Si dije que la cura estaba finalizada (*finie*), no pensaba que estuviera terminada (*terminée*) [...] está finalizada porque no puede proseguirse antes de seis meses como mínimo, y de esta forma se pondría al servicio de la intención neurótica de escabullirse (*s'esquiver*)" (citado en Lugin, 2017, p.140).

Cada uno de los términos, *finalizado* y *terminado*, no puede ser considerado con un valor positivo e independiente de la relación que se trama entre ellos. Lo decisivo es la escisión producida que Freud aprovecha argumentalmente para impedir que una interrupción contingente sea puesta a cuenta de una *finalidad* que propicie el escape de la neurosis. La distinción entre ambos términos cobra valor para impedir que el cese de un tratamiento por causas externas no se transforme en espera neurótica de una prosecución futura del análisis. La continuación de una cura desplazada al futuro introduce un Otro transferencial en el horizonte que le sirve a la neurosis como pretexto para sostener una irresolución del deseo que aplaza el enfrentamiento de problemas y la toma de decisiones. El análisis interrumpido podría constituirse en un pretexto para el sostenimiento de la neurosis, por lo cual la cura debe considerarse como finalizada, aunque no haya sido propiamente terminada, pues el cese no dependió de una resolución favorable de las inhibiciones y síntomas del paciente. Con la escisión entre finalizada y terminada, Freud viene a mostrar los inconvenientes de desplazar la continuación de una cura al futuro, si corre el riesgo de ser aprovechada para fines neuróticos evasivos.

En el lazo transferencial de Ferenczi con Freud esto cobra un valor muy particular. pues el analista considera que el síntoma primordial del paciente es una evasión de la elección de su esposa. Ferenczi oscila entre Gizella o Elma, madre e hija, y aplaza la decisión al futuro. Ahora bien, a esta trama subyace algo determinante: es clara la predilección de Freud por Gizella para su paciente. Ella es puesta a jugar desde su rol de analista, que confina con el de maestro y consejero, en el punto en que se fuerza a Ferenczi a tomar una decisión sin estar en análisis.

La aguda argumentación que lleva a la escisión examinada entre final y terminación, cobra todo su alcance cuando es aplicada a la posición del propio Freud. Éste reivindica para la decisión de Ferenczi la necesidad de suspender la deriva finalista que implicaría un desplazamiento hacia el futuro, donde el analista aparece en el horizonte como quien validaría la decisión del paciente. El tratamiento contingente de la decisión ya estaba intervenido desde el momento en que Freud se arroga la capacidad de introducir una finalidad en la elección de Ferenczi. Le planteó que debía tomar una decisión adulta que dejara de lado su posición infantil y esos desvaríos que lo entretienen con la mujer joven, que todo indicaría que es aquella a quien verdaderamente ama. Le propone escoger a la mujer madura, que no puede darle los hijos que Ferenczi desea fervientemente, y cuyos signos de envejecimiento no le despiertan atracción sexual.

Esto permite acentuar que la distinción entre análisis terminado y finalizado está al servicio del oportunismo de Freud cuando busca desligarse de su implicación en la deriva finalista que ha tomado el deseo. Pese a ello, la diferenciación resulta sumamente pertinente para despejar que la transferencia sostenida por el propio Freud operó de un modo finalista, a pesar a sus esfuerzos por desligarse de sus efectos obstaculizantes sobre la decisión del analizante.

Freud no ha dejado de empujar a primer plano, la idea de que Ferenczi debía elegir en función de una conveniencia y no de su deseo, conveniencia que en realidad es la que el propio Freud considera tal. Se encuentra aquí en un primer plano el registro de los bienes como regulación del deseo, impasse para la ética analítica (Lacan, [1959-60] 1986). Cuando Freud adjudica a Ferenczi el síntoma de no poder decidirse por aquella que Freud ya ha elegido para él, se oculta que fue en realidad el propio Freud quien introdujo una finalidad en la elección, obstáculo para la contingencia del deseo. Por esa razón, hay que destacar que la

imposibilidad de decidirse por una u otra mujer no es un síntoma creado puramente por Ferenczi, como impone Freud, sino un producto de la relación transferencial que introduce un tratamiento finalista del deseo. Hay mucho de *acting out* en esa tentativa de trasladar la toma de la decisión a la prosecución del análisis con Freud. En cierto punto, se pone en juego una búsqueda de implicación del Otro que introdujo esa deriva finalista para el deseo.

### Trauma, fantasma y lugar del analista

El movimiento que origina al discurso del psicoanálisis, depurado del método catártico, implica desde sus inicios la producción de un vaciamiento en el lugar de la causa. La primera versión del trauma, concebida como una seducción en términos realistas, permitía asignar una causa positiva para la histeria. Las transformaciones teóricas producidas en la última parte de los *Estudios de la histeria* exponen un tratamiento diferente en que se ve aparecer ya una hiancia en el lugar de la causa. El posterior relevo del trauma como causación por las nociones de fantasía -y de fantasía originaria específicamente- impone un nuevo tratamiento de la causa en que el lugar vacío dejado por el trauma no se colma. El vacío teórico que deja la caída de la causa positiva subsiste como tal y se asocia a diversos estratos de determinismo que no lo suturan. El trauma no desaparece ni pierde total importancia teórica; subsiste, pero vaciado de su realismo sustancial. El lugar que ocupa el trauma en la causación se ha de retomar desde la compleja articulación entre determinismo y accidente, el historial del *hombre de los lobos* constituye un ejemplo paradigmático.

A partir de los años '20, dos de los discípulos más estimados por Freud comienzan a esbozar ciertas concepciones teóricas novedosas que implican colocar en el primer plano de la escena psicoanalítica una *nueva* versión del trauma. Se la circunscribe en función de ciertas problemáticas que esos autores consideran que la práctica analítica debe enfrentar. Estas innovaciones parecen espantar a Freud porque implican una especie de retorno espectral de sus primeras concepciones del trauma compartidas con Breuer. El tratamiento realista de la causa, recuperada en la versión del trauma-seducción promovida por Ferenczi, recubre el resquebrajamiento entre trauma y causa, fundamental para Freud, quien sostiene permanentemente "hiancia puesta en el lugar de su causa" (Gusmán, 1988, p.40).

Ciertos modos de tratar al trauma llevan a clausurar positivamente el problema de la causa, que retorna bruscamente en los abordajes de Ferenczi y Rank. En el *Seminario La lógica del fantasma*, Lacan circunscribe la eficacia de la causa como un "no sin (*pas sans*)", deteniéndose en su carácter de "ser espectral (*fantômatique*) que nunca se ha logrado exorcizar [...] aunque manifiestamente todo lo que desarrolla la ciencia tienda siempre a eliminarla" (Lacan, 1966-67, p.92). Lo llamativo de los planteos de Ferenczi y Rank es que, en la perspectiva que promueven conduce a la abolición del estatuto espectral de la causa. Esto conduce a un *impasse* de la práctica, donde lo eliminado es la eficacia negativa de la causa, que resulta del *no sin* que le da su carácter espectral.

El *no sin* causa no equivale a un *con* la causa que llevaría a positivizarla como una presencia identificable. El *no sin* apunta a sostener a la causa en su carácter de indiscernible, cuyo estatuto negativo permanece aunque no actúe con independencia de los objetos parciales que van al lugar de causas postizas. La particularidad de este doble modo lacaniano de negación es abordada, de modo esclarecedor, por Sara Vassallo en *Un no impronunciable* (2014). A partir de la angustia, "sin causa pero no sin objeto" (Lacan, [1962-63], 2004, p.360), la autora expone la necesidad de colocar *a posteriori* "una anterioridad (como causa) que no existe", pero que permite "nombrar a un objeto en su lugar, como efecto". Esto conduce a plantear que "lo sin causa es la verdadera causa [...] que se sustituye a todo objeto" (Vassallo, 2014, p.48).

La posición de Freud ante Ferenczi y Rank puede ser planteada como un rechazo al exorcismo del espectro causal -consumado cuando se asigna a la causa un estatuto positivo-, cuyo efecto es la transformación del análisis en una práctica de lo posible. Esto se articula con el estatuto teórico del análisis terminado. La imposibilidad de obturar a la causa como problema, resulta de su carácter indiscernible e implica, entre otras cosas, que el fin de análisis no puede determinarse con exactitud teórica, puesto que ello supondría la producción de un

saber positivo sobre la causa de la neurosis.

El rechazo freudiano a transformar el análisis en una práctica de lo posible está evidentemente sugerido en *Análisis terminable e interminable*, donde se plantea que la etiología traumática es la que ofrece la oportunidad más favorable para el análisis (Freud, [1937], 1986, p.223). Ahora bien, ¿hay una etiología que pueda ser considerada exclusivamente traumática? El retorno fervoroso del trauma ¿no supone la puesta en primer plano de un optimismo terapéutico que presenta menos dificultades? Ese optimismo es inseparable del modelo más elemental de causa médica. En *Inhibición, síntoma y angustia*, Freud ya se había referido esto:

Es muy de lamentar que siempre quede insatisfecha la necesidad de hallar una 'causa última' unitaria y aprehensible de la condición neurótica {*Nervosität*}. El caso ideal, que probablemente los médicos sigan añorando todavía hoy, sería el del bacilo, que puede ser aislado y obtenerse de él un cultivo puro, y cuya inoculación en cualquier individuo produciría idéntica afección. O algo menos fantástico: la presentación de sustancias químicas cuya administración produjera o cancelara determinadas neurosis. Pero no parece probable que puedan obtenerse tales soluciones del problema (Freud, [1926], 1986, pp.143-144, destacado propio).

El trasfondo del problema de lo indiscernible de la causa de la neurosis con su única posibilidad de abordaje debe articularse con la metapsicología como discurso de lo provisorio. Paul-Laurent Assoun ha mostrado la operatoria de un intervalo en el saber, característico de la constitución de la *episteme* de la metapsicología en sus relaciones con las ciencias de la naturaleza (*Naturwissenschaften*), que instituye a la provisoriedad como registro de una nueva *episteme* freudiana (2008b). Carlos Kuri (2011) propone, en cambio, leer esa provisoriedad puesta de relieve por Assoun, no como cierta especificidad en el registro de lo epistémico, sino como aquello que instituye a la metapsicología en tanto que es discurso y no simplemente *episteme*. Esa idea se fundamenta en la afectación permanente de la alteridad clínica como constitutiva del discurso metapsicológico.

El trauma de nacimiento impone la versión de una causa discernible, localizable, a tal punto que se propone como algo pasible de ser comprobado en la experiencia. Por eso Freud plantea, con un dejo de ironía, que "parece una ventaja de la etiología de Rank conceder prioridad a un factor susceptible de examen en el material de la experiencia". Sin embargo, este aparente beneficio materialista la torna al mismo tiempo ineficaz e inadecuada: "mientras no se haya emprendido efectivamente esa demostración, será imposible formular un juicio acerca de su valor" (Freud, [1926], 1986, p.143).

Es evidente la ironía que subyace a ese comentario: el estatuto provisorio de la metapsicología se funda precisamente en la imposibilidad de demostrar de modo definitivo, en la insatisfacción que hiende a todo saber como provisorio. Entonces, el hecho de que la etiología traumática sea indemostrable no debiera llevar a apartara de las aseveraciones del psicoanálisis, que también son en último término indemostrables y provisorias -ajenas a los criterios de validación de las *Naturwissenschaften* que sirven de modelo a las tres dimensiones de la metapsicología-. El planteo de Rank ocupa un lugar especial, ajeno a las aseveraciones metapsicológicas freudianas por las grandes diferencias en el tratamiento de la causa y no por ser indemostrable. En Rank lo indemostrable no conduce a un discurso provisorio, sino a aseveraciones que podrían sostenerse en demostraciones -en caso de que se las hubiera realizado-. De allí la ironía en el comentario de Freud. En este punto debe leerse la objeción a Rank en todo su impacto: al trasladar la causa a un pasado como si efectivamente hubiese ocurrido -es decir, ubicar un origen sustancial y no un origen sustraído- la causa queda desafectada de contingencia y la estructura se vuelve pura determinación. El comentario irónico de Freud muestra que faltan las pruebas para una determinación tan absoluta.

La eficacia de la sustracción del origen es esclarecida por Sara Vassallo al tomar en cuenta la relación entre Ley y objeto desde la insoslayable referencia mítica freudiana: "Lo que se puso entre el antes y el después (el asesinato) no es un origen sino una pantalla. Sin embargo, si no se lo pone, el relato mítico no puede estructurarse" (2014, p.54). Ahora bien, eso implica que la pantalla del mito no opera como una causa sustancial, sino más bien todo lo contrario. En la eficacia propia de lo que retorna se ve que opera una causa postiza, cuyos

efectos exponen no un origen sustancia sino una sustracción. Se podrá objetar a este planteo que Freud no postula a su relato de *Tótem y Tabú* como un mito sino como un hecho histórico que ocurrió efectivamente. Sin embargo, la creencia de Freud en el hecho en sí no es lo relevante -que además puede relativizarse si se consideran los comentarios posteriores de *Psicología de la masas y análisis del yo*, donde -sin ningún sobresalto- acoge la objeción de que su concepción sobre el padre de la horda es una *just-so story*, sin que le impida seguir sosteniendo su validez teórica ([1921], 1986, p.116). Lo importante es el lugar ocupado en la estructura resultante, que introduce la posibilidad de postular una causa sustraída en el origen desde el relato del asesinato mítico.

El tono de uno de los libros más conocidos de Rank -*El trauma del nacimiento*- es muy antifreudiano. Especialmente por su búsqueda de armonizar una etiología biológica con determinados efectos psíquicos, como si no hubiera nada que separe un registro de otro. En el prefacio plantea "una concordancia y una armonía perfectas entre la base y la cumbre" (Rank, [1924], 1961, p.15). En una clara distinción con esto, los tres factores intervinientes en la causación de las neurosis bosquejados en *Inhibición, síntoma y angustia* (biológico, filogenético y psicológico) luego de las objeciones a Rank, se alejan de cualquier forma de armonía. Se trata de factores que se interceptan, pero sin recubrirse; no colman, por ende, de un modo positivo el dominio de lo causal. Al contrario, de esos tres niveles se decanta un problema intacto: lo indiscernible de la causa última de las neurosis.

El anudamiento de esos factores, en absoluto contraste con la idea de armonía preconizada por Rank, es precisamente el conflicto psíquico, ligado a la fractura del aparato anímico, reforzada por el hecho de su carácter sexual, algo que lo convierte en francamente irresoluble. La etiología sexual fue clave en el deslizamiento incipiente en *Los estudios de la histeria* hacia el psicoanálisis para introducir lo indiscernible de la causa última. Los tres factores con que Freud circunscribe el problema de la causa de las neurosis no se complementan para abarcar la causalidad en su totalidad, y terminan desplazando su posible resolución al futuro, sello donde emerge la metapsicología como discurso provisorio y saber inconsistente sobre la causa: "Provisionalmente, debo admitirlo, no hemos avanzado más en nuestra intelección de la esencia y la causación de las neurosis" ([1926], 1986, p.146).

### **Fantasia de segundo nacimiento y *acting out*: positividad de la causa traumática**

Para dar cuenta de la relación entre el trauma del nacimiento y el problema de la causalidad en toda su complejidad, es necesario circunscribirla a las vicisitudes de la práctica analítica -y dejar momentáneamente de lado la imputación teórica que puede hacerse a Rank por el modo de abolir la contingencia con una versión sustancialista de causa-. La cuestión, así recortada, cobra un relieve especial: el problema teórico de la causa de la neurosis debe ser articulado a su tramitación en análisis en función de la posición del analista, en relación con los impactos sobre el problema del final de análisis.

La forma en que Rank desemboca en esta concepción teórica presenta un valor especial, puesto que está asociada a un modo singular de articular la fantasía con el trauma. A partir del tratamiento de ciertas fantasías recurrentes presentadas por sus pacientes, llega a concebir la idea de una "fantasía de segundo nacimiento". En el curso de uno de los tratamientos que conduce, el analista pudo pesquisar que esa fantasía se presentaba como "una repetición de su nacimiento en el curso del análisis: desprendiéndose del objeto libidinal, representado por el psicoanalista, el enfermo tenía la ilusión de reproducir exactamente su separación del primer objeto libidinal", es decir, su separación de la madre en el nacimiento efectivo (Rank, [1924], 1961, p.19). Por esta vía, el trauma del nacimiento como etiología de la neurosis queda estrechamente vinculado con la problemática de la finalización del análisis. El análisis se termina cuando se repite ese trauma a partir del desprendimiento del analista como objeto libidinal.

Se ve así la importancia que adquiere la noción de repetición para la concepción clínica de Rank. Junto a Ferenczi la habían promovido en su obra conjunta *Perspectivas en psicoanálisis*. Sin embargo, sus planteos tienden -en distintos escritos- a aislar la repetición de la rememoración, con un artificio tópico cuestionable. Al respecto, sólo cabe apuntar que

la repetición no aparece como un límite interno a la misma rememoración, la versión metapsicológica más elaborada en Freud de la cuestión. Al contrario, aparece situada como la conquista de un terreno cuyo franqueamiento permitiría alcanzar una terminación plena y afectiva del análisis. El trasfondo es el amoldamiento de la repetición a una versión sustancialista de causa, cuyo síntoma más manifiesto es el recurso a la abreacción.

El tratamiento superficial que suele hacerse de la repetición se puede ver claramente expuesto en el planteo de Yves Lugin, quien reivindica los abordajes ferenczianos sobre la repetición como si condujeran a un franqueamiento clínico frente a las limitaciones del análisis freudiano clásico. Aunque este autor se refiere específicamente a Ferenczi, sus planteos pueden servir también para dar cuenta del estatuto que cobra la repetición en Rank. Lugin sostiene que a partir del año 1920, habiéndose percatado de los abusos de la asociación libre freudiana, Ferenczi ya no promueve más el registro de la rememoración -que se asociaría con el levantamiento de la represión del trauma- y lo suplanta por el de la repetición. El problema de esta lectura es que los límites de la cura para Freud se plantean como aquello que Ferenczi conseguiría sobrepasar a partir de un *proceso de repetición del trauma en la dinámica de la transferencia*. Como consecuencia, se deduce erróneamente que los obstáculos que entran en la rúbrica de la reacción terapéutica negativa son escollos que pueden sobrepasarse siempre y cuando el analista no se atemorice y se someta a ciertos *abismos de la contratransferencia* (2017, p.244-245)

Lo anterior permite calcular el impacto que pudo provocar en Freud la afirmación de Rank cuando se arroga la aptitud de conocer "*las causas verdaderas y últimas de la neurosis*" ([1924], 1961, p.182, destacado propio). Positivizar la causa de la neurosis, tratarla como algo pasible de ser discernido e identificado, es contrario al trayecto ético freudiano. Plantear al conflicto psíquico como motor del análisis implica un abordaje de la causa en que ésta queda del lado del sujeto como algo irresoluble, cuestión asociada a la postulación de la causa como una hendidura en el sujeto que lo atraviesa dividiéndolo. En contra de eso, la teoría sobre la causa verdadera de la neurosis le extirpa la causa al sujeto y erradica al conflicto como motor del análisis. En términos freudianos, el conflicto no es algo que pueda resolverse en la perspectiva tópica con la cual se distinguen las instancias, implica sobre todo al factor dinámico como un más allá del supuesto compromiso entre ellas, donde prevalece la tensión irresoluble en la transacción. Corresponde a aquello que está más allá del determinismo, a aquello que le es irreductible, a un "margen de libertad" (citado en Vassallo, 2014, p.60).

El reproche freudiano referido a la creencia de que podría encontrarse la causa última de la neurosis, puede leerse de manera implícita en muchos de los cuestionamientos dirigidos a Rank y a Ferenczi. En lo que respecta al primero, la cuestión es bastante clara con la respuesta irónica de Freud en una de sus cartas: el trauma del nacimiento sepulta al complejo del Edipo como raíz y razón del conflicto psíquico. El trauma, en tanto causa discernible, no deja lugar para la fuente de conflicto futuro, es decir, cierra la brecha de lo indeterminado. La objeción dirigida a Ferenczi se observa en la forma con que Freud ubica sus métodos técnicos en serie con la hipnosis. Ésta es la técnica por excelencia que trabaja sin la trama del conflicto psíquico, y que puede producir, por tanto, ese resultado asombroso, artificial: un inconsciente de laboratorio. El giro argumental en la siguiente cita deja entrever que las técnicas de Ferenczi eran vistas por Freud como tentativas de suplantar los logros de la hipnosis, como si sus búsquedas de transformaciones hubieran estado ligadas a encontrar un sustituto de una eficacia equivalente: "Hasta ahora no se ha hallado un sustituto para la hipnosis. Desde este punto de vista uno comprende los empeños terapéuticos, vanos por desdicha, a que un maestro del análisis como Ferenczi consagró los últimos años de su vida" (Freud, [1937], 1986, p.233).

En relación con la postulación del trauma del nacimiento aparece de entrada, aunque de modo rudimentario, el problema relevante de la implicación del analista en transferencia. El contexto se asocia al lugar que adquiere el nacimiento como una consistencia causal que arrasa con todo resquicio de indeterminación necesario para que la clínica se mantenga dentro de ciertos parámetros éticos: "El análisis tiene como último efecto *liberar al enfermo*, tardíamente, pero *de una manera definitiva*, de la influencia del trauma del nacimiento, que no ha desaparecido jamás de su inconsciente" (Rank, [1924], 1961, p.20, destacado propio).

"Mediante el trámite analítico, emprendido con posterioridad, de ese trauma primordial, Rank esperaba eliminar la neurosis íntegra, de suerte que una piecita de trabajo analítico ahorrara todo el resto. Unos pocos meses bastarían para esa operación" (Freud, [1937], 1986, p.219). El problema del método de Rank es que consistía en atacar a la causa como si ella fuera identificable, mientras que para Freud, la causa es indiscernible y se expande de forma diseminada. La consecuencia fundamental es que la cadena que la une a sus efectos está rota, separada por una hiancia.

En esta obra que Rank escribe en el año 1924, se encuentra un modo singular de tratamiento de la fantasía. Aparece desplegada en análisis como susceptible de ser abordada de modo directo, y no como algo que debe ser construido a partir de jirones. Por sobre todas las cosas llama la atención que el analista aparezca involucrado en la fantasía como el sustituto de otro objeto erótico. Es preciso interrogar, el ámbito psíquico en que se produce este abordaje de la supuesta fantasía. Ese modo de tratamiento del analista como objeto en que se quiere ubicar el estatuto clínico de una repetición que iría más allá de la rememoración, ¿no está ligado más bien a un *agieren*, es decir, a una actuación declinada en el sentido del *acting out*? ¿Pero no podría también decirse, con toda razón, que este *agieren* de la fantasía de segundo nacimiento, en la medida en que aborda la caída del analista como objeto libidinal para la terminación de un análisis, toca la nevadura del acto analítico, tal como puede entenderse desde los desarrollos de Lacan?

A Rank se le puede objetar la simpleza del trayecto que va de una causa asignada positivamente -el nacimiento, desprendimiento de la madre que operó como trauma ocasionador de la neurosis- al tratamiento de la causa en análisis, donde el rol sustitutivo del analista respecto de la madre permitiría tramitar de otro modo la pérdida, a partir de la fantasía de segundo nacimiento. No obstante, debe reconocerse el mérito de haber situado algunos elementos para bosquejar una problemática soslayada por Freud en *Análisis terminable y análisis interminable* ([1937], 1986): la relación con el analista en tanto objeto (en relación con su eventual caída) como una forma fundamental de tramitar en un análisis la pérdida involucrada en la causa de la neurosis.

La ubicación del término del análisis se sitúa a partir del momento en que se *reproduce el acto del nacimiento* y se consume en el paciente un *segundo nacimiento*. No es tarea fácil llegar a eso, puesto que "detrás de todas las resistencias del enfermo, se disimula el deseo de prolongar indefinidamente la situación analítica, que le procura siempre una gran satisfacción" (Rank, [1924], 1961, p.24). Ese pasaje presenta un singular interés porque muestra cómo -en términos clínicos- la causa sustancial del trauma del nacimiento puede ser aprovechada como búsqueda de corte para una transferencia que se prolonga de modo excesivo. Aquí es donde se puede ubicar una forma rudimentaria de *acting out*, ligada a la reproducción de una causa en su dimensión sustancial en *el aquí y ahora* con el analista. Eso insta también la posibilidad de insertar la pregunta por las conexiones de este *acting out*, que pone en juego un corte estructural -aunque de modo degradado- con el acto analítico en el final de un análisis. Lacan ubica unas coordenadas precisas cuando en el *libro 15 del Seminario*, plantea el corte que implica una caída del analista de su lugar en la transferencia como sustituto causa de deseo, para convertirse en un objeto *a* en sí que ha perdido aptitud metafórica (1967-68, p.193).

Cabe destacar que la noción de trauma posee en Ferenczi una complejidad suplementaria que la hace menos realista que la de Rank. El trauma no es una mera fatalidad de la que el sujeto pareciera estar excluido, como si no estuviera conflictuado por ella. Cuando Ferenczi vincula al trauma con los efectos duraderos de una sugestión poshipnótica implantada en el *organismo psíquico* del paciente sin que se ejerciera resistencia alguna de su parte (2008, p.91), se deja entrever que hay una mínima implicación del sujeto por la omisión de tomar cierta posición de rechazo. En esa lógica, el trauma termina quedando ligado a cierto modo de relación con el Otro, respecto del cual el sujeto asume una posición, aunque sólo sea la de no responder. Eso permite afirmar que el trauma no está en Ferenczi exclusivamente referido al desamparo de un cuerpo desbordado por la intensidad de los estímulos del mundo, modelo cuestionado por Lacan en el *libro 11 del Seminario* (Lacan, [1964a], 1973, p.160). Otro aspecto fundamental en el abordaje ferencziano del trauma es su

articulación con el fenómeno de la transferencia: el analista está situado al nivel de un Otro histórico y no como un mero representante de la realidad: "La transferencia daría la oportunidad de ofrecer la protección y los apoyos que en el trauma se echaron de menos" (Ferenczi, 2008, p.116).

El enfoque de Rank implicó -fundamentalmente en las curas que condujo- la prevalencia de un tratamiento positivo de la causa, asociado a ciertos efectos clínicos que se aproximan a la estructura del *acting out*. Sus abordajes teóricos permitieron recorrer algunos puntos medulares de la ética de la práctica analítica, desde la tramitación de la causa en sus conexiones con la repetición y la posición del analista.



## CAPÍTULO 4

### **Fantasma y acting out ante el deseo del analista**

---

De par notre présence, et en tant que nous écoutons le patient, nous tendons à faire se confondre la ligne du transfert avec la ligne de la demande. Nous sommes donc, au principe, nocifs (J. Lacan : *Les formations de l'inconscient*)

Il ne faut pas tracasser inconsidérément la cause du désir (J. Lacan : *L'angoisse*)

#### **El acting out, lo estructural y lo clínico**

El abordaje de la distinción del *acting out* respecto del fantasma en sus relaciones con el discurso inconsciente es fundamental para diferenciar al *acting* de las concepciones que lo restringen a lo genérico de una acción motriz, donde se pierde su especificidad como reacción desviada de la enunciación del sujeto en el discurso. La psicopatologización del *acting out* impacta en el forjamiento de categorías nosográficas, como las de paciente *borderline*, *neurosis de carácter*, etc. Implica desligar al fenómeno de las vicisitudes del análisis, dejando sin interrogar su relación con el Otro transferencial, cuestión que resulta decisiva para dar cuenta del *acting out* en la coyuntura entre lo estructural y lo clínico. De alguna u otra manera, ese entrecruce está siempre presente en las sucesivas concepciones de *acting out* expuestas por Lacan. Aunque en algunas de ellas prevalezca un enfoque clínico y en otras un discernimiento de tipo más estructural, existe una estrecha articulación entre ambas cuestiones. Si bien se observa en las consideraciones lacanianas tempranas una acentuación del abordaje clínico del *acting out*, el problema nunca dejó de ser planteado desde el punto de vista de la estructura del sujeto. No sería por eso del todo preciso afirmar que en la enseñanza de Lacan existe el pasaje de una concepción puramente clínica del *acting out* a una posterior que destaca sus fundamentos estructurales, tal como algunos autores plantean (Ritvo, 2005).

#### **Incidencias del acto en la pregunta nosográfica por la estructura**

La articulación entre lo estructural y lo clínico en el horizonte del acto analítico es clave para evitar las degradaciones que se producen desde la encerrona nosográfica. Esta coyuntura resulta determinante para interrogar la relación del *acting out* con el fantasma en el plano del discurso, en sus diferencias respecto del síntoma y del pasaje al acto.

El término *acting out* se introduce en la literatura analítica a partir de la traducción inglesa del *agieren* (actuar) freudiano. La noción es indesglosable de las vicisitudes del análisis, como se puede deducir del hecho de que irrumpa en uno de los escritos técnicos de Freud ([1914], 1986). La importancia de la experiencia del análisis para el forjamiento del *acting out* fue precisada por Lacan en *La lógica del fantasma*, al enunciar que allí nace la posibilidad de desgajar el *acting out* del acto y del pasaje al acto:

[la historia indica] cierta correspondencia global de este término con lo que instituye la experiencia analítica. No digo que sólo haya acting en el curso del análisis, digo que es de los análisis y de lo que allí se produce que surgió el problema, que surgió la distinción fundamental que hizo aislar del acto y del pasaje al acto [...] distinguir el *acting out* (Lacan, 1966-67, p.255).

La distinción entre acto, *acting out* y pasaje al acto corresponde a Lacan y no se encontraba establecida como tal fuera de su enseñanza. Ahora bien, aunque el *acting out* surja como un problema ligado a la práctica analítica, no es exclusivo de ella. Una distinción fecunda respecto del pasaje al acto no puede referirse sólo a la ocurrencia del fenómeno en el marco de una situación de análisis.

En algunas teorizaciones contemporáneas de psicoanálisis es frecuente encontrar planteos de modos de clínica asociados a nuevas entidades que se apartan de las clásicas

neurosis de transferencia freudianas. Ello confluye hacia toda la problemática de lo *borderline* y de los estados límites o fronterizos, que son reacias al dispositivo analítico clásico. En realidad, el germen de lo que no se acomoda de manera favorable al dispositivo analítico por la vía de la transferencia ya estaba en juego en la temprana noción freudiana de neurosis actuales (Freud, [1895], 1986). El abordaje de la cuestión implicaba la imposibilidad de desconectarlas de las neurosis de transferencia como categoría autónomas. No constituían una categoría en sí que pudiera ser pensada analíticamente de modo diferenciado: las neurosis actuales imponían más bien, en el ámbito de las neurosis, uno de los límites de lo analizable, de lo abordables por el dispositivo analítica. Hasta la tardía recapitulación de la cuestión en 1926 muestra claramente cómo neurosis actuales y psiconeurosis no son independientes una de la otra, resultan aunadas a partir de las conexiones entre la angustia automática y la señal ([1926], 1986).

De modo contrario al abordaje freudiano, el límite se positiviza cuando es escindido, y se transforma en una categoría *per se*: lo indiscernible del borde se convierte en una categoría positivizada cuando se nombra a un paciente como *borderline*. La ventaja de conservar la categoría de *acting out* como algo ligado a manifestaciones de cierto tipo de pacientes -sin agruparlos en una categoría aparte- es introducir un abordaje en la esquizia estructural y clínica que impide separaciones abruptas.

En relación con eso, se destaca el modo en que Lacan modifica el enfoque de la cuestión respecto de los abordajes habituales. Cuestiona el forjamiento de nuevo tipo de entidades y propone pensar, en cambio, manifestaciones clínicas ligadas al *acting out*. Al referirse a Margaret Little y a Franz Alexander en el *Seminario La angustia*, sugiere considerar de otra forma esa hendidura que la categoría de *neurotics characters* pretendía abrir entre neurosis y psicosis:

Entre las dos [neurosis y psicosis], [M. Little] define una tercera clase, aquella de las neurosis de carácter o personalidad reactiva, lo que Alexander designa como *neurotics characters*. En definitiva, todo aquello en torno a lo que se elaboran tentativas clasificatorias bien problemáticas, mientras que, en realidad, no se trata de una especie de sujetos, sino de una zona en que prevalece lo que aquí defino como *acting out* (Lacan, [1962-63a], 2004, p.168).

¿Cuál es, entonces, la relación del *acting out* con las estructuras clínicas? ¿Es posible hablar de pacientes en quienes prevalece el *acting out* como modo de tramitación estructural -en relación con la demanda o con las posiciones asumidas ante el objeto causa de deseo-, o se trataría más bien de algo exclusivamente ligado a una puesta en juego en transferencia relacionada con la posición del analista? Una cosa no excluye a la otra porque justamente la gran virtud de la noción de *acting out* es no clausurar la pregunta por la estructura sin el acto de la clínica. Ella muestra de manera privilegiada que no hay estructura que pueda sostenerse sin una referencia al horizonte ético abierto por la práctica del psicoanálisis.

Cuando Lacan afirma que “no se trata de una especie de sujetos” ([1962-63a], 2004, p.168), corre el acento de la pregunta por la estructura del sujeto hacia el plano clínico. La despatologización del problema se desliga de la necesidad de crear un cuadro especial para los pacientes en quienes el *acting out* prevalece. Al contrario, implica una relativización de la concepción de la estructura como algo independiente de la tramitación del deseo en la situación analítica. Eso lleva a la problematización del *acting out* a partir de una serie de cuestiones que muestran el empalme entre lo estructural y lo clínico en la clínica de las neurosis. La cuestión puede ser cifrada a partir de tres momentos de la teorización lacaniana que, por supuesto, no se excluyen los unos a los otros:

1) La escisión entre deseo y demanda, planteada en el seminario *Las formaciones del inconsciente* (Lacan, [1957-58a], 1998), implica considerar una división estructural del sujeto cuyos destinos pueden ser pesquisados en la clínica. En este punto es fundamental considerar que la transferencia analítica es abordada, en este contexto, justamente desde la posición del analista ante la demanda.

2) El objeto *a* como causa del deseo. Los desarrollos del seminario *La angustia* (Lacan, [1961-63a], 2004) permiten abordar, en conexión con esto, la estructura del deseo de la

neurosis como algo esencialmente no efectuado. Este resulta determinante para abordar cómo, por la posición del analista en relación con la tachadura del Otro y el objeto parcial, pueden producirse efectos de obturación del vacío de la causa.

3) La temporalidad del acto permite dar cuenta de los efectos que tienen las marcas que estructuran al sujeto dividido en el campo del Otro. El *acting out* y el pasaje al acto se presentan como desvíos del deseo en la estructura, puntos en que la división se resuelve como escapada, rechazos del acto que no dejan de ser inherentes al mismo. Esto exige considerar a ambos dentro del dominio ético, aunque estas derivas no sean exclusivas de la situación analítica, para el análisis. Los fundamentos de la práctica están ligados al trabajo con el acto que estructura a un sujeto como dividido, campo privilegiado para cernir la tramitación del deseo en relación con el Otro en su plena dimensión transferencial. Algunas especificaciones de los seminarios *La lógica del fantasma* (Lacan, 1966-67) y *El acto analítico* (Lacan, 1967-68) resultan claves para el abordaje de esta cuestión.

### **La degradación empírica del *acting out* y la respuesta técnico - nosográfica**

La postulación de nuevos cuadros clínicos asociados al *acting out* se produce, en ocasiones, a partir de una sectorización psicopatológica: pacientes considerados *borderline* o *états limites*. Esta perspectiva frecuentemente conduce a la consideración de una modificación de la técnica en la práctica como condición para abordar a ese nuevo tipo de pacientes que el dispositivo clásico no puede alojar. Jorge Jinkis ha mostrado de modo certero cómo, "cada vez que aparece un problema teórico", los psicoanalistas, inmersos en una confusión entre los límites del psicoanálisis y sus propios límites, han intentado históricamente "cubrir ese *hiatus* con alguna innovación técnica" (1993, p.40),

Los desarrollos de André Green sobre los llamados *casos limites* son especialmente esclarecedores para introducir esta cuestión. Este autor conduce a un aplastamiento del *acting out* desde una noción genérica de acto, donde queda asimilado a una descarga motriz. En los pacientes límites, se sostiene, es habitual que se produzcan evacuaciones "en el soma o por el acto" (Green, 1999, p.41). El trasfondo de su planteo responde a una especie de finalismo empirista que se manifiesta en su concepción de descarga; en el eclipse del cuerpo con lo motriz como vía de evacuación se degrada la complejidad de esta noción.

En los abordajes de Jacques André, contemporáneos a los de Green, es aún más clara la articulación entre la nosografía y un *acting out* reducido a una acción motriz. Ambas cuestiones aparecen enmarcadas en el planteo de la necesidad de una nueva técnica para el psicoanálisis: "la literatura *borderline* multiplica los ejemplos de funcionamiento psíquico que, por tomar prestado más el *modelo del acto* que el de la representación, se burlan de la regla fundamental". En referencia al conocido caso en que Margaret Little relata su propio análisis con Winnicott, comenta cómo, a raíz de un estado de furia, rompió un jarrón que había en su consultorio. André plantea: "no se puede asociar a partir del jarrón y reducirlo a migajas a la vez" (André, 1999, p.11, destacado propio). La distinción empírica que se establece entre *representación* y *modelo del acto* salta a la vista: el *fantasma* queda reducido a una representación concebida como interioridad, y el acto a una evacuación de esa representación-fantasma por la vía del soma.

El prejuicio de fondo que opera en estas concepciones que tienden a disolver el acto en una acción motriz es la distinción empírica entre el fantasma como algo irreal, ya que así concebido, se corresponde con una interioridad psíquica y sería solidario de la representación como evocadora de una realidad que no está allí- y el acto como aquello que ocurre efectivamente en la realidad. De este modo, las consideraciones de Green (1999) y André (1999) reducen el acto a una acción que se opondría a la representación, no queda lugar allí pues para dar cuenta del problema del *acting out* como algo que acarrea una singular posición del sujeto en la estructura, indisoluble del estatuto del analista en transferencia cuando ocurre en análisis.

Esta cuestión es altamente instructiva para problematizar cómo desde estas teorizaciones se conduce a una psicopatologización de la experiencia analítica. Consiste en que, por un lado, en aislar el acto como una repuesta inadecuada que, por ser distinta del

registro del fantasma y de la representación, exige un nuevo dispositivo. El acto es motivo para que el sujeto se fije como un caso positivo: el caso límite es el nombre que agrupa a ciertos pacientes que actúan. Lo motriz sirve para separar tajantemente al acto de la estructura del aparato psíquico -fantasma y representaciones-. Eso implica que el acto deja de ser un problema estrictamente analítico, de allí la idea de que el dispositivo clásico se tiene que reacomodar.

Para André y Green el acto es el momento por el cual el psicoanálisis se tiene que transformar en otra cosa. Así se pierde la posibilidad de abordar al acto (como *acting out*) en su estatuto ético: como algo que desafía los límites clásicos del dispositivo -que pareciera en cierto punto consustancial a la tramitación sintomática del deseo-, pero que es intrínseco al mismo. Esta idea es la que está en germen en *Repetir, recordar y reelaborar* cuando Freud enuncia que, pese a que el trabajo analítico procede por la vía de las representaciones, el análisis no puede desligarse del límite en la representación que trae la repetición del *agieren*. En resumen, el *acting out* introduce el problema clave de que no hay ética sin esquizia, sin división. Los planteos de estos autores llevan justamente a perder lo fecundo del acto la noción de *acting out* tiene para la producción del enfoque contrario: precisamente un enfoque en que prevalezca, en contraposición a la psicopatología desprendida de la clínica, la articulación entre estructura y clínica.

### **La positivización del caso como anulación del límite ético**

La respuesta nosográfica transforma al paciente en un caso positivo acoplado al acomodamiento del dispositivo, con lo que se busca promover una extensión de los límites del psicoanálisis. De ese modo, el límite es concebido como un paso a ser franqueado para incorporar al paciente en su positividad. El horizonte de conquista que abre el franqueamiento del límite se contraponen a la imposibilidad estructural que debería fundamentar toda práctica del psicoanálisis para no transformar el caso en algo positivo. La positivización del caso debe ser contrapuesta a la imposibilidad como un límite que se instituye en el dominio ético.

En *Subversión del sujeto y dialéctica del deseo...*, Lacan sugiere que la imposibilidad de instituir a un caso como caso resulta constitutiva de la falta que funda la posición del analista. Es su *no dominio* en el plano imaginario lo que instituye al analista como tal:

su necesaria imperfección es algo tan importante de reglar como la firmeza en él voluntaria de su nesciencia respecto de cada sujeto que acude a él en análisis, de su ignorancia siempre nueva para que cada uno no sea un caso (Lacan, [1960], 1971, p.187).

La ignorancia respecto de la constitución de un caso con cada nuevo paciente es una posición ética que está en las antípodas de una adaptación del dispositivo a un caso concebido en términos positivos. Esta positividad se desprende de las respuestas nosográficas recientemente examinadas, donde la versión teórica del caso se corresponde con una transformación técnica en que suele prevalecer la referencia al encuadre. Ése es el marco de una situación concebida en términos realistas, donde la contratransferencia es destacada como codificación técnica, pero cuyos fundamentos parecen desentenderse de la disimetría de la pseudo situación analítica.

### **Acting out y acto analítico en el abordaje de la causa**

La pregunta por el modo de tratamiento de la causa en relación con el Otro transferencial -cuando irrumpe el actuar (*agieren*) como un problema clínico para el psicoanálisis- se esclarece si se historiza la génesis de esta noción como un resto del abreaccionar (*abreagieren*). En *Estudios sobre la histeria*, la abreacción era el objetivo del método: conseguir la liberación del afecto estrangulado. Ella aparecía ligada a la demanda explícita que se producía desde el lugar del Otro transferencial: la focalización en el síntoma debía conducir a la reproducción del episodio traumático que lo había generado, para ocasionar la liberación del afecto. La dimensión de escollo resistencial de la transferencia aún

no había sido descubierta, cuestión ligada al hecho de que la demanda del Otro obturaba la apertura a un posible trabajo con la causa a cargo del sujeto.

En el dominio de la abreacción, la reproducción de la génesis del síntoma se correspondía con un sustancialismo finalista. La repetición no existía como escollo al trabajo en su faz de resistencia porque todo parecía ser accesible al recuerdo. En el encuentro de la escena en su realismo sustancial se manifiesta la disolución entre repetición y recuerdo: cuando la escena se repetía, se accedía al mismo tiempo al recuerdo que permitía la liberación del afecto. La abreacción revivenciada vendría a ser un cuasi sinónimo de una repetición degradada a la evocación de una identidad del pasado en su realismo sustancial. Se busca el recuerdo del episodio ocasionador, pero el recuerdo sin el afecto que lo acompañe no produce ningún efecto liberador. La repetición es el recuerdo más el afecto: "Un recordar no acompañado de afecto es casi siempre totalmente ineficaz; el decurso del proceso psíquico originario tiene que ser repetido con la mayor vividez posible, puesto en *status nascendi* y luego «declarado» {«*Aussprechen*»}" (Freud, [1893] (1986), p.32).

La abreacción es la repetición, pero no como un escollo que muestra cómo el sujeto pone a jugar la causa en la relación transferencial con el analista -sentido que adquirirá en la técnica propiamente analítica expuesta en *Repetir, recordar, reelaborar* (Freud, [1914], 1986). Al contrario, es una repetición en que se suprime el problema de la causa como algo actual. Puesto que la causa es concebida como sepultada en un pasado, abordarla por la vía de la abreacción implica una práctica que la mantenga en ese aislamiento.

Jean Allouch se ha detenido en la precisión de las implicancias clínicas del pasaje del *abreagieren* al *agieren*. Sus desarrollos conducen a extraer algunas conclusiones sobre la diferencia entre el *acting out* y el acto analítico. Refiriéndose a la técnica expuesta en los *Estudios*, este autor sostiene que "lo demandado al histérico tenía el estatuto de *acting out*" (s.f., p.29), y que por esta razón el *acting out* se vuelve problemático una vez que la nueva técnica analítica renuncia a la abreacción: "*el acting out es lo que surge como problemático del acto cuando el médico renuncia a su demanda de abreacción*. Es correlativo pues de la ubicación del psicoanalista como tal" (p.17).

Cuando esa especie de *proto-acting out* deja de ser el objetivo del análisis -esa repetición-recuerdo demandada-, porque se abandona la búsqueda de una abreacción del afecto, será por los carriles de un recuerdo desprendido ya de la repetición que el análisis deberá transitarse, condición para que irrumpa el *verdadero acting out: agieren* y no *abreagieren*. En esta cuestión se fundamenta Allouch para precisar cómo, en el trabajo con el recuerdo sostenido en una relación transferencial, aparece el *agieren* como resto que retorna de la demanda de *abreagieren*, descartada en la nueva técnica. Eso permite ubicar que algo puede retornar, en algunos momentos críticos del análisis, de la antigua posición de ese Otro transferencial que habría llamar un protoanalista.

De todos modos, habría que precisar que el *agieren* es más abarcativo y que cubre diversas clases de fenómenos -amalgamadas todas ellas en el momento de su irrupción (Freud, [1914], 1986)-. El *agieren* no podría limitarse exclusivamente a determinada relación con la posición del analista y debería ser pensado en una triple vertiente, de las cuales las dos primeras serían en parte independientes de ella: 1) en primer lugar, como antecedente de la aún no descubierta repetición de lo reprimido inconsciente, tal como se la concibe desde "Más allá del principio del placer" ([1920], 1986), encubierta al principio por la resistencia yoica; 2) en segundo lugar, como una acción que perturba el trabajo analítico y caería a cuenta de la resistencia yoica al servicio del principio del placer; 3) por último, cabría ubicarla como un resto problemático del *abreagieren* ligado a la posición del analista.

La tercera de las tres vías es la que interesa particularmente retener aquí: en la medida en que el analista dejó de demandar un recuerdo-repetición vivido, el retorno por la vía del *agieren* vendría a mostrar que puede subsistir cierto resto de la antigua posición demandante del Otro transferencial. Aquí está evidentemente en juego el problema de lo obscuro de la transferencia, ligado a cierta posición del analista. No casualmente para Freud el amor ciego que impide el trabajo y puede llevar a la ruptura del análisis viene del lado de mujeres, o al menos de ese tipo de mujeres a quienes describe, recordando a Heine, como "aquellas de un apasionamiento elemental [...] criaturas de la naturaleza que no quieren tomar lo psíquico por

lo material", y que son sólo "accesibles a 'lógica de sopas y argumentos de albóndigas' ([1915], 1986, p.170); no es tampoco casual que Freud hable sólo de contratransferencia respecto de casos de paciente mujeres, como lo han hecho notar Patrick Guyomard (2011) y Claude Barazer (2011).

El mérito de Allouch es haber mostrado la importancia de este tercer sentido para dar cuenta de la noción de *agieren* -decantación del antiguo *abreagieren*- al precisar sus vínculos con posición del analista como Otro transferencial. De acuerdo con su planteo, dicho término vendría a ser la base para elaborar el interrogante "sobre el estatuto del acto" una vez que el *abreagieren* queda reemplazado por el gasto de trabajo que se produce en la libre asociación (s.f. p.17). A lo planteado por Allouch habría que agregar una cuestión fundamental para mostrar la vinculación del *agieren* con el problema del acto analítico: el resto que subsiste y que introduce la necesidad de la reelaboración (*durcharbeiten*). Eso resulta clave para cernir el estatuto del acto más allá de la especificidad del problema clínico del *acting out*.

Independientemente de estas tres posibles declinaciones de la noción de *agieren*, es necesario situar entonces aquello que las excede y las atraviesa de forma transversal. Puesto que no hay análisis *in effigie*, la dimensión del *agieren* en tanto actuar es condición necesaria para el trabajo analítico. Pero este actuar se pliega en el sentido del acto analítico y no exclusivamente del *acting out*. Para que exista la situación analítica, es necesaria la constitución de una neurosis de transferencia que se articule con la actualidad, con lo transferencial como puesta en acto. Eso no debe ser entendido en el sentido limitado de una actualización en el presente temporal de la sesión, en la realidad del encuentro en el *aquí y ahora* con el analista. Allí está en juego, al contrario, toda la problemática del acto analítico. La definición lacaniana de la transferencia en el *libro 11 del Seminario* como una "puesta en acto de la realidad del inconsciente" ([1964], 1973, p.164) resulta decisiva para abordar esta cuestión.

La puesta en acto no supone un actuar reducido a la presencia témporo-espacial con el analista, lo que se conoce como *hit et nunc*, aquí y ahora, de la realidad de la sesión. La actualidad de la enfermedad de la que habla Freud en *Repetir, recordar, reelaborar* ([1914], 1986) no puede ser reducida al tiempo presente, remite a la actualización de sus fundamentos en una relación transferencial con el gran Otro. Se trata de poner en acto lo que atraviesa al sujeto en su estructura: su división entre demanda y deseo, que no cesa de producirse. En otros términos, el sujeto está atravesado por lo indeterminado de una causa que no cesa tanto de afectarlo como de no afectarlo. La actualización de los fundamentos de la neurosis en el análisis ha de ser entendida a partir de la articulación entre estructura y acto.

Más allá de la interpelación de la posición del analista en transferencia a partir de los restos de demanda que pueden allí jugarse, hay en el *agieren* freudiano algo que resulta inapresable por la vía del *acting out*. Eso que en el *agieren* resulta irreductible al *acting out* permite pensar la dimensión del acto analítico como aquello sin lo cual una estructura permanecería inmutable y en tanto tal inanalizable, inexistente para el análisis. En este contexto cobran su pleno valor las afirmaciones que muestran que no hay estructura que tenga dimensión de existencia para el psicoanálisis sin lo performativo el acto analítico. La aserción de Lacan en el *libro 10 del Seminario* es contundente en este sentido: "la castración no es, a fin de cuentas, ninguna otra cosa que el momento de la interpretación de la castración" ([1962-63], 2004, p.58).

Estas consideraciones permiten extraer una ganancia inicialmente insospechada del abordaje de Allouch, que contribuyen a despejar de modo más claro la cuestión: si el *agieren* despojado de *abreagieren* puede servir para introducir el acto analítico es porque lleva indefectiblemente a interrogar la posición que transferencialmente ocupa el analista en un trabajo con la causa al que será convocado, pero a condición de ser despojado allí del dominio sobre el tiempo (dominio que el Otro poseía en la técnica de los *Estudios* y que hacía efectivamente valer con su demanda de *abreacción*). La reelaboración (*durcharbeiten*) con que Freud culmina su ensayo técnico de 1914 -el tiempo de trabajo que caerá a cuenta del analizante, una vez que el análisis haya finalizado), debe ser concebida, de un modo extensivo, como ese tiempo que será el del analizante -durante y luego del análisis- para tramitar analíticamente el trabajo con la causa en su estructura. Esto se presenta como una

condición fundamental desde que la nueva técnica exige que caiga la demanda del Otro para que se instituya otra práctica ética.

El estatuto del acto analítico será considerado a continuación, en su dimensión de corte como condición para un tratamiento del fantasma que no vaya en desmedro de su negatividad, cuestión que debe cernirse a partir una forma particular de entrecruzamiento entre transferencia e interpretación.

### **El corte del *fantasma* y la continuidad del *acting out***

La inserción del *fantasma* en un análisis se caracteriza por no poder abordarse de modo positivo. El estatuto del *fantasma* es el de un corte en el discurso que funciona como causa de la enunciación inconsciente. En tanto tal, el *fantasma* no accede nunca al orden de la palabra enunciada porque es imposible de positivizarse. En el contrapunto con el tratamiento que el *acting out* impone al *fantasma*, este último se presenta, en su presencia fugaz y virtual, como solidario del sostenimiento de ciertas escansiones temporales, esto es, de las tensiones entre anticipación y retroacción ligadas a la estructuración de la cadena significante. El *acting out*, por su parte, impone una peculiar deriva positiva del *fantasma*, introduciendo la figura contrapuesta de lo continuo con que se atenúa el corte articulado a la diferencia significativa, que en análisis funciona como fundamento para el sostenimiento de la asociación libre.

La relación entre los objetos mirada y voz se conjuga de modo muy diferente cuando el *acting out* impone un tratamiento positivo del *fantasma*. El *acting out* es producido como una formación destinada a una mirada que se ha positivizado, independizándose de la sustracción del objeto voz. Eso se conecta con el lugar que desempeña la transferencia en tanto operatoria de lectura que lleva a declinar la fascinación por las imágenes, y permite situar la distinción entre la inserción del *fantasma* en el análisis a partir del corte y el *acting out* como una formación solidaria de la pendiente sugestiva o hipnótica de la transferencia.

Para que se constituya la transferencia propiamente analítica, más allá de la salvaje que el *acting out* escenifica, es fundamental una *operación de lectura interpretativa* que decline el efecto de fascinación que el terreno de las imágenes especulares despierta. Esa fascinación cobra un carácter especial cuando el ideal opera en el campo del Otro, condición para ciertos efectos sugestivos o hipnóticos. Guillermo Koop aborda esta cuestión acentuando el efecto hipnótico de la letra cuando es contemplada desde el campo visual y puede, en cierta medida, ser asimilada a una imagen. De lo abordado por este autor, es preciso destacar aquí la relación entre la operación de la lectura -como borramiento de la imagen que produce el nacimiento de la letra- y la transferencia. Sus desarrollos permiten mostrar por qué la transferencia analítica supone la operatoria de borramiento de una transferencia más elemental, la transferencia de base, de tipo hipnótico-sugestiva. El punto transferencial desde el cual el analista interviene en un análisis estaría dado por una operación de lectura bien peculiar:

Si no es leída, la letra adopta un fascinante efecto hipnótico. Sólo es posible leer desde un punto ("punto de lectura"), aquél donde la imagen depone sus "encantos" y se torna letra. Para el psicoanálisis ese punto es transferencial. [...] La lectura analítica es intermitente frente a las posibilidades de continuidad de la fascinación sugestiva. Mirar y ver se entrelazan en un análisis. A la intermitencia corresponde la puntuación interpretativa, la otra alternativa es la del alimento del ojo [...] hay disfunción "literal" entre ver y leer. (Koop, 1996, p.123).

En el seminario *De un Otro al otro*, Lacan se ha abocado a la constitución del objeto mirada a partir de lo que nombra con el neologismo *effaçon* -que condensa el verbo: *effacer* (borrar) y el sustantivo *façon* (aquí con el sentido de *fabricación*, *hechura*)-, introduciendo la dimensión de un borrar que hace, que forma. La borratura adquiere allí un estatuto escópico y puede ser asimilada a una "puntuación" (Koop, 1996, p.123).

La lectura del caso Hans que Lacan emprende en el *libro 9 del Seminario* ilustra de manera muy clara que, para que se constituya el objeto de la pulsión escópica, el sujeto ha

de ser aquel que "borra la huella transformándola en mirada", tal como lo enuncia varios años más tarde (Lacan, [1969-69], 2006, p.314). Sólo un ser que lee su huella puede reinscribirla en el campo del Otro: la acción de arrugar la jirafa dibujada en el papel -acción que en determinado momento Hans ejecuta- permite pensar el punto de conexión en que la imagen se declina en su valor figurativo transformándose en letra. Eso permite captar cómo la operación de borrado de la imagen (Lacan, 1960-61a, p.99) resulta constitutiva de la letra: la voz y la mirada son artífices de la transformación de la representación figurativa del referente en letra, por lo cual introducen el espacio textual y discursivo del significante.

En el *libro 16 del Seminario*, Lacan ubica, en una confrontación con la gramatología que trasciende las disputas enfocadas exclusivamente en torno a la voz y la *phoné*, el estatuto del objeto mirada en su relación con la letra:

Lo que puede dar únicamente su estatuto correcto a una gramatología es *la relación de la escritura con la mirada como objeto*, la mirada en toda su ambigüedad que he resaltado recientemente a propósito de la relación con la huella, con *lo entrevisto* y, para decirlo todo, con *el corte en lo visto*, la cosa que abre más allá de lo visto (Lacan, [1968-69], 2006, p. 315, destacado propio).

Estas consideraciones contribuyen a precisar aún más el lugar del fantasma en un análisis: de ningún modo algo a lo que se tiene un acceso positivo, sino aquello que sólo puede ser planteado a partir de la función del corte. La mirada en su dimensión negativa supone ir más allá del ojo figurativo, constituyéndose en el soporte de la dimensión del fantasma.

Con respecto a la polémica entre Lacan y Jacques Derrida en torno a la cuestión de la voz y la *phoné*, Carlos Kuri ha mostrado que, para superar la metafísica de la verdad que supone plantear a la escritura como un emblema puro de la diferencia, es necesario un trabajo de lectura que interfiera y perfore recíprocamente la voz y la escritura (Kuri, 1995, p.157). Si "la voz de la lectura atenúa el ojo del dibujo" (pp.161-162), es fundamental, además, para dar cuenta de cómo eso afecta al fantasma, acentuar que otro tanto ocurre con la mirada lectora: el primer gesto de lectura con que se fonematiza el trazo debe ser intercedido también por un "corte que sobreviene en el ojo" (Lacan, [1962-63a], 2004, p.265). El dominio de lo fantasmático no se relaciona con la positividad de la imagen, sino con el registro de lo entrevisto, instituido por el corte que resulta de una operatoria de lectura. Ello consuma la ligazón del deseo con la imagen, a partir de la cual ésta se convierte en materialidad para el fantasma.

Las consideraciones precedentes permiten decir que el *fantasma* no está ni en la imagen ni en la palabra, sino en el *entre* que las separa. A esta esquizia hay que adjudicar la posibilidad de la enunciación, de la que el *fantasma* funciona como causa. El *acting out* contrasta con el *fantasma* porque la palabra se presenta en el primero, empastada en la imagen, obturando la posibilidad de una enunciación: la palabra se imaginariza en un sentido sígnico, como si suspendiera el corte entre los registros de la imagen y de la palabra, sostenida en la cadena significante. El corte es fundamento de la esquizia que los desestabiliza, posibilitando de ese modo una virtualidad precaria del fantasma.

En resumen, el *acting out* no puede vincularse con la economía de lo entrevisto en la mirada, faltaría en su conformación la operatoria de la lectura que declina a la imagen en letra. En su caso no habría resto que pueda ser puesto al servicio del sujeto, transformando la lectura de la huella en su causa; esa es la desfiguración que inaugura la dimensión de lo entrevisto. La consecuencia es que el resto deja de funcionar como causa y se anula al ser colocado sobre la escena; el resto se vuelve un motivo *per se*, cobrando el valor de una finalidad arrancada del dominio de la causa. El Otro, en la medida en que se presenta como un polo de orientación para el *acting out*, ya no estaría oficiando como el soporte para una mirada lectora, aquella que inaugura el corte en el discurso. Por el contrario, se rebaja a un ojo alimentado con las mostraciones en escena.



## Estatuto de la inserción del *fantasma* en análisis

Para problematizar el lugar que el *fantasma* ocupa en un análisis, se puede tomar como horizonte el planteo de Ritvo según el cual su estatuto depende de la “presencia transferencial del Otro” (2011, p.15). Si se parte de un planteo retomado del séptimo seminario de Lacan que sostiene que los fantasmas no soportan en cierta medida la revelación a la palabra ([1959-60], 1986, p.97), ¿en qué consiste esa presencia? ¿cómo pensar, pues, la *presencia* de los fantasmas en análisis en relación con la transferencia si se caracterizan por no poder ser enunciados mediante la palabra? En formulaciones más tardías de Lacan se extrema la concepción que acaba de ser expuesta: en el seminario *La lógica del fantasma* plantea que el *fantasma* tiene el estatuto de una muleta, de un cuerpo extraño que se resiste a la reducción al discurso inconsciente (1966-67) y que permanece, por tanto, ajeno y sustraído de la interpretación analítica, sin ocupar ningún lugar en ella.

Ahora bien, también puede ser caracterizado como un cuerpo extraño al discurso inconsciente, aunque en un sentido distinto al del *acting out*. ¿Está justificado decir que un *fantasma* está dirigido al analista? La reticencia del sujeto a confesar sus fantasmas, conduciría a afirmar lo contrario. A diferencia del *acting out*, se configura poniéndose al resguardo de la transferencia. Sin dejar de depender de cierta presencia transferencial del Otro, se recorta, se sustrae de la tramitación por la cual el inconsciente se constituye en discurso del Otro. Si *ingresa* a la transferencia, es de forma sintomatizada, vía privilegiada para la irrupción del discurso inconsciente en un análisis. Sin embargo, los límites para el trabajo con el discurso inconsciente, permiten conjeturar ciertas condiciones para las manifestaciones del *fantasma* por la vía del *acting out*, modalidad de tramitación que se examinará a partir del caso de Lebovici.

El *fantasma* no es algo que pueda abordarse de forma positiva, como si consistiera en la materialidad concreta de un texto manifiesto. Puede definirse como un guión, tal como lo hace Lacan en su quinto seminario, pero no se trata de un guión que posee la fijeza de lo escrito, sino de un guión que se quiebra cuando va a ser enunciado. Cuando eso pareciera remitir al registro del fantasma comienza a ocupar un lugar demasiado explícito en el trabajo analítico, hay motivos para interrogar la legitimidad de su estatuto clínico. El lugar transferencial del analista permitirá esclarecer la cuestión; su posición respecto de ese supuesto fantasma ¿permite o no vehiculizar en la transferencia la falta relativa al lugar estructural del gran Otro? Lo abordado anteriormente sobre Ferenczi y su producción de fantasías forzadas permitió mostrar las transformaciones clínicas que resultan cuando cierto lugar vacío en la estructura es ocupado por el analista como persona imaginaria. ¿Qué sucede en ciertos análisis, como en el episodio de Lebovici en que el fantasma pareciera incorporado íntegramente a la transferencia?

En el *libro 5 del Seminario* Lacan definió al *acting out* como “una clase de acto que sobreviene en el curso de una tentativa de solución del problema de la demanda y del deseo” (Lacan, [1957-58b], 1999, p.428). El hecho de que la transferencia misma sea, además, un modo particular de operar frente a esta disyunción entre deseo y demanda (Lacan, 1960-61), resulta crucial para poder dilucidar la articulación entre *acting out* y posición del analista. Para dar cuenta de la modificación que el *acting out* produce respecto de la enunciación inconsciente, cómo una forma de respuesta a la disyunción entre deseo y demanda en la transferencia, es necesario problematizar sus conexiones con la posición del analista ante el Otro.

La hipótesis enunciada en el capítulo 1, sostiene que una versión positivizada del fantasma podría implicar una determinada declinación impuesta a la transferencia, vinculada a la no operatoria de la tachadura del Otro por la posición del analista y a un tratamiento de la castración en el plano imaginario. Dicha versión podría ser caracterizada como una modalidad fetichista de fantasma, debido a la forma en que funciona el desconocimiento de la causa, en proximidad con las manifestaciones clínicas del *acting out*.

Al proponerse una fetichización del fantasma como operatoria que desliza a este último hacia el *acting out*, se sigue una sugerencia que Lacan desliza al pasar en el seminario *La relación de objeto* al interpretar el *acting out* del paciente de Ruth Lebovici como un “artefacto”

([1956-57], 1994, p.92) y no como una perversión.

### **La resistencia del deseo a la demanda del Otro: sugestión y transferencia**

En "Subversión del sujeto...", Lacan plantea que el neurótico se defiende de su fantasma colocando la demanda del Otro en su lugar ([1960] 1971). Esto implica que el neurótico, tendiendo a inclinarse al plano de la demanda del Otro, degrada el estatuto de su fantasma. Más adelante, en "*Compte rendu du séminaire 1966-67*", precisa del modo siguiente esta cuestión:

Porque en las puestas en acto del neurótico puede verse cómo se aproxima al fantasma sólo con largavistas (*à la lorgnette*), tan ocupado está en sustentar el deseo del Otro, sosteniéndolo en vilo (*en haleine*) de diversas maneras. El psicoanalista podría no constituirse en su sirviente (Lacan, [1967], 2001, p.326).

Esta afirmación permite pensar cómo cierta forma de posicionamiento del analista en transferencia podría *servir* a ese escape del fantasma, que Lacan remite al sostenimiento del deseo del Otro y que vincula con *puestas en acto*. Sería de todos modos más preciso afirmar que en el sostenimiento en cuestión se pone en juego una degradación del deseo en demanda. Esta relación del sujeto con la demanda funcionando a nivel del Otro puede ser esclarecida si se toma en cuenta lo bosquejado previamente por Lacan en el año 1958, cuando había distinguido la sugestión de la transferencia a partir de la posición del analista ante la demanda. De acuerdo estos desarrollos, transferencia y sugestión remiten a dos posiciones diferentes que adoptaría el analista respecto de la demanda (Lacan, [1957-58], 1998). A continuación, se intentará precisar cómo cierta modalidad de posicionamiento transferencial del Otro puede asociarse con efectos sugestivos que inclinarían el abordaje del fantasma hacia la conformación de un *acting out*. Esto implicaría la vinculación con un modo singular de Otro, de tinte sugestivo más que propiamente transferencial.

"La transferencia es ya en potencia análisis de la sugestión, es en sí misma la posibilidad del análisis de la sugestión, es la articulación segunda de lo que, en la sugestión, se impone pura y simplemente al sujeto" (Lacan, [1957-58], 1998, p.427). Esto no quiere decir que habría que analizar la transferencia o interpretarla como si se tratara de un contenido, en el sentido de una situación en la que el sujeto estaría inmerso con el analista, y de la cual podría hacérselo correr para que la observe desde fuera. Por esta vía, "no hay ninguna posibilidad de salir [...] del círculo infernal de la sugestión" (p.428). Analizar la transferencia en este sentido supondría creer que el analista tiene el poder de salir del ámbito de la sugestión transferencial, parándose simplemente fuera de ella.

*Interpretar la transferencia* tiene allí un sentido muy peculiar: no quiere decir intentar explicarla redoblándola de un contenido semántico. Supone otra cosa, quebrar el círculo de la demanda, llevando a otro plano la articulación significativa. Si ello es posible es porque "la transferencia es ya en sí misma un campo abierto, la posibilidad de otra articulación significativa, diferente de aquella que encierra al sujeto en la demanda" (Lacan, [1957-58a], 1998, p.428). Aquí se vislumbra una articulación fundamental entre las dos nociones que constituyen los pilares de la práctica del psicoanálisis: la interpretación aparece como condición estructural de la transferencia en tanto analítica. La interpretación no se restringe a un contenido particular ni a una eventualidad que resulta del análisis, pues está en el fundamento mismo de la transferencia, se trata de aquello sin lo cual ella sería pura sugestión. Como se precisó antes, la interpretación es la puntuación de la transferencia, la distorsión de su fundamento salvaje que se sostiene en la imagen de un Otro idealizado, y por ello mismo imaginario en cierto grado. La interpretación vendría a instituir el lugar de la transferencia a partir de un punto de mira; la demanda se ve en este punto interceptada por este movimiento que produce una sustracción del objeto, puesto a funcionar como causa del deseo.

Por la sola presencia (corporal) del analista está el riesgo de confusión entre las dos líneas, la de la transferencia y la de la sugestión, "la línea de horizonte sobre la que la sugestión se basa está allí, al nivel de la demanda, la que dirige el sujeto al analista por el

solo hecho de que está ahí" (Lacan, [1957-58], 1998, p.427). Esto permite deducir que en la sola presencia del analista hay algo nocivo, algo inductor de efectos sugestivos. La operación abstinerente permite que las líneas de sugestión y transferencia se mantengan distintas, que actuaría en consonancia con el campo del deseo que se sitúa entre ambas, separándolas y haciendo posible que la segunda no quede eclipsada tras la primera. El deseo de por sí resiste a esa reducción: "ni siquiera la más lograda sugestión logra ejercer un poder total sobre el sujeto, hay algo que resiste" (Lacan, [1957-58b], 1999, p.438). La transferencia implica la preservación del deseo, y por tanto, coopera con la resistencia a que el deseo del sujeto quede reducido a la demanda del Otro. Lacan lo enfatiza retomando el término alemán del propio Freud: *Übertragungswiderstand*, resistencia de transferencia, para lo cual argumenta que el valor de la resistencia se fundamenta en intentar "mantener la otra línea, la de la transferencia" (p.442).

### **El *agieren*, entre el *acting out* y el acto analítico**

Esto permite iluminar desde otra perspectiva lo anteriormente abordado: si el *agieren* -manifestación típica para Freud de la resistencia de transferencia- remite al acto analítico es en la medida en que se vincula con el corte que hace que el deseo subsista sin reabsorberse en el Otro transferencial de modo sugestivo. El *agieren* sería pasible de ser leído como una resistencia del deseo, más allá de la resistencia del yo con la cual lo vincula inicialmente Freud y más allá también de lo posteriormente asociado a la resistencia de lo reprimido inconsciente. Esa resistencia tiene por efecto un corte en el vaivén de las demandas entre el sujeto y el Otro que instala interrupciones. Pero se impone destacar aquí, además, la otra cara del *agieren*: si el *acting out* ocurre como un intento de resolución del problema del deseo y de la demanda, la intervención del analista en el plano de la demanda, los efectos sugestivos de su presencia, podrían ser articulados con tramitaciones clínicas por esa vía que operan como puntos de resistencia del sujeto.

El *acting out* implicaría una tramitación de la división del sujeto entre deseo y demanda, ligada a la posición del analista entre transferencia y sugestión. Eso permite iluminar cómo la dimensión estructural se entronca con la clínica: el deseo, que divide estructuralmente al sujeto y lo separa del Otro, aunque lo hace sobre la base de una alienación irremediable, desempeña en la clínica la función de un corte que impide la reabsorción del sujeto en el Otro transferencial; en otros términos, permite que el analista no opere exclusivamente de modo sugestivo. Más adelante se volverá sobre este punto para acentuar el estatuto ético del *acting out* como parodia del deseo. El *acting out* recurre al Otro para preservar el deseo, pero no le queda más remedio que recurrir al Otro sugestivo (ese que busca sepultar al deseo en la demanda), pero el deseo resiste y el *acting out* es una de las expresiones de esa resistencia. Esto muestra que el *acting out* no puede escindirse del acto analítico, ligado al sostenimiento del deseo en transferencia.

### **De la sugestión a la hipnosis: articulación de la demanda con la causa de deseo**

Estas proposiciones de Lacan permiten despejar de una manera clara diversas posiciones del analista ante la demanda, en relación con las posibles respuestas del sujeto. Otras cuestiones se esclarecen si se aborda a la sugestión considerando su anclaje fundamental a la hipnosis, según el discernimiento estructural de Freud en "Psicología de las masas y análisis del yo" ([1921], 1986). Considerar a la sugestión como causa de sí misma deja velada la relación de tipo hipnótica de la cual depende y que la fundamenta. Freud ha mostrado que la sugestión no representa más que un efecto, una derivación de la hipnosis, y las posteriores consideraciones de Lacan sobre la posición del analista retoman con firmeza estos desarrollos freudianos. La particularidad de sus desarrollos es que introducen el suplemento del objeto *a* como causa de deseo. Esto resulta fundamental porque permite articular el problema de la demanda -asociado a la sugestión- con la causa del deseo, en sus relaciones con la posición del analista. El deslizamiento de la sugestión hacia su causa hipnótica resulta clave puesto que hará posible introducir la problemática de la causa de deseo

para precisar las particularidades que conectan al sujeto con el Otro a partir de la demanda en transferencia.

El planteo de Lacan en *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis* parte de un discernimiento clave de Freud: la sugestión no es *causa sui*, sino que depende de una relación libidinal de tipo hipnótico: "la sugestión es un fenómeno parcial del estado hipnótico" ([1921], 1986, p.121). Los efectos sugestivos se desprenden secundariamente de la posición del hipnotizador en tanto objeto que ocupa un lugar de obturación del ideal del yo.

Para despejar los efectos hipnóticos de la mirada en análisis, Lacan se sirve del mismo esquema que Freud introduce en el octavo capítulo de "Psicología de las masas y análisis del yo" ([1921], 1986, p.110). A partir de la hipnosis, en función del lugar que en ella tiene el objeto mirada, es posible distinguir un Otro que opera de modo hipnótico del Otro propiamente transferencial. La confusión entre el *i(a)* y el *a*, entre el rasgo del ideal y la mirada como objeto *a*, explica las particularidades de la obturación de la causa en la hipnosis (Lacan, [1964], 1973, p.300). Esto permite distinguirla de la operatoria propiamente analítica, caracterizada por mantener la distancia entre *I* y *a* (p.304). Estos desarrollos posibilitan efectuar, desde la problemática de la causa de deseo, una reformulación estructural de lo que anteriormente era caracterizado como una operación "abstinente o abstencionista" (Lacan, [1957-58a], 1998, p.429): la positivización de la causa se condice con una falta de abstinencia; para que ésta funcione como tal, el lugar de la causa debe permanecer vacío.

### **El *acting out* y la temporalidad de la mostración ambigua de la causa**

El hilo de algunas cuestiones esbozadas conduce a la siguiente pregunta: el fantasma, al ser transformado en algo positivo, ¿no supone una determinada declinación impuesta a la transferencia? El concepto de *acting out* es fundamental para interrogar una de las dimensiones esenciales de lo escópico (el *dar a ver*) desde la coyuntura de problemas que implican al fantasma y a la transferencia: ¿podría asociarse al *acting out* clínico con una modalidad *fetichista* del fantasma y una declinación fallida de la transferencia (ligada a un Otro hipnótico-sugestivo)?

Para precisar esto, es necesario considerar la diferencia entre fantasma y *acting out* desde lo planteado por Jorge Jinkis. Este autor aproxima el *acting out* a la modalidad escópica propia del fetiche. Por la vía del gesto, formación que por su temporalidad se distingue del acto, articula el *fetichismo* a la función del cuadro, con lo cual otorga una mayor especificidad a las concepciones de Lacan en el *libro 4 del Seminario*. El rol del fetiche se restringía allí sobre todo a un fenómeno de encubrimiento, de pantalla, en un registro similar al del recuerdo encubridor. El denominado "esquema del velo" ([1956-57], 1994) sirvió de soporte a Lacan para dar cuenta de la constitución del objeto fetiche en este sentido.

Si para la consideración del *fetichismo* se acentúa, en cambio, su relación con la causa de deseo y la estructura de la escena resultante, se llega a una consideración de pleno valor dar cuenta del fenómeno clínico del *acting out*.

El *acting* como *mostración* [...] pone al descubierto la temporalidad lógica de la mirada que rige al fetiche [...] Se trata de dos estructuras de desconocimiento radicalmente distintas: mientras el fantasma circunscribe un objeto por la función misma que define a lo imaginario como *sostén del deseo*, en el *acting* el objeto designado siempre es otro, pero localizado en el lugar preciso de *causa del deseo*. Esta designación "hacia atrás" pertenece a la misma temporalidad lógica del gesto, y por la misma el *acting* se ofrece como un cuadro en que algo da a ver (la inautenticidad no es aquí subjetiva y corresponde a la estructura escénica de lo visible) (Jinkis, 1985, p.34).

*Acto* y *gesto* constituyen dos modos diferentes de la temporalidad: la primera remite a la secuencia expuesta por Lacan en "*Le temps logique et l'assertion de certitude anticipée*" (Lacan, [1945], 1999) y la segunda, a esta conjunción particular entre lo visible y lo invisible que da lugar a una forma de desconocimiento que sostiene la estructura de lo escénico. Allí se inscriben las particularidades de las manifestaciones escópicas del *acting out* que permiten concebirlo como un *dar a ver* dirigido al Otro.

El hecho de que el fetiche no sea “un resto de la significación, sino la *representación de ese resto*” (Jinkis, 1985, p.34, destacado propio) es clave para considerar que en el fetiche el resto que moviliza al deseo depende de la representación que lo pone en escena, excluyéndolo en cierto modo para suspender la operatoria de la causa de deseo. *El fetiche no causa el deseo*, inmoviliza la causa, suspende la indeterminación que hace trabajar al deseo; el recurso escénico para ello es mostrarlo en su degradación, tornándolo positivo con el objeto que procura representarlo, aunque lo haga de modo precaria. El objeto se arroga la posibilidad de representar el deseo, pero ¿cómo un objeto podría representar al deseo que es negatividad pura? El fetiche consume así un tratamiento positivizado del falo simbólico, anula en cierta medida eso que -por estructura- es imposible de positivizar y que Lacan asimila en *La significación del falo* ([1958] (1971) a la barra que golpea todo lo significable.

El fetiche es mostración que *dar a ver* una la causa abolida en su función, precisamente por la primacía que tomó un objeto que representa lo irrepresentable, como si constituyera un llamado larvado al desalojo de ese objeto que anula el deseo por el hecho de representarlo. La limitación de la analogía entre el fetiche y el *acting out* se produce con la consideración de que el primero no necesita del llamado, no requiere del Otro, pues la satisfacción que procura no perturba al sujeto y no conlleva ningún malestar que justifique hablar en la práctica analítica (Freud, [1927],1986). El fetiche se basta a sí mismo, aunque en su estructura muestre algo. Ahora bien, eso que muestra es sólo la cara triunfal que busca imponerse a la negatividad del deseo, y no la ambigua relación con la castración que lo estructura. Por eso, no se podría decir que en el caso del fetiche se busque una interpretación, como sí ocurre con el *acting out*, aunque éste se modele sobre la estructura escénica del fetiche. Del *acting out* podría decirse que, desde su basamento escópico, no constituye más que la irrisión del triunfo del fetiche porque la satisfacción del sujeto es un simulacro del que éste no participa. El carácter de cuerpo extraño que tiene el *acting out* lo aleja del fetiche.

En resumen, la estructura del fetiche se burla del llamado porque no necesita de ningún Otro (el sujeto se conforma y se siente muy a gusto con ese cortocircuito del deseo). El *acting out* se basa en la misma estructura escénica, pero puesto que su relación con el deseo es molesta (porque tiene la presencia incómoda de un cuerpo extraño, característica que comparte con el síntoma), el llamado es un recurso indispensable para salvar su deseo. Ese llamado se precisa, en realidad, como la parodia de llamado: recurre al otro rebajado cuando en el fondo quisiera al Otro más auténtico (el que fundamenta la estructura inconsciente, aquel en que se funda el deseo).

¿En qué radica la mostración ambigua del *acting out*, mostración en cierto punto velada, que parece jugar en el límite entre lo visible y lo invisible?

El *acting out* es esencialmente la demostración (*monstration*), la mostración (*montrage*), velada sin duda, pero velada sólo para nosotros, como sujeto, en tanto que ello habla, en tanto que podría constituir una verdad, no velado en sí, visible, al contrario, al máximo, y por eso, por eso mismo, invisible en cierto registro, mostrando su causa: es ese *resto*, su *caída*, lo que cae en el asunto es lo esencial de lo que es mostrado (Lacan, 1962-63b, p.195).

Como el fetiche, el *acting out muestra el resto*. En lugar de encontrarse causado por el resto que deja un vacío en la estructura, el *acting out* transforma el resto en algo positivo para mostrar. Allí reside la ambigüedad entre lo invisible y lo visible que resalta Lacan: lo mostrado no es lo que causa. El *acting out* pone en escena una causa postiza, la visibiliza, pero el punto es que esa causa visible que se muestra no es su verdadera causa, porque lo que causa al *acting out* no es lo mostrado, sino una causa obturada por un objeto que exige ser mostrado.

En otros términos, el *acting out* muestra de modo ambiguo que hay un problema con la causa indeterminada en la estructura. Esto implica que el *acting out* pone en escena la falta de activación de la función de resto con que la causa trabaja normalmente para que lo invisible permanezca sustraído de lo visible, en lugar de la ambigua mezcla entre ambos (como sucede en la escenificación del *acting out*). Este modo de tratamiento de la causa que el *acting out* impulsa y muestra, que supone desalojarla de su estatuto de resto que causa y produce la

negatividad del deseo. El *acting out* degrada el estatuto indeterminado de la causa (sustracción indiscernible en la estructura) y transforma su contingencia en finalidad. El llamado al Otro para que atienda lo problemático en la estructura de la causa implica una deriva finalista.

Lo planteado sobre el borramiento de la imagen para la constitución de la letra, permite agregar que ese *dar a ver* puede ser pensado como el ofrecimiento de una imagen que no termina de constituirse en letra; como si a esa imagen dada a ver que el *acting* constituye le estuviera faltando la lectura propia de la operación interpretativa (la contratara de ello es que la interpretación encuentra en el *acting out* un escollo que no puede desandar). Esto permite vincular al *acting out* con el registro de un Otro hipnótico-sugestivo, del que la letra se hace soporte cuando no es leída o puntuada, operando como una imagen cuya contemplación despierta pura fascinación. Cuando interviene un factor hipnótico en lugar de interpretativo, no termina de producirse entonces la transformación de la imagen en letra. En la textura del *acting out* no se encuentra un lugar para el sujeto en la tensión de su deseo con en el deseo del Otro; la elisión de la falta en el Otro se corresponde con un tratamiento del deseo por la vía de la demanda, en que impera el lugar del Otro como destinatario último de la mostración (finalismo en lugar de contingencia del deseo).

El movimiento de doble rizo, que constituye *la estructura topológica del acto* expuesta por Lacan en *La lógica del fantasma*, permite dar cuenta de cómo, a diferencia del pasaje al acto, que conlleva una exclusión del sujeto, el *acting out* está ligado, por el contrario, con un llamado al Otro, condicionado por las particularidades en la estructuración de la escena explicitadas. En dicho llamado, el sujeto ofrece, como apunta Sara Glasman "su propia castración antes que reconocer la del Otro, en una mostración que, en el mismo momento que afirma el deseo como puede", permite instalar un falso ser en el fantasma (1987, p.23). *Falso ser* es un nombre preciso para el simulacro de la causa, es la alusión clara a una forma de resguardo del ser con cierta vestidura imaginaria que se encuentra al alcance. Su finalidad es que la causa no saque al sujeto de la escena de la estructura, como ocurre en el caso del pasaje al acto.

### **Articulaciones entre *fantasma* y *acting out* en el caso de Ruth Lebovici**

El caso de la analista belga Ruth Lebovici, comentado por Lacan en diversas oportunidades, ha sido publicado bajo el título *Perversión sexual transitoria en el curso de un tratamiento psicoanalítico* (Lebovici, 1956). Antes de llegar a consulta con esta analista, el paciente había emprendido un análisis con el Dr. Mignot, quien le remite el paciente con algunas indicaciones. Es importante tener en cuenta que Lebovici supervisa su práctica con Maurice Bouvet, autor que, por sus teorizaciones de diversos aspectos de la práctica analítica, constituye uno de los focos primordiales de las objeciones tempranas de Lacan. El trasfondo de esa disputa teórica resulta crucial para las consideraciones subsiguientes.

### **El diagnóstico, de lo psicopatológico a lo clínico**

El tratamiento psicoanalítico del paciente en cuestión, nombrado Yves, duró un poco más de cinco años; el análisis comenzó cuando tenía 23 años. Se trata de un paciente que llega a consultar con "una idea obsesiva que lo torturaba: se encontraba demasiado grande y se sentía ridículo" (Lebovici, 1956, p.1). Pese a esa aparente no exterioridad del objeto fóbico, la analista no duda en calificar al paciente de sujeto fóbico.

Lacan concuerda en un primer momento con el diagnóstico de Lebovici en el abordaje inicial del caso del seminario *La relación de objeto*, haciendo notar cómo esa aparente imprecisión va atenuándose en el curso del análisis, luego de que el objeto fóbico permaneciera oculto en un primer momento. Sin embargo, en el *libro 6 del Seminario* cambia de perspectiva y rechaza el diagnóstico con el que previamente había acordado: "algo que ha sido impropriamente etiquetado como una forma de fobia, mientras que se trataba muy nítidamente, y como la autora misma en sus interrogaciones..." (Lacan, 1958-59a, p.695). En esa versión inédita se encuentra una afirmación abandonada, donde la verdad que parecía

que iba a ser revelada termina siendo elidida. En el seminario editado por Paidós, traducción de la versión francesa oficial de Seuil, se puede leer una solución de transcripción más elegante que resuelve la interrupción: "el fenómeno ha sido impropriamente etiquetado como una forma de fobia, pese a que se trataba, con mucha claridad, de otra cosa" (Lacan, [1958-59b], 2014, p.460).

Esa falta de precisión, ya sea por interrupción o indefinición, es retomada recién en la sesión del 1º de julio del 1959 del mismo seminario, donde se indica que se trata de un "sujeto que tal vez no está muy bien calificado desde el punto de vista diagnóstico", que debería ubicarse en mayor proximidad respecto de "los esbozos de ilusiones paranoides" en lugar de ser planteado como una fobia (1958-59a, p.806). La "vergüenza de ser demasiado grande", vinculadas en otras ocasiones con una especie de objeto fóbico impreciso, es en este caso planteada como algo "próximo de la despersonalización" (p.807).

Estas idas y vueltas respecto del diagnóstico son instructivas porque vienen a indicar que lo fundamental de la cuestión no puede resolverse en determinaciones ajenas al discurrir de la transferencia. Si algo sobresale en las consideraciones de los *libros 4 y 6 del Seminario* es que, pese a la manifiesta distancia en la apreciación nosográfica, el eje de interrogación clínica es, en ambos casos, el *acting out* como resultado de la tramitación de la posición de la analista en transferencia. El cambio de perspectiva respecto de la cuestión nosográfica, que pasa de la idea inicial de una fobia a la posterior evocación de un paciente próximo de una despersonalización paranoica, no modifica lo sustancial de las consideraciones clínicas efectuadas.

Esta imprecisión en el diagnóstico puede ser tomada como un indicio de lo inapropiado que resulta plantear en Psicoanálisis cuestiones nosográficas en términos positivos, más aún cuando se trata de casos, como el presente, que acentúan especialmente el carácter inestable de ciertos límites clasificatorios. Si se toman en cuenta tanto las consideraciones de Lebovici como las de Lacan, ese caso pudo ser situado entre estos polos contrapuestos: perversión y neurosis, obsesión y fobia, paranoia y despersonalización. Cuando se lo califica de fóbico, no es un detalle menor que se acentúe lo defectuosa que resulta esta categoría por la imprecisión del supuesto objeto fóbigeno.

En Lacan, la negación rotunda de un diagnóstico con el que había acordado apenas dos años antes, parece anunciar disimuladamente, de manera anticipada, aquello que en el seminario *La angustia* será expuesto de modo explícito y fundamentado. Para el caso de ciertos pacientes situados en los bordes, en los márgenes de las clásicas neurosis de transferencia, convendría, con el fin de llevar a cabo un discernimiento clínico más acorde con la práctica del psicoanálisis, hablar de pacientes en quienes predomina cierta zona del *acting out* y abstenerse de crear en vano nuevas categorías nosográficas infecundas para la práctica.

El rechazo por Lacan de la primera consideración imprecisa planteada, una fobia sin objeto externo va a ser suplantada con otra categoría no menos imprecisa, una paranoia asociada a fenómenos de despersonalización -si algo caracteriza a la paranoia en su distinción de la esquizofrenia es el arraigo a la *persona*-. Esto es fundamental para ubicar que no hay precisión posible si no se circunscriben las particularidades del caso desde la tramitación transferencial que efectúa el *acting out*. Refuerza la idea de que, para un discernimiento clínico adecuado, lo decisivo no puede ser la asignación de un diagnóstico positivo por fuera de las vicisitudes transferenciales. Si el caso de este paciente es ejemplar es porque, por su especial posición de indefinición en la estructura, transita por los bordes y manifiesta así una prevalencia especial de esos fenómenos que se producen en la zona dominada por el *acting out*. Para evitar malentendidos, es preciso aclarar que todo cuadro clínico requiere, por una constitutiva indefinición estructural, ser pensado en el atravesamiento del horizonte ético de la práctica, allí donde se articulan los problemas de la causa y el acto.

### **La analista como madre fálica: entre *fantasma* y llamado**

No obstante, la indefinición inicial, el objeto fóbico se delimita ulteriormente cuando, a partir de un sueño repetitivo relatado por el paciente, la exteriorización de su ansiedad se hace manifiesta: "un hombre con armadura lo ataca por detrás con una suerte de máscara de gas

que recordaría a un tubo fly-tox [...] susceptible de asfixiarlo" (Lebovici, 1956, p.5).

El sueño es clave porque su interpretación revela cómo yerra la intervención de la analista, que interpreta que el objeto en cuestión remite a la madre fálica. Según Lebovici, "se trataba de una transferencia maternal donde era revivido el miedo de una madre fálica". Y eso aparece estrechamente vinculado al lugar ocupado en transferencia, desde el cual se transmite una pronunciada consistencia en del Otro, marco general en que transcurre este análisis: "nos temía como había temido a este hombre con armadura" (Lebovici, 1956a, p.8)

Lacan se pregunta qué justifica hablar de madre fálica si todo pareciera indicar más bien una figura masculina, acentuada por el carácter heráldico del hombre en cuestión; ¿no era el sueño una vía propicia para que, por la vía de la interpretación, se introduzca una intermitencia en esa atmósfera asfixiante que la analista como madre fálica no hace más que replicar? Sin embargo, no es ése el curso que toma el análisis: aún hacia el final del tratamiento puede verse cómo el paciente alude a la asfixia que la situación constituye: "explicó que tenía la impresión de asfixiarse durante la sesión" (Lebovici, 1956a, p.9). Ese sueño, ¿podría ser leído como un *llamado fantasmático* a la castración que la analista no estaría escuchando, tal como propone Nucenovich (2011)? El fantasma ¿es por estructura algo que pueda funcionar como un llamado? Que el fantasma se incline hacia un llamado, ¿no implica la puesta en juego de una degradación que lo tramita en el registro de la demanda?

Muchos indicios hacen suponer que a partir del llamado dirigido al analista ya se consume cierta declinación del fantasma en *acting out*. Empieza a prevalecer un mensaje dirigido al analista, dirigido a que escuche la castración del discurso inconsciente, en lugar de interpretar todo en referencia a su persona, consustancial del espacio analítico concebido como real. Esto se esclarece teóricamente si se tiene en cuenta que la estructura del llamado no es del mismo registro que el fantasma. Éste se ubica en el piso superior del grafo del deseo, tal como aparece bosquejado en *Subversión del sujeto...*" (Lacan, [1960], 1971); mientras que el llamado corresponde al piso inferior. Hay una articulación estrecha entre llamado y mensaje, aunque éste suponga una versión simbólicamente más elaborada del primero. El rebajamiento del *fantasma* del piso superior al inferior supone una degradación en mensaje dirigido al Otro, para lo cual debe tramarse en la estructura más elemental de la demanda.

En el caso de Lebovici, el llamado puede cernirse como un mensaje dirigido a la analista "para que hiciera lugar a su propia falta" (Nucenovich, 2011, p.162), consiste en un llamado transferencial que busca encauzar el análisis. La cuestión que debe dirimirse es si cabría calificar de fantasmático a dicho llamado, como sugiere Nucenovich. La posición enunciativa desde la cual la analista comunica las interpretaciones, transmite de modo bastante claro el posicionamiento en la transferencia, ligado estrechamente al lugar de un *Otro consistente*, que se arroga indefectiblemente un saber sobre el deseo del paciente: "creímos oportuno denunciar este juego y decirle" (Lebovici, [1956b], sf, p.14), "pudimos mostrarle" (p.9).

Al comienzo, se destaca una primera inflexión producida cuando la analista interpreta, siempre en nombre del *principio de realidad* en desmedro del lugar del deseo (Lacan, 1958-59, p.696) que el pedido del paciente de rebajar el ritmo de las sesiones corresponde a una actitud transferencial pasiva, fundamentándose en que él sabía que de ningún modo obtendría eso de ella. Esa actitud general interdictora fue mucho más tajante que la realmente ejercida por su madre, cuestión que muestra que la focalización en el plano del fantasma va más allá de una simple una puesta en serie de la analista en la línea materna, como sostiene Gérard Bonnet en su discusión con Lacan. La configuración de la madre fálica implica, por el contrario, intervenir de un modo singular desde la transferencia sobre la singular relación fantasmática que el paciente teje con lo materno.

La intervención sobre la "pasividad transferencial del paciente" (Nucenovich, 2011, p.159) produjo dos efectos articulados. Por un lado, activó la "cristalización fantasmática" de un elemento del que Lacan precisa que no por ello deja de corresponder a "los componentes del sujeto" ([1956-57] 1994, p.90). Es decir, que no se reducía exclusivamente a las vicisitudes del análisis y alcanzaba al sujeto en su estructura. Por otro lado, con el agregado de otra



interpretación un poco forzada, luego de que el paciente comentara haber visto orinar a la vendedora de pescado -a quien había querido proponerle tener relaciones sexuales-, y que dijera “que estaba enamorado de la sirvienta del sueño, pero que había tenido miedo de su marido”, se produce una *inversión del fantasma* de la voz pasiva, *ser observado*, a la activa, *observar*. La interpretación en cuestión fue la siguiente: “era menos peligroso para él mirar a esta mujer orinar, como lo había hecho, que desear tener relaciones sexuales con una mujer cuyo marido le daba miedo” (Lebovici, 1956, p.5).

El *punto crucial* que produce la inflexión en esta orientación general del tratamiento se refiere “al momento en que se trata de *interpretar un fantasma* (fantasme) y de *identificar o no un elemento de este fantasma*” (Lacan, 1958-59, p.696, destacado propio). ¿Cómo ha de ser leída la expresión *interpretar un fantasma*? Es inadecuada teóricamente si se tienen en cuenta las precisiones ulteriores del propio Lacan sobre el estatuto del fantasma en análisis como algo por definición ininterpretable, y que resiste a reducirse al discurso inconsciente (1966-67). Ahora bien, este aparente contrasentido puede resolverse si se sigue la idea de que la expresión *interpretar el fantasma* es válida a condición de indicar un forzamiento clínico que supone instituir en el análisis un registro diferente para el habitual abordaje indirecto del fantasma.

En lugar de que el relato del sueño sea aprovechado por Lebovici para introducir el tercer elemento paternal -lo aludido en el objeto fobígeno- y descomprimir la atmósfera asfixiante que la transferencia va adquiriendo, la analista no sólo insiste con referirse a la madre fálica, sino que se coloca explícitamente a sí misma en esa serie (de un modo similar a uno de los casos de Ferenczi trabajados en el capítulo anterior, donde el analista se ubica como objeto erótico de la paciente). Esa intervención constituyó un punto de inflexión decisivo para que el análisis comenzara a girar sobre el eje de ese fantasma cristalizado; la autora es explícita a este respecto: “El enfermo sólo habló de sus fantasmas perversos luego de que su transferencia sobre la analista le fuera interpretada como caracterizada por el desplazamiento de la madre fálica sobre ella (Lebovici, 1956, p.12).

La analista, colocándose como madre fálica, *fetichiza la relación transferencial*, punto clave para que el fantasma ingrese a la transferencia. Al respecto, lo fundamental a destacar es la relación estrecha con la concepción de la situación analítica atravesada por la idea de una distancia real con el objeto: “la distancia a la analista fue considerablemente reducida cuando, después de haber supuesto que el marido de la analista había muerto, percibió un olor a orina durante la sesión” (Lebovici, 1956, p.13). La abolición de la distancia planteada desde una perspectiva realista, interviene sobre el deseo, rebajándolo. La cristalización del *fantasma* en el espacio transferencial está ligada al acento puesto en la situación real, donde el analista termina por transformarse en un *personaje del fantasma* que le permite al paciente ponerlo en escena.

A esta configuración subyace cierta “posición contratransferencial” de la analista ([1956-57], 1994, p.90), que Lacan comienza caracterizando como la de una *madre fálica*. Inmediatamente hace notar que no se trata simplemente de eso y propone ajustar esa posición con el sintagma *madre afálica*. ¿Qué importancia tiene esta postulación inicial del falo en el lugar de la analista y su negación subsiguiente? Para responder, es preciso tener en cuenta que en el *libro 4 del Seminario*, donde se aborda por primera vez el caso de Lebovici, se exponen también todos los detalles relativos a la formación del objeto fetiche. Para que éste se constituya, es necesario un reconocimiento de la inexistencia del falo en la madre, rechazado en el mismo movimiento. Se trata de una operatoria ambigua de rechazo, cifrada con la categoría freudiana de *Verleugnung* ([1956-57], 1994).

La transformación de la *madre fálica* en *afálica*, categoría que permite pensar la posición contratransferencial de la analista, no puede ser independizada de estos desarrollos sobre la *Verleugnung* del falo en la madre como origen del fetichismo. El mecanismo de constitución del fetiche debe ser trasladado a la configuración de la transferencia, para analizar qué aspectos permite iluminar. Ubicar a la desmentida de la castración en la relación del paciente de Lebovici con su analista permite problematizar una singular posición transferencial en que la relación con la analista queda tomada por la lógica del objeto fetiche.

El objeto libidinal queda así fetichizado en la transferencia, cuestión que impacta, a su

vez, en la relación del analista con la estructura del gran Otro, tal como le es transmitida al paciente. La falta del Otro queda velada, pero con la especificidad ambigua del objeto fetiche, lo cual justifica la introducción del sintagma madre fálica-afálica para fundamentar este peculiar modo de sostén transferencial. Esta configuración tiene como efecto asfixiar el deseo, que encuentra en el *acting out* su salvaguarda, su último recurso. El *acting out* se muestra así en su faz de representante degradado del deseo: sale a su rescate pidiendo auxilio, pero lo hace con el mismo lenguaje que inaugura la posición transferencial de la analista, un lenguaje fetichizado, donde el decir de la enunciación inconsciente se agota en la representación degradada de una mostración.

### **Aproximaciones clínicas entre fantasía y *acting out***

La puesta en relación de la posición de la analista como madre fálica-afálica con la lógica de constitución del objeto fetiche permite abordar una cuestión clave para la configuración de la relación transferencial, aquello que por analogía puede denominarse su fetichización. La desmentida que estaría operando respecto de la falta fálica de la analista, permite concebir al velo sobre la falta como constituido de un modo similar al que instaura el objeto fetiche. Esta torsión es fundamental para esclarecer el escueto planteo de Lacan en que sostiene que el pasaje de la fobia al *acting out* no puede considerarse como el pasaje a una verdadera perversión, sino que implica solamente un "artefacto" ([1956-57], 1994, p.92), que podría caracterizarse como el de una *fetichización del objeto*.

Esta determinación de la estructura de la transferencia implica, un escamoteo de la tachadura del Otro. La fetichización transferencial de la madre indica su sostenimiento simultáneo como fálica y afálica, manifestación de la imposibilidad de vehiculizar la castración del Otro. Al taponar su propia carencia fálica, apareciendo como una madre consistente a la cual nada le falta, no se transmite, en el plano de la estructura, la falta en el el Otro. Esto se liga estrechamente al desencadenamiento del fenómeno clínico del *acting out*, el cual en ocasiones se produce, "cuando el Otro se presenta como consistente y no como vehículo de la castración", tal como sostiene Nucenovich (2011, p.152). La indagación posterior de esta problemática, a partir de la posterior concepción lacaniana del objeto causa de deseo, permite vislumbrar otros aspectos cruciales de la articulación entre fetiche y *acting out*.

El hecho de que en el cuarto año del tratamiento el *fantasma* empezara a ser escenificado, representado con la persona del analista, debe ser reconducido al entramado de esta posición transferencial. En un primer momento, el paciente comienza a evocar en su relato sus fantasías perversas de modo insistente -relacionadas, al principio, con personajes ajenos a la situación transferencial, como es el caso de la figura de la vendedora de pescado-. A continuación, esas fantasías empiezan a involucrar a la persona de la analista de un modo muy concreto y explícito: el paciente enuncia que desea beber su orina, y en un desplazamiento ulterior, comienza a ejecutar sus fantasías con ella, espiándole las piernas. El vuelco que se produce en un tercer tiempo está ligado al pasaje de lo manifestado en la relación transferencial a la escenificación en el espacio público: el paciente se constituye en el *voyeur* que da ese tono tan peculiar al caso y comienza a espiar a las mujeres orinando en el baño del cine de los *Champs Élysées* que presenta el agujero apropiado para ello.

En principio, cabría problematizar el primer movimiento que lleva a una cristalización en el plano del fantasma, antes del desencadenamiento del *acting out* público: ¿no es ya esa *fantasía representada* con la analista un primer esbozo, una cierta forma incipiente de *acting out*?, ¿en qué medida una fantasía puede ser considerada tal cuando el analista ocupa en ella el lugar de una persona real?

Lo decisivo para responder a estos interrogantes no podría ser sólo la distinción entre el relato del paciente -es decir, entre sus enunciados referidos a la analista como un objeto de sus fantasías- y el paso al acto, en el sentido genérico de una acción motora en que se expresaría la fantasía ejecutada sobre la analista. La estructura entre ambas manifestaciones pareciera responder al mismo mecanismo: la *corporeización imaginaria del Otro en el fantasma*. La reducción de la distancia con el analista en tanto personaje real ocurre espacialmente; pero el punto a esclarecer es cómo esto resulta de la inserción discursiva del

fantasma en ese análisis. Para ello es necesario un criterio que permita juzgar qué determina el sostenimiento de la estructura del *fantasma* y qué no, cuestión que no puede dirimirse simplemente por la distinción empírica entre lo que el paciente dice y lo que hace.

Estas consideraciones son fundamentales para problematizar el verdadero estatuto de las denominadas fantasías transferenciales: ¿en qué medida se condicen con la estructura del fantasma propiamente dicho? Específicamente, en este caso, cuando la analista ingresa como un personaje de la fantasía y el paciente la incorpora en su relato ¿no debería hablarse ya de un fantasma transformado en otra cosa, que no cumpliría pues ya su función de sostén de un deseo por definición insatisfecho, sino que estaría constituido en un llamado dirigido a la analista para que ésta reubique su lugar? Aunque en la superficie del problema pueda parecer relevante establecer una distinción entre los desarrollos de “una fantasmática escópica florida” y de “un *acting out* voyeurista”, tal como lo sugiere Nucenovich (2011, p.160), habría que problematizar la expresión “fantasmática escópica”. Ella pareciera ocultar que la reproducción manifiesta del texto del fantasma deja de tener la estructura propia del fantasma, declinándose en una forma incipiente de *acting out*.

Al respecto, habría que destacar dos cuestiones articuladas. Por un lado, la simple referencia empírica del espacio físico del consultorio no puede definir qué es hay *acting out* y qué no lo es. La preposición *out* de la *phrasal verb* inglesa *act out* no denota en modo alguno un afuera en un sentido espacial. Esa confusión ha llevado a algunos autores a postular la distinción entre un *acting out* y un *acting in*, como si pudiera ser delimitada por la espacialidad empírica del consultorio. Esto supone que a lo escenificado en la transferencia con la analista no puede restársele valor de *acting out* por el mero hecho de que se produzca dentro del consultorio. Por otro lado, las manifestaciones del paciente en el consultorio, en el marco de la situación transferencial, tampoco podrían distinguirse en función de un criterio empírico que homologa al fantasma con el hablar y al *acting out* con un actuar en un sentido motor. Para establecer una diferenciación válida entre ambos, el factor determinante es el lugar del analista en transferencia en relación con la estructura del gran Otro.

En síntesis, puede afirmarse que el *acting out* se juega en un doble plano: en primer lugar, en la modalidad que van cobrando las fantasías del paciente a partir de la posición de la analista y, en segundo lugar, en el espacio público. Por ello es fundamental captar cómo se plasma esto dentro y fuera del consultorio (en el espacio público) para examinar si en ambos casos se manifiesta o no la misma estructura relacionada con el fenómeno clínico del *acting out*. La analista, operando en un lugar transferencial que sutura la falta del Otro, es la destinataria de ambas formaciones. Los efectos en la estructura del fantasma se relacionan con la omnipresencia imaginaria de su persona (justificada por la autora en términos realistas), que dificulta la transmisión de la castración en el plano simbólico.

En contra de esta idea, es instructivo considerar cómo lee Lebovici a las acciones que ubica en la rúbrica de *tendencias perversas*. Las plantea como realizaciones *fuera de la transferencia*, estableciendo una distinción objetable entre las “fantasías perversas expresadas en la transferencia” y el “pasaje al acto extratransferencial” (1956, pp.14-15). Lo cuestionable en dicha separación es que pierde de vista el común lazo transferencial entre ambos fenómenos, definidos por el lugar transferencial de la analista como madre fálica-afálica. Los *acting out* no son acciones motrices ajenas a las vicisitudes de la transferencia, como lo hace suponer el prefijo *extra* agregado al vocablo *transferencial*.

Sobre el fin del tercer año, Yves no cesa de repetir que el tratamiento sólo se terminaría una vez que él haya conseguido tener relaciones sexuales con su analista. A esto se le responde con una intervención que no interroga el deseo en juego como material de trabajo para el análisis, sino que, en consonancia con esa conducción del análisis que aplasta el deseo en nombre de la realidad de la situación (como si su misma existencia empírica la justificara), se limita a dejar constancia de que ello jamás tendrá lugar (Lebovici, 1956, p.5). El paciente vuelve a insistir en el curso del último año, poco tiempo antes de la finalización del tratamiento. A esto sigue el fin, aleccionador para la teoría, con que Yves termina su análisis: en lugar de pagar la última sesión del tratamiento acude con ese dinero de una prostituta, ¿*acting out* de *fin de análisis*?, ¿mensaje paradójico de que no estaba todo terminado?

## Ética del *acting out* y salvaguarda del deseo: escenificación de la hiancia abolida

La relación entre fetiche y *acting out* en su similar tratamiento temporal de la causa del deseo permiten otras consideraciones sobre el discurrir de este tratamiento. Ambos fenómenos se asocian a la temporalidad del gesto, alteración particular del tiempo lógico del acto. ¿No sería la fetichización algo clave en el pasaje del fantasma en transferencia al *acting out*? ¿Cómo influye esto en la articulación del fantasma con la causa del deseo?

En el caso de Ruth Lebovici, el pasaje del fantasma al *acting out* puede ser localizado en el punto en que un llamado comienza a ser dirigido a la analista por el analizante, quien buscaría hacer un lugar para el discurso inconsciente, tramado en la castración simbólica. En el nivel de la estructura del sujeto, el deseo es algo de por sí anti-sugestivo. Si hay algo que resiste a la posición naturalmente nociva y demandante del analista, eso es precisamente el deseo del sujeto (Lacan, [1957-58b], 1999, p.438). El deseo como resistencia se puede activar cuando no encuentra en la transferencia el lugar que le corresponde. El deseo contraría la presencia maciza e hipersugestiva del Otro.

Cuando esta resistencia al Otro toma la forma del *acting out*, como ocurre en este caso de Lebovici, el deseo, para hacer frente a la demanda del Otro, se transforma en una especie de *contrademanda*. Cuando el Otro se manifiesta a partir de una demanda reforzada —ligada al estatuto excesivamente centrípeto que ha cobrado—, el deseo que resiste aparece declinado en demanda dirigida a hacerse escuchar por el Otro. El trasfondo estructural de la cuestión sea el siguiente: la fuerza de la demanda viene del deseo del sujeto que busca hacerse un lugar cuando se despliega un rechazo sistemático a su estructura, especialmente en esos análisis en que todo gira sobre interpretaciones referidas a la persona del analista, en un espacio degradado en términos realistas.

En esta forma de conducción del análisis, se fomenta el espacio analítico a partir de una exacerbación del encuadre, donde la analista se posiciona como un *partenaire* real. Los efectos sobre el tratamiento del fantasma en transferencia no demoran en llegar: se manifiestan a partir de diversos indicios que muestran las derivas que adquiere un fantasma degradado. Esas fantasías, ya sea enunciadas o escenificadas en lo motriz, presentan ambas la estructura de la puesta en escena del objeto causa de deseo a través del lugar representativo del analista; en este sentido, pueden considerarse *acting out* de pleno derecho. El objeto así escenificado se positiviza, la causa es mostrada sobre la escena y transformada en finalidad, llamado de un resto de deseo en el sujeto, de un deseo degradado que demanda al analista que desaloje el lugar de la causa.

Más allá de este caso puntual, se encuentra aquí el marco que delimita desde qué punto pueden ser interrogados los análisis conducidos bajo la proclama de la reducción de la distancia. La reducción de la distancia tiene por efecto degradar la trama intersubjetiva entre el sujeto y el Otro al terreno de la relación de objeto. Esto conlleva el establecimiento de un marco para el análisis en que la relación del sujeto con la causa de deseo ve limitadas sus posibilidades de manifestarse en el horizonte ético, a partir de su indeterminación.

En cierto momento Yves dice que siente olor a orina en la analista. Lacan se detiene en esto, signo más manifiesto, más evidente, de que la distancia ha sido reducida a cero: “y es cierto que, aparte de la gustación, lo olfativo es la única dimensión que permite reducir a cero (*nil*) la distancia, esta vez en lo real” (Lacan, [1958], 1975, p.590). El contexto en que es problematizado el caso en “La dirección de la cura y los principios de su poder”, permite además fundamentar cómo la búsqueda de reducción de la distancia al objeto, en los términos de una espacialidad realista entre dos *partenaires* ligados en una *relación de objeto*, conduce a este resultado: el acercamiento se plasma como disolución de la relación simbólica, eclipsada tras el espacio real de dos personas reducidas a la dimensión empírica de sus cuerpos en el espacio.

A tal punto llega el acercamiento promovido de la relación al objeto, que todo valor simbólico de la relación al Otro termina por reabsorberse en los sentidos que expresan relaciones con los objetos que no se delimitan por la distancia corporal: el olfato y el gusto. Cuando se degrada la relación simbólica, se imponen los sentidos que conectan directamente con lo real, sin mediación simbólica (como si expresaran una especie de autoerotismo por

autonomasia, puesto que no se traman a partir de la caída de un objeto). El gusto y el olfato son sentidos que no se instituyen a partir de un objeto caduco y que no tienen, por tanto, un lugar destacado en la economía de las satisfacciones pulsionales parciales, resultantes del empalme del cuerpo con el Otro. La economía libidinal de los objetos parciales se regulan por el objeto *a*; objetos caducos y, como tales, fundamentales para la satisfacción pulsional en que se asienta el deseo. La reducción de la distancia al objeto expresa la abolición de la hiancia entre cuerpo y objeto, un claro indicio de la obturación de la caducidad de la causa. El olor a orina cobra, así, el estatuto de un llamado, apoyado en el resto de deseo que todavía se sostiene en pie en el sujeto. El olor a orina que el paciente siente en el espacio analítico viene a mostrar cómo se ha obturado la hiancia entre la causa y su efecto. Causa y efecto confluyen viniendo a poner sobre la escena esa obturación. En este sentido, la vía del *acting out* emerge como una manera privilegiada de respuesta para salvaguardar el deseo.

Ante la insistencia de interpretar todo en función del analista como un enclave real del encuadre, el paciente produce un *acting out* para mostrar donde reside la *verdad* de la cuestión: hay otra cosa que causa al sujeto, que no es determinable, y que justamente por ello es la condición del trabajo analítico. La ausencia de un lugar para el trabajo con la falta en el plano del discurso inconsciente dificulta que esto sea abordado en la cura.

Este caso permitió observar cómo el pasaje de la fobia al *acting out* no consiste en el pasaje a una verdadera perversión, sino a una especie de artefacto clínico vinculado con la fetichización del objeto. La fetichización sería, así, un elemento clave en el pasaje del fantasma en transferencia al *acting out*, es decir, algo que haría que la causa se ponga a jugar de otra manera, obturando de una forma especial la hiancia entre la causa y su efecto. La fetichización coloca al objeto sobre la escena y *transforma la causa en finalidad*. La paradoja que esto implica es que, al mostrar la causa hacia atrás —a la manera del fetiche—, ella deja de funcionar como causa de deseo, convirtiéndose en una cosa positiva expuesta sobre la escena. De acuerdo con esto, al *positivizar el lugar del objeto, representando el resto*, el *acting out* indicaría que está causado por otra cosa, algo a lo cual el tratamiento ha permanecido ajeno por un insuficiente trabajo con la falta en el plano del discurso inconsciente.

### **La mala fe estructural del *acting out* y su parodia ética del deseo**

Ahora bien, esta exposición sobre la escena se hace en nombre de un Otro que ha dejado de ser el punto de referencia y tensión intersubjetiva que permite que un análisis transite por los carriles del deseo, para transformarse, en cambio, en el destinatario de una mostración. De esta manera, le impone a la causa una determinación finalista: la escenificación se hace *para Otro*, para mostrar al Otro ese tratamiento de la causa que se ha falseado. Es por esto que, en cierta medida, es un pedido de auxilio al Otro para que restablezca el orden del deseo que puja en el *acting out* por salir a la luz de modo degradado. El sujeto afirma allí su ser deseante como puede, con los últimos recursos que le quedan, y convoca así de modo ambiguo su castración para interpelar la del Otro.

La causa de deseo, cuya localización en la estructura no está ni en el sujeto ni en el Otro, resulta del vacío que deja el objeto caído entre ambos. Eso impacta en términos éticos, produciendo en el sujeto la asunción necesaria de la responsabilidad en el horizonte de su deseo. Una vía alternativa para el abordaje de la causa es la de su sustancialización imaginaria; ésta transforma al acto en otra cosa, dando lugar a una suerte de parodia del deseo. En este punto, el *acting out* puede ser considerado una respuesta ética que expresa una especie de mala fe estructural: para salvar el deseo hay que acudir al Otro. Sin alienación en el Otro no hay deseo: esa verdad de estructura, condición del fundamento ético, es parodiada por el *acting out*. Es como si el sujeto se viera empujado por el Otro a pedirle razones a él mismo de esa falta de hiancia que impide otro modo de movilización en el plano deseante. Se encuentra aquí un eco que revela la homología de estructura entre el *acting out* y la queja.

El derrotero del caso de Lebovici permite constatar que la continuidad del *acting out* sólo culmina por interrumpirse a partir de una contingencia en la realidad: una acomodadora descubre al paciente espiando en los baños de los *Champs Élysées* y, a partir de ese

momento, él pone fin a su *acting out* voyeurista. Como se observa también a partir de un caso expuesto por Margaret Little, abordado por Lacan en el seminario *La angustia*, el corte tiene una función determinante, en relación con la posición del analista en transferencia, para la interrupción del *acting out*. En el caso Lebovici se trata de un corte exterior al análisis y a la interpretación analítica; no obstante, basta para iluminar los efectos de determinada respuesta en el llamado del *acting out*.

### **Empobrecimiento de la articulación entre *fantasma* y acto a partir de la distancia**

El cuestionamiento de Gérard Bonnet a la lectura del caso de Lebovici efectuada por Lacan es muy instructivo para desplegar con mayor profundidad otros aspectos claves de las articulaciones entre fantasma y *acting out* en transferencia. Bonnet le comienza objetando a Lacan su lejanía, de índole teórica y técnica, de la "tradición analítica clásica". En lo referido a este caso, le cuestiona concretamente el haber planteado que la inclinación hacia la perversión -discernimiento nosográfico que habría que relativizar tomando en cuenta lo anteriormente abordado- estuvo determinada por una analista situada "únicamente a nivel del fantasma" de la madre fálica, y que hizo a un lado la parte que le correspondería al padre en la cura (Bonnet, 2005, p.43). Esta forma de enunciarlo no es ajena a las implicancias teóricas de la discusión, puesto que corre el foco del punto decisivo en la problematización del caso, que depende del modo de tratamiento del fantasma en transferencia.

La forma en que aparece enunciada la crítica distorsiona lo fundamental. Lo crucial no es que la analista se haya dejado tomar por el fantasma del paciente, como si éste viniera solamente determinado por cierta configuración en que prevaleció una tramitación edípica con la madre fálica como figura fundamental. Es necesario ir más allá de esta determinación histórica, para mostrar cómo la analista ocupa transferencialmente un lugar que incide en el forjamiento de ese fantasma, del que se constituye como destinataria. Ella no aparece simplemente en el lugar de un objeto sustituto respecto de un fantasma fundamental del paciente, como lo insinúa Bonnet (2005). Su posición transferencial fabrica algo nuevo, precisamente esa modalidad de fantasma en torno de la figura de la madre fálica-afálica. Esto no impide que sea necesario destacar una dimensión existente en el plano de la constitución estructural del sujeto, de ciertos condicionamientos, o "componentes del sujeto", como los llama Lacan ([1956-57] 1994, p.90).

En su afán de mostrar que no hubo tal exclusividad del fantasma de la madre fálica, Bonnet alega, apoyándose en un realismo empirista, que no se puede negar cierta presencia del padre en esa cura; para lo cual alude al personaje paternal que ve implicado en la figura del controlador. Aunque muestra no desconocer la crítica a un análisis concebido a partir de las "incidencias reales" (Bonnet, 2005, p.43), no parece haber comprendido sus alcances. Su abordaje no hace más que duplicar las razones que la propia Lebovici presentó como justificaciones de sus intervenciones. Esta analista llegó a considerar, por ejemplo, que la situación edípica en análisis pudo asociarse con la supuesta participación de su marido en la transferencia del paciente, vinculándola con "situación triangular en que la imagen paternal juega sobre todo un rol interdictor", cuestión que fundamenta en el miedo que capta en el paciente: ser sorprendido por el marido de la analista en una "situación tan íntima" (1956, p.9). Su justificación sirve de argumento para indicar, en cambio, que la supuesta terceridad que propone no constituye ningún corte respecto de la atmósfera asfixiante de esa transferencia. Nada pareciera escapar a ella, y la aparición temida del marido no es más que una de las tantas manifestaciones de esta situación de asfixia en el encuadre.

En contraposición a esto, lo paterno debería intervenir modificando la concepción de transferencia imperante: lo importante no es la figura del personaje del padre (el marido de la analista, el controlador: esos otros imaginarios propuestos por Lebovici y Bonnet como representantes del padre), sino una función simbólica que pueda introducir una tachadura en la omnipresencia del Otro. La cuestión no puede dirimirse a partir de una serie de figuras edípicas postuladas como representantes del padre; son necesarias intervenciones simbólicas en la estructura compacta de la transferencia -tan bien ilustrada por la expresión *atmósfera asfixiante* de la propia Lebovici-, asociadas a la no puesta en juego de una falta en

el plano del Otro.

El problema de fondo en las consideraciones de Bonnet es su modo de concebir la transferencia que impacta en su concepción de fantasma. La noción de fantasía transferencial que Bonnet despliega en otro de sus libros -*Le transfert dans la clinique psychanalytique*- expone las dificultades teóricas que resultan de la ausencia de un marco que permite interrogar la negatividad del fantasma: "la fantasía (*fantasme*) transferencial constituye el verdadero teatro de la transferencia; es el equivalente de una puesta en escena permanente a través de la cual los objetos interiorizados van a poder inscribirse y evolucionar" (1991, p.236). La fantasía no se concibe como apertura al Otro, sino como una interioridad que se proyectará en el analista, que cumple el papel de soporte para esa puesta en escena. Este modo de concebir la transferencia está absolutamente ligado a una degradación del *agieren* como actualización, en el sentido del *aquí y ahora* con el analista.

La vertiente personalista degrada la transferencia, tal como queda claro en la reformulación que efectúa Bonnet de la definición lacaniana del concepto en el *libro 11 del Seminario*: "la transferencia es la puesta en acto del inconsciente" ([1964], 1973). Bonnet transforma esta fórmula en la siguiente: "la transferencia es la puesta en acto de *dos* inconscientes" (1991, p.26, destacado en el original). Transfiguración que no sólo corroe lo fundamental de la transferencia, sino también el estatuto del fantasma en su dependencia de la relación del sujeto con el Otro, y no con el analista como *partenaire* que tiene sus propias fantasías: "las verdaderas fantasías (*fantasmes*) de transferencia, que son fantasías incluidas en aquellas del analista o que están asociadas a ellas".

En consonancia con eso, la respuesta por la vía del acto es postulada como un modo legítimo de procesamiento psíquico propio del fantasma en el trabajo analítico. Ella respondería a una "evolución casi clásica" en la que el acto es "el único medio para el paciente de reaccionar a los progresos de la cura". El trasfondo de esta lectura es la promoción de un pasaje triunfal de la pasividad a la actividad, donde el voyeurismo es concebido como un "medio de asumir la posición activa en todas sus potencialidades". La vía del acto, al ser concebida como una *puesta a distancia activa* que el paciente promueve, se contrapone, a la puesta a distancia pasiva que participó en la conformación del objeto fóbico. La aprehensión fóbica de ser visto por los otros como demasiado grande haría referencia, de acuerdo con esta perspectiva, a un exhibicionismo vivido pasivamente en el plano del síntoma: "el voyeurismo interviene entonces en el vuelco respecto del exhibicionismo inscripto en la práctica fóbica, como una manera de reenviar sobre el otro la vergüenza de la que es objeto" (Bonnet, 2005, pp.46-47).

Esa simpleza en el abordaje de la pasividad y de la actividad -exhibicionismo y voyeurismo-, que asimila la primera a la constitución del síntoma y la segunda a la respuesta del acto, implica dejar de lado el fundamento fantasmático de ambas, ya que no son abordadas a partir de la relación del sujeto con el Otro, no pareciera quedar más remedio que colocar al otro en su carácter de objeto respecto del cual el yo estaría separado -con el parámetro de la noción realista de distancia-.

La concepción del pasaje del exhibicionismo al voyeurismo es presa de las mismas dificultades del centramiento en un mero registro dual. Plantear que la vergüenza pasa de ser sufrida pasivamente en uno para ser activamente vertida al otro implica dejar de lado el plano del fantasma en que se anudan pasividad y actividad. No existe en términos de la estructura del fantasma la división dicotómica entre lo activo y pasivo que supone Bonnet: no hay actividad que pueda manifestarse sin el trasfondo de una pasividad constitutiva.

La pulsiones con meta pasiva ponen más cerca al sujeto de la verdad de su estructura que las activas, que sólo encubren una pasividad más fundamental, sin por ello suprimirla. La manifestación del fantasma en análisis, en su pura negatividad, es por definición pasiva: el trabajo efectuado con ella no debería tender a contrarrestar esa pasividad. El hecho de que pueda producirse un abordaje en el registro interpretativo del eje síntoma-acto depende precisamente de eso. El fantasma transformado en actividad, un cuestionable tratamiento transferencial, que pareciera más bien llevarlo a su degradación.

La actividad entendida como un triunfo sobre el síntoma, por el cual el sujeto se pondría activamente a distancia de sus padecimientos, es efecto de la obturación del trabajo

con la causa inconsciente. La actividad en el nivel fantasmático es taponamiento de la pasividad que constituye al fantasma, y las inversiones del fantasma, tal como se observa en el caso de Lebovici y en uno de los casos de Ferenczi examinados, indican posibles tergiversaciones del abordaje clínico del fantasma.

El hecho de que se ubique a la actividad como un triunfo respecto de un sometimiento no sólo está ligado al desconocimiento de la dimensión esencialmente pasiva del sujeto en el fantasma, es correlativo también de una reivindicación de la fortaleza yoica, colocada en una supuesta posición de dominio ante el padecimiento sintomático. No está demás aclarar que si estas dos cuestiones confluyen es porque resultan de la carencia de una articulación satisfactoria entre fantasma y transferencia a partir de las relaciones del sujeto con el Otro. Cuando la alteridad se degrada en la referencia predominante a un otro dual ante el cual el yo debería imponerse para no sucumbir, no queda margen para pensar una tramitación del sujeto en el fantasma en el registro mismo de su pasividad estructural. La promoción de la actividad del sujeto en el fantasma es entonces el signo manifiesto de una teoría deficiente sobre la relación entre deseo, fantasma y acto. Cuando lo activo se inscribe en el registro triunfal del dominio yoico, se produce ineluctablemente una desviación del eje del deseo, por lo cual el fantasma colapsa con el acto, y éste se vuelve una *parodia de acto*, una realización triunfal del fantasma, que disimula su falsedad estructural fundamental. Esto se manifiesta en la clínica por un tratamiento deficiente de la tensión discursiva del sujeto con el Otro transferencial, necesaria para el advenimiento de una enunciación inconsciente.

Si el voyeurismo puede ser planteado como un desconocimiento más profundo de la estructura del fantasma que el que supone la pulsión con meta pasiva -tal como se desprende de los diversos abordajes de Lacan en los *libros 6, 10 y 11 del Seminario-*, es porque la actividad se presenta como una manera de taponar la pasividad, que remite a la estructura fundamental de la pulsión. Plantear a la actividad como un triunfo que contrarresta la pasividad en la estructura equivale a desconocer que, en las coordenadas de esa actividad, el sujeto no es *causa sui*, que el imperativo de asumir la causa no anula el determinismo que lo ancla pasivamente en el campo del Otro.

El sujeto no puede efectivamente asumir su propia causalidad, si por ello se entendiera que el sujeto habría de inscribirse en el horizonte de sus posibilidades. El adagio freudiano *Wo Es war, soll Ich werden* no debería ser leído en los términos de una posibilidad a ser alcanzada. La interpretación de Lacan lo transforma en un mandamiento ético para el acto analítico, en una especie de imperativo que insta al sujeto a asumir su propia causalidad, pero que exige partir de una posición en la estructura intercedida por la alteridad, inscrita por el significante en el campo del Otro que lo pasiviza.

El imperativo ético del análisis no apunta a transformar al sujeto en amo de su acto, ideal del razonamiento Bonnet, claramente manifiesto en su consideración del supuesto acto triunfal como un progreso, una ganancia para el sujeto. Promover un trabajo de la pasividad en el dominio de la inaccesibilidad del fantasma transferencial conlleva una propuesta muy distinta para el trabajo clínico que la expuesta por Bonnet, quien ve la actividad del *acting out* no como una reacción desviada del deseo asociada a determinado abordaje transferencial, sino como una vía legítima para el avance del tratamiento.



## CAPÍTULO 5

### ***Fantasma y acting out* ante la disparidad ética de la transferencia**

---

#### **Transferencia y deseo del analista**

En determinados autores filiados en la enseñanza de Lacan prevalece con frecuencia un rechazo contundente de cualquier consideración sobre la práctica analítica avalada en la noción de contratransferencia. Un representante de esto es Jacques-Alain Miller, quien desde los planteos de Annie Reich distingue a la empatía de la contratransferencia. Este autor reivindica a la primera de estas nociones, para la que encuentra en el "punto de capitonado" un equivalente en la conceptualización lacaniana que permitiría articular la comprensión y el *insight* como fenómenos del orden imaginario. En cambio, condena a la contratransferencia, apoyándose paradójicamente en el caso de Lucia Tower, puesto que conduciría al *acting out* del analista, resultante de una falla en la comprensión (citado en Leff, p.165). Este breve marco introductorio tiene sólo por objetivo plantear que es necesario ir más allá del uso o no de ciertos términos para determinar filiaciones y rupturas en las formas de concebir problemáticas clínicas. No se puede reivindicar o rechazar la contratransferencia simplemente por sus impropiedades conceptuales, sin que se examinen específicamente los fines particulares a los que sirve en las formas de conducción de los tratamientos; es necesario dar cuenta de cómo se inserta en la práctica en conexión con la posición singular del analista.

#### **Impurezas teóricas de la contratransferencia y el más allá del *savoir-faire* técnico**

La noción de contratransferencia resulta de relevancia en la medida en que permite interrogar posiciones enunciativas del analista implicadas en la forma de abordar el deseo del analizante, en conexión con ciertas limitaciones que podrían producirse. No hay que descartar de entrada a la contratransferencia por su semántica dualista, que expone una impureza conceptual. El síntoma de esta impureza puede resultar instructiva si se problematizan sus fundamentos. En el curso de su intervención en la sesión del 20 de febrero de 1963 del *seminario La angustia*, Granoff precisó que, a pesar del hecho de "que sea admitida, incluso glorificada, o negada", la discusión en torno esta noción ha quedado inmersa en la dimensión del malentendido (Lacan, [1962-63], 2004, p.247).

La contratransferencia irrumpe en Freud como algo sintomático, impuro en la estructuración misma del dispositivo analítico por colocar en primer plano una dificultad asociada al analista, la *segunda persona* en la situación, que pareciera no ser intrínseca a la misma. Ahora bien, en algunos casos puede verse -como en el de Lucia Tower. ejemplo extremo de eso- que desde la contratransferencia se puede dar cuenta de una implicación del analista que no es ajena ni externa a la tramitación del deseo del analizante. El teorizar desde la contratransferencia no conduce necesariamente a descuidar el deseo del sujeto en análisis en nombre de un polo de referencia dual que constituiría el analista. Al contrario, se puede rescatar la noción si se considera que lo decisivo es su inserción en la práctica desde el punto de vista de la enunciación del analista.

Es necesario ir más allá de la defensa o la condena de la contratransferencia como un simple *savoir-faire* técnico. Algunas registros clínicos de Tower conducen a problematizar la contratransferencia desde una nueva luz, perspectiva que implica rechazar cualquier saber referencial positivo sobre la noción con que se pretenda avalar una regla técnica. La aguda lectura de Gloria Leff es precisa en este punto:

En su pasaje de analizante a analista, Tower dejó caer el saber transferencial que condenaba la contratransferencia, prohibía a los analistas tener fantasías y sentimientos eróticos hacia sus pacientes, los orientaba a recurrir a "brillantes" interpretaciones con las cuales desplegaban narcisísticamente su saber; en fin, proporcionaba ilusamente garantías para las intervenciones del analista. Pero, además, en los análisis relatados por ella, se puede leer como Tower se desprende de aquellas propuestas que sí aceptaban la contratransferencia, e incluso la reivindicaban, pero sólo para elaborar técnicas *prêt-à-porter* que el analista debía emplear con el fin de responder a la misma (Leff, 2011, pp.157-158).

Algunos desarrollos de Tower permiten abordar la singular implicación del analista y de su deseo en relación con el deseo del analizante. Sus consideraciones pueden ser retomadas en conexión con el problema del deseo del analista si se despoja a esta noción de la idea de una abstinencia aséptica, para acentuar, en cambio, su función en el sentido de la apertura de la tramitación del deseo del sujeto. En sus comentarios del seminario *La angustia*, Lacan hizo foco fundamentalmente sobre una cuestión que resultará fundamental para las abordajes de este capítulo: en una situación puntual, la posición de Tower fue determinante por haber conseguido "alinearse (*réaxer*) su relación con el deseo de su paciente" (Lacan, [1962-63], 2004, p.227). Eso ocurrió precisamente a raíz de vislumbrar, avalándose en la noción de contratransferencia, que el deseo de su paciente estaba "mucho menos desprovisto de captura (*prise*) sobre su analista" de lo que el paciente creía (p.230).

Los nombres que puedan dársele a la función del analista en la transferencia (deseo del analista, contratransferencia u otros) son, en definitiva, secundarios respecto de la posibilidad de captar las modalidades de su implicación en la práctica, cuestión que aquí se busca delimitar en el sentido de una posición enunciativa del analista. ¿El analista se apoya en un concepto tomándolo como una referencia teórica que dice sobre la transferencia como si estuviera por fuera de ella o permite -en cambio- exponer el valor sintomático que lo constituye en el discurso, y que posibilita interrogar la báscula entre su implicación y su desimplicación en la relación erótica con su paciente?

## **Erotología y contratransferencia**

Si efectivamente Lacan ya había saldado sus cuentas con la contratransferencia al proscribir la intersubjetividad -como se dice cuando se acentúa un poco unilateralmente que, en el *libro 8 del Seminario*, en nombre de la primera se vería llevado a rechazar a la segunda- ¿cuál es el motivo por el que vuelve nuevamente a dedicarse tan insistentemente a su abordaje dos años después en el seminario *La angustia* (Leff, 2001-02, p.149)? Esta manera de plantear la cuestión, aunque allane inicialmente el camino, no resulta del todo satisfactoria. Hay que examinar, ante todo, más allá del uso o no del término, el contexto en que se lo aborda para no sucumbir en el planteo de quiebres o rupturas masivas a partir de la aceptación o el rechazo de ciertos conceptos desde un punto de vista meramente descriptivo.

El hecho de que se retome insistentemente la contratransferencia no implica una vuelta al problema teórico de la intersubjetividad, si por ella se entiende la reivindicación de una pretendida implicación dual del analista. La versión dualista de intersubjetividad no es desterrada teóricamente por Lacan recién a partir del *Seminario La transferencia*, como habitualmente se sostiene. Ya los planteos de sus primeros seminarios permiten dar cuenta de que la intersubjetividad inicialmente reivindicada nunca tuvo que ver con la dualidad ni con la reciprocidad, como queda claro a partir de la temprana discusión de la relación de objeto.

Es preciso considerar que, si el contexto del seminario *La angustia* presenta un valor especial para el retomar el abordaje de la contratransferencia, es porque la promoción a un primer plano de una práctica concebida como una erotología mantiene alejado los matices personalistas de la noción, así como los referidos a sus anclajes teóricos. Esto conduce a esclarecer por qué la implicación del analista en transferencia excede la referencia a su persona, acentuando su lugar, en cambio, como aquello que permite al paciente tramitar su relación con el objeto parcial; cuestión que expone su implicación erótica desde otra perspectiva. Este enfoque diferente del problema permite destacar, además, algo que está más allá de los posibles saberes referenciales construidos, lo que coloca en segundo plano su teoría. La consideración de sus dichos sobre la contratransferencia permite atender a la manera en que está involucrado en la experiencia erótica del análisis, cuestión revelada por su posición enunciativa.

La práctica analítica como una erotología, tal como expone al comienzo del *Seminario La angustia*, es una praxis del deseo que está en las antípodas de la psicología, concebida como un "discurso sobre esa realidad irreal que se llama la psiquis" ([1962-63], 2004, p.24). Desde esa perspectiva, se puede retomar la problemática de la contratransferencia

acentuando la inmersión del analista en una situación erótica por definición. El recurso a la contratransferencia puede servir para interrogar las peculiaridades de la implicación del analista en esa praxis del deseo.

En contra de ciertas posiciones globales que plantean rupturas tajantes en la obra de Lacan, hay que pesquisar de qué modo la problematización de la contratransferencia estaba presente ya en desarrollos tempranos que procuraban enfocar singulares modos implicación del analista en la práctica. Un recorrido retrospectivo permite realzar el lugar problemático de la contratransferencia en la práctica, exponiendo los puntos de su incidencia clínica.

En su cuarto seminario, Lacan introduce una indicación sugerente atendiendo a la manera en que la contratransferencia pudo, en cierta situación, haberle servido a Freud, pero *a condición de que no fuera una contratransferencia* ([1956-57], 1994, p.108). Eso permite deducir que la contratransferencia cobra un valor clínico particular siempre y cuando sea negada; es el impacto sobre el deseo del paciente y las derivas del análisis lo que define su operatoria. La dimensión de la contratransferencia se clausura sobre sí misma cuando prevalece la afectación del analista en su implicación erótica y se obtura la tramitación del trabajo analítico.

La contratransferencia que habría que desechar como nociva es aquella que, en la afectación del analista por la transferencia, lo termina instalando como un polo de referencia que no produce un efecto de retorno sobre el analizante para el trabajo con su deseo. Al contrario, la reivindicación de la contratransferencia desde su negación, implicaría poner en primer plano cómo la afectación del analista produce efectos decisivos para la tramitación de la cura. El retorno producido sobre el deseo del analizante es crucial. Pero para ello es necesario que el analista no cierre sobre sí esa contratransferencia, esa afectación erótica, convirtiéndola en un punto de fuga extra analítico, ni siquiera cuando se justifique en aspectos teóricos o incluso sublimatorios.

### **Dimensión representativa del analista**

En el caso de Ruth Lebovici antes examinado se observa un estatuto peculiar de la contratransferencia, cernido por Lacan con la idea de una *posición contratransferencial* (Lacan, [1956-57], 1994, p.90), de madre fálica (o afálica) de la analista respecto del analizante. Las consideraciones precedentes conducen a plantear que, en este punto, se vislumbra un escollo que resulta del modo de implicancia de la analista en la situación erótica: la consistencia del papel representativo que encarna forma una pantalla para el acceso al fantasma del analizante por una vía negativa (la del discurso inconsciente). No reside sólo en la presencia masiva de persona el bloqueo al acceso del deseo del paciente, sino en la dimensión representativa que en ella se configura, constituida desde una degradación del fantasma.

La oscilación detenida entre lo fálico y su ausencia (propia de la modalidad fetichista de rechazo de la falta) marca el movimiento mismo por el cual la analista refuerza la no asunción, en cierto registro, del deseo del analizante. La contratransferencia cobra aquí el valor de una dimensión erótica que adquiere un valor representativo, donde la analista queda alojada en la dimensión del objeto parcial del fantasma, obturando la apertura del deseo en la dimensión del deseo del Otro. El hecho de que la posición de esta *analista mujer* se configure más bien en el sentido de una *mujer analista*, como lo muestran los detalles antes examinados, permite cifrar un punto de resistencia que contrasta con una de las situaciones clínicas de Lucia Tower (su caso exitoso) que luego se examinará. En ella se observa que la dimensión de ser mujer opera como una condición para advenir al lugar del analista que no se fija como punto resistencial y que abre a una peculiar tramitación del deseo del analizante.

La importancia de la contratransferencia en la cura analítica no podría independizarse de la tensión que el deseo del analista ejerce sobre ella. La contratransferencia irrumpe como una mancha de la implicación del analista en el deseo del analizante que mueve la erótica del análisis. No es posible dirimir de antemano los efectos que tendrá esa marca del apresamiento del *analista sujeto* en la transferencia, es decir, si favorecerá u obstaculizará el trabajo analítico.

Uno de los casos comentados por Tower en el artículo "On countertransference" contribuye a esclarecer esta cuestión. Allí se observa a la contratransferencia como un recurso que sirve a la analista para correrse del lugar de objeto que el paciente le asigna en la transferencia. El embarazo irrumpe en este punto como una molesta contratransferencial, que permitirá a la analista desalojar el lugar de objeto parcial que encarnaba. La puesta en marcha de un movimiento de báscula entre el objeto parcial y la dimensión vacía del objeto cifra un movimiento transferencial de desimplicación, que expone la corrosión de la contratransferencia por el deseo del analista. Esto se esclarece si se tiene en cuenta lo abordado en el *libro 11 del Seminario*, donde se plantea al deseo del analista como equivalente de la distancia entre un objeto parcial positivizado en el lugar del ideal y el objeto a como vacío (Lacan, [1964], 1973).

La operación abstinentemente constituye, en su articulación con la interpretación, un límite a la transferencia sugestiva articulada a la demanda del Otro; pone en juego una opacidad en la dimensión representativa del Otro transferencial, introduciendo un plano diferente de la articulación significante que excede la sugestión. El deseo del analista permite precisar mejor el punto de eficacia de la noción más temprana de operación abstinentemente, ese *Otro plano* en el cual se fundamenta. Da cuenta del punto en que la transferencia analítica funciona como una resta a la hipnosis (raíz de la demanda del Otro como configuración sugestiva de la transferencia) por la sustracción de un objeto.

La falla en la representación del Otro (propia de la transferencia en su dimensión analítica), ligada a la sustracción de un objeto parcial, hace posible un trabajo con la causa en su estatuto indeterminado, donde las positivizaciones son evidentemente necesarias, pero siempre transitorias y sucesivamente tachadas. Este estatuto que adquiere la transferencia (transferencia declinada, interpretada por el deseo del analista) es solidario de la idea de la interpretación como algo que, en sus efectos de determinación, resulta liberador respecto del sentido. La articulación entre lo positivo del sentido y el registro indeterminado de la causa, se precisa desde la operatoria de la interpretación analítica como algo irreductible al sentido, pero no independiente de él. A este respecto, Lacan plantea que "la interpretación no apunta tanto al sentido como a reducir los significantes en su sinsentido para que podamos reencontrar los determinantes de toda la conducta del sujeto" ([1964]. 1973, p.236). La función de la libertad se juega en este "significante que mata todos los sentidos", tal como se revela en la fórmula *Poordjeli* del conocido ejemplo de Leclair o en el estatuto de la mirada en el sueño del *hombre de los lobos*. Si bien el sujeto está determinado por las significaciones dialectizadas que tensan su deseo con el deseo del Otro, el estatuto del significante en el inconsciente implica que el sujeto sea libre "respecto de todos los sentidos" (pp.280-281).

### **Poder y deseo del analista**

Los tres artículos propuestos en el seminario *La angustia* para trabajar la problemática de la posición del analista son de autoría de Barbara Low, Thomas Szasz y Margaret Little. Su presentación queda a cargo de Wladimir Granoff, François Perrier y Piera Aulagnier, a raíz de un encargo de Lacan, quien decide mantener la sesión del 20 de febrero a pesar de no poder estar presente ese día. En esta sesión intervendrán los dos primeros; en la siguiente, el 27 de febrero, Lacan ya se encuentra de retorno en su seminario y retomará la palabra luego de ser precedido por Aulagnier, cuya exposición había quedado pendiente.

Más allá de las conceptualizaciones sobre la contratransferencia, los artículos comentados se destacan porque permiten interrogar la implicación transferencial del analista en relación con el lugar otorgado al deseo del paciente en el análisis. El modo de tratar la contratransferencia revela las incidencias del deseo del analista, marca que instituye un horizonte de trabajo en tensión con el deseo del analizante, o bien su sepultamiento. Este panorama esclarecedor se abre con el abordaje comenzado por Granoff y Perrier, y proseguido luego por Lacan.

En la sesión del 30 de enero, Lacan había enlazado la continuidad de los enunciados del seminario con la puesta en juego de la falta en los tratamientos, asociada al estatuto de la separación. La cita de Étienne Gilson, "la vida [...] la existencia es un poder ininterrumpido de

activas separaciones" (Lacan, 1962-63, p.232), lo conduce a introducir un afrontamiento diferente de la falta que se se distingue de las resoluciones habituales que colocan a la frustración en primer plano:

Una reflexión continua, quiero decir variada, con las formas diversas, metonímicas, en que aparecen en la clínica los puntos de residencia (*foyer*) de esta falta, constituirá la continuación de nuestro discurso. Pero no podemos no tratarlo sin cesar con la puesta en cuestión de lo que puede llamarse objetivos del análisis (Lacan, 1962-63, p.232)

A continuación, esboza brevemente la perspectiva que propone para encarar los artículos que se abordarán y enuncia algo clave para delimitar el estatuto de la contratransferencia. No se trata de manifestar un acuerdo o un desacuerdo con la manera de definir las perspectivas de la práctica analítica -lo dice respecto del carácter científico del artículo de Szasz, cuestionable por situarse en la perspectiva de una concepción de la falta como algo susceptible de ser colmado-. Lo importante es el aprendizaje que puede extraerse de dicha definición (Lacan, 1962-63a, pp. 232-233).

Durante la sesión siguiente, cuando interviene Granoff, decide hablar en nombre de la contratransferencia, manteniendo el término utilizado por los autores, aunque considere que las cosas no estén lo suficientemente maduras para hacerlo en el contexto adverso que constituía el seminario (Lacan, 1962-63a, p.236). Se observa cómo entre los seguidores de esta enseñanza pesaba un aire de proscripción sobre esta noción, cuestión que se vincula con las anteriores apreciaciones críticas de Lacan. No obstante, pese a mantener el término, Granoff se sitúa más allá de la problematización sobre la validez del concepto, corriendo el acento hacia la forma en que queda situado el analista en su experiencia. Para esto, ubica un amplio abanico, cuyos extremos encarnan las posiciones de Thomas Szasz y Barbara Low. Desde el criterio de la inserción en las formulaciones actuales del seminario, Granoff considera que los textos seleccionados son excelentes (en Lacan, 1962-63a, p.236-237), pero no se priva por ello de introducir un cuarto artículo, que terminará teniendo hondos consecuencias en las posteriores sesiones: "On the countertransference", de Lucia Tower.

Los planteos iniciales sobre la posición del analista están, al decir de Granoff, muy bien representados por el artículo de Low, mientras que en el extremo opuesto se encuentra la postura de Szasz. De un lado, se ubica el *deseo del analista*, traducido en la siguiente expresión: "mi posición en relación con el analizado es que estoy curiosa. Es legítimo porque estoy interesada" (en Lacan, 1962-63a, p.244). Esta cuestión adquiere mayor contundencia con la pregunta formulada por la autora: ¿debe el analista llegar o no al punto enamorarse del material de su paciente? (p.264). Del lado opuesto, queda el *poder del analista*, encarnado muy bien por este enunciado que Granoff coloca en boca de Szasz: "tengo derecho de ver porque usted tiene necesidad de mí en razón de lo que yo tengo, mi saber" (en Lacan, 1962-63a, p.244).

En los planteos de Szasz se vislumbra una singular versión de contratransferencia, que puede resultar contraproducente para el trabajo analítico por anclarse en un fantasma obsesivo (como se encargará de mostrarlo luego Perrier en su intervención). En la medida en que no se encuentra tensada por el deseo del analista, sino ahogada en su poder, esta contratransferencia no se abre a la posibilidad de dejar caer el saber, cuestión que dificulta la constitución de una escena armada en torno del deseo del paciente.

### **La sublimación del analista y la falsa terceridad de la teoría**

La posición de Low resalta por sus vínculos con la creación artística. La persona del analista busca disolverse en el material del paciente, mientras que la posición contraria de Szasz expone, alineándose con la ciencia, una objetivación de las reglas que conduce a disolver el problema del sujeto. Para esclarecer mejor esta cuestión, es instructivo examinar las consideraciones de Jean-Louis Baldacci en un artículo que integra el libro colectivo *Lacan et le contre-transfert* (2011).

Las dificultades en los planteos de este autor resultan de la confusión entre sublimación del analista y transferencia al psicoanálisis. La problematización de esta postura resulta clave para cuestionar la idea que confunde el sostenimiento del método con el resorte fundamental de la práctica: la disolución de la persona del analista en el material del paciente. El abordaje de este autor muestra una faz especial de la degradación en que puede incurrirse desde algunas articulaciones sobre la contratransferencia y el deseo del analista. El deseo del analista aparece homologado a una transferencia al psicoanálisis (2011), cuestión que permite examinar el impacto de borrar la diferencia radical entre las posiciones de Low y de Szasz. Si es importante sostener la discrepancia, es porque sus posturas abren un abanico de posibilidades que exponen puntos decisivos de la eficacia y de los límites del analista.

De acuerdo con Szasz, el analista no debe experimentar ninguna satisfacción, al contrario de Low, quien la promovía. Al ocupar el lugar de los padres, debe privarse de satisfacciones porque "hace una obra en sí", al igual que ellos (en Lacan, 1962-63a, p.245). Perrier retomará esto para ubicar cómo esta posición científicista implica la anulación de la diferencia entre "la verdad subjetiva del sujeto, la verdad del deseo, y esta verdad objetiva que se trataría de promover para él" (p.259). Se encuentra una anulación homóloga en los planteos de Baldacci: el eclipse que su abordaje produce entre las dos posiciones extremas que representan Szasz y Low, conduce a reducir la verdad del deseo a la obtención de una supuesta terceridad que el método o el proceso debería asegurar.

"El ejercicio del análisis impide la sublimación", le decía de modo contundente Freud a Lou-Andreas Salomé (citado en Jinkis, 1991, p.9). La idea de que la *sublimación del analista* no tiene cabida en la práctica del psicoanálisis debe ser ajustada tomando en cuenta la diferencia que resulta entre el sentido subjetivo u objetivo del genitivo. No es el analista quien sublima (como correspondería al genitivo subjetivo), en la línea de la proscripción freudiana, sino aquello que se sublima. Esta modificación resulta de la apreciación de Jorge Jinkis (1991), al acentuar el sentido objetivo del genitivo, cuestión que conduce a apreciar de otra manera la postura de Low cuando asimila el ejercicio del psicoanálisis a la creación artística. El planteo de Jinkis conduce de la imposibilidad de sublimar (regla de abstinencia freudiana) a la producción del analista como sublimado, sometido a una diferencia pura en el plano del discurso.

El valor singular de esta concepción de la sublimación (basada en el genitivo objetivo) conduce a considerar la postura de Low en términos más radicales, y a oponerla aún más tajantemente a la de Szasz. El analista no sublima con el paciente, no ejerce la sublimación, sino que opera como un objeto al servicio de una sublimación efectuada por el analizante. No se trata con esto de acentuar un modo singular de satisfacción que excede lo específicamente sexual, sino de mostrar cómo se instala una economía libidinal que no se regula por el objeto parcial. Cabe destacar que en esta perspectiva la sublimación adquiere un sentido más extenso que el habitual, en estrecha conexión con las consideraciones de *La lógica del fantasma* (1966-67) y *El acto analítico* (1967-68) que la ubican como una pieza clave de la operatoria analítica.

El punto a destacar se esclarece si se examinan las conclusiones desacertadas que extrae Baldacci de los planteos Barbara Low (2011). Al buscar resaltar su perspectiva conectándola con el supuesto valor de terceridad de la teoría, Baldacci termina por sofocarla subsumiéndola en la posición opuesta. Las consideraciones de Low adquieren relevancia en la medida en que no se restrinja la sublimación a una ganancia para el analista (aún cuando se la justifique desde la teorización de la práctica). En contra de esto, es preciso destacar la disolución del analista como punto de referencia, que da lugar al trabajo con el material que produce el deseo analizante. El analista se transforma en causa de trabajo para este deseo si consigue ofrecerse como un refuerzo de una acción sublimatoria que tienda a disolverlo como objeto parcial constituido en transferencia.

Lo discutible en el abordaje de Baldacci es el estatuto otorgado a la teoría como garante de la terceridad (perspectiva muy extendida en diversos analistas posfreudianos). La teoría se coloca como la mediación que posibilitaría escapar a una relación dual entre analizante y analista. Este planteo puede asociarse con una versión de la sublimación *del* analista que resulta del sentido subjetivo del genitivo, y que lleva a degradar su posición como

teorización. En nombre de transferencia al psicoanálisis (como teoría o método) se deja de lado el lugar decisivo del deseo del analista en la praxis como curvatura hacia un *deseo Otro*.

Ahora bien, si existe una enseñanza particular a extraer de algunos abordajes lacanianos, es precisamente que la única terceridad admisible en la praxis es la resultante de la tramitación del deseo en el campo del gran Otro. Esa terceridad nada tiene que ver con la del proceso analítico, teoría aplicada en forma de técnica. En este marco, los analistas aparecen como agentes de neutralidad, avalados en la supuesta objetividad de la técnica que pareciera independiente de la subjetividad de los analizantes. Este modelo empírico de terceridad debe ser desechado y suplantado por el resorte de la práctica del psicoanálisis: el inconsciente como discurso del Otro.

Dicho modelo se enraíza en la suposición de que la situación analítica constituye un encuentro entre dos personas, o dos inconscientes (la versión que buscando ser más refinada, sigue conservando vestigios del modelo *relación de objeto*), donde la teoría se propone como la terceridad que permitiría ir más allá de la relación dual. Esta forma de considerar el análisis contradice un principio básico que exige desterrar la presencia de la teoría en el ejercicio de la práctica, donde el saber referencial no puede funcionar como regulador. Si debe erradicarse es porque exacerba las resistencias del analista. La pseudosituación analítica exige al instauración de un saber textual referido a la estructura del deseo en el campo del Otro, condición para la instauración del dispositivo.

La lectura de Perrier permite dilucidar qué se encuentra detrás de esa pretendida "situación de normas científicas rigurosas", mostrando sus conexiones con un fantasma obsesivo del analista (1962-63, p.260). La propia implicación contratransferencial de Szasz se capta en la forma de una defensa ante la "gratificación de las satisfacciones" que le procura "el ejercicio del poder de su propio saber". El enraizamiento de la proclamada estructura rigurosa de la situación analítica en un fantasma obsesivo se encuentra además condicionada por el papel que desempeña un yo (*moi*) en situación ante el *alter ego* que se le enfrenta. Este entramado expone que un análisis configurado desde la articulación entre un poder y un saber vinculados con la satisfacción de un yo fantasmáticamente denegada, conduce a dejar de lado el "problema del deseo" (Perrier en Lacan, 1962-63, p.261).

Este enfoque se esclarece aún más si se retoma lo abordado en el tercer capítulo sobre los escollos de la situación analítica asociados a los planteos de Freud en "Análisis terminable e interminable" ([1937], 1986). Lo planteado en las sesiones precedentes del seminario sobre la posición de Freud -analista ubicado como teniendo el objeto que al analizado le falta (en Lacan, 1962-63, p.262)-, le permite a Perrier acentuar que el analista como poseedor de algo que podría dar constituye un obstáculo para el trabajo clínico con el deseo, donde sobresale el poder ejercido del lado del analista. Eso implica mostrar el parentesco estrecho entre los postulados de Freud sobre la existencia de una roca de base irremontable en el análisis y la posición de Szasz ([1937], 1986). Si se profundiza esta idea, se puede llegar a plantear que la roca es el límite de un análisis que, habiendo transitado los carriles del deseo, se vuelca repentinamente hacia el registro del poder. Eso conduce a plantear que las posiciones extremas de Szasz y Low no están, necesariamente, siempre separadas en la práctica, puesto que un mismo analista podría desplazarse entre ellas.

La posición de Margaret Little, que propone "comprometerse al cien por ciento", confluye en un punto con la de Szasz, por ubicar al analista como aquel que tiene algo para dar (Granoff, en Lacan 1962-63, p.264), *something to spare*. La astucia de Granoff en su presentación del 20 de enero de 1963 fue haber introducido el artículo de Lucia Tower, que no estaba previsto abordar. El uso del término contratransferencia resulta allí muy peculiar. Granoff es el primero en apuntar la importancia del verbo *to bend* en su escrito -plegarse o curvarse, movimiento que produce la analista al rebajarse al deseo de su paciente (en Lacan 1962-63, p.265)-. Una de las situaciones expuestas por Tower permite destacar los efectos de la contratransferencia cuando el analista opera transformándose en amante del material; eficacia que, como bien lo señala Granoff, no está lejos de la posición freudiana que sostiene a la transferencia como un amor verdadero. Se puede captar en Tower el movimiento de un análisis cuando se pone en juego un desfase entre el objeto que al paciente le falta y eso que supuestamente tendría el analista para dar.

La introducción a la posición del analista en el *libro 10 del Seminario* (Lacan, 1962-63) muestra el retorno transfigurado de un planteo previo (Lacan, [1960-61], 2003): ¿a qué otros fines que los del *deseo del sujeto analista* (expresión que busca distinguirse radicalmente de la función deseo del analista) se presta este último para que sea el deseo del paciente el auténtico motor del trabajo analítico? Ciertos abordajes clásicos sobre la contratransferencia, tendían a sepultar la pregunta por el deseo del paciente, al colocar demasiado en primer plano lo proveniente del lugar del analista. Allí se enmarcan gran parte de las argumentaciones del *libro 8 del Seminario* que desacreditan el concepto y que llevan a que el término se vea impregnado de una acepción negativa, por lo cual se proscribió en algunos ámbitos psicoanalíticos de filiación lacaniana.

El contrapunto entre los abordajes sobre la contratransferencia en los seminarios *La transferencia* y *La angustia* permite esclarecer su valor para el análisis en conexión con la problematización de la implicación del analista.

### **La disparidad ante el Eros de la pseudosituación**

En *La transferencia* la posición del analista es situada en el plano ético que resulta de la articulación entre deseo y acto, por lo cual se retoman algunas cuestiones planteadas en el seminario inmediatamente anterior, dedicado a la ética del psicoanálisis. En primer lugar, se comienza por desembarazar abruptamente a la situación analítica del carácter infeccioso de "todo establecimiento social en cuanto tal" (Lacan, [1960-61], 2003, p.14), colocándose para ello el acento en su aspecto artificial y antisocial. Se vislumbra ya aquí una cuestión que permanece implícita, cuyas artísticas atraviesan los desarrollos de todo el seminario: la disparidad de lugares en que se fundamenta esta situación o, más precisamente, "pretendida situación" o "pseudosituación" (p.227). El rol de la disparidad es determinante para considerar los modos de inserción del fantasma en análisis.

La artificialidad del dispositivo es clave para no arrasar, en nombre del estatuto erótico de la experiencia analítica, con la discrepancia radical entre la relación analítica y cualquier otro tipo de vínculo social. El germen de la concepción de la experiencia analítica como una erótica se encuentra en esos desarrollos del *libro 8 del Seminario*, que se abocan a la precisión de las peculiaridades de este lazo que se distingue de cualquier otro tipo de vínculo social y amoroso. Aunque eso no llegue a plantear de un modo tan explícito los fundamentos de una práctica erótica, tal como lo hará luego con la introducción del término *erotología* (Lacan, [1962-63], 2004, p.24). Los esbozos sobre la trama erótica de la pseudosituación permiten abordar de modo más claro el carácter fundante de cierto límite que instituye a la experiencia analítica.

El asunto se esclarece si se examina cómo el *seminario La transferencia* impone la disimetría constitutiva entre analista y analizante con el estatuto de un axioma. La relación dispar entre los *actores* de la práctica analítica, de acuerdo con los abordajes del *Seminario La transferencia*, debe iluminarse considerando una característica fundamental del *Eros*, fenómeno que implica disparidad de lugares en las relaciones que instituye: amado (*erómenos*) y amante (*erastés*). Eso no supone que la disparidad sea una encarnación estática de posiciones fijas asumidas de manera personalista. Existe una relación dinámica y un intercambio profuso de lugares, caso contrario ni siquiera habría posibilidad de pensar el estatuto de la metáfora que instituye al amor como amor de transferencia. Éste se consume a partir de un cambio producido en el paciente, al pasar de la posición de *erómenos* a la de *erastés*. La disparidad del *Eros* es clave y permite ver que para que el amor pueda funcionar como el resorte de la experiencia analítica, es necesario la corrosión del soporte imaginario que lo configura como narcisista, velando la falta. La posición del amante que instituye como tal al analizante, implica -al contrario- otra relación con el amor. Se desborda su reciprocidad narcisista de base, configurándose una disimetría radical, que revela el estatuto estructural del deseo como falta.

En este seminario, el *Eros* se introduce como aquello que permite dar un tratamiento al deseo en el plano ético, contrario a la sofocación que produciría su abordaje por la vía del bien: "aislarse con otro para enseñarle, ¿qué? -Lo que le falta" (Lacan, [1960-61], 2003, p.24).



No es el bien del paciente sino su *Eros* lo que regula la acción analítica (p.18), por lo cual es posible colocar este enunciado en boca del analista : "no estoy ahí, a fin de cuentas, por su bien, sino para que ame" (p.21). Al respecto, el punto importante a destacar es que, para que el amor no se degrade en un bien fagocitado por la economía narcisista, es preciso que esté intercedido por el deseo. Éste instituye la falta en el corazón del amor, creando la posibilidad de ese abordaje asimétrico del *Eros* al que se consagran amante y amado. Para que la atracción que ejerce el narcisismo no instale una relación de reciprocidad entre quienes se vinculan de manera amorosa, es necesario el atravesamiento por el deseo, cuya función es instituir lo dispar en el seno del amor. Eso implica que la relación con el semejante desborda el plano de la paridad. Ese no semejante que es el analista cobra el estatuto de pretexto, objeto contingente que instaura la posibilidad de un abordaje inédito del *fantasma* en la relación con el Otro. De ahí, la importancia que tiene acentuar el carácter fundamentalmente asocial que posee la experiencia analítica, que la instituye como una relación inédita en la socialidad de la cultura.

El estatuto del amor de transferencia va a estar dado por el modo de trabajo con el deseo: lo propio de ese amor es que nace sostenido en un deseo atópico que inaugura un marco propicio para que el deseo del sujeto se formule como deseo del Otro: "las coordenadas que el analista ha de ser capaz de alcanzar para, simplemente, ocupar el lugar que le corresponde, definido como aquel que le debe ofrecer, vacante, al deseo del paciente para que se realice como deseo del Otro" (Lacan, [1960-61], 2003, p.125). El analista es un otro que se sitúa de un modo tan peculiar respecto del *Eros* que, por su sola presencia dispar y disimétrica, va a hacer posible que el deseo del paciente haga emerger en su lugar, el objeto del fantasma en su carácter de *agalma*.

El modelo del deseo del analista se construye a partir de la "atopía del deseo", modulación característica del deseo socrático (Lacan, [1960-61], 2003, p.124). Se trata de un deseo que *no tiene lugar propio*, deseo que puede ser paradójicamente reducido al mero hecho de ocupar un lugar, pero como lugar puro, vacío de contenido, que sólo sirve como un punto de referencia para el sostén de un alteridad. La expresión "deseo de discurso" es altamente instructiva para dar cuenta del pliegue que es constitutivo de ese deseo, que justamente es tal en la medida en que presente cierta aptitud para plegar en torno suyo a otro deseo; más precisamente, para plegarse en torno de ese otro deseo, que en realidad es el que agencia y moviliza el discurso tomando al primero como pretexto.

Si algo caracteriza a ese deseo de discurso es que hace funcionar su lugar como una expresión reducida a la pura alteridad, deseo a la espera de un discurso que venga de Otro lado (de allí su atopía). En otros términos, el deseo del analista espera ese despliegue a través suyo, ocupando el lugar de un mero pretexto para que el deseo analizante pueda encontrar su modulación como deseo del Otro. Se observa aquí en germen la idea que en el *Seminario La angustia* se ampliará: la docilidad femenina para el manejo de la contratransferencia, donde la estructura de la diferencia sexual determina que la posición de la mujer sea más apta para plegarse ante ciertos fenómenos transferenciales. Eso se asocia a un anclaje femenino más directo al deseo del Otro, que prescinde de la mediación de un objeto que requiere la posición masculina (Lacan, [1962-63], 2004).

A su vez, esclarece que la inflexión producida en el *libro 10 del Seminario* no implica un corte radical respecto de los bosquejos planteados en el seminario sobre la transferencia, sino tan solo una nueva luz para enfocar la cuestión. Allí se aísla de un modo más claro cómo, al hablar de la contratransferencia, el analista puede transmitir un tratamiento de la relación con su falta de hondas consecuencias para la deriva de los análisis. El resultado es un abordaje novedoso de la contratransferencia: en la medida en que permite captar una posición enunciativa del analista a partir de su relación con la falta, el anclaje que opera allí para una posible formulación del deseo del analizante. Sin embargo, eso no implica una concepción absolutamente novedosa. La cuestión ya estaba presente rudimentariamente en los primeros abordajes de Lacan, como en el temprano planteo de que la contratransferencia sirve a condición de que no sea una contratransferencia ([1956-57], 1994, p.108). Eso que proviene del lado del analista depende de su función fundamental en la cura, de si conduce o no a sepultar la pregunta por el deseo del analizante.

## Degradaciones del fantasma en el plano de la demanda

Aunque en el *libro 8 del Seminario* ya estaba cernido el lugar del analista por su relación con la falta -"¿cuál tiene que ser el papel de la castración en el *eros* del analista?" (Lacan, [1960-61], 2003, p.125), el asunto no llega a ser abordado de manera tan directa como en el *Seminario La angustia*. El enfoque del seminario anterior acentuaba el trabajo efectuado por el analizante, a partir de la génesis del amor de transferencia en el pasaje de *erómenos* a *erastés*. Eso implicaba dejar en un segundo plano las consideraciones sobre cómo el analista se soporta en tanto tal y su modo típico de posicionamiento respecto de la falta.

Pese a eso, se encuentra un abordaje más indirecto de la cuestión en algunos lugares marginales de dicho seminario como, por ejemplo, en las objeciones dirigidas al uso de la contratransferencia desde la comprensión. Lacan cuestiona el uso que Money-Kyrle, el analista kleiniano a cuyos desarrollos le consagra parte de la sesión del 8 de marzo de 1961, efectúa de la contratransferencia como un instrumento técnico regulado por la demanda. La objeción principal que subyace a sus planteos es el corrimiento del deseo como eje rector del análisis, al hecho de que la demanda, entronizada por la vía comprensiva, opere como un refugio para el analista, con el cual se taponan la falta producida en el margen del deseo. Esto no impide que ciertos elementos de la estructura del fantasma puedan ser claramente puestos de relieve en un caso presentado por el propio Money-Kyrle, pese a que el modo de conducción del análisis no sea el apropiado desde la perspectiva lacaniana.

El registro de la demanda tiende a conducir a una pasivización del sujeto, aunque ambiguamente pueda formularse en los términos de un pedido del sujeto al Otro, como si hubiera una engañosa actividad en el origen que se engendraría en el propio sujeto. A partir del desajuste y de la no complementariedad de las demandas en los planos oral y anal, Lacan muestra la pasivización del sujeto que se produce en dichos niveles. Deja ver el rebajamiento de su posición en el fantasma, o inclusive una pérdida del sujeto por su entrega oblativa al Otro, el cual se imaginiza en una degradación del fantasma.

En el plano oral, la ausencia de complementariedad entre las demandas se presenta de la forma siguiente: la respuesta estructural que viene del lado del Otro a la demanda de alimentación del sujeto (*aliméntame*) no es *te alimento* -que implicaría un acople de complementarios- sino "*déjate alimentar*" (Lacan, [1960-61], 2003, p.232). Queda claro cómo la respuesta a la demanda oral produce una pasivización del sujeto. Para que el lugar del sujeto sea preservado, es preciso la no satisfacción del señuelo pedido que vehiculiza su demanda. El espacio para el margen del deseo se sostiene siempre y cuando se produzca la modulación de la falta de su demanda.

El "*todo para el otro*" de la oblatividad anal está ligado a una particularidad de este estadio, en que "el sujeto sólo satisface una necesidad para satisfacción del otro". Salta a la vista aquí la raíz anal del *acting out* para su degradación del deseo, aunque requiera también una conjugación con la vertiente escópica. El deseo "se va a la mierda" y el sujeto queda simbolizado como aquello despedido por el orinal (Lacan, [1960-61], 2003 p.235). El plano de la demanda anal puede colocar al analista en la riesgosa posición clínica de alimentarse del ser del sujeto como una mierda que se le entrega (p.239).

La positivización del sujeto que lo convierte en un objeto regido por la demanda del Otro, produce una pasivización que escamotea el acceso al trabajo analítico del fantasma. La trampa de la demanda en su ambigüedad constitutiva, en cualquiera de las versiones en que se manifieste, conduce a la pérdida del lugar del sujeto en el campo del Otro. Eso no hace más que reforzar la propia obturación neurótica del *fantasma*, que obstaculiza su abordaje en el análisis. En resumen, el analista -ubicado en posición de promover la demanda- reduplica la escapada del neurótico ante el *fantasma*, sellando así una entrega a la demanda del Otro en que el sujeto se ofrece como un objeto positivizado.

## La interpretación prematura como comprensión de la demanda

La "preservación del campo de la palabra" es correlativa del sostenimiento de un lugar para el deseo. Cuando se le ofrece al sujeto una supuesta satisfacción para su necesidad, en

torno de una frustración compensatoria -presentada en ocasiones como "el término de la intervención analítica" (Lacan, [1960-61], 2003, p.234)- se produce como resultado una asfixia del deseo por la respuesta dada a la demanda. En el extremo opuesto de la comprensión, regulada por la creencia en el saber "responder a lo que el otro demanda" (p.228), una posición desde el no saber es fundamental para que el tránsito de un análisis pueda efectuarse por las vías del deseo.

Toda forma prematura de la interpretación es criticable en la medida en que comprende demasiado deprisa, y no se da cuenta de que lo más importante de comprender en la demanda del analizado es lo que está más allá de esta demanda. El margen del deseo es el de lo incomprendible (Lacan, [1960-61], 2003, p.239).

La prematuración de la interpretación funciona como un sentido que nutre la demanda por la vía de la comprensión. Cuando la demanda rige la relación analítica, la palabra se degrada en alimento que pasiviza al paciente, cuestión claramente manifiesta en el plano oral.

Para captar la importancia de esta cuestión, es preciso recurrir a otra transcripción del seminario, que permite señalar algo que en la versión castellana de Paidós -y en la francesa de Seuil que esta toma por modelo- pasa desapercibido. "Al interpretar le dan algo al sujeto con lo que se alimenta la palabra" se puede leer en la versión oficial (Lacan, [1960-61], 2003, 239). Ahora bien, esa sintaxis oblitera el meollo de la cuestión, que puede recuperarse si se la contrasta con esta otra versión: "*en interprétant vous donnez au sujet quelque chose dont se nourris: la parole*" (Lacan, 1960-61a, p.356). El modo de enunciarlo -que habría que traducir de esta forma: *interpretando le dan al sujeto algo con lo que se alimenta: la palabra*) muestra que, en el plano de la demanda, el estatuto de la palabra se degrada y que, en cierto modo, la disparidad subjetiva de la situación analítica queda abolida. El analista es quien alimenta con la palabra a un paciente que se ha vuelto un objeto pasivizado. La palabra no está ya comandada por el discurso analizante, sino que se transforma en un alimento que el analista da al paciente, como una respuesta positiva a lo que pide. La palabra interpretativa, degradada en el nivel de la demanda oral, se convierte en un alimento que opera como una inyección de sentido. Responder con un "significante nutriente" (Lacan, [1960-61], 2003, p.239) a la demanda de alimento del sujeto conduce a una elisión de la metonimia constitutiva del deseo, y muestra cómo el sujeto no necesita en realidad ningún alimento que lo colme.

El abordaje erróneo desde una contratransferencia declinada en comprensión no impide la posibilidad de captar la verdad de estructura que sostiene al análisis como tal. Por eso mismo, se la puede encontrar subyacente en un tipo de tratamiento como el conducido por Money-Kyrle. Es necesario considerar cómo la llamada *normal countertransference* (contratransferencia normal) se fundamenta en la misma topología del *agalma*, aquella delimita "un efecto irreductible de la situación de transferencia" (Lacan, [1960-61], 2003, p.223). No habría motivos para llamar a ese fenómeno contratransferencia, puesto que no es más que el resultado del hecho estructural siguiente: "aunque el sujeto no lo sepa [...] donde *a* minúscula funciona es en el Otro" (p.222). Eso explica por qué lo habitual es que desde el comienzo mismo pueda instituirse en el paciente un pasaje de *erómenos* a *erastés*, metáfora constitutiva del amor de transferencia. Es entonces el *no saber* sobre el objeto de deseo, inscripto en la propia estructura del inconsciente, el que condiciona su emergencia inmediata en el campo del Otro. La transferencia se convierte de ese modo en el ámbito que, por la vacilación que introduce en el "fantasma fundamental" del sujeto, instaura un lugar para éste que pueda "fijarse como deseo" (p.223).

Estas precisiones resultan decisivas para volver sobre la particularidad de la posición contratransferencial de Money-Kyrle y echar luz sobre los efectos de la distinción entre comprender y no comprender al paciente. El punto fundamental a despejar es cómo la búsqueda de comprender lleva a recubrir, con la demanda, el vacío de saber en torno al cual se constituye el objeto de deseo. La instauración del amor de transferencia está ligada al *agalma* en su estatuto de objeto fundamental: "sólo en la medida en que sabe qué es el deseo, pero no sabe lo que desea ese sujeto -con el cual está embargado en la aventura analítica-

[el analista] está en posición de tener en él, el objeto de dicho deseo" (Lacan, [1960-61], 2003, p.223).

Debe notarse que la estructura de esa frase es similar a la anteriormente evocada, que permitió ubicar que la contratransferencia sirve para el trabajo analítico a condición de que no opere como tal. Argumentación que conduce a afirmar que el saber sobre el deseo debe desligarse de toda concepción del deseo del analizante como algo puntual o positivo, para dar lugar a una disolución del deseo en un saber que no lo tipifica. En saber que no lo unifica, no opera transformándolo en uno de los casos posibles de un discernimiento abstracto sobre el deseo. Eso no se contrapone a la necesidad de un saber sobre el deseo para que alguien asuma la posición asimétrica del analista; sin embargo, para que ese mínimo de saber que condiciona su lugar resulte eficaz, es insoslayablemente necesaria una disolución en el no saber sobre los deseos del analizante, que impida el obstáculo positivo del caso.

### **La personalización de la transferencia, disolución de la disparidad**

La antidefinición de contratransferencia del *libro 8 del Seminario* -"la implicación necesaria del analista en la situación de transferencia"- corroe la especificidad que el forjamiento del nuevo término quiso arrogarse. Se delimita al fenómeno como "consecuencias necesarias del propio fenómeno de transferencia" (Lacan, [1960-61], 2003, p.227), sin que sea necesario un nuevo término que lo circunscriba. Eso depende de un supuesto implícito, pero absolutamente fundamental: las consecuencias no son las mismas para los dos sujetos inmersos en la transferencia que sostiene la situación analítica, precisamente por la no equivalencia de sus lugares. La arremetida contra el nuevo término está estrechamente asociada a la lucha contra toda personalización de la transferencia. No es legítimo hablar de contratransferencia si por ello se entiende una nueva transferencia originada en el analista. Al contrario, la peculiaridad del fenómeno está dada por los efectos irreductibles que genera la transferencia en uno de dos polos de la relación asimétrica del análisis. En contra de estas consideraciones, la personalización de la transferencia lleva a algunos callejones sin salida que se vislumbran en algunos planteos de Patrick Guyomard que es preciso recorrer.

En el artículo con que Guyomard encabeza el libro *Lacan et le contretransfert* (2011), se rescata la idea de una *transferencia del analista* hacia el paciente como uno de los aspectos que pueden matizar la posición de Lacan ante la contratransferencia, habitualmente dada por sentado en muchos círculos lacanianos sin que se llegue a problematizar verdaderamente. La apertura de preguntas allí donde no son habituales constituye un mérito de este texto. No obstante, su abordaje conduce a personalizar excesivamente las figuras del analizante y del analista. Pero así, se termina de perder la diferencia estructural entre transferencia y contratransferencia, determinada por la discrepancia de lugares ocupados y no por características de las personas que los ocupan.

Guyomard retoma la expresión *deseo como deseo del Otro*, para lo cual se apoya en la interpretación efectuada por Lacan de la relación entre Joseph Breuer y Anna O. En una tentativa de complejizar la cuestión, introduce la idea de una *contratransferencia* de la paciente como respuesta al deseo de Breuer, preguntándose en qué medida pueden intercambiarse los lugares del paciente y del analista, una vez que la circulación del deseo se pone en juego. Se apoya en la especificidad del prefijo *contra*, acentuando su connotación de réplica a algo -una transferencia en este caso- originado en otro lado. En consonancia con esto, propone a su vez una transferencia del analista. El problema de este abordaje personalista de la transferencia es que conduce a desdibujar los efectos resultantes de la posición disimétrica en que se funda la pseudosituación.

Al afirmar que "a la transferencia del analista puede responder la contratransferencia del paciente" (Guyomard, 2011, p.44), vislumbra la impropiedad de la noción de transferencia que maneja: si se admite que sólo hay transferencia analítica a partir de la disimetría de lugares, adjudicar al analista una transferencia no podría tener ningún sentido desde el punto de vista de la experiencia analítica. Y si con la expresión *transferencia del analista* se quisiera hacer referencia a la transferencia en su estado salvaje, es decir a esa que no resulta de la situación analítica, no tendría ningún sentido invocarla para esclarecer un fenómeno

intrínseco a sus devenires. El caso extremo de la disolución de la pseudosituación analítica es el análisis mutuo de Ferenczi: al proponer una distribución en que las personas puedan alternar sus lugares, arrasa con la disparidad estructural, condición mínima para que la existencia misma de la escena del análisis. Se encuentra en la concepción de Guyomard una dificultad similar a la personalización efectuada por Jacques André.

En contra de una alternancia entre transferencia y contratransferencia que reflejaría posicionamientos de los personajes que integran la situación analítica, se pueden evocar los valores del prefijo *contra*, examinados con pertinencia por el propio Guyomard. Para ello, este autor recupera el sentido que cobra en otros términos. El prefijo *contra* puede equivaler a una oposición -es el caso de *contre-poison*, por ejemplo- o a un acompañamiento -tal como es el caso de *contre-danse*- (Guyomard, 2011, p.15). Aunque los sentidos sean opuestos, y más allá del valor puntual que adquiera en cada caso, es importante recuperarlos en su carácter genérico porque ambos permiten precisar la no autonomía del término resultante. El prefijo introduce la idea siguiente: se trata siempre de algo que resulta de otra cosa y que no tiene un origen independiente. Eso permite ajustar con mayor claridad la idea de la contratransferencia como una respuesta a la transferencia; el mismo fenómeno incluye a ambas personas, pero repercutiendo de manera diferente sobre ellas. Un término nace y vive del otro -contratransferencia de transferencia- como su parásito, porque no es autónomo de él. La contratransferencia funciona como una especie de eco de la transferencia, pero que sólo impacta en uno de los lados de la relación disimétrica del análisis. Introducir la idea de una *transferencia del analista* implica otorgar un estatuto de autonomía al analista y produce el indeseable efecto de independizarlo del lazo discursivo que la misma pseudosituación produce, originada en la transferencia del analizante.

Borrar la disimetría adjudicando una transferencia y una contratransferencia a cada uno de los dos polos de la relación produce el indeseable efecto de personalizar a ambas nociones. Eso implica ligarlas de antemano a las personas que integran las situaciones, como si fueran propiedades que les correspondieran. El giro a producir, para poder enfocar desde otra perspectiva la problemática, exige situar al discurso como determinante en una disimetría constitutiva.

Transferencia y contratransferencia no dependen de las personas, como si ellas fueran sus agentes afectivos. Duplicar la transferencia y la contratransferencia es el resultado irrisorio, expresión del punto erróneo de partida. El razonamiento que opera de trasfondo es el siguiente: si transferencia y contratransferencia dependen de una ligazón afectiva entre dos personas involucradas, ¿por qué no adjudicar entonces un espejo de afectividad al otro polo de la relación? Se ve así, cómo se filtra en ese razonamiento la relación especular entre el *ego* y el *alter ego* como estructuración implícita de la situación, cuestión que termina por desplazar la relación disimétrica entre el sujeto y el gran Otro, base de la disimetría analítica. Se observa cómo interfieren aquí, en un ámbito teórico aparentemente lejano, prejuicios similares que operan en la concepción del lazo transferencial en términos de relaciones de objeto. En otro contexto, se produce un efecto similar: la sofocación de un vínculo intersubjetivo fundado en la disimetría.

### **Intersubjetividad y disparidad ante el Eros**

De los desarrollos de Lacan en los dos primeros libros del seminario ([1953-54], 1975) ([1954-55], 1978) se puede concluir que la intersubjetividad -al contraponerse a la dualidad de la relación de objeto- está basada en una disimetría, lejos de la relación de dos sujetos como polos enfrentados. Cuando se sostiene que a partir del seminario *La transferencia* Lacan rechaza la intersubjetividad, se está suponiendo implícitamente, una concepción previa de la situación analítica basada en la relación simétrica entre sujetos, lejana de los planteos de los primeros seminarios.

Si se examina con detenimiento la temprana noción de intersubjetividad a través de la posibilidad de mentir -cuestión con la cual aparece indisolublemente ligada-, sobresale el fundamento que corroe la supuesta concepción dualista. Al respecto, es fundamental considerar cómo la noción de intersubjetividad impone, en primer lugar, el estatuto mismo de

un sujeto desdoblado y dividido por no ser agente de sí propio, o sea *causa sui*. La relación entre intersubjetividad y mentira, abordada por Lacan en *Instancia de la letra en el inconsciente o la razón desde Freud*, da cuenta de la diferencia respecto de la dimensión dual del engaño, que instituye a otro como un rival al que se le adjudican determinadas intenciones. La posibilidad de mentir no implica un enfrentamiento a otro sujeto cuyo pensamiento podría leerse en reflejo, como si se tratara de la duplicidad en espejo del propio pensamiento. De ser así, se borraría la diferencia fundamental entre el engaño típico del animal y la dimensión humana de la mentira, que depende de la emergencia del "sujeto del significante" ([1957]).

El famoso chiste judío relatado por Freud ("Por qué me dices que vas a Cracovia...") muestra que el sujeto del significante adviene en el punto en que, independientemente de la intención que pueda imputarse al otro, no se produce un enfrentamiento al sujeto en términos duales. Aunque en una dimensión superficial el relato pareciera situar al otro como opuesto imaginariamente al autor del chiste, la perspectiva simbólica, fundamental para la dilucidación del carácter del *Witz*, implica acentuar, en realidad, la anulación del otro en el plano imaginario. La inscripción del sujeto en el campo del gran Otro hace posible la emergencia del chiste, donde relator y auditor quedan ubicados en el registro de una terceridad que los anula.

La cuestión se precisa aún más si se considera que no existe la posibilidad de relacionarse con ese otro sujeto (el interlocutor en el relato del chiste) si no es a partir del Otro como intermediario. El otro sujeto es en realidad *Otro sujeto*, pero esto no implica rellenar la dimensión del Otro con una presencia subjetiva. En otros términos, ese *Otro sujeto* excede la dimensión de un otro empírico que vendría a ocupar el lugar del Otro con su mera presencia. En términos estructurales, es el efecto mismo del desdoblamiento ligado a la inscripción del sujeto en el campo del gran Otro, que produce el efecto de su división, aunque eso no contradice los efectos que en otro plano tiene la inscripción de la dualidad imaginaria una terceridad que la excede.

Esto da cuenta de por qué la intersubjetividad se degrada al transformársela en algo dual. El explícito rechazo a la noción de intersubjetividad que Lacan emprende en el *libro 8 del seminario* es el efecto masivo del rechazo a la paridad entre los dos participantes de la situación analítica, quienes, en nombre de la evidencia empírica que los ubica en la situación concreta del análisis, no deben ser considerados como dos sujetos. Aunque pueda alegarse, especialmente si se retoman los fundamentos de la temprana noción de intersubjetividad recientemente expuestos, que la relación -por estar regulada por el vínculo del sujeto con el Otro- es de estructura intersubjetiva, no lo es para ambas partes. Es sólo desde la implicación del analizante en la situación que podría hablarse de intersubjetividad, en su singular relación con los mecanismos que lo estructuran como sujeto en el campo del Otro, para lo cual el analista funciona como soporte. De todos modos, en un contexto como el del octavo seminario, en que el abordaje de la disparidad como condición para la constitución de la escena analítica resulta fundamental, es comprensible esa dosis extra de esfuerzo que lleva a sacrificar el uso previo del prefijo *inter*, que corre el riesgo de degradarse por su estrecha relación semántica con una relación cargada de reciprocidad. La idea de intersubjetividad queda así descartada.

A pesar de este viraje de enfoque, es importante aclarar que la intersubjetividad rechazada con fervor es aquella encarnada en una de las versiones más degradadas de la *two bodies psychology*, la de Rickman. Lo cuestionado es la puesta en primer plano de un *inter* declinado en el sentido de una simetría dual. Ese autor no ha tenido siquiera el mérito de desentrañar la importancia de "la atracción de los cuerpos" (Lacan, [1960-61], 2003, p.22). Factor que muestra el punto medular que habría que considerar para implicar a los participantes de una situación en sus relaciones con el *Eros*. Se trata de algo mucho más elemental que esa realidad narcisista del cuerpo que da lugar a una relación dual y simétrica.

El tratamiento de la intersubjetividad en el octavo seminario da cuenta de un curioso desplazamiento semántico respecto de lo abordado: aquello mismo que en el *libro 1 del seminario* servía para otorgar valor a la relación intersubjetiva, en confrontación con la versión degradada de dualidad imperante en las relaciones de objeto, es volcado en el *libro 8 del seminario* contra la propia idea de intersubjetividad. Y eso se encuentra supeditado al axioma ético que comanda todo el seminario -la disparidad subjetiva-, sin el cual no es posible articular

de modo satisfactorio los vínculos entre transferencia y contratransferencia en un registro ni dual ni personalista.

Como la relación establecida en esa pseudosituación no depende de las personas sino de los lugares que ocupan en relación disimétrica, no hay, en la estructura que se desprende, lugar para postular la existencia de dos transferencias y dos contratransferencias, de lo contrario la disimetría se disuelve. Guyomard, al proponer mostrar en qué punto el uso certero de la contratransferencia se relaciona con su anclaje en el deseo del analista, llega a una conclusión que termina por enredar lo previamente despejado de modo satisfactorio. Caracteriza la transferencia del analista en estos términos: "esta transferencia no puede jamás reabsorberse en la contratransferencia y menos aún ser su equivalente, puesto que es ella, transferencia o deseo, la que va a permitir a la vez desprenderse de la contratransferencia y servirse de ella" (2011, p.58). Consideración que deja de lado que es el deseo del analista el fundamento de que la contratransferencia sea recuperada para un trabajo analítico.

El factor que permitiría ir más allá de la contratransferencia no puede ponerse a cuenta de su propio deseo subjetivo, es decir, de aquello que Guyomard caracteriza como la transferencia propia del analista hacia el paciente. Por el contrario, allí reside la eficacia y la importancia del deseo puesto en juego como deseo del analista -el famoso "deseo más fuerte" del que habla Lacan ([1960-61], 2003, p.214)-, que no puede estar ligado a otra cosa que al lugar que ocupa en esa relación disimétrica. Ese deseo más fuerte no es una propiedad personal de quien ocupa ese lugar, sino el resto que queda de su deseo subjetivo por una singular elección que lo coloca en un lugar particular la relación disimétrica (ella exige tachar el deseo subjetivo en nombre de la disparidad). Implica que la llamada -por Guyomard- *transferencia del analista* no podría aspirar a otro estatuto diferente que el de su contratransferencia. Aunque esta noción posea de por sí una ineptitud conceptual, al menos presenta la ventaja de mantener el registro disimétrico de los participantes en la pseudosituación. En cambio, la idea de una *transferencia del analista* arrasa, en la búsqueda de una reciprocidad sin límites, las distinciones de niveles que estructuran la escena analítica.

Guyomard podría defenderse de esa objeción diciendo -tal como plantea más adelante en su artículo- que "distinguir la persona y la función del analista es fácil; es necesario en teoría, pero complicado en la práctica. Ella los intrinca inevitablemente" (2011, p.59). Es cierto, pero si no se recurre a ese elemento teórico para despejar la cuestión, se oblitera el aspecto ético fundamental que instituye al análisis como una situación disimétrica, y se pierde con ello la apoyatura para abordar la configuración de la escena analítica. La desintrincación teórica de aquello que no cesa de confundirse y mezclarse en la práctica es necesaria para situar a la experiencia analítica en su especificidad, y distinguirla así de cualquier otra situación social de la vida cotidiana.

Ocupar la función de analista requiere de un cuerpo, que se verá indefectiblemente afectado de modo erótico. La transferencia producida a partir del discurso -del analizante implica que el analista no pueda dejar de responder y no responder a la vez. Ahora bien, determinar qué puede hacer el analista en esa práctica que instituye por el simple hecho de estar ahí, destinándolo a ocupar una función particular, es posible sólo si se dilucida cómo el resto insuprimible de su cuerpo eróticamente afectado -su persona narcisista o su deseo subjetivo-, es negativizado para ser puesto al servicio de la función que ocupa.

### **La contratransferencia y sus límites**

En el contexto del *Seminario La angustia*, el concepto de contratransferencia permite enfocar la posición del analista desde el punto de vista de su implicancia erótica en la pseudosituación, como si viniera a corregir la concepción errónea muchas veces deducida de su octavo seminario: equiparar el deseo del analista con una abstinencia pura, que podría sostenerse por sí misma.

En el *libro 8 del Seminario* había ya un marco claro para ubicar que la noción de deseo del analista no implica ninguna asepsia erótica de parte de éste. Con el planteo que sostiene que un analista bien analizado está más propenso a tener sentimientos de amor u odio ante un paciente, pero que por estar poseído por un deseo más fuerte no da libre curso a la

reacción (Lacan, 1960-61), se vislumbra que el deseo del analista no funciona como una instancia pura. Se trata sólo de una *marca de negatividad que corroe a los otros deseos* que el paciente puede producir en el analista. Esa corrosión implica que pueda inclinarse hacia el deseo del analizante para trabajar con él. Por eso, en nombre del deseo de analizar no debe hacerse caso omiso de las reacciones que el paciente produce en el analista. Ellas existen indefectiblemente por la afectación erótica del cuerpo, pero sólo adquieren un valor analítico cuando la respuesta resultante (llámesela o no contratransferencia) consigue tensarse con la negatividad del deseo del analista para un trabajo con el inconsciente.

Si el rechazo de la intersubjetividad pareciera haber arrasado con la pregunta por la implicación del analista, a partir del desplazamiento brusco hacia la versión de un deseo puro -cuasi sinónimo de una abstinencia desimplicada-, la recuperación más amistosa del término contratransferencia en el *libro 10 del Seminario* no implica reinstalar en el espacio analítico una primacía de lo *inter* (entendido aquí con el sesgo superficial de dualidad recíproca). No se trata de eso, sino de cómo la noción de contratransferencia presta un auxilio para instituir un contrapeso en el deseo del analista que lo desembarace del aura aséptica que lo había recubierto.

Esto permite una consideración retroactiva de la emergencia del deseo del analista: la noción no estuvo destinada a suplantar a la contratransferencia -como han supuesto de modo apresurado algunos lacanianos- sino que vino más bien a mostrar su punto exacto de eficacia en la operatoria analítica. El deseo del analista funciona como el anclaje que impide que la contratransferencia se incline hacia la subjetividad del analista, orientándola en cambio al deseo del sujeto analizante. Está claro que la contratransferencia es un indicador de la implicación erótica del analista en relación con la transferencia. El deseo del analista apunta a tramitar esa posición en un registro enunciativo que no se limite a los asuntos transferenciales, ni en el plano de lo interpersonal, la intersubjetividad que debe ser rechazada es la que queda imaginizada, y comparte una similitud de estructura con la idea de relación de objeto.

Cuando la contratransferencia -que tiene su origen en las afecciones del cuerpo por el discurso analizante- encuentra en el analista un punto de fuga que la corre de la situación analítica, el análisis se encuentra con un *límite externo*. El deseo del analista se revela, en cambio, como una categoría imprescindible para delimitar la función de un *límite interno* de la contratransferencia. Caracterizarlo como interno tiene que ver con reivindicar su origen en la disparidad de la situación. El límite externo implica lo contrario: una afectación del analista resuelta en el sentido de una ruptura de la disparidad.

## **Don Juan y lo femenino en la transferencia**

La posición fantasmática en la mujer es asociada en el *Seminario La angustia* con la de Don Juan, en un contexto en que se busca cernir ciertos aspectos de la relación entre paciente y analista a través del deseo. Está ligado a la necesidad de dar cuenta -para delimitar la función del analista- a cómo opera el lugar Otro en la estructura del deseo, la dimensión de la Otra cosa en que éste se desliza. La puesta en serie entre Don Juan, el analista y el fantasma en la mujer, permite precisar la cuestión.

Tal como el analista, Don Juan es alguien que está siempre en posición de un objeto sustituto: "siempre está en el lugar de otro. Es, si puedo decirlo, el objeto absoluto" (Lacan, 1963, p.224). ¿Y cuál es ese objeto absoluto sino el *a* en su mayor opacidad, ese objeto que muestra el fracaso representativo de cada objeto para colmar el deseo? Desempeñar el papel del objeto absoluto implica poner en escena esa dimensión de negatividad perpetua en la función del objeto: el deseo no es regulado por ningún objeto positivo que pueda colmarlo y representarlo. Es por esta razón que la colocación de Don Juan ante el deseo es vinculada con lo femenino cuando se problematiza la singular posición analítica de la mujer ante la contratransferencia, especialmente a partir del caso de Lucia Tower.

La posición femenina ante el deseo, por estar menos anclada que la masculina en un objeto que la regule -cuestión que produce que en la tensión estructural entre deseo del sujeto y deseo del Otro, quede colocada más cerca de este último- es aquella que permite captar



mejor la tensión entre contratransferencia y deseo del analista. La posición del analista puede ser asociada con lo femenino, por su afinidad con la disolución del deseo propio en el deseo del Otro.

Cuando Lacan plantea que la mujer se mueve mejor que el hombre en el campo del deseo, hace referencia a cómo, por su estructura precastrativa (Lacan, [1962-63], 2004, p.233) en que impera la demanda antes que el deseo anclado en el plano genital, está menos fijada al objeto fálico como regulador del deseo. Ello le posibilita moverse *más libremente en el campo del deseo del Otro*. Por el hecho de ser mujer, "una menor implicación en las dificultades del deseo le permitió [a Tower] razonar en la posición psicoanalítica, si no más sanamente, al menos más libremente".

La importancia de Don Juan para pensar lo femenino se relaciona con la posibilidad de dar cuenta de la posición del analista desde otro ángulo. Al permitir articular la impostura masculina con la mascarada femenina, muestra que no existe un corte radical que las separe. De ser así no habría hombre que pueda ocupar la posición femenina del analista. Lo propio del personaje de Don Juan es llevar al extremo la impostura masculina, produciendo el forzamiento de un límite que lo coloca en una total proximidad de una posición femenina. Es cierto que requiere de un objeto para regular su deseo y es incapaz de cualquier cosa para conseguirlo, pero ni bien alcanza ese objeto, ocurre esta transformación curiosa: él se vuelve un objeto. En otros términos, el cambio reside en que termina prevaleciendo la dimensión de objeto absoluto que es en el fantasma; su deseo acaba disolviéndose en el deseo del Otro, sin anclaje en un objeto que lo regule. En esto reside precisamente la especificidad que torna al deseo en algo fácilmente plegable al deseo del Otro.

El deseo queda así en una perpetua deriva, pierde toda referencia objetual y se vuelca, al modo típico del deseo femenino, en el deseo del Otro. Su posición en el fantasma es la de ser ese objeto perpetuamente sustituible que colma el deseo del Otro, de allí que Lacan pueda enfatizar que Don Juan es en realidad la encarnación de un fantasma femenino: algo que se desplaza perpetuamente y que nunca pierde el falo, es decir, el motivo que lo torna deseable para que ese discurrir por el deseo del Otro sea perpetuamente posible; el hecho de que "ninguna mujer se lo pueda agarrar" enfatiza Lacan ([1962-63], 2004, p.233).

Don Juan es -en definitiva- el objeto sustituible, intercambiable, el objeto que se va deslizándose por sucesivos deseos para no anclarse en ninguno de ellos. Ser el objeto absoluto (Lacan, [1962-63], 2004, p.224) implica operar en una total negatividad, aquello a lo que debiera aspirar el deseo del analista. Implica hacer caducar la dimensión representativa en que el analista se ve implicado como un objeto erótico que podría retener para sí el deseo del analizante -limitando la posibilidad de que éste se formule como deseo del Otro-; cosa que consigue cuando prospera, y en cambio, la absoluta negatividad lo torna opaco como objeto. Al ser un objeto absoluto, Don Juan se puede plegar a cualquier deseo, y es aquí que reside su importancia para pensar la posición del analista.

Esto conduce a afirmar que la mujer, por razones de estructura, es más apta para plegarse a una posición femenina que haga lugar al deseo del Otro. No implica decir que una posición femenina en transferencia esté garantizada por el hecho de que sea una mujer quien ocupa el lugar del analista. En el extremo opuesto de esta posición femenina en la transferencia, puede ubicarse la posición del padre, cuyo modo exacerbado de expresión es la configuración transferencial de un analista que tiene algo para dar (escollos ya abordados en los capítulos 2 y 3). En dicho extremo se podría ubicar la posición que constituye una de las resistencias más poderosas al deseo del analista: aquella que aparece regulada por la economía de un objeto parcial que el analista tendría para dar al paciente, cuestión que dificulta un posible pliegue del analista al deseo del Otro.

En lo que respecta a Lucia Tower, es preciso destacar cómo su condición de mujer irrumpe como una contingencia que produce ciertos efectos. Éstos resultan determinantes para su inserción erótica en determinadas configuraciones transferenciales con pacientes hombres. Pero además su condición de mujer le permite, por una mayor flexibilidad en el campo del deseo del Otro, aprovechar de modo singular la contingencia de ser mujer para ponerla al servicio de un trabajo eminentemente analítico con el deseo.

## Enunciación de la falta y posición del analista: Lucia Tower

Lucia Tower, analista perteneciente a la Escuela Psicoanalítica de Chicago, publica un artículo titulado "*Countertransference*" en 1956, momento en que la corriente de la *ego-psychology* se encuentra ya consolidada. Como destaca Gloria Leff, la discusión sobre la contratransferencia adquiere precisamente su carta de ciudadanía cuando toma impulso esta corriente (Leff, 2001-02, p.150). En su escrito, Tower se muestra interesada en dar cuenta de la relación entre "la angustia en el analista y las preocupaciones eróticas respecto de los pacientes", que considera omnipresentes en los tratamientos (Leff, 2001-02, p.150-151).

Todos los casos presentados tienen un valor especial por la enunciación que los expone, por la forma en que la autora permite captar sus modos de implicación en una experiencia erótica que la afecta. Su abordaje de la contratransferencia resulta especialmente valioso porque no queda para nada confinado a una especie de saber técnico. En lugar de indicar una regla generalizable sobre un saber-hacer en análisis, permite despejar claramente un horizonte clínico más fecundo para abordar la posición del analista y sus efectos: la enunciación del analista en relación con su posición ante la falta. De este modo transmite diferentes aspectos de su involucramiento en la transferencia. Ciertas particularidades de los casos que expone dejan ver cómo, cada vez que recurre al término contratransferencia, lo hace para resaltar un aspecto de su implicación, referido siempre a una circunstancia singular del análisis.

### El *acting out* de la analista como interrupción de la contratransferencia

El primer caso presenta un interés especial porque se produce en la analista una respuesta que ella misma califica de *acting out*, más precisamente como una "una reacción contratransferencial específica con *acting out* (*specific countertransference reaction with acting out*)" (Tower, [1955], p.237). Consistió en olvidar una sesión acordada y salir a almorzar en el horario de la cita; al regresar se entera que la paciente estuvo allí y se retiró enfurecida.

Se trata de una paciente que cometía ciertos abusos sobre la analista, la insultaba incesantemente, no midiendo la expresión incontrolada de su furia, "de una manera injuriosa (*vituperative manner*)". A pesar de eso, la analista le tenía "la más inmensa paciencia". Aunque a veces pudiera irritarse por estos malos tratos, la paciente no dejaba de agradecerle, y se encontró con cierta habilidad para controlar su irritación: "soporté (*I endured*) una cantidad de abusos de su parte, como no lo había hecho nunca con ningún otro paciente". Pese a que algunos analistas podrían considerar que ese proceder supone "una actitud terapéutica deseable", Tower deja de entrada muy claro que allí no estuvo la razón fundamental para que esto ocurriera. Se trató de otra cosa, de una respuesta ligada a "cierta complicación contratransferencial" (Tower, [1955], p.237).

Podría decirse que estaba irritada con la paciente y que había faltado a la cita por agresión, lo cual era evidentemente cierto. Pero el real problema contratransferencial no era ése (*the real countertransference problem was not that*). En realidad, mi conducta de *acting out* tuvo un basamento real (*was reality-based*) y trajo una resolución del problema contratransferencial, el que estaba referido a que yo había sido paciente con ella durante mucho tiempo (*I had been patient with her too long*). Esta tendencia mía pude rastrearla en detalle a partir de ciertas influencias ejercidas sobre mí en mi más temprana infancia (Tower, [1955], p.238).

La analista precisa que el *acting out* como resolución no fue terapéuticamente adecuado porque se manifestó a partir de una "estructura contratransferencial negativa", la paciencia se remontaba a profundas raíces en su infancia (Tower, [1955], p.238). En este caso, la posición de la analista no permitía trabajar sobre la relación del paciente con esa actitud injuriosa con que la increpaba, habiendo -en cierto modo- quedado en suspenso el abordaje analítico del deseo. La estructura del análisis antes del *acting out* respondió al mecanismo de una "neurosis de contratransferencia de corta vida" (Tower, [1954], p.238). De no haber existido el *acting out*, se podría haber prolongado por más tiempo.

Esta abusiva resistencia prolongada no habría durado tanto, si yo hubiera sido libre para ser más agresiva ante ella. La forma en que reprimí mi agresión y dejé que se acumulara hasta el punto en que me vi forzada a actuarla (*act it out*), no fue un proceso terapéutico totalmente deseable (Tower, [1954], p.237).

Cabe destacar el desajuste entre *acting out* y contratransferencia, el primero no prolonga una actitud que emanaría de la segunda, sino que, surgido de ella, conduce más bien a su interrupción. Si la contratransferencia aparecía en este punto como algo inadecuado al análisis era porque descentraba el foco del trabajo analítico y lo detenía a partir del anclaje en un deseo infantil de la analista. Tower muestra que el *acting out* no expresa un supuesto odio contratransferencial -lectura apresurada que podrían hacer los detractores de la contratransferencia-.

Los sentimientos hostiles contenidos se corresponden con la contratransferencia. Esta no se funda en el odio *per se* sino en el echo de que el analista lo reprima y lo cercene del trabajo con su analizante por una posición de su neurosis infantil. El afloramiento de la hostilidad a través del *acting out* va más allá de una mera reacción personal del analista. Se origina en una afectación suya por la erótica de la situación analítica, es decir, por una imposición que parte del deseo de la paciente. El *acting out* *escucha* el deseo del paciente, le hace el lugar que reclama. Se lo ve claramente por las reacciones que se producen en la paciente en la sesión posterior a la fallida por el *acting out* (acaba por exculpar a la analista, se interroga y se implica respecto de su posición injuriante). Así consigue interrumpir la respuesta que el analista había dado desde su propia implicación subjetiva, anclada en su historia infantil. Según la distinción terminológica expuesta, el *acting out* se vislumbra aquí como un límite interno a la contratransferencia: hace un lugar al deseo del paciente y permita su escucha analítica.

Se observa cómo la contratransferencia no resulta del odio presente, de la reacción sentimental que genera en la analista el trato que la paciente le propicia. Este odio no era manifiesto, pues consigue sólo salir expulsado por la vía del *acting out*. "Había olvidado su cita, inconscientemente y a propósito [...] comencé a estar enojada con mi paciente, y entre ese momento y la próxima vez que vino, tenía un estado de furia significativo (*substantial rage*) contra ella" (Tower, [1954], p.237). El *acting out* no resulta de la contratransferencia. El *acting out* expresa el odio contenido, es decir, es la manifestación más directa del deseo del paciente por hacerse lugar en ese análisis. El *acting out* hace lugar al deseo del sujeto -aunque de manera rebajada como todo *acting out*-. *le devuelve al paciente el lugar que se le había apropiado*, volviendo a colocarlo como eje del análisis.

Allí se revela todo el valor de la homofonía puesta de relieve por Gloria Leff entre el adjetivo y el sustantivo *patient*: cuando la analista es paciente (*patient*) por cómo queda implicada en el análisis, enganchada en su historia infantil, se vuelve ella misma la paciente (*patient*) (Leff, 2007, p.173). La paciente propiamente dicha es desalojada de su lugar: allí está el núcleo de la posición contratransferencial de la analista. El estado de *ser paciente* respecto con su paciente, la constituía a ella como *paciente*; el análisis corría el riesgo de declinarse, en el sentido del deseo subjetivo del analista, habiendo encontrado un anclaje en su historia infantil para responder a la erótica a la cual la paciente la convocaba. La contratransferencia aparece en su efecto nocivo y antianalítico cuando se toca algo que, de no resolverse de manera favorable, podría oficiar de límite externo.

En esa versión de la contratransferencia no prevalecen las consideraciones técnicas que permitirían decir objetivamente qué debe hacerse con determinado paciente ante circunstancias particulares. La contratransferencia no se refiere aquí a un *savoir-faire* técnico, es más bien aquello que permite captar, a partir de la enunciación del analista sobre su implicación en el tratamiento, cómo queda ubicado en tanto pliegue del deseo del analizante.

Acorde a estas consideraciones, es posible decir que el *acting out* aparece en realidad como una llamada del deseo del analista para interrumpir la contratransferencia, como la posibilidad de que se vuelva a reencauzar el análisis a partir de aquello que debe mover sus hilos: el deseo del analizante. El *acting out* muestra que la *situación actual* (en que se está tratando el deseo de ese sujeto en análisis) desborda la implicación de la analista desde su

historia. A pesar de su paciencia, se abre una vía para escuchar algo del deseo del analizante que no podía tener cabida con esa actitud aparentemente favorable en términos terapéuticos. La paciencia se terminó por la vía del *acting out*. El sentimiento de irritación que se puede abrir paso luego de la emergencia inconsciente del *acting out*, funciona no como actitud contratransferencial del analista hacia el paciente (como tendería a pensárselo desde una concepción superficial de la contratransferencia) sino, al contrario, como aquello que vuelve a colocar a la analista en la actualidad de ese análisis, en torno del deseo del analizante.

La analista se deja afectar por la erótica analítica respondiendo con odio a lo que la paciente genera en ella, y deja de tapar como había hecho antes ese odio (cuando quedaba sintomáticamente colocada en el lugar *paciente*). Este *acting out* produce un movimiento contrario a la contratransferencia, si se entiende que esta emerge de una afección producida que desaloja, en virtud de su propia neurosis, al analista de la escena transferencial del discurso analizante.

En la sesión siguiente a la fallida, la paciente comienza increpando con furia a la analista por su olvido, preguntándole de un "modo acusatorio" dónde había estado. A lo cual la analista responde, "lo siento, me olvidé" (Tower, [1955], p.238). Luego de cinco o diez minutos en que la paciente continuó acusando a la analista por lo sucedida, se detiene, hace silencio y "de repente comienza a reír diciendo: 'Bueno, usted sabe Dra. Tower, no puedo decir que la culpo'. Este fue absolutamente su primer freno en su obstinada resistencia". Luego de eso fue posible una prosecución del análisis que alcanzó "niveles transferenciales muy profundos" (Tower, [1955], p.238).

Cabe acotar aquí que Gloria Leff retiene un lapsus de Lucia Tower en la primera versión de su escrito, el borrador de su ponencia, corregido luego en la versión publicada. Esto contribuye a esclarecer más la cuestión en la interpretación efectuada. En el borrador, en lugar de adjudicar la resistencia desmontada al paciente, Tower la coloca en el lugar del analista; dice "Esta fue, definitivamente, la primera ruptura en *esta resistencia vituperante que yo había tenido* [*This was absolutely the first break in this vituperative resistance that I had had*]" (citado en Leff, 2007, p.170, destacado en el original).

Por otra parte, Gloria Leff pone el acento en otra cuestión fundamental: el *acting out* por sí solo no basta para resolver el obstáculo al análisis que resultó de la paciencia. Cuando, al ser increpada, responde diciendo *lo olvidé*, no busca hacer jugar su *self-disclosure* (tal como lo interpreta Miller), sino que se "lo dice a la paciente y se lo dice también a ella misma, asentando el desconocimiento en que se produce su *acting out*" (2007, p.173). Esto permite decir que reaccione ante el *acting out* como hacia algo en lo cual está eróticamente implicada con su paciente. Lejos de hacerse sujeto del *acting out*, lo redobra en su estatuto de accidente. Esta peculiar formación clínica queda situada así como un material que, aun proviniendo del analista, depende en última instancia del deseo del analizante para su forjamiento. Es posible adjudicar un estatuto similar a muchos de los lapsus que un analista produce en el curso de un análisis, que no tienen el estatuto de una formación del inconsciente del analista, sino que funcionan como una especie de eco para que el deseo del analizante consiga abrirse paso (estos lapsus tienen un eminente valor clínico porque son puntos de irrupción del deseo analizante que permiten quebrar las resistencias del analista).

El modo de posicionamiento de Tower respecto de su *acting out* puede ser descrito así: lo transforma en algo que el paciente puede interpretar, de lo cual es signo la risa con que lo sanciona, a partir de la cual se modifica la configuración transferencial de la escena. No se trata de que la paciente interprete a Tower porque los participantes del análisis han cambiado sus roles y aquella ha tomado su lugar -según podría interpretarlo Jacques André-

Si la analizante interpreta es porque por *su deseo es interpretación*, y la risa viene a redoblar algo que su deseo ya estaba pidiendo: un lugar en ese análisis. La risa indica que "la paciente se incluye en lo sucedido y marca que el olvido de la cita estaba dirigido exclusivamente a ella". Esto permite definir, tal como lo indica Gloria Leff, quién es la paciente en ese análisis (2007, p.173).

Para eso, ha sido fundamental que Tower no se aferrara a esa supuestamente buena actitud terapéutica -concebida de antemano desde un saber-hacer técnico- y opere como analista sostenida en un no saber. Al enunciar "lo siento, lo olvidé", Tower ([1955], p.228) se

posiciona de tal modo que consigue inscribir a su *acting out* en el registro del deseo de la analizante, con lo cual le otorga el estatuto de un acto analítico, puesto que relanza la "tarea analizante" (1967-68).

Las posteriores consideraciones de la analista son fundamentales para dar cuenta de por qué no se es posible hacer una teoría de la contratransferencia -ni siquiera para un solo y único caso- abstraída de la posición enunciativa del analista. No es legítimo considerar que la contratransferencia opera necesariamente en detrimento del análisis. Aquello mismo que por exceso de paciencia pudo, en determinado momento, transformarse en obstáculo, posibilitó en un comienzo la instauración del análisis -que Tower adjudica a esa misma actitud contratransferencial que produjo como efecto la paciencia, habida cuenta de las dificultades paranoides que hacían dificultoso el comienzo de análisis para un caso como este. Su actitud contratransferencial consiguió lidiar de manera favorable con el "aspecto homoerótico pasivo de la transferencia (*the passive homoerotic aspect of the transference*)" (Tower, [1955], p.239) para que no se convirtiera precisamente en una imposibilidad.

Para hablar de contratransferencia en ambos casos, Tower se apoya en el hecho de que la motivación provenga de su historia (de cierta aptitud de su neurosis infantil para soportar determinado tipo de transferencia). En este último caso hay una diferencia decisiva respecto de lo anteriormente examinado. Si bien es cierto que la actitud *paciente* se apoyó también en la propia infancia de la analista, lo crucial es que la contingencia de su afectación erótica interviniera al servicio del sostenimiento del discurso del paciente; la analista queda así sometida a un deseo que había irrumpido y buscaba hacerse escuchar. La diferencia respecto de la contratransferencia que oficia de obstáculo al análisis es que aquí esta reacción fue condición de la instauración de la escena analítica.

Del contraste entre estas dos presentaciones de la contratransferencia es preciso deducir que nada garantiza de antemano el impacto que tendrá sobre el trabajo analítico. Por tanto, la eficacia analítica de la contratransferencia sólo puede medirse por sus efectos sobre el deseo del analizante.

### **La interrupción del *acting out* de la queja**

Los dos últimos casos abordados por Tower son trabajados a partir de un contrapunto, debido a que se trata de situaciones parecidas al comienzo, aunque terminen resolviéndose de modo radicalmente diferente. Eso resulta especialmente instructivo para examinar las consecuencias de las distancias de la posición del analista en uno y otro caso.

Se trata de dos hombres de negocios, de edad cercana a la de la analista. En el primero, se alcanzó un *working through* en profundos niveles transferenciales, mientras que en el segundo no llegó a constituirse propiamente una neurosis de transferencia (Tower, [1955], p.239). Pese a ello, diagnostica inicialmente a ambos casos como "neurosis de angustia (*anxiety neurosis*)" (p.241). La revelación de las neurosis infantiles en el análisis, le permitieron a Tower considerar posteriormente que el segundo caso se trataba más bien de una neurosis narcisista, razón que generalmente se considera suficiente para explicar la causa de la dificultad para el establecimiento de un análisis. Desde una perspectiva psicopatologizante, este solo motivo podría haber bastado para explicar el éxito en un caso y el fracaso en el otro. Sin embargo, esto no resultó suficiente, la analista decide internarse en la consideración de la contratransferencia como factor decisivo para dirimir las diferencias (Tower, [1955], p.241).

La analista se sentía inclinada más favorablemente hacia el segundo de los pacientes, cuyos problemas psicosexuales eran más normales que los del primero, mientras que ciertas tendencias ambivalentes y hostiles en este último -que termina siendo el caso exitoso- la hicieron dudar antes de proponerle el inicio de un tratamiento. Los dos casos comparten la sintomatología principal: "angustia difusa con depresión", inhibición masiva y cierta confusión relativa a la ocupación de los roles sexuales (Tower, [1955], p.241):

El desarrollo psicosexual más normal del segundo caso, y mi más favorable sentimiento inicial hacia él habría sugerido teóricamente que, si mi propia organización libidinal se aproximaba de

la así llamada 'normalidad' y si yo hubiera desarrollado desviaciones contratransferenciales, éstas se habrían manifestado más probablemente hacia el segundo paciente antes que hacia el primero, quien, cuando llegó al tratamiento, presentaba algunos problemas psicosexuales no muy atractivos. Sin embargo, se trató exactamente de lo contrario (Tower, [1955], p.241).

Ambos se hallan inmersos en situaciones de sus vidas conyugales que no son indiferentes a la analista, y ante las cuales ella se implica, aunque de manera diversa. Estos pacientes "habían luchado para la continuidad de sus matrimonios. Las esposas resentían el tratamiento de sus maridos e intentaban sabotearlo". A pesar de eso, la analista aclara que no experimentó sentimientos negativos hacia ellas. Ambos eran demasiado sumisos y sus esposas padecían la falta de una "desinhibida asertividad masculina" (Tower, [1955], p.240).

Con los dos pacientes Tower se vio inmiscuida en situaciones de protección, que problematiza otorgándoles el estatuto de reacciones contratransferenciales. En el primero de los casos, se comportó como protectora (*protective*) de la esposa del paciente, a quien, en cierto momento, se la había diagnosticado con un cuadro de psicosis; en el otro, se colocó del lado del propio paciente en la confrontación con su mujer. Más temprano o más tarde, en ambos pacientes se pusieron en juego "esfuerzos para enfrentar (*play off*) a su analista con sus mujeres", que intentaron explotar una "transferencia heterosexual" para obtener gratificaciones de la analista (Tower, [1955], pp.241-243).

El tratamiento del segundo paciente se interrumpe de modo prematuro, cuando la analista decide ponerle fin recomendándole que se tratase con un hombre. La situación embarazosa que la relación transferencial le producía no le permitió aquí plegarse al deseo del paciente, como sí lo hizo en el otro caso, consiguiendo que la cura prosiga de manera exitosa, a partir de un movimiento clave en la transferencia. Antes de examinar cómo eso se produce, es preciso detenerse brevemente en la configuración previa del análisis de ese primer paciente, antecesora del viraje contratransferencial de la analista.

¿Qué puede decirse de esos tres primeros años, en que el análisis se transitaba en la figura de una queja permanente del paciente respecto de su situación conyugal? Pese a que la analista captara que la situación no era tal como el paciente la relataba, que había una impostura en su relato que oportunamente le hizo notar, y que él encontraba una satisfacción inconsciente en esa queja (Leff, 2007, p.201), ésta no era por ello menos sostenida por la configuración del Otro transferencial ligada a su posición. "Pienso -sostiene Tower- que, a pesar de mis precauciones, había sido imperceptiblemente empujada por sus presiones transferenciales a considerar a su mujer más como un problema de lo que inicialmente había parecido ser" ([1955], p.244).

El hecho de que la queja sobre la situación conyugal haya sido sostenida durante un largo tiempo permite interrogar en qué medida la estructura de esa primera relación transferencial estaba tramada a la manera de un *acting out*. Tower misma tiene presente el parentesco cuando indica que la queja (*complaining*) del paciente tuvo el estatuto de un *acting* ([1955], p.245). Para abordar esta cuestión, es preciso cotejar las características de la queja, en cuanto a la relación que establece entre el sujeto y el Otro, con la pregunta como dimensión estructuralmente fundante del sujeto en su relación con la alteridad. Si en el marco de la relación con la posición fantasmática que instituye al sujeto en el campo del Otro, la dimensión de la pregunta puede ser ubicada en sus efectos estructurantes, la queja es pasible de ser planteada, en contraste, como un reverso que lleva a positivizar la pregunta -hendida en lo indeterminado- clausurando la tensión entre el sujeto y el Otro. Por eso se puede afirmar que un decir sólo tiene estatuto de pregunta cuando deja aparecer el eco de una voz en su constitución; mientras que la queja revela, al contrario, cómo el sujeto consigue desligarse de la causa en su decir, tratando de resolverla en el plano del Otro: como si la voz, degradada en un proyectil guiado por el modelo más simple de demanda, se dirigiera unilateralmente del sujeto hacia al Otro, en un trayecto en cierta medida imaginario.

El primer tramo del análisis de este paciente parecía haberse configurado, como un prolongado *acting out* que tomó la figura persistente de una queja que no era posible desmontar con interpretaciones que apuntaban a revelar la impostura que suponía. Puesto que pese a ellas, la situación permanecía inmodificada, "todo lo que ocurría en la

transferencia" se vinculaba a la mayor atención que el paciente buscaba obtener de su analista usando sus conflictos conyugales. El paciente "utilizaba los conflictos con su esposa a fin de obtener más atención de la parte de su analista, así como las compensaciones que no había jamás obtenido del lado de su madre" (Leff, 2001-02, p.158).

En este caso, una configuración al estilo del *acting out* nombra algo que rebasa una eventualidad particular, ligada a una situación puntual que responde a una contingencia del Otro transferencia. Más allá de eso, permite pensar la estructura de una relación transferencial sostenida en el tiempo. A esa situación, vinculada con la ausencia de retorno de un eco en el Otro para que una pregunta que desarme la queja pudiera emerger y poner fin la reacción contratransferencial de la analista. Un movimiento en la transferencia resulta clave allí donde la interpretación semántica, que buscaba develar el contenido, el trasfondo inconsciente de la queja, había sido ineficaz.

En el momento en que la analista consigue dejar de mirar el análisis -y la versión que la relación matrimonial que allí había tomado cuerpo- desde la óptica del paciente, se produce el vuelco fundamental que termina por desmontar la queja. Es posible conjeturar, a partir de este caso puntual, pero más allá del mismo, que cuando la queja es recibida sin que un efecto de retorno funcione como eco de opacidad o alteridad en el decir que transmite, termina por convertirse en algo ratificado transferencialmente por el Otro, como una proclama que a él, en tanto alocutario, se le hace legítimamente.

En este caso, el vuelco en cuestión se produce cuando la analista, luego de sentirse "incómoda (*uneasy*) y frustrada" por la persistencia y monotonía de resistencias masoquistas del paciente, tiene repentinamente un sueño. La analista hace una visita a la casa del paciente, donde sólo se encontraba la mujer, quien la recibió de un modo muy hospitalario. "El tono general de la visita era bastante similar al de una charla por la tarde de dos esposas amigas (*friendly wives*)" (Tower, [1955], p.245). Gloria Leff muestra que si el sueño resulta tan decisivo es porque ella "se somete a lo que el sueño le presenta, *she stoops to her dream*" (Leff, 2007, p.195). Eso conduce a que, repentinamente, comience a mirar el análisis desde la perspectiva de la esposa, adoptando una óptica radicalmente diferente a la que previamente tenía cuando sostenía el discurso del paciente degradado en queja.

Me puse en acción (*I went into action*). Primero, seleccioné el análisis del *acting out* sutil en su rol contra su mujer dentro de la situación doméstica (*the subtle acting out on his part against his wife within the domestic situation*), un punto que había sido descuidado (*neglected*) [...] A continuación, discutí nuevamente y de modo más activo su tentativa de enfrentarnos (*play off*) a su esposa y a mí, una contra la otra, y cómo el había exagerado y prolongado su mala situación marital por propósitos de gratificación transferencial (*transference gratification*) (Tower, [1955], p.245-46)

Este vuelco produjo que el paciente comenzara a comportarse en el análisis de un modo muy asertivo, la queja (*complaining*) y la estrategia de bajo voltaje (*low-voltage approach*) a ella asociada fueron abandonadas (Tower, [1955], p.246). A partir del cambio de posición de la analista, se termina revelando otra inserción del paciente en su relación conyugal que no se condice con lo que expresaba su queja. Este cambio de óptica implica una modificación en la posición transferencial que se produce en relación con el lugar del gran Otro, cuestión determinante para desarmar la estructura transferencial que sostenía la queja. Lo decisivo es que, al cambiarse la posición en transferencia, se modifica el *punto de mira del fantasma*, que deja de tener por destino el Otro transferencial que se había configurado como soporte del *acting out*; un Otro que con su escucha legitimaba y que, pese a sus intervenciones e interpretaciones, no conseguía implicar al sujeto en el análisis, no lograba movilizar un trabajo con la causa en el plano del discurso del inconsciente.

### **Modificaciones en el punto de mira del fantasma**

Gloria Leff muestra cómo, al traducir el artículo de Lucia Tower, Lacan pone el peso en que la eficacia de su posición se debe a que ella se sitúa no tanto como *analista mujer* sino como *mujer analista* (Leff, 2007, p.198). La diferencia entre los dos sintagmas reside en que,

en el primer caso, mujer aparece como una cualidad de la analista (mujer califica a un analista que ya lo es, independientemente de ser mujer), mientras que en el segundo, ser *mujer* es el núcleo y *analista* lo accesorio, el lugar del analista está supeditado al hecho de ser mujer.

La importancia de esta inversión en el sintagma está relacionado con la problemática de la contratransferencia. Ésta se activa de un modo singular en el punto en que, ubicándose como mujer, la analista disuelve la transferencia instituida a partir de su figura de analista mujer. Lucia Tower puntúa cómo fue determinante para su reacción contratransferencial el hecho de que la competencia con otra mujer hiciera resurgir en su "propio inconsciente" el conflicto edípico de una situación triangular (Tower, [1955], p.246). Esto indica que es desde su propia historia que responde a la erótica de la situación analítica. Sin embargo, por una mera contingencia -apoyada en el vuelco que produce el sueño- esa respuesta termina siendo aprovechada para el trabajo con el deseo del analizante. El fenómeno del sueño es la prueba de pudo curvarse a este deseo, haciendo topar a la contratransferencia con su límite interno.

A raíz de una identificación con la esposa del paciente, se modifica el punto de mira del análisis, constituyéndose un *punto de fuga a la transferencia*. La identificación contratransferencial con la mujer la corre del lugar inoperante que ocupaba previamente: receptáculo de una queja sin posibilidad de que al paciente le retorne un eco que permitiera una interrogación sobre el modo de inserción de su deseo en ese análisis. La autora llama contratransferencia a la posibilidad de producir un movimiento en la transferencia que consistió en que el paciente se queja de su mujer ante una analista mujer, pero al identificarse la analista inconscientemente con la mujer, ella queda concretamente ligada a esa mujer (la esposa del paciente) y comienza a ser enfocada desde otra óptica la situación transferencial. No se trata sólo de un cambio del punto de mira de las vicisitudes del análisis. Lo decisivo es el punto de fuga que con ello se abre en la transferencia: ella se corre del lugar de destino para el que se trama, no un discurso tramposo -que sería la vía posible para la manifestación de una enunciación inconsciente-, sino un discurso vaciado imaginariamente, degradado en una queja en que el sujeto está ausente, desimplicado.

Esto respondía a una especie de amalgama que se había constituido entre el sujeto y el Otro, que anulaba toda marca posible de alteridad proveniente de la analista. La ausencia del sujeto en este caso no es similar a la que se registra en el plano del fantasma, punto en el cual se revela como productora de los efectos inconscientes propios de un trabajo analítico. La ausencia se corresponde aquí, en cambio, con una desimplicación, referida a una suspensión de la causa, a un trastocamiento en su temporalidad -al modo del *acting out*-; cuestión que determina que la causa deje de operar produciendo el esfuerzo al trabajo que comanda los determinismos inconscientes en el empalme transferencial con el Otro.

Lucia Tower había recurrido al verbo *to bend* para distinguir su diferente posición en ambos casos en relación con las voluntades de sus pacientes: eso que funcionó en el primero, no resultó exitoso con el segundo porque éste no tuvo la fuerza necesaria para plegarla (*bend*) a su voluntad: "*this man did not have a mobilizable strenght capable of binding me to his will*" (citada en Leff, 2001-02, p.159). Si en lugar de esto, se toma en cuenta la suplantación de este verbo por *to stoop*, es posible acentuar la fuerza del paciente no es lo determinante para curvar a la analista, sino una modificación en el posicionamiento de esta última.

Para vislumbrar mejor la implicación del analista en el movimiento que produce el paciente, Gloria Leff propone suplantarlo el verbo *to bend*, utilizado por Tower para referirse a lo que ocurre en sus dos casos, por otro, *to stoop*, introducido por Lacan en referencia a la obra de Oliver Goldsmith: *She stoops to conquer*. Sobre la diferencia entre ambos verbos, la autora especifica lo siguiente: "*to stoop* y *to bend* comparten el rasgo semántico del doblar, plegar, encorvar, pero mientras en *to bend* es usual decir que uno pliega a otro o a uno mismo, *to stoop* suele remitir a un *self-abasement*, un 'autoabajamiento'" (Leff, 2007, p.181). El eje de la reacción contratransferencial estuvo entonces ligado a su capacidad para *abajarse* (término del castellano antiguo que escoge Leff para traducir *to stoop*), de analista mujer a *friendly wife* (p.195). Apertura identificatoria con la esposa del paciente que produce un movimiento en la transferencia al introducir un punto de fuga que permitirá abordar de otro modo el fantasma.

Que sea ella quien se pliega al deseo del paciente implica que es "el agente de la acción", aunque no por ello "el amo del juego" (Leff, 2007, p.199). La eficacia no estuvo



entonces dada por cómo el paciente consigue imponer su deseo, sino por la forma en que ella condesciende al mismo. En el caso exitoso, no se levanta la resistencia de la analista, mientras que en el otro se mantiene incólume, determinando que la analista no se permita la curvatura:

En la medida en que este paciente no le gustaba tanto como el otro, se sentía tranquila y no se ponía en guardia (*ne se tenait pas sur ses gardes*); y mientras que se ocupa de proteger el matrimonio y la esposa de este primer paciente, se permite caer en la trampa, ser embaucada (*être dupe*) y dejarse arrastrar allí donde el paciente la quiere llevar (Leff, 2001-02, p.160).

### **Exterioridad a la transferencia y despliegue del fantasma sádico**

La contratransferencia implica que la analista se apoya inconscientemente en una contingencia -su condición de mujer en relación con su historia infantil- para que se produzca una identificación que le permita ocupar cierta posición en la fantasmática del paciente. Esto no quiere decir que se trataría simplemente de ocupar un rol en una supuesta serie de objetos sustitutos en la cual sería colocado -tomando en cuenta el modelo del *clisé* que Freud expone en "Sobre la dinámica de la transferencia" ([1912], 1986)-. El analista no es en este punto un objeto sustituto para que el fantasma se exprese y actualice, sino que es aquello que, por la conexión establecida, recobra alteridad y permite al paciente conectarse con su Otro inconsciente, dimensión que parecía bloqueada cuando la analista se había convertido en ese interlocutor aplastado en la presencia y en la actualidad de un *partenaire* que está ahí, enfrentado al paciente. De este modo, la analista consigue descentralizar el foco de ese lugar al cual se dirigía una queja, por la misma gratificación que la estructura transferencial producía. Previamente al vuelco contratransferencial, se había transitado ese peligroso borde de la gratificación. Como lo muestra Leff cuando se aboca a desentrañar las implicancias clínicas de la noción de *Basic Unity* de Margaret Little, lo que suele plantearse como una adicción al análisis de los pacientes considerados *borderline*, no ha llevado a interrogar que la misma podría ser más bien una "consecuencia de la posición ilimitadamente gratificadora de la analista" (Leff, 2007, p.86).

El hecho de que la transferencia pueda sacar su foco de la persona de la analista mujer abre el espectro fantasmático y posibilita que ella se vuelva una representante eficaz de la mujer del paciente, habilitando para éste una conexión inédita con su Otro histórico. La analista se da cuenta de que el deseo de su analizante no está tan a la deriva como antes creía y que es incluso capaz de "tomarse por un hombre" (Lacan, [1962-63], 2004, p.227). El lugar tercero que comienza a ocupar la desgaja de esa presencia gratificante con que sostenía el *acting out* en la transferencia, inyectando esa alteridad necesaria para que el sujeto entre en tensión con el deseo del Otro y pueda finalmente encontrar un lugar para su deseo en ese análisis. El vuelco del análisis consiste en que el "deseo de su paciente es vuelto a poner (*remis*) en su lugar", cuando justamente toda la dificultad de la neurosis de angustia que lo aquejaba residía en que no encontraba precisamente un lugar para su deseo (p.230).

Este movimiento conduce a que el paciente pueda expresar algo de su fantasma sádico en el análisis. La condición para esto es que analista no sea la destinataria última de ese fantasma. En las sesiones del 20 y del 27 de marzo, Lacan expone su lectura del caso presentando dos versiones aparentemente diferentes de la relación entre paciente y analista; en la primera, es notorio el acento de ciertas consideraciones sobre el sadismo y el masoquismo, mientras que en la segunda se traslada hacia la perspectiva de la relación entre un hombre y una mujer. Jean Allouch propone leer lo planteado en esas dos sesiones del seminario escindiendo la explicación por el rechazo a la complementariedad sádico-masoquista,-punto en que, como lo nota Leff, Lacan contradice explícitamente el texto de Tower, quien parece dar por supuesta la complementariedad objetada- del discernimiento del vínculo transferencial entre un hombre y una mujer (cuestión que permite pensar la relación del paciente con la analista a partir de un juego de encaje y desencaje de sus faltas). El argumento de Allouch se basa en que Lacan se sirve del mismo episodio clínico para abordar dos asuntos teóricos diferentes (Leff, 2007, p.207).

Más allá del contraste notorio en un nivel superficial entre lo planteado en una y otra sesión del seminario, una lectura entrecruzada entre ambos abordajes permite dar cuenta de algo que pasaría inadvertido si se la soslaya: la falta de complementariedad sádico-masquista, aunque introducida de manera forzada por Lacan en el texto de Tower, recobra el peso de un argumento que permite dar cuenta de las peculiaridades de la manifestación del fantasma sádico en análisis. Es a partir del desencaje de faltas entre paciente y analista (considerados en sus posiciones respectivas de hombre y mujer) que se instituye un lugar transferencial para ese fantasma se manifieste. El fantasma sádico del analizante sólo comienza a desplegarse en la medida en que la analista no se comporta como su destinataria, puesto que queda posicionada como no teniendo el objeto parcial que al paciente le falta. Se encuentra así un *punto de fuga que abre la transferencia hacia una exterioridad*, lo que permite paradójicamente el abordaje del fantasma en el marco de esa misma transferencia. Esta paradoja, puesta en juego de esta manera singular en este episodio, es constitutiva de la eficacia clínica de la transferencia analítica: si no hay un punto de fuga hacia el Otro, producido por la caída del objeto parcial en el analista, la transferencia corre el riesgo de anularse en su dimensión salvaje de base.

El desajuste de la supuesta complementariedad entre lo sádico y lo masquista tiene sólo cabida a partir del horizonte transferencial, y éste sólo se alcanza cuando se puede dilucidar la relación entre el paciente hombre y la mujer analista en función del estatuto que cobra el objeto. Allí debe inscribirse el accionar sádico del paciente. Es necesario que la analista acepte que no es ella en su persona la que está amenazada:

Según Tower la prueba consiste en que ella no se sustraiga y no haga el más mínimo movimiento en falso, para ser el soporte de lo que suscitó en el paciente cuando se colocó como *friendly wife*. Después de sentirse escudriñada 'como si el paciente quisiera despedazarla célula por célula', de pronto percibe que *la amenaza no es contra ella*. Reformula entonces el problema: si no lograra estar a la altura de esta prueba, sería el paciente quien caería en pedazos y nunca más volvería a confiar en otro ser humano (Leff, 2007, p.202-203, destacado propio).

El fracaso de la consumación de un *rapport sexuel* entre dicho paciente hombre y su analista mujer se revela prolífico para el análisis: "el paciente buscaba en ella lo que le faltaba a él, en el lugar donde a ella no le faltaba nada". El sadismo del paciente encuentra una expresión posible sólo cuando cae el objeto a del lugar del Otro. Esa no pertenencia del objeto parcial a la analista produce el desencaje de las faltas entre la posición femenina del analista y la posición viril que expresa el deseo del analizante. Al darse cuenta de que "la amenaza no era contra ella" (Leff, 2007, p.212) la analista deja vacío el lugar del objeto parcial, "ella se sacude y piensa en otra cosa. (*elle s'ébroue, et pense à autre chose*)" (Lacan, [1962-63], 2004, p.231).

Este movimiento transferencial que produce Tower implica lo contrario de una situación embarazosa para el analista en la transferencia. Ésta última está ligada a la presencia del objeto parcial en el analista, "el psicoanalista 'embarazado' sería aquel que contiene el objeto a" (Leff, 2007, p.217). Se trata de una posición similar a aquella que condujo a Freud a la interrupción del tratamiento de la joven homosexual. En el caso exitoso de Tower puede verse cómo queda el registro de un cambio en la posición del analista que permite hacer caer el objeto que produce el afecto de embarazo en el lugar del analista. Para fundamentar esto, Gloria Leff muestra el cambio de posición transferencial en Lucia Tower a partir de los diversos términos que utiliza en las distintas versiones de su texto. En este punto, cabe señalar que en el borrador que bosqueja para la ponencia ante la Escuela Psicoanalítica de Chicago, utiliza el término *discomfit*, sinónimo del francés *embarras* (embarazo), mientras que en la nueva versión del texto publicado utiliza *discomfort* (incomodidad). La suplantación de un término por otro daría cuenta del vuelco de su posición en la transferencia, como acentúa Leff. En dicha sustitución se deja registro de la gran diferencia (que marca lo decisivo de su posición) "entre sentir que el paciente la está derrotando, desconcertando, deshaciendo, y percatarse de que, estrictamente hablando, sólo la está sometiendo a un escrutinio muy incómodo" (2007, p.217).

## CONCLUSIONES

---

El recorrido efectuado ha exigido examinar los fundamentos que constituyen al psicoanálisis como una práctica ética; allí juega un rol, a veces implícito, pero no menos decisivo, el *fantasma*. El marco que permite dar cuenta de la práctica del psicoanálisis en sus fundamentos éticos se plantea en la intersección entre la *etiología de la neurosis* freudiana y la *causa del deseo* lacaniana, en sus relaciones con la escisión estructural y clínica entre deseo y demanda. La asociación libre como método hace emerger una nueva forma de sujeto que implica un acceso indirecto a la causa, estrechamente relacionado con el estatuto clínico del *fantasma*.

El dispositivo analítico se funda en la ruptura de la soldadura entre el lugar del Otro y el abordaje de la causa de la neurosis avalada en un saber teórico preconcebido, soldadura habitual en las concepciones traumáticas de la causación, de las cuales el método catártico breueriano constituye un caso ejemplar. La práctica analítica se origina como tal cuando se consigue trasladar el abordaje de la causa al terreno del sujeto, en contra de la atadura que la mantenía en el lugar del Otro y de la configuración resultante de un dispositivo sostenido en el saber positivo sobre la causación de la histeria. Al ser hendido por la causa, el sujeto se convierte en analizante, y la causa se transforma en asunto de su responsabilidad ética. La aparición del analizante es entonces el registro ético de la nueva práctica analítica, eso que permite delimitar la peculiar inserción transferencial del sujeto en la experiencia. Esta cuestión queda sellada en el pasaje del *abreagieren* (abreacción) a la asociación libre como método, que permite al analizante un modo singular de tramitar su deseo en transferencia al instituir la dimensión de la causa como algo escurridizo pero insistente en la superficie del discurso. La etiología sexual de la neurosis es el sintagma freudiano que permite introducir en la práctica la operatoria de la causa como un resto inasimilable por el discurso inconsciente, allí donde se alojará el *fantasma* en su problemático estatuto clínico.

Se abordan los efectos clínicos que resultan de esa nueva modalidad de tramitación de la causa en torno del *fantasma*. El quiebre entre la reserva imaginativa de los enunciados fantasmáticos preanalíticos, cuestión que queda en el margen de los desarrollos efectuados, cuyos objetivos se enfocan específicamente sobre la dimensión clínica del fantasma, y la puesta en acto del fantasma en transferencia es el resultado de la fractura ética que divide al sujeto cuando habla dirigiéndose al Otro transferencial. El frecuente rehusamiento de los analizantes a hablar de sus imaginaciones fantásticas durante las sesiones excede la mera repulsa yoica, alcanzando el problema estructural de una resistencia intrínseca del *fantasma* al discurso inconsciente. El origen para la práctica de esta resistencia puede sellarse con el anudamiento que efectúa la noción freudiana de *Übertragungswiderstand* entre transferencia y resistencia. Esa noción marca la tensión discursiva entre el analizante y el Otro transferencial por la que habrá de transitarse el deseo del sujeto.

A partir de la relación entre la praxis analítica y el *fantasma* se busca constituir un resorte clínico que haga posible medir las consecuencias éticas que conlleva la noción de *agieren*, que irrumpe como una forma peculiar de actuar que dará origen al término *acting out*, vía la traducción inglesa del ensayo de Freud *Repetir, recordar y reelaborar* ([1914], 1986). Fue preciso redescubrir las incidencias originarias del *agieren* para captar qué dimensión nueva de lo clínico supone, al ser indisociable de la aparición del analizante como nuevo sujeto ético de la práctica. En relación con eso, la importancia del *agieren* desde el punto de vista ético se esclarece a condición de bifurcar el valor clínico de la noción en dos dimensiones distintas, pero intrínsecamente conectadas: el *acting out* y el acto analítico. Eso permite circunscribir una cuestión decisiva para los fundamentos éticos de la praxis analítica, dando lugar a una consideración específica del *acting out* que lo inscribe en el horizonte ético del acto analítico. El pliegue del *agieren* en el sentido del *acting out* no puede escindirse del *agieren* que da cuenta de la institución de la transferencia como un acto que funda un nuevo estatuto para el Otro en la práctica.

Con respecto a las características del método catártico, cabría sucintamente destacar, por un lado, el realismo de una causa ubicada en el origen del padecimiento, donde el pasado, acoplado a la operatoria del determinismo llano de lo efectivamente acontecido, se

sustancializa. Por otro, y en estrecha relación, dicho método implica plantear un abordaje finalista de la enfermedad, es decir, un tratamiento que tendría por foco extirpar los traumas que originaron los síntomas. Se abría así un abismo temporal donde la causa quedaba confinada en el pasado al que buscaba reconducir la demanda de ese Otro en que se fundaba el método, cuya eficacia dependía en última instancia de una relación erótica hipnótica que obturaba el lugar estructural ideal del yo. Por el artificio técnico desde allí introducido, el tratamiento se consagraba a colmar el abismo temporal que lo separaba de la causa, reclamando en el presente la abreacción del afecto estrangulado (se puede captar aquí el funcionamiento finalista de la descarga perseguida, medida decisiva de la orientación que tomaba el tratamiento).

Nacido de una demanda del Otro, el tratamiento catártico se fundaba en el corte planteado entre la causa y la actualidad del síntoma, cuyos efectos quedaban, por ese motivo, desarraigados del sujeto. Aquí habría que localizar el punto de contraste fundamental con la enunciación del sujeto que hace posible la práctica del psicoanálisis. Cuando la causa comienza a ser tramitada en la superficie del discurso, el sujeto queda afectado de responsabilidad ética. A contrapelo de la demanda del Otro que sostenía el método catártico, en la práctica del psicoanálisis la causa comienza a ser tramitada en la dimensión de un *hacer* que le concierne ante todo al analizante. El acto analítico sería el nombre que podría darse a la fundación ética de una causa instituida por la apertura temporal hacia futuro, allí donde la causa se proyecta como una elección nunca terminada de asumir por el analizante.

El esquema que permite captar la distancia que Freud va situando respecto de los supuestos que había compartido con Breuer en la escritura de la "Comunicación preliminar" que inicia los *Estudios sobre la histeria* (analizado en el tercer capítulo), implica abordar a la resistencia con el modelo de la infiltración, en contraposición al planteo precedente, que localizaba al síntoma como un cuerpo extraño a partir de la instauración de un corte temporal y espacial con la causa, concebida como un asunto del pasado y aislada de todo vínculo asociativo. La ética que funda el dispositivo analítico implica, en cambio, tratar a la causa en la dimensión de la actualidad transferencial del discurso, como una forma de infiltración. La actualidad no hace referencia aquí al presente temporal de la sesión sino al acto por el cual un nuevo estatuto del Otro hace posible una nueva dimensión del discurso, asociado a la emergencia del sujeto de esa experiencia, el analizante. Se trata del acto que da lugar al trabajo con la causa como algo inseparable de sus efectos, algo que habrá de tramitarse en la intersección entre el deseo y su rechazo constitutivo, entre el deseo del analista que funda al Otro de la práctica y los restos de la demanda del Otro que constituyen sus puntos límites. La inseparabilidad así planteada entre causa y efecto instituye una nueva dimensión del tiempo, modulada por el discurso del sujeto, invención de la neurosis de transferencia y, en tanto tal, intrínsecamente resistencial. Al ser impulsado a trabajar venciendo las resistencias, el sujeto se ve obligado a enfrentarse con el problema de la causa como una infiltración que adquiere el estatuto de una tensión en el discurso, de una modulación resistencial que permitirá el abordaje del deseo.

Esta operatoria excede la idea de la resistencia como algo referido a la instancia yoica, en el sentido en que será planteado por Freud en 1914. El temprano abordaje freudiano de la resistencia es contrario a este centramiento, y será recuperado más tardíamente por el propio Freud cuando acentúe la operatoria diseminada de la resistencia en la estructura psíquica. En la temprana concepción de la resistencia como infiltración germina la nueva temporalidad de la práctica, temporalidad que colocará al analista en el registro de una necesaria y paciente espera. El epígrafe escogido para el capítulo cuatro permite resaltar el alcance ético de esta cuestión: "no hay que importunar (*tracasser*) inconsideradamente la causa de deseo" (Lacan, [1962-63], 2004). Es preciso leer el costado temporal de este *no importunar*, axioma ético que apunta a restituir el resorte del tiempo de una transferencia tensada por la resistencia, la marca del trabajo con la causa en el registro de un sujeto que, en tanto analizante, resiste por estructura al Otro de la transferencia.

Esto condujo a plantear que la transferencia analítica debe delimitarse como un emergente del resquebrajamiento de la soldadura entre causa de la neurosis y demanda del Otro; cuestión que resultó decisiva para abordar el punto de anudamiento entre fantasma y

transferencia en un horizonte ético. La premisa con que se ha buscado cernir la eficacia de esta práctica es que la causa del deseo es inapresable por la idea general de trauma, que suele degradarse en una concepción puramente exógena de la causalidad. El finalismo de la causa exógena da como resultado el planteo de la causa como algo externo al deseo del sujeto. Al contrario, para que el trauma se injerte como núcleo de la estructura neurótica es preciso que se subordine al fantasma, noción que, al desplazar la autonomía causal del trauma, se vuelve rectora para la práctica. El fantasma aloja a la causa como un núcleo inasible de la estructura y permite, así, un acceso al deseo del sujeto en el plano indirecto de la enunciación inconsciente. A contrapelo del realismo causal del trauma-sustancia, el discurso del analizante introduce la tramitación de la causa desde la relación que el sujeto establece con las consecuencias de su acto. Esto da lugar a la tramitación del deseo en la dimensión de la contingencia, aspecto crucial para el tratamiento analítico de la causa que se opone a las derivas finalistas (cuestión examinada en el tercer capítulo).

El discurso del analizante produce la pérdida del pasado como fundamento, desestabilizando el carácter macizo de lo acontecido. En términos genealógicos, la emergencia de este discurso puede ser concebida a partir de la caída de la demanda del Otro en que se consolidaba el método catártico. Con el Otro de la transferencia analítica, cuyo grado cero puede ubicarse en la simple solicitud de una asociación libre, la demanda se eclipsa sobre sí misma y deja el lugar al discurso del analizante. Esta operatoria mínima está muy lejos de implicar la no existencia de ciertos límites internos en la posición del Otro transferencial, que podrían llevar a reinstalar, de modo subrepticio, aspectos de demanda. Esta cuestión debe ser vinculada con la implícita nocividad asociada a la posición misma del analista como Otro. Por este motivo se ha otorgado un alcance ético a la afirmación de Lacan que plantea una nocividad constitutiva referida a la mera presencia del analista ([1957-58], 1998).

Estos abordajes sirvieron como una apoyatura decisiva para dar cuenta de cómo el retorno de la causa a su alienación en el Otro es una posibilidad inmanente en la constitución misma de la transferencia analítica, un apoyo de la transferencia que funciona como una especie de límite interno sobre el que ésta siempre puede degradarse, límite que en muchos casos el *acting out* viene a poner sobre la escena. La tramitación de la causa en el plano de la contingencia del deseo podría encontrarse así con el obstáculo de cierto finalismo sugestivo, inmanente en cierto punto a la posición que constituye al Otro como tal.

La práctica analítica puede ser definida como el acto que resulta de un psicoanalista que da lugar a un Otro despojado de un saber sobre la causa. En contraste con las derivas finalistas que puede asumir el abordaje de la contingencia en la estructura, en que la interpretación queda avalada en la omnisciencia del Otro sobre la causa, se acentuó la necesidad de plantear otro estatuto ético para la interpretación. Existe un lazo indisoluble que une a la transferencia con la interpretación, esta última puede ser ligada a la operatoria misma de la que depende el Otro transferencial forjado, es el efecto mismo de tensión, el pliegue de alteridad que instituye como tal al discurso analizante en la transferencia. Su operatoria introduce una transferencia que consigue movilizar de un modo peculiar el trabajo del deseo. El análisis del movimiento producido en el historial del *hombre de las ratas* (examinado en el segundo capítulo), que transcribe a la fantasía de transferencia (*Übertragungphantasie*) como una transferencia fantaseada (*phantasierten Übertragung*) es una de las manifestaciones más precisas de la función del pliegue interpretativo en el trabajo con el deseo y el fantasma.

La indisociable supeditación de la nueva práctica del psicoanálisis al fantasma en su estatuto problemático es una plasmación del desenfoque de la demanda del Otro como centro movilizador para trabajar con la causa de la neurosis. La práctica queda confrontada con una causa dispersa, expandida en la superficie del discurso del analizante. Serán las propias ficciones que forje el deseo en transferencia las que tendrán por función tramitar una nueva relación con la causa que no se salda en su reconducción al pasado como fundamento. Cabría destacar, en este punto, el límite que Freud plantea respecto de la analogía entre psicoanálisis y arqueología a la que gustaba recurrir: a diferencia del pasado muerto e inmóvil de la arqueología, el psicoanálisis se enfrenta con la dificultad suplementaria de una causa viva.

Lejos de que la causa sea un asunto del pasado al que se trataría de volver por una evocación regresiva, el acto que funda la relación transferencial trabaja con la causa como un resto vivo que tensiona la elección del sujeto. Ese resto nunca del todo asumido de la causa no deja de retornar, es el registro de una no consumación constitutiva de la causa, puesto en primer plano el problema clínico del fantasma.

El esclarecimiento de la inserción clínica del fantasma exigió explicitar el estatuto preanalítico de esta noción. Desde el punto de vista de la ética de la práctica, ese fantasma que no existe para la transferencia se consagra a impedir la división del sujeto por medio de determinadas fijaciones identificatorias. La libido con que se solidifican los enunciados fantasmáticos muestran el régimen de un deseo aún no nacido en el horizonte performativo del acto, punto que deja captar su ambigua mezcla con un goce del que aún no está del todo escindido (cuestión que puede ser cifrada con la noción freudiana de estasis de libido de objeto, sin olvidar el repliegue narcisista y autoerótico al que está en definitiva sometida). El abordaje transferencial implica cruzar la detención identificatoria de fantasma desde la enunciación inconsciente e inscribir al ser allí sostenido como perdido en el registro del deseo. La inaccesibilidad del fantasma se contornea desde una puesta en acto de la causa que hace circular al deseo en transferencia. Esto permite volver sobre lo precisado anteriormente: el estatuto analítico del fantasma se funda en la fractura ética del ser por el acto de la presencia del analista.

Esto resultó clave para dar cuenta del horizonte en que se ha de revelar la deriva singular que el *acting out* impone como límite intrínseco del acto analítico. El *acting out* es un efecto mismo de esa fractura ética que resulta de la presencia del analista, pero su peculiaridad reside en que, en lugar de asumir esa fractura en el plano del deseo (en su tensión con el deseo del Otro que el analista permitiría en la transferencia), pide cuentas al Otro de la existencia de esta fractura. Como si al fin y al cabo denunciara ese lugar impostado de quien se coloca como analista en el lugar del Otro. El *acting out* quisiera restituir al Otro como responsable de esa artificialidad del dispositivo que lo distancia del Otro histórico en que se fundó el deseo. Está claro que esto se debe, en parte, a la posición que el analista asume en transferencia; sin embargo para los desarrollos efectuados resultó decisivo mostrar cómo esto depende, en definitiva, de un límite interno a la estructura misma del deseo (que no puede dejar de resistir a la alienación del Otro en que se ha fundado como tal). Es cómo si el *acting out* no pudiera y no quisiera pagar el precio de asumir la estructura del deseo por la vía del acto que lo dividiría, tomando al sujeto responsable en el plano de la enunciación inconsciente; y es por esto que envisca al Otro de su historia con el analista, reclamándole su lugar impostado en el sostén de la transferencia. La paradoja del *acting out* es que, al buscar abrirse al Otro para fundar su deseo, llega a clausurar esa misma dimensión del deseo que en el fondo reivindica.

Aquí se revela una de las caras que conlleva la parodia ética del *acting out*, como si en cierto punto se tratara de desenmascarar la artificialidad del dispositivo (tal como lo hacen aquellos analistas cuestionados por Ferenczi, que operan denunciando la artificialidad de la situación transferencial en nombre de no se sabe qué realidad extraanalítica invocada). De este modo, el *acting out* inquiriere al analista por su lugar en esa transferencia: ¿por qué está usted aquí cuando se trata de mi deseo, que no depende de usted sino del Otro histórico de mi neurosis? Pero a diferencia de las pretensiones de dichos analistas evocados por Ferenczi, el movimiento del *acting out*, al denunciar la artificialidad de ese Otro postizo, plantea un problema de un pleno alcance ético

Los desarrollos efectuados inscribieron al *acting out* en el horizonte del acto analítico, buscando mostrar con ello, tal como se viene planteando, el fundamental estatuto ético que esta noción cobra para dar lugar a una problematización de la práctica del psicoanálisis desde otras perspectivas. Esto condujo a ubicar, en principio, al *acting out* como una forma degradada de tramitación del deseo en el acto de la transferencia. Por esto fue necesario ubicar que el *acting out* no pierde del todo sus conexiones con la enunciación inconsciente; en cierta forma busca promoverla, pero con escasos recursos simbólicos. En última instancia, expone cómo el estatuto de la enunciación se comprime por un deseo que tramita su causa al mismo tiempo que se evade de ella en un mensaje dirigido al Otro.

La causa del deseo, al ser replicada y degradada como una causa escenificada por el *acting out*, se convierte en una emanación de la demanda del Otro; esto implica que la causa aparece, en este punto, como un asunto que le concierne *antes* al Otro. Esta es una de las marcas temporales del *acting out*, que busca alcanzar el lugar del Otro en la constitución del deseo. Ahora bien, en cierta medida esta reivindicación del *acting out* es justa, puesto que se dirige a la fundación estructural misma del deseo en el campo del Otro; es por eso mismo que el *acting out* adquiere el estatuto de una parodia ética, tal como se lo precisó en los desarrollos de los capítulos tres y cuatro. El *acting out* constituye, de este modo, un acercamiento paródico a la constitución del deseo, alienado por estructura en el campo del Otro. Algunas figuras paradójicas permiten cernir el fenómeno clínico del *acting out* en la consideración de cómo torsiona ciertos límites del discurso analizante en el horizonte mismo del acto analítico: enunciación sin sujeto, deseo sin conflicto, demanda sin pregunta.

El problema teórico del *agieren*, nódulo germinal del *acting out*, tal como se precisó anteriormente, revela de qué forma la resistencia emerge, parcialmente, como una denuncia de este punto constitutivo de la ética de la práctica analítica: un Otro transferencial que se constituye a condición de desimplicarse del problema de la causa. Al restablecer el Otro de la demanda, cuya caída es condición para la constitución de la práctica, el *acting out* busca implicar nuevamente al Otro en el problema de la causa del deseo, exponiendo ese resto sugestivo insuprimible en la transferencia. Muestra que para que haya transferencia tiene que haber un Otro al que indefectiblemente se le suponga, por el solo hecho de estar allí, una demanda. El *acting out* viene a exponer de este modo ese punto límite constitutivo de la transferencia; es, en definitiva, el precio que la ética de la práctica paga por haber resignado la artificialidad del montaje hipnótico, destinado a confinar la causa en un pasado sustancializado como trauma (indisoluble de un Otro en el lugar de amo que hace surgir la causa con su demanda).

Esto permite volver, desde otro ángulo, sobre el anclaje ético del *acting out*: constituye ese punto extremo, situado en el núcleo mismo de la praxis, que expone la imposibilidad del autoanálisis. El *acting out* viene a mostrar, de un modo paródico, la dependencia del deseo al Otro. Con su escenificación, forja un nuevo estatuto para el resto de la causa, haciéndolo subsistir como una versión singular de resistencia transferencial (que Freud delimite a la resistencia como algo centrado muchas veces el yo, es una indicación sugerente del rebajamiento imaginario en que se envasca la relación entre el sujeto y el Otro). El *acting out* se dirige con su proclama ética al fundamento mismo de la práctica, a eso que resulta del lazo del deseo al Otro transferencial.

La pendiente hacia la demanda del Otro que el *acting out* promueve no debe hacer olvidar lo que su estatuto ético permite leer. En su carácter de *acto que* toca con una especie de mala fe el problema de la estructura del sujeto, permite enfocar aquello que todo deseo tiene de demanda. El *acting out* da cuenta de que el deseo es, en definitiva, un resto de una demanda del Otro, pero para hacerlo debe pagar el precio de degradar el deseo en una dirección unilateral a ese Otro de la demanda. Esta formulación, que caracteriza a la estructura del *acting out* a partir de la mala fe, permite desentrañar cómo opera en el *acting out* un resto de deseo encaminado a actuar con la demanda. Esto esclarece el mecanismo por el cual el *acting out* pide cuentas al Otro de esa fisura estructural entre deseo y demanda, fisura que no puede terminar de asumirse en el plano de la enunciación inconsciente (como sí se produce, al contrario, en otras formaciones transferenciales abordadas, aquellas precisamente que exponen una peculiar recuperación del fantasma en transferencia a partir de la puesta en causa del síntoma).

Los análisis efectuados en el segundo capítulo de los casos de Dora y del *hombre de las ratas* expusieron distintas aristas que permiten captar la relación del fantasma con un trabajo con la causa asumida en términos de elección. Se ha puesto de relieve la importancia que tiene en estos dos casos el motivo en el abordaje freudiano del síntoma. Es decir, la forma en que se involucra al sujeto en relación con su discurso en un plano ético, dando lugar a un trabajo analítico con las consecuencias de una causa inconsciente que no cesa de insistir. El fantasma es tanto la causa (indiscernible) del discurso como el producto que la enunciación inconsciente segrega. Es ese resto inasible que queda alojado en el lugar de la causa y que

participa indirectamente en el forjamiento de formaciones con las que el deseo ficcionaliza en transferencia.

Para terminar de precisar cuál es la relación que el fantasma mantiene con la causa, es necesario acentuar cómo instaura la eficacia de la falta de fundamento último en la estructura del sujeto; esta ausencia de causa en el origen se conecta con un abordaje posible del síntoma en el registro del deseo y del acto. La elección que hace trabajar al deseo es solidaria del fundamento insuficiente con que la causa retorna.

El *acting out* revela, en contraposición a esto, una cara peculiar en la ética de la práctica: muestra el punto en que la elección permanece atrapada en el *para Otro* forjado en la transferencia, como lugar de destino ficticio al cual el inconsciente se dirige. Se acentuó cómo esto puede obedecer a muy diversas razones, que muestran distintos aspectos de la relación del analista con el Otro en que se basa el lazo transferencial, y que ponen en juego modalidades de trastocamiento de la relación entre fantasma y transferencia: 1) obturación de la castración del Otro relacionada con un corrimiento del analista de su lugar, cuestión asociada tanto a una imaginarización de la transferencia como a una fetichización de la falta fálica (tal como se puede ver de modo ejemplar en el caso de Lebovici examinado en el capítulo cuatro); 2) saber preconcebido sobre la sexualidad e impuesto por el analista como una orientación finalista del análisis; dicho de otro modo, imaginarización excesiva del lugar del analista asociado a un atosigamiento finalista de la causa (tal como se vislumbra en ciertas derivas que toma la práctica de Sandor Ferenczi, analizadas en el tercer capítulo); 3) positivización de un saber sobre el trauma que contendría, de un modo suficiente, la clave causal del padecimiento actual (cuestión examinada a partir de distintos aspectos de las concepciones de Ferenczi y Sylvie Le Poulichet abordados en el capítulo tres); a esto puede asociarse la emergencia de la fantasía de segundo nacimiento como una categoría con que Otto Rank introduce una manera de tramitar la pérdida en el análisis, ligada a una presencia excesivamente positivizada de la causa que produce peculiares efectos clínicos (también examinados en el tercer capítulo).

Además, habría que señalar los puntos siguientes: 4) anulación de la disparidad ética en que se fundamenta la erótica analítica cuando el objeto parcial queda alojado del lado del analista y no permite que la causa se desgaje del lugar estructural del Otro (cuestión abordada en los capítulos cuatro y cinco); 5) falta de fractura en la posición de un analista consolidado como representante de la demanda del padre en tanto Otro (el lugar que asume Freud en el caso de la *joven homosexual*, analizado en el capítulo dos); 6) interpretación de la resistencia como una defensa yoica que instala al analista en un diálogo dual, comandado por una demanda atada al *pattern* yoico (tal como se lo puede ver el análisis efectuado del célebre caso de Ernest Kris, retomado en el tercer capítulo; allí el gesto de reconducir la resistencia al yo como el interlocutor privilegiado por el analista tiene por efecto extirpar a la causa de la superficie de un discurso); 7) curiosidad telepáticamente captada que degrada la posición del analista ante el Otro, lo cual muestra una particular declinación de la tramitación del saber en la transferencia (cuestión medida por la conexión entre la *Übertragung* y la *Gedankenübertragung* en el caso de Helene Deutsch trabajado en el tercer capítulo); 8) Por último, cabría destacar el estatuto de la queja, fenómeno muy próximo en su formación al *acting out*, que revela una peculiar estructura de la relación transferencial sostenida en el tiempo. Esto permitió mostrar cómo el *acting out* podría ir más allá de un efecto puntual y momentáneo e implicar una forma de empalme sostenida con el Otro transferencial, tal como se lo abordó en el último capítulo a partir de uno de las situaciones clínicas expuestas por Lucia Tower.

Es necesario volver con mayor precisión sobre la forma en que la transferencia analítica y la asociación libre resquebrajan el ser prediscursivo de la imaginación preanalítica, instituyendo la dimensión del fantasma propiamente dicho. La sustracción del ser del fantasma que se opera a partir de la enunciación inconsciente en un análisis se esclarece si se tiene en cuenta la hiancia que sostiene la alternancia entre el yo *no pienso* y el yo *no soy*, aquella con la que Lacan aborda la disyunción entre el inconsciente y el ello ([1967-68]). Esto permite precisar que el fantasma en un análisis corresponde a aquello que del *no soy* queda



segregado por los tropiezos enunciativos del *no pienso*, fracaso en asir el ser del sujeto por la vía de la enunciación inconsciente.

La elisión del fantasma preanalítico, la división del sujeto que busca resguardarlo de la pérdida de ser, queda rectificadora y excedida por el discurso inconsciente puesto en acto en la transferencia. El fantasma acoplado al movimiento transferencial es causa de formaciones del inconsciente que hacen irrumpir al sujeto a partir de una pérdida de ser; mientras que el artilugio del *acting out* suele ser montar este otro artificio: recuperar sobre la escena el ser prediscursivo del fantasma para reafirmar el deseo. Tratar el deseo por la vía del ser es justamente lo peculiar del punto límite con que el *acting out* transita la ética de la práctica analítica.

Si el síntoma, a partir de su puesta en causa transferencial, transforma las posiciones identificatorias que retienen el ser del sujeto en el fantasma, el *acting out* se propone por su parte, en sus múltiples variantes, una especie de recuperación del ser del sujeto en el fantasma, como si ese fuera el último recurso para hacer subsistir un deseo que se ve amenazado en el encuadre de la transferencia (por las diversas razones que acaban de ser sintetizadas, examinadas en los distintos capítulos).

En resumen, fantasma y *acting out* muestran, a grandes rasgos, dos caras de la dimensión ética de la práctica analítica: para dar lugar a la segregación del no ser que produce el síntoma en transferencia, el abordaje del fantasma debe someterse a las enunciaciones inconscientes que consiguen abolir eso que el ser prediscursivo quisiera fundar como una *causa sui*, dimensión preanalítica que permite leer la cara en cierto punto autoerótica que tiene todo síntoma antes de ingresar a la transferencia analítica —cuestión que se esclarece si se tiene en cuenta la noción de "autoerotismo ampliado" expuesta por Freud en su Conferencia 23 ([1916-17] 1986, p.334)—.

El fantasma producto de un análisis pierde la consistencia maciza de los coágulos libidinales que parecieran sostener la dimensión de los enunciados fantasmáticos preanalíticos. En tanto efecto de discurso, el fantasma se instituye en la dimensión de un residuo que irá inscribiendo una sustracción de goce en la relación del sujeto con el Otro. El *acting out* expone, por su parte, una elección que no se quiere terminar de asumir, rechaza la división de la elección pidiendo cuentas al Otro por la razón del deseo, tal como se precisó más arriba, como si necesitara volver a esa raíz estructural del sujeto alienado en el Otro. En este punto, la causa se transita en la dirección de una recuperación del ser perdido del que nace el deseo, representándose como un resto que quisiera volver a reencontrar lo perdido a partir de su disyunción del Otro.

Algunas consideraciones cabe dedicar a las relaciones entre ciertos síntomas y el fenómeno del *acting out*. La acción obsesiva y el síntoma conversivo histérico sobresalen puntualmente como la plasmación de una clausura, a partir de cierto registro del cuerpo (asociado a la deriva motriz del aparato psíquico), del trabajo psíquico de la causa inconsciente. Estas modalidades de síntomas comparten una homología de estructura que podría definirse como una representación autoerótica de la causa. Esto puede ser concebido como una especie de finalismo, el de un saber que se cierra sobre sí mismo, clausurándose en la relación con su propio pasado como si fuera un fundamento. No está demás recordar la precisa idea freudiana que ubica a las neurosis como actitudes éticas ante la vida relacionadas, por el modo en que están encerradas en el pasado, con la imposibilidad de una apertura hacia el presente y el futuro ([1916-1917], 1986).

Más allá de las diferencias entre estos dos tipos de síntomas, interesa aquí considerarlos globalmente para mejor iluminar, por contraste, las propiedades de la estructura del *acting out*. El finalismo del síntoma, manifestación de un autoerotismo autosuficiente (que expone un corte de vínculo con el Otro), hace posible esclarecer el extremo opuesto de finalismo, el del *acting out*, que acentúa, en cambio, la pérdida del sujeto en nombre del Otro (el sujeto se dirige al Otro para ser eximido de la pregunta por la causa). Ambos muestran así dos caras distintas, opuestas, de la disyunción con la cual busca suspenderse la relación entre el inconsciente y el Otro.

Este tipo de síntomas ponen en juego una resistencia al Otro que permite dilucidar un aspecto puntual de la ética de la praxis en el abordaje de la causa: afrontar al síntoma

desenmascarando motivos actuales que lo perpetúan en el presente (cuestión fundamental para dar cuenta de la inserción clínica del fantasma, abordada especialmente en el segundo capítulo a partir de los análisis efectuados de los historiales de Dora y del *hombre de las ratas*). Esto implica una búsqueda de corroer la causa autosuficiente por la cual el síntoma pareciera bastarse sin el Otro, cerrando el agujero del inconsciente a toda dialéctica. Afrontar al síntoma por los motivos implica volver a conectarlos con la alteridad en que se han originariamente fundado (aunque en un segundo movimiento la alteridad se clausure, cuando el síntoma produce ese repliegue autoerótico que lo corta de su relación con el Otro); pero también con esa alteridad que no cesa de intervenir en la vida actual del sujeto infectando al síntoma de indeterminación (el motivo actual del síntoma, vislumbrado en los análisis de Dora y del *hombre de las ratas*, es la manifestación del desplazamiento de la causa que torna caduca a la supuesta causa originaria —corroída por los nuevos motivos—, aquella que quisiera darse el síntoma preanalítico como fundamento de sí mismo). Se mostró cómo esto puede ser aprovechado por el acto de la transferencia para dar lugar a una nueva conexión del síntoma con el Otro, conexión que dependerá de las creaciones que forje la neurosis de transferencia.

Estos dos extremos que encarnan cierto tipo de síntomas y algunas formas de *acting out* permiten ubicar, a partir del espacio que se abre entre ambos, lo característico de la inserción del fantasma en la práctica. El lugar del fantasma en transferencia necesita de la apertura de la pregunta por la causa, pregunta que aparece clausurada tanto en el *acting out* como en la estructura preanalítica del síntoma (que la transferencia y la interpretación buscarán desandar cuando lo pongan en causa, conectándolo con el Otro). El acto transferencial hace que emerja del fantasma un sujeto dividido por las consecuencias de su deseo, punto crucial de la responsabilidad ética promovida.

Por otra parte, es necesario volver sobre otro punto que el *acting out* permitió abordar, el problema de lo psicopagológico como algo que puede plantearse en el borde de la estructura, pero de forma negativa, sin aproximaciones sustancialistas. Instaurando un movimiento que se inscribe por fuera de ciertas pesquisas nosográficas, el *acting out* hizo posible dar cuenta de una práctica ética en la escisión transferencial producida entre deseo y demanda, entre la causa vacía del deseo y el objeto parcial que en cierta manera la positiviza.

Puede concluirse que, pese a que el *acting out* pueda ser forjado artificialmente, no deja de constituir la estructura misma del deseo. En el *acting out* se revela en qué punto el deseo se encuentra estructuralmente ligado al Otro, exponiendo que su escisión de la demanda no está garantizada, *por estructura*, de una vez y para siempre. La escisión depende, es lo que viene a decir esa formación peculiar que es el *acting out* como tratamiento del fantasma, en definitiva, de la ética misma del acto analítico. El punto que revela el impacto de la causa del inconsciente como causa caduca y vacía no es algo que pueda adquirirse a nivel estructural (como si se tratara de una especie de registro sincrónico de la estructura que podría alcanzarse). Esto se debe a diversas razones, entre ellas, al hecho de que las tramitaciones clínicas particulares articuladas al lugar del Otro en transferencia pueden instaurar diversos tipos de obturaciones que confrontan a la praxis con puntos límites en el plano ético. Si el carácter no efectuado de la causa corroe de imperfección a todo acto, el *acting out* sería una de las manifestaciones éticas que se aproximan, desde cierto ángulo puntual, al acto por la vía de su imperfección.

Para una investigación futura quedará a cargo emprender la examinación de algunos otros casos extremos que muestran aspectos singulares de la práctica analítica cuando se convierte en un laboratorio destinado a la fabricación de *acting out* artificiales. El proyecto podría partir del enfoque de un fenómeno clínico novedoso, el kleinismo en Argentina. Desde una perspectiva singular que tome por apoyatura el libro colectivo titulado *El acting out en el pensamiento psicoanalítico argentino* (Gioia, Lancelle, Rosenfeld, Zac., 1976), se podría profundizar la problematización de una plasmación clínica concreta en que sobresale, sintomáticamente y de un modo extremo, una forma muy peculiar de tratamiento del *acting out*.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

---

- Allouch, J. (2004) *Ombre de ton chien : discours psychanalytique, discours lesbien*. Paris: EPEL.
- (s.f.) Una terna freudiana: acto, acting out y acción. En *Revista uruguaya de psicoanálisis*.
- Amigo, S. (1999). *Clínica de los fracasos del fantasma*. Rosario: Homo Sapiens ediciones.
- André, J. (1999). Introduction. L'unique objet. En André, J. ; Chabert, C. ; Donnet, J.-L.; Fédida, P.; Green, A.; Widlöcher, D. *Les états limites*. Paris : Puf.
- (2011). Le pilote. En Guyomard, P. ; Aisenstein, M. ; Widlöcher, D.; Plon, M.; Barazer, C.; Baldacci, J.-L.; André, J. *Lacan et le contre-transfert*. Paris: PUF.
- Askofaré, S. (2012). Clínica... ¿del síntoma? *Revista Desde el Jardín de Freud*, 12. Disponible en <http://www.revistas.unal.edu.co/index.php/jardin/article/view/36138>
- Assoun, P.-L. (1994) *Introducción a la metapsicología freudiana*. Buenos Aires, Paidós.
- (1995). *Freud et la femme*. Paris : Petit Bibliothèque Payot.
- (2008a). *La transferencia: Lecciones psicoanalíticas*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- (2008b). *Introducción a la epistemología freudiana*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- (2010). *Leçons psychanalytiques sur le fantasme*. Paris : Anthropos.
- Baldacci, J.-L. (2011). Transfer sur l'analyse et désir de l'analyste. En Guyomard, P, Aisenstein, M. ; Widlöcher, D.; Plon, M.; Barazer, C.; Baldacci, J.-L.; André, J. *Lacan et le contre-transfert*. Paris : Puf.
- Barazer, C. (2011). 'Entre hommes', pas question de contretransfert ! En Guyomard, P, Aisenstein, M, Widlöcher, D.; Plon, M.; Barazer, C.; Baldacci, J.-L.; André, J. *Lacan et le contre-transfert*. Paris: Puf.
- Basch, C.; Laplumé, S. (1991). Al abrigo de la transferencia. *Revista Conjetural*, 22, 87-92.
- Bataille, L. (1976). Emma ou la fonction d'un fantasme. En *Revista Ornica* 8, 21-31.
- Bonnet, G. (1991). *Le transfert dans la clinique psychanalytique*. Paris : PUF.
- *Voir Être vu: figures de l'exhibitionnisme aujourd'hui*. Paris : Puf.
- Boxaca, L; Lutereau, L. (2012). La interpretación en psicoanálisis: de lo determinado al equivoco. En *Revista Investigaciones en Psicología*, 17 Vol. 2. Disponible en [http://www.psi.uba.ar/investigaciones.php?var=investigaciones/revistas/investigaciones/indice\\_indice\\_revistas.php&anio=17&vol=2](http://www.psi.uba.ar/investigaciones.php?var=investigaciones/revistas/investigaciones/indice_indice_revistas.php&anio=17&vol=2)
- (2012b). Los usos del síntoma: sus transformaciones en la cura analítica. *Revista Desde el Jardín de Freud*, 12. Disponible en <http://www.revistas.unal.edu.co/index.php/jardin/article/view/37809>
- Brunswick, R.M. [1928], (1983) Suplemento a la 'Historia de una neurosis infantil' de Freud. En *El hombre de los lobos por el hombre de los lobos*. Nueva Visión: Buenos Aires.
- Cancina, P. (2010) Agieren. *Revista Desde el Jardín de Freud*, 10. Disponible en <http://www.revistas.unal.edu.co/index.php/jardin/article/view/19889>
- (2012). Agujereamiento del trauma como condición del síntoma. *Revista Desde el Jardín de Freud*, 12. Disponible en <http://www.revistas.unal.edu.co/index.php/jardin/article/view/36077>
- Carignano, B. (2011). El problema de la noción de descarga. Del *Proyecto de psicología para neurólogos* a las *Obras metapsicológicas*. I. Regulación económica y descargas en el aparato neuronal. En *Cuadernos de metapsicología*, 2.
- Castillo, B. (1986). El borde obscuro de la transferencia *Conjetural*, 11, 47-54
- (1988). El psicoanálisis y la telepatía. *Conjetural*, 15, 13-18
- Dávila Córdoba, K. (2016). *Revista Desde el Jardín de Freud*, 16. Disponible en <http://www.revistas.unal.edu.co/index.php/jardin/article/view/58152>
- De la Pava Ossa, A. (2016) Del fantasma de la lógica... a la lógica del fantasma. *Revista Desde el Jardín de Freud*, 16. Disponible en <http://revistas.unal.edu.co/index.php/jardin/article/view/58156>
- Donnet, J.L. (1999) Patients limites, situations limites. En André, J. Chabert, C ; Donnet, J.L. ; Fédida, P.; Green, A.; Widlöcher, D. *Les états limites*. Paris : Puf.
- Dupont, J. (1988). Introduction. En Ferenczi, S. *Clinical Diary*. Massachusetts and London : Harvard University Press.

- Ferenczi, S. [1923] (2001a). Sobre las fantasías forzadas. En *Teoría y técnica del psicoanálisis*. Buenos Aires: Lumen Hormé.
- (1988). Clarividencia y telepatía. *Conjetural*, 15, 19-27.
- (2001b). Dificultades técnicas en el análisis de un caso de histeria. En *Teoría y técnica del psicoanálisis*. Buenos Aires: Lumen Hormé.
- (2001c). Sobre las palabra obscenas. En *Sexo y psicoanálisis*. Buenos Aires: Lumen Hormé.
- [1912], (2001d). Sugestión y psicoanálisis. En *Teoría y técnica del psicoanálisis*. Buenos Aires: Lumen Hormé.
- [1932-33] (2008). *Sin simpatía no hay curación: El diario clínico de 1932*. Amorrortu Editores: Buenos Aires.
- Freud, S. [1897a] (1986). Manuscrito M [Anotaciones II]. En Fragmentos de la correspondencia con Fließ. *Obras completas Vol. I*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- [1897b] (1986). Manuscrito L [Anotaciones I]. En Fragmentos de la correspondencia con Fließ. *Obras completas Vol. I*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- [1905], (1978) Fragmento de análisis de un caso de histeria (Dora). En *Obras Completas Vol. VII*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- [1907] (1997). Los actos obsesivos y las prácticas religiosas. En *Obras Completas Vol X*. Barcelona: Losada.
- [1908a] (1997). El poeta y los sueños diurnos. En *Obras Completas Vol X*. Buenos Aires: Losada.
- [1908b] (1997). Las fantasías histéricas y su relación con la bisexualidad. En *Obras Completas Vol X*. Buenos Aires: Losada.
- [1909a] (1997). La novela familiar del neurótico. En *Obras Completas Vol X*. Barcelona: Losada.
- [1909b] (1997). Generalidades sobre el ataque histérico. En *Obras Completas Vol X*. Barcelona: Losada.
- [1909c], (1986) A propósito de un caso de neurosis obsesiva. En *Obras Completas Vol. X*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- ([1911], 1986) Formulas sobre los dos principios del acaecer psíquico. En *Obras completas Vol. XII*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- [1912a], (1986). Puntualizaciones sobre el amor de transferencia. En *Obras Completas Vol. XIV*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- [1912b] (1986). Sobre los tipos de contracción de neurosis. En *Obras Completas Vol. XII*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- [1914], 1986,. Acerca del *fausse reconnaissance* ('*déjà raconté*') en el curso del trabajo psicoanalítico. En *Obras Completas Vol. XIII*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- [1916-17] (1986). Conferencias de introducción al psicoanálisis (parte III). En *Obras Completas Vol. XVI*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- [1917a] (1986). Nuevos caminos de la terapia psicoanalítica. En *Obras Completas Vol. XVII*. Buenos Aires: Amorrortu Editores
- [1917b] (1986) Sobre las trasposiciones de la pulsión, en particular del erotismo anal". En *Obras Completas Vol. XVII*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- [1918] (1986). De la historia de una neurosis infantil. En *Obras completas Vol. XVII*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- [1920], (1984) Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina. En *Obras Completas Vol. XVIII*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- [1921], (1984) Psicoanálisis y telepatía. En *Obras Completas Vol. XVIII*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- [1922], (1984) Sueño y telepatía. En *Obras Completas Vol. XVIII*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- [1924], (1984) La pérdida de realidad en la neurosis y psicosis. En *Obras completas Vol. XIX*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- [1925a], (1984) Algunas notas adicionales a la interpretación de los sueños en su conjunto. En *Obras completas Vol. XIX*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.

- [1925b], (1984) La pérdida de realidad en la neurosis y psicosis. En *Obras completas Vol. XIX*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- [1926] (1986). Inhibición, síntoma y angustia. En *Obras Completas Vol. XX*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- [1927] (1986) Pegan a un niño. En *Obras Completas Vol. XVII*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- [1937a], (1986). Análisis terminable y análisis interminable. En *Obras Completas Vol. XXIII*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- [1937b] (1986) Construcciones en el análisis. En *Obras Completas Vol. XXIII*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S.; Andreas-Salomé, L (1975). *Correspondência completa*. Rio de Janeiro: Imago,
- Freud, S. Ferenczi, S. (1993). *The Correspondence of Sigmund Freud and Sándor Ferenczi*, Volume 1, 1908-1914 (Edited by E. Falzeder and E. Bravant; translated by P. Hoffer). Cambridge, Massachusetts, London: The Belknap Press of Harvard University Press.
- (2000). *The Correspondence of Sigmund Freud and Sándor Ferenczi*, Volume 3, 1920-1933 (Edited by E. Falzeder and E. Bravant; translated by P. Hoffer). Cambridge, Massachusetts, London: The Belknap Press of Harvard University Press.
- García, C. (2016). La construcción de la fantasía en la experiencia psicoanalítica (Tesis de maestría inédita). Facultad de Psicología, Universidad Nacional del Rosario, Rosario.
- García, G. (2005). *Actualidad del trauma*. Buenos Aires: Gramma Ediciones.
- Gardiner, M. (1983). *El hombre de los lobos por el hombre de los lobos*. Nueva Visión: Buenos Aires.
- Gauguin, M. (1987). El acting out, el pasaje al acto y la transferencia analítica. En Nasio, J-D. *En los límites de la transferencia*. Buenos Aires: Nueva Visión, 109-133.
- Gerez Ambertín, M. (2000). Entre pasaje al acto y acting-out. *Revista Universitaria de Psicoanálisis*, Vol. II. Disponible en <http://www.psi.uba.ar/investigaciones.php?var=investigaciones/revistas/psicoanalisis/revista2/index.php&id=85>
- (2012). Dualidad del síntoma en psicoanálisis. *Revista Desde el Jardín de Freud*, 12. Disponible en <http://www.revistas.unal.edu.co/index.php/jardin/article/view/36061>
- Glasman, S. (1987). Transferencia y acto analítico. *Revista conjetural*, 14, 13-24.
- (2006). Erinnern, Wiederholen und Durcharbeiten. *Revista conjetural*, 14, 57-66.
- Gioia, T; Lancelle, G.; Rosenfeld, D.; Zac., J. (1976). *El acting out en el pensamiento psicoanalítico argentino*. Buenos Aires: ediciones Gamón.
- Green, A. (1990). *La folie privée*. Paris : Gallimard Folio Essais.
- (1999). Genèse et situation des états limites. En André, J. Chabert, C. ; Donnet, J.L.; Fédida, P.; Green, A.; Widlöcher, D. *Les états limites*. Paris: Puf.
- Gusmán, L. (1988). La enunciación telepática. *Conjetural*, 15, 35-44
- (1991). El grano de arena. *Revista conjetural*, 22, 31-33.
- Gutiérrez-Peláez, M. (2013). La vigencia de la concepción psicoanalítica del trauma. *Revista Desde el Jardín de Freud*, 13. Disponible en <http://revistas.unal.edu.co/index.php/jardin/article/view/40713>
- Guyomard, P. (2011). Lacan et le contre-transfert : le contre-coup du transfert. En Guyomard, P, Aisenstein, M. ; Widlöcher, D.; Plon, M.; Barazer, C.; Baldacci, J.-L.; André, J. *Lacan et le contre-transfert*. Paris : Puf.
- Haimovich, E.; Kreszes, D. (2011). *Fantasía: Metapsicología y clínica*. Rosario: Homo Sapiens ediciones.
- Haimovich, E. (1987). Los límites del análisis. *Revista conjetural*, 14, 99-106.
- Izaguirre, G. (1995). Las preguntas de Ferenczi, *Redes de la letra*, 5, 97-118.
- Jinkis, J. (1985). El objeto fetiche en el campo escópico. *Revista Conjetural*, 6, 15-35.
- (1988). Ferenczi Oculito. *Conjetural*, 15, 9-10.
- (1991). Sublimación del analista. En *Conjetural*, 22, 9-10.
- (1993). La interpretación, pasión del analista. En *Lo que el psicoanálisis nos enseña*. Buenos Aires: Lugar Editorial, 67-92.

- (1993). La formación reactiva terapéutica. En *Lo que el psicoanálisis nos enseña*. Buenos Aires: Lugar Editorial, 85-100.
- Julien, Ph. (1978). "Le débat entre Freud et Ferenczi : savoir y faire ou savoir y être". *Ornicar*, 9, 24-50.
- Kait, G. (2006). *Sujeto y fantasma: Una introducción a su estructura*. Rosario: Editorial Fundación Ross.
- Klein, M. [1952] (1997). The mutual influences in the development of ego and id. En *Envy and Gratitude and other works 1946-1963*. London: Vintage.
- Koop, G. (1996). *Freud: la densidad figurativa*. Rosario: Homo Sapiens Ediciones.
- Kreszes, D. (1987). La actividad freudiana. *Revista conjetural*, 14, 107-115.
- Krist, E. [1951] (1988) Psicología del yo e interpretación en la terapia psicoanalítica. En *Ornicar* 46, julio/set, 5-22 (traducción de Michel Sauval)
- Kuri, C. (2010). *La identificación*. Rosario: Homo Sapiens.
- (2011). Vigencia de la metapsicología. En *Cuadernos de metapsicología*, I.
- Lacan, J. [1951] (1999) Intervention sur le transfert. En *Écrits I*. Paris : Seuil Point Essais.
- [1952] Notas de seminario 1952: El hombre de los lobos. Mimeo. Biblioteca de la E.F.B.A. Traducción de Ricardo Rodríguez Ponte.
- [1952] (2007). Le mythe individuel du névrosé. Seuil: Paris.
- [1953] (1999) Fonction et champ de la parole et du langage en psychanalyse. En *Écrits I*. Paris: Seuil Point Essais.
- [1954-55a] (1978). *Le moi dans la théorie de Freud et dans la technique de la psychanalyse*. Paris : Seuil Points essais.
- [1954] (1999). Réponse au commentaire de Jean Hyppolite sur la «Verneinung» de Freud. En *Écrits I*. Paris : Seuil Point Essais.
- [1955-56] (1984). *Las psicosis*. Buenos Aires: Paidós
- [1956-57a] (1994). *La relation d'objet*. Paris : Seuil.
- [1956-57b] (1994). *La relation d'objet*. Disponible en [staferla.free.fr/S4/S4.htm](http://staferla.free.fr/S4/S4.htm)
- [1957-58a] (1998). *Les formations de l'inconscient*. Paris: Seuil.
- [1957-58b] (1999). *Las formaciones del inconsciente*. Buenos Aires: Paidós.
- [1958] (1971). La signification du phallus. En *Écrits 2*. Paris : Seuil Points.
- [1958] (1975). La dirección de la cura y los principios de su poder. En *Escritos 2*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- (1958-59). *Le désir et son interprétation*. Disponible en [staferla.free.fr/S6/S6.htm](http://staferla.free.fr/S6/S6.htm)
- [1959-60] (1986). *L'éthique de la psychanalyse*. Paris : Seuil.
- [1960] (1971). Subversion du sujet et dialectique du désir dans l'inconscient freudien. En *Écrits 2*. Paris : Seuil Points.
- (1960-61). *Le transfert*. Disponible en <http://staferla.free.fr/S8/S8.htm>
- [1962-63a] (2004). *L'angoisse*. Paris : Seuil.
- (1962-63b). *L'angoisse*. Disponible en [staferla.free.fr/S10/S10.htm](http://staferla.free.fr/S10/S10.htm)
- [1964] (1973). *Les quatre concepts fondamentaux de la psychanalyse*. Paris : Seuil Points.
- (1966-67). *La logique du fantasme*. Disponible en [staferla.free.fr/S14/S14.htm](http://staferla.free.fr/S14/S14.htm)
- (1967-68). *L'acte psychanalytique*. Disponible en <http://staferla.free.fr/S15/S15.htm>
- (1970-71). *D'un discours qui ne serait pas du semblant*. Disponible en <http://staferla.free.fr/S18/S18.htm>
- [1972] (2001). L'étourdit. En *Autres Écrits*. Paris : Seuil
- (1973-74). Les non-dupes errent. Disponible en <http://staferla.free.fr/S21/S21.htm>
- (1986). Una Psicosis lacaniana. Presentación de caso. *El Analicón*. Correo/Paradiso: Barcelona.
- Laplanche, J.; Pontalis, J.-B. (1996). *Diccionario de psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.
- Laznik, D. (2003). Configuraciones de la transferencia: masoquismo y separación. En *Revista Universitaria de Psicoanálisis*, III. Disponible en <http://www.psi.uba.ar/investigaciones.php?var=investigaciones/revistas/psicoanalisis/revista3/index.php>

- Lebovici, R. (1956a). Perversion transitoire au cours d'un traitement psychanalytique. *Bulletin d'activité de l'Association des psychanalystes de Belgique*, 25,1-17.
- [1956b] (s/f). Perversion sexual transitoria en el curso de un tratamiento psicoanalítico. Mimeo.
- Leff, G. (2011). *Juntos en la chimenea: la contratransferencia, las 'mujeres analistas' y Lacan*. México Epele.
- (2001-02). She stoops to conquer. Les deux histoires d'amour de Lucia Tower. En *Revue L'Unebévúe*, 19. Paris : L'Unebévúe.
- (2016). *Freud Atormentado: errancias con Elfriede Hirschfeld*. Buenos Aires: Epele.
- Le Gaufey, G. (1976). L'acting-out : la perte et le manque. Strasbourg, *Lettres de E.F.P* 19
- (2000). *Anatomía de la tercera persona*. EpeLe: México.
- Le Poulichet, S. (1998). *El arte de vivir en peligro*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- (2003) *Psychanalyse de l'informe*. Paris : Camps essais.
- León-López, P. (2009). Inhibición y acto. Un recorrido por tenues laberintos del tiempo. *Revista Desde el Jardín de Freud*, 9. Disponible en <http://revistas.unal.edu.co/index.php/jardin/article/view/12219>
- Levin, M. (1987). Transferencia y pulsión. *Revista conjetural*, 14, 25-29.
- Little, M. [1957] (1997). La respuesta total del analista a las necesidades de su paciente. Disponible en <http://www.sauval.com/angustia/MLittleRT.pdf>
- Lugrin, Y. (2017). *Ferenczi sur le divan de Freud : Une analyse finie?* Paris: Campagne première.
- Lutereau, L. (2013). El acting out como escena: Dos funciones y un esclarecimiento a través del objeto mirada. En *Revista Investigaciones en Psicología* 18 Vol. 1. Disponible en [dehttp://www.psi.uba.ar/investigaciones.php?var=investigaciones/revistas/investigaciones/indice/indice\\_revistas.php&anio=18&vol=1](http://www.psi.uba.ar/investigaciones.php?var=investigaciones/revistas/investigaciones/indice/indice_revistas.php&anio=18&vol=1)
- (2014) El analista ante la angustia. *Revista Investigaciones en Psicología* 19 Vol.12. Disponible en <http://www.psi.uba.ar/investigaciones.php?var=investigaciones/revistas/investigaciones/indice/resumen.php&id=455&anio=19&vol=2>
- Lytard, J-F (2014). *Discurso, figura*. Buenos Aires: La cebra.
- Mannoni, O. (1969). L'homme aux rats. En *Clefs pour l'imaginaire ou l'Autre Scène*. Paris : Seuil Points.
- Marchili, A. (1985a). Fantasma y goce fálico. *Revista Conjetural*, 6, 73-81.
- (1985). El fantasma y lo invocante. *Revista Conjetural*, 9, 13-32.
- Masotta, O. (1976a). Regalos dobles, padres dobles. En *Ensayos Lacanianos*. Barcelona: Anagrama.
- (1976b). Consideraciones sobre el padre en 'el Hombre de las ratas'. En *Ensayos Lacanianos*. Barcelona: Anagrama.
- Matet, J.-D.; Wachsberger, H. (1994). Comment finissent les analyses : textes réunis par l'Association Mondiale de Psychanalyse. Paris: Seuil.
- Miller, J.-A. (1984). *Dos dimensiones clínicas: Síntoma y fantasma*, Buenos Aires: Manantial.
- Molina, J. (2004). Edipo y la novela. *Revista Conjetural*, 41.
- Moretto (2004). Transferencia e Interpretación, en la clínica psicoanalítica. *Revista Universitaria de Psicoanálisis, Vol. IV*. Disponible en <http://www.psi.uba.ar/investigaciones.php?var=investigaciones/revistas/psicoanalisis/revista4/index.php&id=22>
- Muñoz, P. (2016). Pasaje al acto y verdad. *Revista Desde el Jardín de Freud*, 16. Disponible en <http://www.revistas.unal.edu.co/index.php/jardin/article/view/58157>
- Nasio, J-D. (2005). *Le fantasme : le plaisir de lire Lacan*. Paris : Petite bibliothèque Payot.
- Nucenovich, N. (2011) Fantasía y acting out. En Haimovich, E. ; Kreszes, D. *Fantasía: Metapsicología y clínica*. Rosario: Homo Sapiens ediciones.
- Palant, J. (1986). El vel de Winnicott. *Revista Conjetural*, 11, 55-61.
- Pommier, G. (2009) A propósito del fantasma de devenir psicoanalista. *Revista Desde el Jardín de Freud*, 9. Disponible en

- <http://www.revistas.unal.edu.co/index.php/jardin/article/view/12231>
- Porge, E. (2001). *Jacques Lacan, un psicoanalista: Recorrido de una enseñanza*. Madrid: editorial Síntesis.
- Rank, O. [1924] (1961). *El trauma del nacimiento*. Buenos Aires: Paidós.
- Ritvo, J-B. (2005). Material desgrabado del Seminario "Vicisitudes del acto. Síntoma, pasaje al acto y acto analítico" (05/05/2005) de la Maestría en Psicoanálisis de la Universidad Nacional de Rosario (no revisado por el autor).
- (2011). Prólogo que bien podría ser epílogo. En Haimovich, E.; Kreszes, D. *Fantasía: metapsicología y clínica*. Rosario: Homo Sapiens ediciones.
- (2014). *El síntoma: estructura de la formación o formación de la estructura. 1987-1988-2014*. Rosario Co-lectora.
- Safouan, M. (1974). Le fantasme dans la doctrine psychanalytique et la fin de l'analyse. En *Études sur l'Œdipe*. París : Éditions du Seuil.
- (1988). *Le transfert et le désir de l'analyste*. Paris : Éditions du Seuil.
- (2013). *La psychanalyse : science, thérapie et cause*. Paris: Gallimard.
- Sanfelippo, L-C., (2013) Dos conceptualizaciones del trauma en la obra de Sigmund Freud. *Revista Universitaria de Psicoanálisis, Vol. XIII* Disponible en <http://www.psi.uba.ar/investigaciones.php?var=investigaciones/revistas/psicoanalisis/revista13/index.php&id=206>
- Soler, C. (1988). El acting out en la cura. En *Finales de análisis*. Buenos Aires: Manantial.
- Splendiani, S. (2012). La construcción del fantasma en Freud. TESIS de Doctorado en Psicología. Facultad de Psicología, Universidad Nacional del Rosario, Rosario.
- Susini, M.-L. (1985). Construction d'un fantasma dans la cure d'un psychotique. *Revista Ornicar* 34. 122-127.
- Vassallo, S. (2006). *Sartre/Lacan: El verbo ser: entre concepto y fantasma*. Buenos Aires: Catálogos.
- (2008). *Escribir el masoquismo*. Buenos Aires: Paidós.
- (2009). El impasse conceptual de la causa en Lacan y las antinomias kantianas. En *Revista El Sigma*. Disponible en <http://www.elsigma.com/filosofia/el-impasse-conceptual-de-la-causa-en-lacan-y-las-antinomias-kantianas/11934>
- (2014) *Un no impronunciable: La objetivación imposible de la ética del psicoanálisis*. Buenos Aires: Letra Viva.
- Yankelevich, H. (1999) Prólogo. En Amigo, S.. *Clínica de los fracasos del fantasma*. Rosario: Homo Sapiens ediciones.
- (2004) Material desgrabado del Seminario *Neurosis narcisistas, fracasos del fantasma* (7/8/2004) Maestría en Psicoanálisis, Facultad de Psicología, UNR
- Warjach, D. (2010) Los ejes de la clínica de Winnicott: Transferencia y contratransferencia. *Revista Investigaciones en Psicología, Año 15 Vol. 3*. Disponible en <http://www.psi.uba.ar/profesores.php?var=investigaciones/revistas/investigaciones/indice/resumen.php&id=361&anio=15&vol=3>
- Winnicott, D. (1971). *Playing and reality*. Meddlesex England: Pelican books.
- Zimmerman, D. (2009). Las coordenadas del paso al acto. *Revista Desde el Jardín de Freud*, 9. Disponible en <http://www.revistas.unal.edu.co/index.php/jardin/article/view/12189>